

LA AUTORA DE BESTSELLERS DE USA TODAY

Christina McKnight

A woman with dark hair styled in an updo, wearing a blue and white gown with a large white ruffled skirt and long white gloves, stands on a grand, ornate staircase. The scene is set in a grand, classical-style building with a large window in the background. The entire image is framed by a decorative border.

DESPRECIADA
CADA VEZ MAS

UMA DAMA ABANDONADA (LIBRO TRES)

Despreciada Cada Vez Más

Christina McKnight

Traducido por Patricia Mónica Marcucci

“Despreciada Cada vez Más”

Escrito por Christina McKnight

Copyright © 2019 Christina McKnight

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Patricia Mónica Marcucci

Diseño de portada © 2019 Sweet n' Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Despreciada Cada Vez Más \(Serie Una Dama Abandonada\)](#)

[Dedicación](#)

[Prologo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Epílogo](#)

[Otros libros de Christina McKnight](#)

[Acerca del Autor:](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)

DESPRECIADA CADA VEZ MÁS

UNA DAMA ABANDONADA (LIBRO
TRES)

Christina McKnight

Dedicación

A Mi Hija ~

La vida no es siempre justa...

Algunas veces eres derribada...

¡Pero, nunca abandones ni a ti ni a tus sueños!

Tu futuro es lo que haces de esto...nunca te conformes con menos que

¡TODO!

Y si alguien se para en tu camino, tienes mi permiso para golpearlo en la nariz.

Te Ama, Mamá.

Prologo

Londres, Inglaterra

1788

Las reglas han sido siempre las mismas:

1. La muchacha debe ser de noble nacimiento,
2. La aceptación debe ser en clara presencia de todos los hombres que compiten, y, finalmente,
3. Más allá del resultado logrado de la pérdida de todos los puntos recibidos.

Una penalidad de un solo punto seria evaluado si la mujer era casada, y además de esto, si su esposo o padre estaban presentes durante la cita entonces puntos extras serian otorgados.

Andrew Penton, el recientemente proclamado Marques de Drake, estaba equilibrando los riesgos sobre unos monstruosos trece puntos que serian agregados a su carrera total, más con la penalidad debido al estado de la Sra. St. Augustin, que era casada. La única forma que el podría recolectar mas puntos era si la muchacha era inocente, y aunque su reputación como calavera de primer orden era verdadera, el no saboreaba tomar la virtud de una joven muchacha, sin importar cuan deseosa ella pareciera.

“Seguramente, yo no puedo.” La mujer ante él fingió inocencia ante el aprieto. “Debo regresar antes que la obra comience.”

“Vamos, Pearl,” Andrew convenció. “Son solo unos pocos momentos dentro de mi palco. Usted realmente debe ver la vista. Le garantizo que es mucho superior a los asientos de abajo del barón.”

Con muy poco mas esfuerzo dedicado, la baronesa lo siguió voluntariamente dentro del palco, la puerta se cerró sin ruido detrás de ellos.

“Mi lord,” ella se quedo sin aliento, “usted está en lo cierto.” Pearl se movió para llegar hacia la orilla del palco, mirando a la multitud por debajo.

“Venga aquí, mi consentida.” Andrew no la había seguido hasta la orilla. “Siéntese conmigo.”

El tomo un asiento justo fuera del alcance de las sombras, facilitándole a Chastain, su querido amigo y competidor, una visión clara. Miró a Chastain a través de la sala y le guiño un ojo mientras Pearl regresaba al asiento cercano

a él. Andrew mordisqueo el cuello de la mujer, sus gemidos escasamente cubiertos por la actuación en la obra.

Chastain, siempre el mas descarado de los dos, había casi aliviado a su invitada femenina de la porción superior de su vestido. Si uno pudiera entrever dentro del rincón oscurecido del palco de Chastain, uno contemplaría un pecho suculento expuesto para que el mundo lo vea. La joven muchacha, probablemente empujada en los brazos de Chastain por la propia hambre de casamiento de sus padres, daba arañazos en la camisa del amigo de Andrew como si su vida completa dependiera de lo que él le podría dar. Afortunadamente para la muchacha—y desafortunadamente para la búsqueda de dinero de la familia—Chastain no le ofrecería nada mas mas allá de esta única noche.

Sus juegos de seducción no habían solo progresado en su naturaleza escandalosa sobre los últimos dos años, sino había también perdido su habilidad para estimular a Andrew. Solamente dos años fuera de la universidad, y casi había perdido su brillo. Por consiguiente, sus juegos estaban siempre desarrollándose. Nunca mas la cita tomaría lugar en un sitio privado, ni ningún hombre tomaría la palabra del otro que el acto fue, de hecho, terminado.

Su seducción y apropiación de la Honorable Sra. Pearl St. Augustin seria mucho menos problemática si el pudiera persuadirla a salir de su asiento, empujarla contra la pared trasera de su palco, y levantar su vestido. El la tomaría velozmente, finalizando con esto, y seria del club de caballeros antes de que la obra terminara...y además podría regresarla al palco de su esposo. Él no era un completo sinvergüenza falto de las maneras que satisfacían a un marques, a pesar de los años fuera de la universidad.

Pero el sabia que perdería el derecho a sus puntos si sus citas sucedían en cualquier lugar y no ante la vista de Chastain. Para coronarlo, Andrew había caído severamente con los puntos últimamente. Con las renovaciones actuales en vías de ejecución en su país y su retiro de la ciudad por un periodo extendido de tiempo, el seria incapaz de hacer una relación con la reciente cosecha de debutantes de Londres. Esto le daba a Benjamin—Lord Chastain—una ventaja clara, ya que había pasado la temporada viajando de una fiesta a otra, obteniendo presentaciones de la “*crème de la crème*” de las caras mas frescas de la temporada.

Eso simplemente significaba que Andrew tendría que aplacarse, y a sus necesidades, mas a menudo...ya que cada vez que el compartía la cama con

una mujer viuda o casada ganaba muy pocos puntos.

Maldecir a Chastain y su liderazgo cada vez mayor.

“Oh, Andrew,” Pearl sonrió tontamente mientras él tomaba su lóbulo entre sus dientes y suavemente alternaba entre morderlo y chuparlo. “¿Podemos ir a algún lugar? ¿Cualquier lugar?”

La desesperación en su voz humedeció más su deseo sexual.

Él aflojó su lóbulo lo suficiente para responder. “Me parece que no, mi mimada. Tengo una noche muy ocupada y solo tengo unos pocos momentos para compartir. Aunque, valoraría profundamente una noche completa en su compañía,” Andrew la alentó. Él necesitaba esto—no solamente por los puntos, sino también para su propia liberación. Él lo había denegado por demasiado tiempo, focalizándose en las responsabilidades de su linaje y no en su propio cuerpo.

Era momento que él se concentrara en lo que realmente importaba—superando a su amigo en su propio juego.

Capítulo Uno

Londres, Inglaterra.

Febrero 1799

El Marques de Drake, Andrew Penton, se apoyaba casualmente contra la pared que bordeaba los jardines. Cualquiera que tropezara con él podría pensar que su pose era indiferente y tranquila. Aunque internamente, su descontento se ulceraba justo debajo de la superficie.

Había numerosos lugares en los que estaría, muchas obligaciones en las cuales su tiempo sería mejor consagrado. En vez de eso, se movía rápidamente alrededor de otra reunión de la alta sociedad, actuando como un lord auto complaciente con nada mejor que hacer que discutir el tiempo con debutantes jóvenes que reían tontamente, y discutir los méritos de la guerra para luchar contra sus contrincantes Franceses.

Se había escapado del salón de baile colmado de gente solo hacia unos momentos cuando su pareja de baile más reciente lo había empujado cerca de sus anfitriones, y se había parado sobre sus pies calzados con botas demasiadas veces. Aquella no era la única injusticia que le había ocurrido durante su corta presencia esta noche. Otra jovencita lo había sostenido tan fuerte durante su paseo por el salón de baile que sus manos habían dejado manchas de transpiración sobre su camisa de lino.

Él se preguntaba si las mujeres jóvenes hoy eran entrenadas apropiadamente en el arte de la contradanza, o si eran enviadas dentro de la sociedad salvaje enteramente sin prepararse.

Y todo el tiempo, Benjamin el querido amigo de Andrew se reía ahogadamente de su incomodidad.

Había sido mas simple cuando él no había intentado ser un lord respetable; cuando él no había dado importancia acerca de lo que otros pensaban de él o de sus payasadas por la ciudad. Los días cuando él solo se había ocupado de gastar su dinero y quien calentaría su cama aquella noche parecían muy lejanos.

Ahora, se cubría de compañeras de cama potenciales y de mala gana pagaba los nuevos impuestos sobre la renta para ayudar a compensar el costo de financiar a las tropas Británicas peleando en la Guerra Napoleónica. Dos

peniques por libra era una suma insignificante comparada con lo que había gastado para establecer a su última concubina en su propia casa de Londres.

Era tiempo que regresara al salón de baile. La noche terminaría pronto, y él podría regresar a su hogar o a su club para tomar un trago.

Andrew se alejó de la pared, su posición escondida de la visión del camino principal, y comenzó a regresar a la entrada de costado por la que había salido unos pocos momentos antes. Había sido fortuito que el lord quien era propietario de esta casa hubiera orientado una puerta desde su estudio y dentro del camino.

“...nosotros hemos pasado por esto muchas veces.”

Las palabras flotaban sobre la brisa liviana, encontrando a Andrew mientras entraba por la puerta del estudio y hacia la calidez de la casa. Deteniéndose, se estiró para escuchar el resto de la conversación, solo para demorar su regreso al salón de baile.

Andrew empujó las puertas cerradas, dejándolas abiertas solo una hendidura mientras los pasos se acercaban por la pared exterior. Esta no haría que fuera atrapado escuchando a escondidas.

Un trio se detuvo fuera de la puerta, sus rasgos ensombrecidos por la oscuridad, aunque Andrew vio suficiente para saber que el grupo consistía en dos mujeres y un caballero bien vestido.

“Fíjese de seguir las instrucciones impartidas.” El hombre tomó el brazo de una de las mujeres y caminó, dejando a su tercera compañía detrás.

Sin la pareja bloqueando su visión, Andrew entro en vista de la mujer delante de él. Ella estaba vestida en el azul mas oscuro que hacia juego con el cielo nocturno, su cabello recogido sobre su cabeza, dejando su cuello expuesto...casi vulnerable.

Mientras el observaba, ella levantó sus manos para cubrir su cara, y sus hombros se sacudieron suavemente como si ella llorara; aunque ningún sonido rompía el silencio de la noche.

La urgencia por volver afuera, reconfortarla mientras ella estaba claramente alterada, era fuerte—pero eso era una familiaridad con la que él no estaba cómodo. Si alguien tropezaba con una joven en las sombras del camino delantero, habría muchas preguntas. Preguntas con las que no estaba de acuerdo con contestar.

En vez de eso, el la mantuvo a la vista.

Lo menos que Andrew podía hacer era asegurarse que ella se pusiera al día con su parte y que entrara al baile con seguridad.

Después de unos pocos momentos, bajó sus manos de su cara y descansaron a sus costados. Encuadró sus hombros y gritó, “Esperen por mi, *Pere*.” Y con un paso rápido, ella se apuró para atrapar a la pareja quienes la habían dejado atrás.

Tan rápidamente como ella se había movido hacia la entrada del frente, Andrew cerró la puerta del estudio e hizo su camino de regreso al salón de baile y su lugar al lado de Benji en la orilla del piso de baile.

“¿De donde escapaste?” su amigo preguntó.

“Tenía la esperanza que nuestro gran anfitrión tuviera algo un poco mas fuerte que jerez escondido en su estudio.”

“Ah, muy inteligente de tu parte.” Benji le dio palmaditas en la espalda como un juego. “Y dime que encontraste un exquisito Borbón o escoses.”

Andrew no compartiría con lo que en realidad se tropezó o su verdadera razón para escapar de la algarabía que lo rodeaba. “¡Que pena!, parece que nuestra anfitriona ha escondido todo.” Mientras él hablaba, mantuvo su vista entrenada sobre la entrada del salón de baile, esperando ver a la mujer vestida como la noche descender en la multitud.

“No te veas tan abatido,” Benji dijo. “Tu parte de la apuesta esta casi completa y puedes marchar.”

“No me veo abatido.” Aunque, si el tuviera que bailar con una mas de las muchachas de mente simple, Andrew estaba preparado para ponerlo fuera de su desdicha. “Además, yo casi he satisfecho nuestra apuesta.”

“¡Tienes el demonio!”

Andrew miro alrededor mientras miembros de la alta sociedad ponían sus miradas sobre ellos. “Guarda tus obscenidades.”

“Nuestra apuesta estipulaba de una a seis compañeras de baile que no fueran abordadas por sus padres después de ganar diez libras. Tu ciertamente no has encontrado la cantidad para terminar nuestra apuesta y tomar la bolsa.”

Andrew recordó. “Estaba la muchachita de los ojos cruzados, la criatura poco agraciada firmemente sobre el estante...” Él levantó su mano, contando los dedos mientras seguía. “...la muchacha joven con el horripilante vestido naranja, oh, y no olvides las hermanas quienes cada una demandaron su turno.”

“¡Ah-ha!” Benji dijo triunfal. “Solamente cinco. Si así fuese yo también tengo cinco.”

Fue entonces cuando ella entro en la habitación—y todos los pensamientos de apuestas, dinero, y su querido amigo se escaparon de su mente.

“Suficiente,” Andrew le ordeno silencio a su compañero. Si solo cada persona en la habitación haría lo mismo entonces el podría contemplarla en paz.

El brillo de los candelabros alineados en la pared y colgando del cielorraso mostraban su belleza como realmente era: abrumadora. Exquisitamente refinada. Y absolutamente distinta a cualquiera y a todas las mujeres que el había conocido recientemente, lejos inigualable no solo en belleza sino en postura.

Ella no se parecía en nada a lo que el había esperado desde sus sollozos silenciosos y encorvados hombros encubiertos en la oscuridad.

Ahora ella se paraba erguida—exudando una firme confianza que el de pronto admiraba y envidiaba. Las gemas que colgaban de su cuello y orejas más allá de mejorar el brillo de su presencia lo repartían en la habitación. Nunca el pensaría de lo que ella hubiera sido capaz siendo una persona tan vulnerable como la que el había visto solo momentos antes desde su punto ventajoso del escondite en la puerta del estudio.

Una mirada rápida alrededor de la habitación le dijo que no era el único cautivado por su rápida aparición, ya que varios otros la estaban mirando.

Ella le habló a la pareja al lado de ella, todos serios mientras descendían los pocos escalones y se mezclaban en la multitud. La pareja de mas edad eran como sus guardianes, juzgando por sus rasgos similares y textura—aunque por su despliegue de seguridad propia, también.

¿Sería tan cautivante cuando hablaba como lo era a simple vista? Él no podía evitar imaginarlo. En muchísimas ocasiones, un bonito cambio de dirección de los labios o una tímida mirada atraparon su atención solamente para ser seguida por una desilusionante conversación de un solo lado, o peor aun, miradas perdidas sin una palabra pronunciada.

Andrew mantuvo sus ojos firmemente en ella, estimulándola que mirara en su dirección—o mejor aún, que caminara en su dirección.

Su previa necesidad para que no se escapara.

La mujer radiaba equilibrio y compostura mientras entraba en el salón, como si nada en el mundo pudiera desanimar su noche, sus ojos viajando a través de la multitud, nunca demorándose demasiado tiempo sobre una persona o grupo.

Fue en ese momento que Andrew se dio cuenta que la deseaba. En sus brazos, —y en su vida.

Y no se detendría ante nada para tenerla.

###

Lady Lorelei de La Valette observó toda la escena alrededor de ella. Mujeres vestidas elegantemente bailaban con caballeros vestidos con elegancia también, jóvenes debutantes se escondían entre las palmeras de los bordes de la pista de baile, y los sirvientes corrían de un lado al otro con bandejas con una inmensa cantidad de alimentos y bebidas.

Ella odiaba sus actitudes superiores, y simultáneamente envidiaba su excesivo estilo de vida.

Después de viajar muchos años, le parecía que no sentiría incomodidad cuando entrara a un salón que ella sabía que ningún alma, incluso hasta ahora, le pertenecía como una cara familiar.

“Tu sabes lo importante que es esta noche,” su padre, el Conde de Epernon, murmuró en su oído una vez más. “Estas personas elogiarán tu belleza, hasta que desprecien tu herencia Francesa.”

“Ya hemos atravesado por esto una y otra vez, *Pere*.” Ella usó el término Francés y esperó el regaño que ella sabía que seguiría.

Aunque, vino de su madre, lo cual fue inesperado. “Lorelei, ¿que te hemos dicho?”

“Tengo que aparecer nada más que como una dama nacida y criada entre la flor y nata de Londres. Tengo que mezclarme con otras debutantes y no darle razón a nadie para recordarme.” Ella solamente estaba esperanzada que su momento de debilidad no se mostrara en su cara antes de entrar al baile. Las lágrimas habían desaparecido antes de que hubieran comenzado, y ella se había apurado para alcanzarlos, la noche cubriendo su segunda oportunidad.

“Muy bien, hija mía,” dijo su padre. Aunque muchos hubieran visto sus palabras como inofensivas, Lorelei sabía que eran realmente —una amenaza. Las consecuencias si ella fallaba no impactarían solo sobre ella, sino también sobre sus padres.

Estaba cansada de correr. Si cumplía con lo que le habían pedido entonces sus engendrados, y también ella misma, se favorecerían ante la nueva suerte. Ellos estaban aquí para una tarea específica, la cual podía ser cumplida en poco tiempo, y entonces la alentarían a regresar a Francia. La esperanza de su madre era que nadie recordara su presencia.

“Sonríe, *ma petite*,” su madre murmuró mientras ella se detenía y el trio entraba más lejos dentro del gran salón de baile.

Lorelei deseaba preguntar porque ellos confiaban en De Pez y Bonaparte —y deseaba particularmente conocer como estando a su favor beneficiaria a cualquiera de ellos. En vez de eso, levantó su barbilla desafiante y pegó una sonrisa en su cara, con la esperanza que nadie pudiera decirle que no llegaba a sus ojos.

Su entrada al salón había sido también cuidadosamente escenificada para maximizar su exposición. Ellos habían llegado tarde—después que la línea de recibimiento había desaparecido—pero antes que los caballeros se hubieran retirado del salón de cartas hacia el salón de baile principal. Su cabello estaba estirado y levantado sobre su cabeza para revelar su cuello delgado y poner en relieve su oscuro, exótico colorido. Sus ojos, del color del musgo, estaban delineados por una fina línea de carbonilla. Sus labios tenían un toque de color, aunque no suficiente para comenzar un chismerío. Y su vestido, conservador y fuera de moda para el arquetipo Francés la favorecía, una línea de escote alta en el frente que se hundía en la espalda para mostrar su espalda arqueada agradadamente. El satén azul noche se aferraba a su contextura, deslizándose suavemente por el piso y se aliaba con zapatillas en sus pies.

Una delicada hebra de perlas cultivada colgaba alrededor de su cuello, y lagrimas se balanceaban de cada oreja. Eran las piedras preferidas de los ingleses, y eso le satisfacía a Lorelei.

Dando lentamente el último paso dentro del salón de baile atestado, sus padres se mezclaron por el fondo y Lorelei agarro una copa aflautada de champagne de un sirviente que pasaba para estabilizar su mano temblorosa. Espiando sobre su hombro, Lorelei confirmó que el conde y la condesa ciertamente le habían dado un poco de espacio, aunque todavía mantenían el paso con ella. No podría evitar que ellos fueran su sombra toda la noche.

Era sabido que Benjamin Davis, Lord Chastain, mantenían una afición por las mujeres, y Lorelei no tenía dudas en aprovecharse de aquella debilidad.

Lorelei se movió hacia una parte de la multitud rápidamente, con la esperanza que sus padres la perdieran de vista. El grupo de damas se paraba cerca, cubriendo efectivamente sus movimientos, y Lorelei alternaba direcciones, viajando paralela al conde, asegurándose exitosamente que tuviera unos pocos momentos para ella misma.

Ella no conocía ni a un alma en el salón—ni en todo Londres.

Y eso la aterrorizaba.

Por un pequeño instante, contemplo si seria capaz de seguir con la tarea que le habían encomendado. La pura realidad era, que no tenía elección.

Ella inclinó su vaso hacia su boca con la esperanza de cubrir lo que realmente estaba haciendo—buscando en la multitud.

Los británicos eran ostentosos y ceremoniosos, lo que significaba que ningún hombre se acercaría a ella sin una presentación apropiada. El conde había insistido que ella le dejara las presentaciones a él, mientras convencía a varios lores que acudieran en masa a su lado para discutir los sistemas gubernamentales siempre cambiantes y la jugada crucial en su país natal. La situación política en Francia estaba muy tensa, particularmente en sus relaciones con Inglaterra, por la Guerra de la Segunda Coalición aun arrasando.

Sin embargo a quien estos hombres y mujeres pensaban que el conde era leal, a ella no le importaba.

Ella no continuaría con la oportunidad de probar una vida en la sociedad de Londres; aunque era un lugar al que podía pertenecer. Entre las galas, ella podía encontrar el hogar que le había estado faltando, aunque sea por un corto momento, aunque también entendía los peligros de caer con la persona equivocada. Un grupo de flores de pared se aferraban adornando en todos los tonos de pastel imaginables alineados sobre una pared. Lorelei sabía evitar claramente al grupo, o probablemente terminaría contra las palmeras con ellos. No debería atraer la atención de los acaudalados, caballeros mayores de edad actualmente escoltando a la mayoría de las debutantes acomodadas y a las cortesanas en el piso de baile.

No, ella buscaba que la notara un solo hombre.

Había estudiado su retrato a fondo en su viaje a Inglaterra.

Sus rasgos estaban impresos en su mente: la redondez de sus mejillas, su cabello castaño arenoso a la moda, y su mirada penetrante. Ella pensaba si, cuando eventualmente se encontraran, ella sentiría algún afecto por el, o si ella le agradecería.

Su investigación le dijo que él era un jinete ávido quien deseaba ardientemente excitación, pero también derrochaba con las cosas más finas de la vida.

Buscó en la multitud una vez más.

Lord Chastain—Benji, como era comúnmente referido por sus consortes—permanecía con otro hombre justo afuera del salón donde se mantendría el juego de cartas de la noche. Él le dio la impresión exacta que ella había esperado: un calavera con títulos quien permanecía al borde de la sociedad por elección. Ambos, él y su amigo estaban parados derechos y usaban trajes

hechos a medida que rivalizarían con la moda de París. Él era tan buen mozo como sus miniaturas retratadas, pero ella se dio cuenta que su mirada se dirigía hacia el hombre al lado de Chastain, quien aparecía igualmente descansadamente en el centro de la multitud. Ella noto como otros invitados a la fiesta evitaban a los hombres.

Benji tenía la reputación de un mujeriego y jugador, aunque no había nada extraordinario en su apariencia para sugerir semejante designación. Lorelei había esperado un hombre jovial, pero el reía solo ante los comentarios de su compañero y escasamente si conocía a alguien que pasaba.

¿Como diablos atraería su atención si el nunca sacaba sus ojos de su amigo?, ella pensaba. Realmente, él no se veía para nada como un hombre al que ella llamaría ‘Benji,’ lo cual siempre le había parecido como un nombre de niño.

Sus padres pensaron culminar—con toda prisa—exactamente para lo que ellos habían viajado a Londres: acceso ilimitado a Benjamin Davis, Lord Chastain, guardián de los planos de la ciudad fortificada de Carcassonne, ubicada sobre una colina entre el Atlántico y el Mar Mediterráneo. Habían sido guardados por tanto tiempo y cuando el padre de Lord Chastain había dejado Francia, se había llevado el único juego de planos de Carcassonne—el cual también resultaba ser un mapa detallado bosquejando el mejor camino posible para cercar a la gran ciudad comercial.

Lorelei, su vaso en mano, se movió a lo largo del costado del piso de baile mientras los hombres conversaban. Aunque el salón estaba lleno de matronas dispuestas al matrimonio y padres buscadores de fortuna, ella notó que nadie se acercaba a la pareja, y que ningún hombre ponía sus nombres sobre la tarjeta de baile de alguna muchacha.

¿Como su padre obtendría una presentación si ambos hombres se mantenían solos?

Lorelei había decidido aun antes de que su carruaje llegara que seria necesario para ella liberarse de su madre y padre y buscar su propia presentación. Aun entonces, ella sintió que su padre la había localizado y estaba actualmente clavándole puñales con la mirada a través de la multitud mientras ella hacia maniobras para alejarse de él y acercarse a Chastain.

Aunque el estaría enojado con ella, ella gustosamente aceptaría su furia mas tarde, porque el nunca causaría una escena en publico.

El socio de Chastain se aglomeró en la multitud. Sus ojos se posaron en ella brevemente, luego regresaron a ella para una inspección mas larga. Se

sentía como si su mirada ardiente penetrara su propia alma, descubriendo todos sus secretos, y encontrando lo que ella deseaba.

Ella sentía que debía regresar y acercarse a Lord Chastain cuando este hombre no estuviera cerca, pero algo llevó su atención otra vez a él.

Lorelei sonrió.

Para su asombro, él le devolvió su sonrisa, giró hacia Chastain y dijo unas pocas palabras...luego avanzo en su dirección.

La multitud se movió de su paso mientras el caminaba hacia ella, sus ojos nunca soltándola.

Fue entonces que ella sintió su primer indicio de temor. El hombre era sorprendentemente buen mozo—sin mencionar, que era amigo de Chastain—y él estaba viniendo directamente hacia ella, una sonrisa aun en su cara.

“Puedo hacer esto,” ella masculló para ella misma mientras el pánico se adueñaba de ella. La dama cerca de ella giro y la miró directamente antes de dar un paso alejándose, poniendo distancia entre ella misma y la joven dama hablando con nadie. Lorelei hubiera hecho lo mismo que ella en la posición de la mujer.

En breve, el hombre se detuvo delante de ella. Sus ojos, aunque intensos, eran del mas suave amarillo café que ella nunca había visto.

“Buenas noches.” Su voz era de un rico, profundo barítono. “¿Puedo tener este baile?”

Ella no había escuchado la música, ni las voces del gran número de gente rodeándola.

Tenia solamente ojos para el.

Sacudiendo su cabeza amablemente, ella salió de su deslumbre. “Ah, bueno, por casualidad tengo un espacio libre mas tarde.”

Él sonrió. “Es una lastima, porque estoy sin una compañía apropiada en este mismo momento. Que pena.”

El empezó a marcharse, pero ella le tocó su manga tan suavemente, sacando su mano antes que alguien la viera. “Creo que un lugar puede haberse abierto justo ahora.”

Necesitaba mas que un breve momento con este hombre, aunque él no era el que originalmente ella buscaba.

“Entonces permítame preguntarle una vez mas—pero solo una vez mas,” él dijo. “Ya que no estoy acostumbrado al habito de rogar para bailar. ¿Puedo obtener este baile?”

“Puede.” Ella sonrió burlonamente. “Si le complace, su señoría.”

Ella deseaba reír nerviosamente ante el pomposo tono en su propia voz. Los ingleses no eran conocidos por su franqueza, y una sensación de intriga se apoderó de ella por su naturaleza franca.

Él llegó hacia ella, y Lorelei comenzó a retirarse antes de darse cuenta que buscaba su tarjeta de baile, atada holgadamente en su muñeca. El sostenía la tarjeta en sus manos enormes y escribió su nombre en el primer renglón.

El Marques de Drake.

Las letras estaban escritas en una espesa, atrevida escritura que parecía un arquetipo de su masculinidad y su arrogancia al límite.

“¿Vamos?” él preguntó, levantando su brazo para que ella lo tomara.

“No disfrutaría nada mas, su señoría.” Lorelei trabajaba duro para suprimir su acento. Una importada, como muchos estaban acostumbrados a llamarla, y ella no deseaba atraer la atención hacia su sangre Francesa, ya que muchos se ofendían sabiendo que sus países peleaban y muchas vidas se perdían cada día. “Es un placer ser su conocida.”

El la giró sobre el piso de baile, poniendo un brazo alrededor de su espalda baja. “El placer es todo mio, se lo aseguro.”

Mientras ellos se movían hacia la suave tendencia de música flotando por el salón, Lorelei avistó a su padre, solo a unos pocos pasos de Chastain. El debería estar contento con su progreso, alineándose con alguien cercano a Chastain, abriendo la posibilidad para una presentación.

“¿Puedo preguntar como es el nombre de mi hermosa compañera de baile?” el marques preguntó.

El volvió su atención a ella y su respiración quedo atrapada en su vista. Forzándose ella misma a exhalar, respondió, “Lady Lorelei de La Valette.”

“Ah. Mientras su acento es sutil, su tono de piel es de herencia Francesa, ¿no?”

“*Oui.*” Con su padre fuera de distancia para escucharla, Lorelei se permitió dejarse llevar por su lengua nativa, sin temer nada del marques. Él no se mostraba ser un hombre involucrado en la Guerra entre sus naciones.

“*Charmante.*” Su pronunciación hábil la hizo sonreír. El continuaba mirándola. “No la he visto a usted por la ciudad. ¿Es usted recién llegada?”

“Correcto, su señoría.”

“Por favor, llámeme Drake o Andrew, como mis *amis* hacen.”

“Eso no es apropiado, su señoría.”

Él se rio ahogadamente. “¿Pero ve usted como *propre?*” él se detuvo, como si buscara en su cerebro por algunas palabras Francesas escondidas allí.

“Una *femme* es mas *captivant* cuando son ellas mismas, *¿non?*”

Ella retiró la mirada de él, sabiendo que se sonrojaba. Ningún hombre la había llamado cautivante que ella pudiera recordar. “Usted es *juste*, su señoría.” Ella esperaba que las parejas que se arremolinaban cerca no notaran su vergüenza.

“*Je suis toujours juste, mademoiselle.*” Él una vez más se detuvo. “Siento que es el nivel de mi conocimiento de su idioma.”

“Bueno, lo hizo muy bien, ciertamente.”

“Usted tiene mucho mas agarre del Inglés que yo del Francés.”

“Es solo justo, ya que he pasado muchos años aprendiendo sobre su país.”

Algo sobre él la hizo volver a la tímida muchacha de escuela que había sido antes que sus padres hubieran cambiado todo su mundo. Mientras que ella era muy viajada y con estudios superiores, Drake le daba la impresión que había visto y experimentado mas de lo que era posible, dada su apariencia joven.

“¿Que la trae a usted a esta hermosa ciudad?” él dijo, retrocediendo al Inglés.

“Oh, para escapar del temido calor de India.” Era un esfuerzo mantener la cara seria, particularmente cuando el marqués voluntariamente continuó con la farsa.

“¿Es la tierra tan salvaje como se dice?” él preguntó, pareciendo igualmente serio.

Había pasado un tiempo desde que ella había disfrutado tanto un intercambio agradable. “¡Hay partes todavía intransitables!” cuando él solo la miro, ella continuo, “—y sin contar las inconveniencias de ser mas astuta que los monos quienes buscan cualquier oportunidad para robarle el alimento.”

“Desde Francia a India y ¿ahora Inglaterra? Yo diría, ¡Usted debe estar asombrosamente exhausta después de tantas hazañas de valentía!”

Mientras ellos continuaban alrededor de la pista de baile, ella se permitió reír. “Le aseguro que se necesita mas valentía para entrar a un salón de baile atestado que para enfrentar un león determinado a robar mis botas para morder el cuero.”

“¿Leones? ¿Mordiéndolo sus botas?” él dijo con aturdimiento. “Estoy de acuerdo, yo me enfrentaría a una cueva llena de leones antes que a una matrona con mentalidad casamentera.”

“Lo que siempre me ayudo fue mi habilidad para escalar un elefante y escapar antes que el daño fuera hecho.” Ella estaba disfrutando su cuento

estrafalario tanto como parecía que él estaba.

“Debo recordar pedir su consejo cuando viaje.”

“Estaría mas que feliz de guiar su expedición.” Ella se detuvo antes de continuar. “Eso si yo no estoy indispuesta para ese tiempo.”

“Estoy seguro que encontrara tiempo para ayudar a un amigo. ¿Pero podría averiguar porque usted estaría indispuesta?”

“Bueno, podría estar explorando las colonias para ese tiempo.”

“¿India? ¿Las colonias? Por todos los cielos, usted avergüenza a la mayoría de los caballeros Ingleses con sus explosiones geográficas.”

Lorelei se forzó para detener la burla, recordando la razón por la que ella estaba aquí esta noche. Su conversación, aunque entretenida, no satisfacía su objetivo principal. “Creo que no soy tan buena viajera como parezco, a pesar de que tuve el placer de visitar India en mi juventud, planeo navegar hacia las colonias algún día.”

“Ya que ‘algún día’ no es hoy.” El aumentó su sostén sobre ella, acercándola mientras bailaban. “Regreso a mi pregunta original.”

Ella había olvidado por completo como su conversación de tierras exóticas había comenzado. “¿Cual es?”

“¿Porque está usted en Londres, Lady Lorelei?”

Mientras el hacia la pregunta, Lorelei esperaba que la respuesta que el buscaba fuera completamente para otro. “No para encontrar un marido, si es lo que desea saber.”

“Mis sospechas acerca de usted eran correctas: es de una clase franca.” El la miró apreciativamente, y ella se relajó una vez más. “Y debo decir, estoy muy desilusionado de escuchar que no está en el mercado.”

“¿Y porque eso?”

“Porque creo que tengo mucho que ofrecerle a alguien como usted.” Cuando ella continuo mirándolo, una sonrisa burlona en su cara, el continuó. “Usted vea, tengo títulos, riqueza, soy buen mozo...y me atrevo a decir, ¿encantador?”

“Oh, usted es muy encantador.” Lorelei deseaba reírse pero se sostuvo, sin desear ofenderlo. No era que temiera lastimar los sentimientos de Drake, solamente como parecería a los otros alrededor de ellos. “Usted estará feliz de saber, si yo no estuviera aquí por una diligencia política con mi padre, lo encontraría a usted muy adecuado.”

Ella debía poner frenos en su coqueteo con el marques y focalizarse sobre una presentación a Chastain, pero era incapaz de contenerse. Era la primera

conversación estimulante que tenía desde su partida de Francia. En su país natal, las siempre cambiantes residencias de sus padres estaban siempre abiertas para hombres y mujeres educados quienes disfrutaban discutir el régimen en desarrollo desde el Rey al Directorio o al hombre quien parecía ser el próximo líder, Napoleón Bonaparte. Aunque los temas podrían aburrir a otra dama joven, ella encontraba cualquier tema con potencial altamente interesante para debatir. Ella en realidad había sido suficientemente inteligente para persuadir a los asociados de su padre hacia su forma de pensar.

Durante cierta conversación, había una vez diseñado un método para resolver el hedor horrible de las calles de París colmadas de gente y contaminada—aun su padre llamo a sus planes idealistas en naturaleza, nada mas por ser divagues perdidos de una mujer.

Nadie aquí en su casa rentada de Londres le hablaba, y los hombres quienes venían a ver a su padre la evitaban, sabiendo que ella estaba comprometida con una causa más grande y así no se enfocaba en sus avances. Como ninguna mujer, ella disfrutaría de la atención completa del marqués.

Aunque ellos no habían discutido ningún tema de gran importancia, su inteligencia estaba claramente ante su vista.

La música se detuvo, señalando el final de su baile. “Gracias por restaurar mi orgullo herido. ¿Puedo pedir otro baile para mas tarde esta noche?”

“Estoy seguro que causaría un chismerío de la peor clase, su señoría,” ella dijo formalmente, haciendo una corta reverencia. “Pero como a mi no me importa lo que la sociedad estime apropiado, me agasajaría otra vuelta por la pista con un acompañante tan experto como usted.”

“Hasta entonces.” El levanto su mano hasta su boca y presionó sus labios contra sus dedos. Después de unos largos segundos, los retiró. “¿Puedo acompañarla hasta donde está su compañía?”

Levantando la vista, ella se dio cuenta que varios pares de ojos estaban sobre ellos, algunas parejas se detenían en el medio de su desfile para verlos, aunque ella esperaba que la mirada estúpida tuviera mas que ver con el marques que con ella.

“Oh, eso no será necesario.” El padre de Lorelei estaba cerca, ella podía sentir su mirada. Ella necesitaba una presentación para interrumpir su regaño por haberse desviado de su plan. “Me siento deshidratada. ¿Sería tan amable de acompañarme hacia la mesa de refrescos?”

Ella le había entregado su último vaso a un sirviente que pasaba antes de entrar a la pista de baile con Drake. Su caminata los forzaría a pasar junto a

Lord Chastain, que no se había movido una pulgada desde que ella y Drake—Andrew, como ahora ella pensaba sobre el después de esta breve conversación—la había llevado a la pista de baile.

Mientras caminaban el perímetro del salón, Andrew la acribilló con preguntas acerca de su viaje desde Francia, como simpatizaba con su maravillosa ciudad, y si tenía planes de viajar a Bath después que la temporada terminara. Lorelei le dio tantas respuestas evasivas como pudo juntar en un intento de no darle información de provecho acerca de ella o su familia, aunque aun esperaba mantener su interés. Ella estaba complacida de notar que su conversación continua había atrapado la atención de Chastain.

El duque, su objetivo original deseado, estaba parado en su camino mientras ellos se acercaban. Ella había visto esa mirada de su cara antes en otros pretendientes, y se enorgullecía de su habilidad para distraer a los hombres de sus propios pensamientos cuando la veían por primera vez. Esta noche, ella solamente había planeado conseguir una entrevista con él, posiblemente despertar su curiosidad, y esperar que el acudiera a ella pronto.

“Drake,” Chastain los saludó y se inclinó suavemente en la dirección de Lorelei. “Señora.”

Lorelei no podía creer en su buena suerte. Ella había estado en el salón menos de treinta minutos y ahora estaba parada cara a cara con Chastain. Solo podía imaginar la reacción de su padre mientras su criatura, una simple mujer, había logrado una presentación antes que él.

Su mente divagaba con la posibilidad de obtener más terreno del que habían planeado para esta noche, quizás también una conversación privada.

“Lord Chastain, ¿puedo presentarle a Lady Lorelei?” Las palabras de Drake sonaron cautelosas y no del todo felices. “Su familia es nueva en Londres.”

Chastain sonrió, una sonrisa burlona que solo podía ser descripta como orgullosa de si misma. La pareja había parecido ser amigos más temprano, pero algo acerca de la forma en que ellos ahora se examinaban el uno al otro la llevaba a creer otra cosa. Esperaba que esto jugara a favor dentro de sus planes, los cuales aun eran limitados.

Ella miraba tímidamente a Chastain a través de pestañas bajas mientras hacia una reverencia. “Lord Chastain, me honra ser su conocida.”

El marques se movió mas cerca a su lado.

Sus palabras obtuvieron la respuesta que ella esperaba. “El honor es mio, Lady Lorelei. Drake y yo hemos sido amigos durante muchísimos años que

ninguno de nosotros podemos contar.”

La tensión que había ensombrecido al trio momentos antes se había aliviado, y ambos hombres sonrieron mientras ellos hablaban de temas sin importancia.

“Si usted nos disculpa,” Drake dijo mientras el colocaba la mano de Lorelei dentro del codo de su brazo. “Estábamos justo en nuestro camino hacia los refrescos.”

“Yo también necesito otro vaso.” Chastain giró hacia la mesa unos pasos detrás de él, para no ser despedido. “¿Puedo acompañarlos?”

“Eso sería encantador, mi lord.” Y exactamente lo que Lorelei había esperado que dijera. Ella necesitaba encontrar una manera de hablar en privado con el sin ofender a Drake. Aunque ella disfrutaba muchísimo de la compañía del marques—y él estaba extremadamente complacido a la vista—ella tenía otros asuntos en los cuales focalizarse.

Con jerez en mano, ellos se movieron hacia las puertas de la terraza. Sabía que los jardines oscuros serían un perfecto lugar para una conversación tranquila.

“Lady Lore—”

“Ah, allí estas, mi hija.”

La voz de su padre sonó detrás de ella, y ella giro para saludarlo. Su mirada helada la congelaron más rápido que los vientos fríos que se movían a través del Canal Inglés.

“Padre, ¿puedo presentarle al Marques de Drake y a Lord Chastain?, su querido amigo.” Si los pensamientos de su padre eran robarle a Chastain antes que ella tuviera una oportunidad para hablar con el, él había subestimado de mala manera que ella deseaba impresionarlo. “Estos refinados caballeros de Londres estaban explicándome las maravillas del caprichoso tiempo de Inglaterra. Una dama debe estar preparada para chaparrones cada vez que deja su casa. ¡Que fastidioso!”

“Muy cierto, Lorelei.” Su padre giró hacia Chastain. “Mi hija está muy interesada en la cultura Londinense.”

Su padre, el Conde de Epernon, nunca había sido un hombre con tacto. El acostumbraba a conseguir lo que deseaba, cuando lo deseaba, sin importar el costo para el. Pero Londres no era Francia—y su título extranjero significaba muy poco para la alta sociedad. Aunque su padre omitía darse cuenta de esto, Lorelei lo sabía demasiado.

“Padre, ¡por favor!” Con pesar, ella deslizó su mano del brazo de Drake y se movió hacia Chastain. “Ahora no es el momento para las temidas conversaciones de estado. Creo que Lord Chastain estaba a punto de llevarme a la terraza por aire fresco.” Ella le dio a su padre una mirada suplicante, esperando que el entendiera la pista y mantuviera a Drake ocupado.

“Muy bien, pero por favor tráigala después que ella baje su temperatura un poco.” Él finalmente aceptó al marques. “Su señoría, creo que finalmente han abierto las mesas de juego. ¿Le gustaría unirse a mi?”

Drake le dio una persistente última mirada antes de inclinarse y desearle una noche maravillosa. El deseaba quedarse y bailar nuevamente, podía sentirlo, aunque era demasiado caballero para negarse a Chastain.

Ella observó a su padre y al marques caminar lado a lado hacia el salón de juegos. Aunque su espalda estaba girada hacia ella ahora, el recuerdo de la mirada de Drake permanecía. Nunca tuvo una simple mirada escarbando tan profundamente, haciéndole cuestionarse las consecuencias y calcular el costo de su misión. No había nada que hacer sino permitirle a Chastain guiarla afuera hacia el aire de la noche.

Chastain, mientras que estaba tan bien vestido como Drake, algo faltaba. Donde su mano descansaba en su antebrazo, ella no sentía los fuertes, acordonados músculos de un hombre quien pasaba horas en su club de esgrima, y ella sospechaba que no poseía las piernas esculpidas de un jinete experto, como le habían dicho. Su sastre debió haber sido alabado por el fino corte de su saco, que indudablemente cubría lo que faltaba abajo.

Era realmente una lastima que el marques no fuera el hombre que ella buscaba, durante unos pocos minutos en su presencia, su interés había sido significativamente despertado.

Pero su palabra era su garantía—y su fidelidad no la colocaba con sus propias necesidades y deseos, pero con la aprobación que su familia recibiría del hombre muchos decían que tomaría control de Francia. “¿Vamos, Lord Chastain?”

“Inmediatamente, mi lady.”

Ellas caminaron brazo con brazo hacia la puerta de la terraza. Todo el tiempo, Lorelei rehusó mirar sobre su hombro.

Capítulo Dos

Andrew se detuvo fuera del salón de juegos y se atrevió a mirar en la dirección por la cual había llegado. Lo lamentó inmediatamente, como si estuviera sin esperanzas para hacer nada sino observar a Chastain escoltando a la encantadora Lady Lorelei afuera de la terraza y a los jardines solitarios más allá.

Lo que fuera que la había molestado mas temprano había sido apartado de su mente, algo que Andrew le agradecía.

El no tenía la mas mínima idea de porque se preocupaba. Ella era hermosa, por supuesto, —alta y delgada en su vestido azul. Pero el no había contado con su ingenio e intelecto cuando la había visto por primera vez. Un baile con una espectacular joven mujer era todo lo que el había anticipado, pero desde el instante que ella había hablado todo había cambiado. El deseaba más que un simple baile. Él deseaba continuar su conversación; para aprender todo lo que ella había hecho y donde había estado en su corta vida.

En vez de eso, el serpenteaba hacia adentro mientras Chastain tenia el placer de unos pocos momentos a solas con ella, lo cual lo irritaba en extremo. Ellos habían sido los mejores amigos desde que Benji se había mudado a Inglaterra siendo un niño, los dos asistiendo a la escuela y Universidad juntos y pasando sus temporadas en Londres mientras sus padres cumplían con sus obligaciones en el Parlamento, pero aun así, Andrew dudaba en confiar en el. Después de la temprana muerte de su padre, el anterior Lord Chastain, algo había cambiado con Benji—él se había vuelto mas imprudente, menos cuidadoso de las consecuencias. Sus juegos se habían convertido desde simple apuestas en el Club de Caballeros White a arriesgar inversiones en el comercio de embarques y hasta arriesgar mucho más con aventuras con mujeres. Cantidad de mujeres.

Mientras que Andrew había vivido una existencia lejos mas tranquila, él aun se acobardaba de cuan estafalarias las apuestas amistosas se habían convertido. No era ningún secreto que ambos hombres apreciaban el sexo opuesto—y lo que ellos podían hacer por ellas—pero Andrew nunca había determinado arruinar sus conquistas. Jugar con sus emociones, quizás. Pero Benji nunca evitaba esto.

Maldito Benji y sus juegos.

Y Lady Lorelei no era el tipo para jugar con ella. Lo que era que la hacía diferente de otras era que ellas ocupaban su tiempo en haraganear, pero el no podía decirlo todavía. Posiblemente era su naturaleza sofisticada—ella había obtenido conocimientos no solo de Inglaterra, había observado costas exóticas, y visto mucho más de lo que Andrew podía pretender. Ella no era alguien con quien perder el tiempo. Por la manera que ella se había comportado, Andrew sospechaba que estaba acostumbrada a coquetear. Un día, ella encontraría un hombre que la trataría como merecía ser tratada: una dama de primera clase, una mujer para ser apreciada y cuidada.

Ni él ni Benji eran ese hombre. Ambos buscarían poseerla para sus propios propósitos, así fuera ganancias financieras o placer carnal, ninguno de ellos podían merecer alguna vez una mujer semejante. Aunque ella se presentara tan educada y viajada, él no tenía dudas que era pura.

Parte de él deseaba ser el hombre para ella.

Ellos eran demasiado viejos para este tipo de tontería, pero parecía que solamente él se daba cuenta de este hecho. Sus errores del pasado habían sido difíciles de dejarlos en el pasado. Chastain podía mantenerlo por mucho tiempo antes que su pasado lo llamara—mientras que Andrew lo tenía desde diez años atrás.

Escondiendo los recuerdos—una mujer avergonzada y una criatura que lo habían forzado a olvidar—el regresó al salón de juegos. Si él hubiera pensado que había algo que pudiera hacer para corregir esos errores, lo hubiera hecho, ir hacia el otro extremo para demostrar que había cambiado...para mejor. Pero le habían dejado claro mucho tiempo atrás que ni sus atenciones, ni sus riquezas y título, eran necesarios.

Pero esta noche no era para sacar a la luz el pasado o planear un nuevo futuro, se recordó. Él puso el pasado donde pertenecía, detrás de él. Olvidado. No lo podía cambiar. Ni podía regresar en el tiempo y cumplir con las expectativas de lo que había sido esperado de él entonces, pero ahora era diferente. Había trabajado incansablemente para mejorar su estatus, sin causar ningún dolor a otros. Aun cuando Chastain buscaba en cada rincón para sacar sus maneras promiscuas, Andrew resistía.

“¿Marques?” un sirviente llamó. “¿Usted jugará esta mano?”

El levanto la vista para ver una mesa entera mirándolo, esperando su movimiento. Los hombres que lo rodeaban lo toleraban por los títulos que él sostenía. No podía escapar del legado benevolente que su padre le había

dejado. Fue una responsabilidad siendo tan joven aceptar y llevarlo a cabo sin ningún acierto, ni lo había deseado en su juventud.

El necesitaba sacudirse su absurda atracción hacia la mujer. Su vida—aquella de un solterón confirmado y semi reformado sinvergüenza—no era de la clase que trajera una mujer. La necesidad de establecerse y comenzar una familia no era definitivamente algo con lo que alguna vez hubiera soñado, ni deseado—aunque Lady Lorelei lo hubiera personificado bellamente, y su chispa e intelecto le hubieran criticado el futuro que había planeado para él. No llevaría mucho tiempo para que los rumores acerca de él, la mayoría reales, llegaran a su familia, y entonces ella se marcharía, sin importar lo que él sintiera. Costaría trabajo convencerla de otra cosa, y esa era la exacta razón por la cual no podía seguir mas allá con su amistad, así la deseara o no.

Sus pensamientos eran ridículos e ilógicos. El Marques de Drake, un calavera y galanteador en su pasado, no imaginaba tener otro sentimiento mas que deseo por una mujer. No había otro sentimiento que el pudiera experimentar después de unos pocos momentos bailando.

Pero la necesidad de protegerla de Chastain y sus menos que nobles intenciones eran fuertes, aunque el sabia que ellos no debían estar basados en sus propios sentimientos por ella.

“Oh, si.” Andrew alcanzo su saco y saco varios billetes, desparramándolos en la mesa. “Por favor, negocien. Estoy listo para un juego enérgico, caballeros.”

El único hombre que no era familiar para él era el padre de Lady Lorelei, el conde, pero si sus bolsillos de su fino traje guardaban riquezas, entonces Andrew tendría una noche muy fructífera por cierto. Aunque no seria nada horroroso que buscara sus objetivos en las monedas del padre de Lorelei.

El necesitaba mantener su mente en el juego a mano y no en el juego que Benji estaba jugando en la terraza. Las mujeres eran una suntuosidad que no podía permitirse poseer, al menos durante horas antes de la campanada de medianoche.

Andrew jugó mano tras mano, ganando más de lo que perdía y arreglándose las para amontonar una cuantiosa bolsa de dinero. El conde, alternativamente, se retiró muy rápido, clamando que las cartas no estaban a su favor. Su acorralamiento no lo alteró a Andrew. Él hubiera preferido no sobrepasar al padre de Lorelei.

Después de unas manos mas y dos tragos mas, Benji se unió a él, tomando un asiento recientemente dejado vacante por un barón quien había perdido la

pequeña suma con la que se había unido a la mesa. Andrew miró a su amigo, apenas deteniéndose de censurar al hombre como un rechazo a cada uno sentado a la mesa, incluyendo el padre de la muchacha.

“Caballeros.” El conde se puso de pie. “Gracias por un vigorizante juego, pero debo recordar mi deber hacia mi esposa e hija. Espero con ansias otro juego pronto, ya que Francia carece del espíritu de la conquista en las mesas de juego. Hasta la próxima vez.” Él se inclinó cortésmente y siguió su camino.

“Dime que no lo hiciste,” Andrew lo inculpó mientras él y Benji observaban al padre de Lorelei dejar la habitación.

“¡Vaya!, no tengo la mas mínima idea de a que te refieres.”

La sonrisa presumida en la cara de su amigo le dijo que el hombre sabia exactamente a que se estaba refiriendo y que probablemente había hecho exactamente lo que Andrew esperaba que no hubiera hecho. “No juegues conmigo.”

“Yo no soñaría con semejante cosa.” Benji innecesariamente se ajusto su elaboradamente corbata atada. “Particularmente cuando hay alguien cercano con quien yo preferiría jugar.”

“Ella es una dama,” Andrew murmuró envenenadamente. Muchos jugadores en la mesa miraron la pareja. Un salón colmado no era el lugar ideal para comenzar una confrontación. “Lord Chastain, ¿estaría interesado en una caminata por el hall principal? He escuchado que nuestro anfitrión tiene el arte mas cautivador en exposición.”

Una vez sola, su amigo de giró hacia él. “¿Que tiene a todos en una nube? No puede ser debido al solo hecho que yo escolte a la adorada Lady Lorelei a la terraza antes que tu hayas tenido la oportunidad de hacer lo mismo.”

“Sabes perfectamente bien que no tiene nada que ver con escoltarla afuera, sino con tu comportamiento una vez que estuvieron fuera de mi vista,” Andrew echaba chispas.

“Conozco nuestras apuestas lo suficiente para saber que no puedo ganar ningún punto por lo que ocurre fuera de tu vista.”

“Eso es exactamente así: nada debe suceder fuera de mi vista—o en mi vista, de hecho.”

“¿Porque no?”

“Porque Lady Lorelei no es solo otra joven debutante.”

“Tienes razón. La mujer es increíblemente encantadora.”

“...y rica...y extranjera...y no es para ninguno de nosotros.”

“¿Quien lo dice?” Benji preguntó.

“¡Yo lo digo!” él gritó.

Benji lo miró con dureza y luego inclinó una ceja. “Ah, ya veo. Estas cautivado por esa mujer. Otra de tus obsesiones, presumo.”

“Por cierto no estoy cautivado por ella.”

“Eso no fue una pregunta, sino una exposición de los hechos. Ella no es diferente a otra tonta jovencuela por la que nos hemos sentido atraídos...y además, tu naturaleza obsesiva es poco atractiva.”

“¿Naturaleza obsesiva? No tienes idea de lo que estas hablando.”

“Oh, ¿no la tengo?” Benji cuestionó. “¿Que hay de todo este tiempo y energía que gastas en una pila de piedras que llamas una finca?”

“¿Que hay con eso?”

“Es un desperdicio, te digo.”

Ellos reñían como chicos de escuela. “Esa propiedad ha estado en mi familia por generaciones y ha necesitado reparaciones por casi dos décadas.”

“Entonces permítele a tu mayordomo hacer esto.”

“Yo no confío en su juicio en todos los temas.”

“¡Ah-ha!” Benji señaló hacia el cielo como si hubiera llegado a una gran conclusión. “¿Ves? Estas enamoradísimo.”

La valoración discernida no debería haber enojado a Andrew, pero lo hizo.

Andrew era suficientemente hombre para admitir que estaba arrastrado por la belleza de las mujeres, pero sumar la dominación experta de la conversación de Lady Lorelei y su chispa— ¿Qué hombre no estaría instantáneamente encantado por ella?

“Y además, pienso que una pequeña apuesta te ayudaría a vencer tu obsesión estúpida hacia una muchacha a quien no conoces aun. Ahora, si me disculpas, Lorelei—”

“¿Lorelei?” Andrew preguntó.

“Oh, si. ¿No te lo dije? Lorelei sugirió que abandonáramos las formalidades ya que ahora somos *amigos*.”

Andrew no saboreó la forma en que Benji enfatizó ‘*amigos*.’ Y además el deseaba darle un manotazo y arrojar a su amigo contra la pared cubierta de arte. El sonido de vidrios destrozados y la cabeza de Benji golpeando la superficie dura serian bastante satisfactorios, aun si esto no rectificaba la situación.

Aunque Lorelei parecía sabia para sus años, cada instinto en Andrew gritaba para protegerla, hacer todo lo que pudiera para resguardarla de los

gustos de Benji—y del resto de la sociedad.

“Como estaba diciendo, Lorelei...” Benji obviamente disfrutaba el humor austero de su amigo. “...me prometió un baile. Pero la noche es joven y hay tiempo para más que un escaso baile, debo pensar. Entonces no debo quedarme esperando.”

“Llegaste demasiado lejos.” Andrew debería haberle advertido al conde acerca de Chastain—aunque esto insinuaría a Andrew entre los Calaveras como sus amigos más cercanos.

Benji lo empujó para pasar y comenzó a regresar por el pasillo hacia el salón de baile.

“Chastain.”

Benji giró. “Te he dicho, no me llames así. Y haznos un favor a los dos y olvídate de Lorelei y cualquier sentimiento noble o encaprichamiento que hayas desarrollado por ella después de un simple baile. Ella no es para ninguno de nosotros, y sin duda alguna nada mas que otro cuerpo femenino efusivo.” Su amigo le entrego una mirada penetrante y dejó caer su voz. “Y ambos sabemos lo que nosotros hacemos con los cuerpos efusivos femeninos.”

Andrew sabía exactamente lo que ellos hacían.

Ellos los usaban hasta que perdían su realce.

Y eso causaba una ola de vomito en su intestino.

“No me esperes para irnos. Te veré en la mañana.” Chastain resumió su camino a grandes pasos, dejando a Andrew detrás.

Si el presionaba el tema, y a su amigo, entonces Andrew sabia que Chastain buscaría a Lady Lorelei con mas vigor. Era mejor que Andrew se olvidara de la mujer. Entonces, quizás Chastain lo haría, también.

Capítulo Tres

Lorelei caminó dentro de la sala de estar de la casa de ciudad rentada en Londres por sus padres con toda la gracia y equilibrio demandado de una mujer de su edad y estatus social. La hija de un noble francés, aun así residiendo en Inglaterra, tenía que continuar por arriba de cualquiera que pareciera ser de una clase mas baja.

Por el momento, su postura no tenía nada que ver con rozarse con otras caras de otro estatus social, sino solo parecer segura y por encima de toda duda para sus padres—ya que ella sabía que pronto la bombardearían con preguntas acerca de la noche anterior.

Ella tomó su acostumbrado asiento cerca de su madre y frente a la pequeña mesa cerca del sillón de su padre.

El trio se sentó tranquilamente, esperando que alguno rompiera el silencio.

Ella no seria la primera en hablar. En su viaje en carruaje hacia la casa la noche anterior habían estado silenciosos también, con cada uno perdido en sus propios pensamientos. Su padre probablemente había estado planeando su próximo movimiento, y su madre probablemente había hincapié en su propia falta de atuendo de noche adecuados si ellos iban a permanecer un periodo extendido de tiempo en Londres.

Y Lorelei... ella pensaba en toda clase de cosas que ciertamente llevarían a ambos padres a perder confianza en ella: el corte del fino traje del marques, su seguridad al sostenerla mientras giraban por el salón de baile, y la manera en que él la había mirado a ella y a Lord Chastain mientras ellos habían dejado el salón de baile para buscar un respiro en el aire fresco. La mirada debía haber enviado banderas rojas de advertencia y ponerla en alerta de mantener su distancia del hombre, aun si ella se encontraba atraída hacia él.

“¿Lore?” la voz tranquila de su madre la trajo de regreso al presente. “Tu *pere* te hizo una pregunta.”

La distracción era la única cosa que su padre simplemente detestaba. “¿Oh?”

“¿Pasaste tu tiempo sabiamente con Lord Chastain?” su padre repitió.

“¿Sabiamente? No estoy segura.”

“¿Porque es eso?” el conde pregunto en francés. Él se sentó en su sillón, The London Post desparramado en su falda.

“Hablamos en la terraza, pero el no pareció demasiado interesado en nuestra conversación. Luego me pidió un baile y dijo que tenía que retirarse al salón de juego.” El comportamiento del hombre había sido sospechoso, especialmente cuando ellos habían tenido un momento a solas—un momento cuando la mayoría de los caballeros buscan presionar su ventaja con un beso. “Pero una vez que volvió para reclamar su baile, parecía muy interesado en cada palabra que yo hablaba y me acercaba mas de lo apropiado.”

Era bastante obvio que el interés de Chastain en ella creció una vez que estuvieron a la vista de otros, específicamente del Marques de Drake, aunque no había razón para compartir este hecho con el conde.

“Su familia era naturalmente temerosa, también él lo debe estar.” Su padre doblo el diario que había estado leyendo antes de su llegada y lo dejo en la mesa entre ellos, aplastando cualquier esperanza que ella había tenido de evitar sus preguntas hasta que supiera más. “¿Te aseguraste una amistad continua con el?”

Ella pensó en su conversación en la terraza. Había permanecido cerca de él en las sombras, tratando parecer agradable a cualquier avance que el pudiera intentar, posiblemente aun una caminata sin rumbo en los jardines oscuros que estaban por debajo. Ella había elogiado la intrincada atadura de su corbata, había corrido sus dedos bajo la manga de su saco, y aun había hablado de la infalibilidad de su linaje, pero nada había atraído al hombre.

“Es una pregunta simple,” su madre cacareo.

Lo que su madre no parecía recordar era que los hombres—en su mas baja naturaleza—eran imprevisibles. Sus padres habían pasado demasiados años juntos y habían llegado a conocerse uno a otro bien—más allá que la mayoría de las parejas. Ellos trabajaban y Vivian juntos; en la superficie, ellos confiaban el uno al otro tácitamente. Una parte de Lorelei deseaba una conexión como la de ellos, fácil y honesta. Aunque, lo que a sus padres les faltaba era amor y cariño genuino el uno para el otro. Nunca los había visto abrazarse o compartir un beso. A menudo se preguntaba donde cada uno hubiera estado si su anterior gobierno no hubiera visto correcto exigirles al conde y la condesa algo más allá de su conexión.

“Hablamos, bailamos, y asumo que no será capaz de pelear con su masculinidad interior. Él está interesado, eso es bastante claro. No tengo dudas que vendrá rendido y nos dará lo que buscamos, o encontraremos que no tiene conocimiento del pasado de su familia y los tesoros confiados a ellos.” Lorelei esperaba que su voz sonara firme e inquebrantable porque dentro, ella

tenía miedo de fallar. No tanto por su país, —como sus padres hacían—sino por sus padres, quienes habían invertido su tiempo y energía para entrenarla. Y, aunque tácito, ellos temían molestar al hombre que llegaba al poder. Su padre había insistido que esto estaba integrado a su supervivencia que su nueva lealtad sería demostrada de una forma que nunca podía ser cuestionada por De Pez o Bonaparte.

Su madre sonrió mientras su padre volvió a su asiento a leer el periódico de la mañana.

“¿Y que hay acerca del otro hombre con el cual bailaste?” su madre preguntó. “El parecía bastante impactante, también.”

“Baile con muchos hombres, Madre.” Ella intentó empujar la investigación.

“El primer hombre— ¿como dijiste que era su nombre?” ella miró al conde esperando una respuesta. “Él estaba hablando con Lord Chastain cuando llegamos.”

“Drake.” El conde dijo de mal humor y regresó a su periódico. “El hombre es inofensivo.”

Lorelei guardó silencio, esperando que cambiaran de tema.

“El no será nada pero,” su madre, Camille, argumentó. “El mantuvo un ojo sobre ella toda la noche.”

“Estoy de acuerdo con *Pere*. El marques era agradable y un buen bailarín, pero eso es todo.”

“Intuición femenina, ambos verán.”

Lorelei esperaba que el sexto sentido de su madre estuviera anulado, y que el marques no buscara impulsar su amistad.

“¿No sabemos nada del hombre?” su madre continuo estimulando. “Existe la posibilidad que Chastain sepa exactamente lo que tiene, y haya informado a alguien de su existencia.”

La idea era absurda, y Lorelei solo esperaba que su padre pensara lo mismo. “El marques es un amigo de Chastain, eso es todo.” Ella fundió una mirada apática entre sus padres. “Además, los Chastains han sido siempre leales a su pacto con Francia. Ellos le hicieron a nuestro país un favor sacando los planos fuera de nuestras fronteras—y podría recordarte, nosotros solo buscamos encontrar los planos y sacarlos de la tenencia de Chastain para entregárselos a De Pez. No estamos aquí para dañar a nadie, fuera de la lealtad Francesa, ni causar un escandalo.” Aunque ella cuestionaba sus métodos a diario.

“¡Bien dicho, mi hija!” su padre la alabo. “Recuerdas todo lo que hemos inculcado en ti. Harás una Francia activa por años que vendrán.”

El orgullo en su tono crispó sus nervios. Ella era una mujer joven con toda su vida por delante, aunque sus padres estuvieran determinados a vincularla con Napoleón Bonaparte, un hombre colocado para tomar Francia como propia—reservada y resignada a rendirse ante la oportunidad de continuar con el nombre de La Valette.

Lorelei sabia que si ella continuaba en los pasos de sus padres, ella no tendría chicos. El pensamiento de someterse a un marido—el cual seria seleccionado por su gobierno—y sus chicos a una vida a la merced de un gobierno inconstante y sus cambiantes agendas era algo que ella no podía tolerar.

Ella había pasado muchas tardes pensando en las posibilidades de un futuro diferente. Podía ser dejando de lado los planes y alejarse, para nunca mas ser molestada nuevamente. ¿Se atrevería ella a soñar que sus padres vinieran con ella? Oh, para vivir una vida tranquila, tal vez encontrar una parcela de tierra para comprar desde el titulo de su padre y supuesta riqueza que giraba en torno de la generosidad del Directorio o quien quiera que exitosamente tomara el poder.

Lorelei no tenia reservas en la habilidad de Bonaparte para mantener el control de Francia, ni aun para mantener su propia cabeza sobre sus hombros.

Un suave golpe sonó en la puerta, y los tres se dieron vuelta, temeroso de ser escuchados. Cuando ellos habían viajado a Londres, habían hecho las cosas aceptables socialmente contratando sirvientes para asistir su casa de ciudad. A su padre le preocupaba traer los propios sirvientes de confianza ya que llamarían la atención e impactarían negativamente en la aceptación dentro de la alta sociedad.

Habían sido relegados a una vida de ser observados continuamente y temían que el chismerío de los sirvientes finalmente fuera su ruina.

“Entre.” Su padre volvió al Ingles y se focalizo en el periódico una vez más.

“Conde,” su mayordomo dijo a modo de saludo. “Lady Lorelei tiene una visita—un caballero.”

“¿Una visita?” la suave nota en las palabras de su madre animaron la habitación. “Muéstrele la entrada.”

Podría ser que ella hubiera traído a Chastain a sus órdenes mas pronto de lo que había esperado.

“Bueno, no veo como yo aun dudo de tus encantos, Lore. Eres tan hermosa como tu madre lo fue en su mejor momento.”

“Gracias, *Pere*.” Lorelei pensaba si su padre se había dado cuenta del insulto a ella y a su madre en sus palabras. Ella giró, atrapando la mirada herida de su madre segundos antes de que fuera remplazada con una sonrisa ceremoniosa.

Pasos pudieron ser escuchados viniendo por el pasillo—dos pares, para ser exactos.

Lorelei se puso de pie para saludar a su invitado, pero se quedo paralizada al ver al mayordomo venir a través de la puerta con un ramo de las más preciosas flores azules que ella jamás había contemplado.

“Mi Dios,” ella murmuró.

El mayordomo se movió para dejar el arreglo sobre la mesa larga detrás de la poltrona donde su madre se sentaba.

Lorelei regreso a la puerta, lista para darle la bienvenida a Lord Chastain, pero fue sorprendida al ver otro hombre parado justo dentro de la puerta.

“Lady Lorelei, gracias por recibirme sin anunciarme,” el Marques de Drake dijo mientras se inclinaba hacia ella. Con una sonrisa, él se movió mas adentro en la habitación y tomo la mano de su madre, llevándola a sus labios. “Condesa de Epernon, no he tenido el placer que nos presentaran la otra noche.”

Lorelei permanecía, congelada en su lugar, mientras observaba enrojecer a su madre por las atenciones de Drake. Él era un poco más cautivador a la luz del día de lo que había sido con la baja iluminación del salón de baile. Usaba atuendo para cabalgar del más oscuro ébano, ajustado perfectamente a la musculatura de sus muslos. Su saco se tensaba a través de sus hombros anchos en lo que era la ultima moda en Londres. Mientras que prendas ajustadas eran inapropiadas para caballeros de corpulenta naturaleza, era adecuado para Drake.

“Conde, es un placer.” El marques emitió un saludo cortes.

Su padre solamente lo miró a Drake, sin decir una palabra.

“Oh, mi lord, usted ha traído las flores mas agraciadas. ¿Dónde encontró semejante flores en este tiempo del año?”

“Viaje lejos del alcance del continente para encontrar flores que valieran la pena.”

“¿Desde que bailamos?” la habitación y cada uno en ella se alejaron.

Sus escamados verdes ojos como almendras destellaron con picardía, tal como ella hubiera esperado de un niño atrapado con sus manos sobre un pastel enfriándose en la ventana de la cocina. “¡Ay!, yo solamente envié una nota a mi finca rural.”

“¿Es realmente su mundo tan pequeño?” ella preguntó.

“Mi mundo parece trivial en este momento en la luz de su brillantez.”

“A-hem.” Su padre aclaró su garganta, extinguiendo efectivamente los zarcillos calientes de necesidad que habían comenzado a avanzar a través de ella por las palabras del marques. “¿Le gustaría tomar asiento, mi lord?”

“No, gracias.” Él le dio una última mirada. Su mirada ofreció mucho más de lo que ella alguna vez pudo desear. “Debo ir yendo. Yo sólo deseaba concederle un regalo a Lady Lorelei que es una fracción tan adorable como ella.”

Sus palabras tenían el peso de la incorrección, y solo serían pasadas por alto cuando eran dichas por una pareja ya comprometida a casarse. El marques habló como si él la cortejara, aunque ella sospechaba que no era el caso. Después de su baile, ella había oído por casualidad chismerío acerca del marques y Chastain, ambos conocidos sinvergüenzas y calaveras. Ellos habían pasado años impactando a la alta sociedad con sus escapadas menos que honorables. A pesar de investigar al duque, ella no se había dado cuenta de la magnitud de su libertinaje.

“Le rogaría su palabra de despedida.” Él se inclinó totalmente hacia la habitación. “Espero verla pronto, Lady Lorelei. Conde y Condesa, tengan un buen día.”

Con aquellas palabras, él caminó a grandes pasos fuera de la habitación, la seguridad de sus pasos nunca titubeantes. Su mayordomo lo seguía, cerrando la puerta detrás de ellos.

“La intuición de una mujer nunca es errada,” su madre cuchicheo y cayó en el sillón reclinable. “¿Que vamos a hacer? Su atención no puede ser recompensada o alentada.”

El conde se sentó en silencio, y Lorelei sospechó que él esperaba su respuesta en orden de medir su interés en el marques. Él era un hombre sabio, su padre, quien conocía la mejor forma de tantear el terreno de cualquier persona de la cual él buscaba respuestas. El silencio era a menudo el método superior, permitiendo a la persona en cuestión sacar ellos mismos sus intenciones.

Lorelei reconocía sus métodos bien. Y ella también sabía muy bien mostrar cualquier clase de interés en Drake, en sus exhibiciones extravagantes, o sus actividades futuras. “Sugiero descartar las flores a toda prisa en caso de que tengamos alguna otra visita este día.”

Su padre la miró, sin duda juzgando cada palabra, y más todas sus acciones. “Muy bien, nuevamente sabía.”

“...y mientras estamos en esto, informa al mayordomo que el marques debe ser despedido si él nos visita nuevamente.” Lorelei abrazó el ramo de flores, colocado en un florero grabado costosamente, e intento dejar la habitación.

“¿Donde vas?”

“A deshacerme de esta grotesca exhibición. No necesitamos tener a los sirvientes chismeando si le pedimos a alguno arrojarlas a la basura a la luz del día. Puedes estar seguro que le llegara algo al marques.” El arreglo era mas pesado de lo que parecía. Sus brazos se tensaban bajo el peso. “Si no te importa, regresaré en breve.”

Su madre sonrió. “Muy bien,” ella dijo con aprobación.

Lorelei caminó por el pasillo, pero en vez de doblar hacia la cocina, ella continuo directamente y giro hacia la izquierda, empujando una puerta giratoria hacia el hueco de la escalera de sirvientes. El pasaje se angostaba mientras ella trepaba los dos pisos de escaleras, forzándose ella misma bajo el peso de las flores. Afortunadamente, el pasaje estaba desierto a esta hora, la mayoría de los sirvientes ocupados limpiando todos los dormitorios y la galería principal.

Empujando la puerta en lo alto de las escaleras y abriéndola levemente, ella miró a ambos lados del pasillo. Era muy probable que ella se topara con su sirvienta en su dormitorio, pero Lorelei había comenzado a confiar en la muchacha desde que había estado asignada a ella la semana anterior. Su sirvienta, Isabelle, tenía más juventud que ella, pero nada más. Con dedos hábiles y una desmenuzada disposición, ella atendía todas las necesidades de Lorelei. Cuando ella se aseguro que no había nadie a la vista, Lorelei rápidamente se metió en su habitación y colocó las flores sobre su tocador.

Su madre y padre raramente visitaban su dormitorio, entonces ella estaba muy poco preocupada que descubrieran que no se había deshecho del arreglo. Además, a ella le gustaba la vista y el aroma de ellas. Nunca nadie le había dado un regalo, más allá de las pequeñas chucherías que su padre le otorgaba cada año durante las vacaciones de invierno. Ni siquiera su cumpleaños era un día de celebración.

Ella suspiró. Era tiempo que regresara a la sala de estar, pero realmente deseaba correr detrás del marqués, agradecerle por visitarla y por el hermoso regalo, y decirle que si las cosas fueran diferentes, ella aceptaría sus atenciones. Su carruaje debería haber partido para este momento, además, llevándoselo a él y a las esperanzas de Lorelei lejos de cualquier clase de futuro con él.

Estos pensamientos no tenían lugar en su vida. No tenía sentido desear y soñar en cosas que nunca serían de ella—especialmente el Marqués de Drake. Él era un hombre de extrema riqueza, título, y pasión. Podía hacer mucho más que atarse a una mujer enclavada en su país con el único propósito de espionaje y traición.

Ella sacudió todo pensamiento de él de su mente y frotó sus manos para librarse de cualquier indicio de las flores que ella había cargado.

Podía cambiar poco en su vida por el momento.

Una vez que ella hubiera encontrado los planos—y así hubiera demostrado la fidelidad de sus padres ante la nueva facción gobernante—la oportunidad de escapar de su vida actual se le presentaría, ella estaba segura de esto. Su madre y padre podían estar hechos para entender sus deseos de más que la vida que ellos habían elegido. Esto incluía un hogar—no una casa alquilada en un país extranjero, sino un hogar estable con un jardín en la parte trasera y una enorme chimenea. ¿Dónde? Ella podía adivinarlo en el presente. Disfrutaba la actividad de Londres, sin embargo. Tal vez sus padres decidieran permanecer aquí.

Deambulando hacia la ventana, ella corrió a un lado las cortinas y miró hacia la calle dos pisos más abajo de ella. Casas de ladrillos limpios se alineaban en una senda con un camino pavimentado con adoquines en el medio, escasamente suficientemente ancho para que dos carruajes pasaran uno al lado del otro.

Un carruaje estaba estacionado ante su casa justo ahora.

Entornando los ojos, Lorelei pensó quien estaría visitando a sus padres. Nadie estaba sentado en la caja del conductor del coche descubierto, solamente suficientemente grande para dos, con un par de elegantes, caballos grises amarrados. Examinó el camino y los escalones de abajo, suficientemente seguro, el marqués caminaba sin rumbo.

El hombre continuaba sorprendiéndola. Primero pidiéndole bailar sin más que una presentación, y luego apareciendo con flores. Ella pensaba quien le había pasado su dirección.

Quizás hubiera suficiente tiempo para preguntárselo.

#

Andrew se demoró fuera de la casa del conde, tomándose unos instantes para calmar sus nervios. Las últimas doce horas se las había pasado dando órdenes y correteando para asegurarse que sus flores se vieran perfectas. Y ahora el vacilaba en partir, ya que no tenía ningún lugar donde ir. El había pensado en ir a almorzar a White's, o saltar a su club de esgrima por un encuentro rápido, pero nada lo atraía.

Había esperado más de su visita a Lorelei. Un momento en privado estaba fuera de cuestión, pero posiblemente una invitación para acompañarlos a un baile o un banquete. Sus esperanzas habían sido lanzadas rápidamente cuando ella había aceptado las flores y el conde había dejado claro que no era bienvenido para permanecer.

Había poca oportunidad de que ganara su favor, o le advirtiera sobre Chastain, si no tenía la posibilidad de hablar con ella.

Mirando fijamente con la vista levantada hacia su casa, Andrew suspiró.

Era tiempo para el de partir, porque no le haría ningún bien ser observado mirando alrededor de la casa.

Antes de que pudiera trepar hacia el asiento del carruaje, la puerta del frente se abrió. Él se congeló.

“¿Su señoría?” Lady Lorelei dijo. Ella protegió sus ojos por el brillo del sol de media mañana. “¿Algo está mal?” Ella levanto su vestido y bajó hacia el camino. La casa bloqueaba el sol en el camino, así que ella pudo bajar la mano.

Andrew instantáneamente le tomó la mano y la llevó a sus labios, arrastrando un suave beso a través de su muñeca. “Lady Lorelei,” él dijo. El soltó su mano y dio un paso atrás, esperando que ella no notara la transpiración por los nervios en sus palmas. “Todo está de maravillas.”

“¿Hay algo mal con su carruaje?” ella miró sobre su hombro, observando a ambos caballos y a los aparejos. “Tenemos un establo atrás si requiere asistencia con alguna cosa.”

“Todo es como debe ser, se lo juro.” El lugar no era el ideal para advertirle en contra de Chastain, pero al menos el camino estaba abandonado, y la puerta detrás de ella solo permanecía parcialmente abierta. Cuando el vio un brillo de material por la apertura, supo que un mayordomo revoloteaba

adentro. “Debo irme. Gracias por aceptar mi visita sin enviar mi tarjeta primero.”

Ella sonrió, con indecisión, pareciendo tan nerviosa como él. “Estoy feliz que haya venido—y agradecida por las flores, son hermosas.”

Ni cerca tan hermosa como usted, él pensó, pero guardo silencio, temeroso de parecer un muchacho sin experiencia con su primer amor. Lo cual era absurdo, ya que había solo venido a advertirle acerca de las menos que honorables intenciones de Chastain.

Aunque él debía admitir, que la manera que su cabello oscuro caía como cascada por su espalda, como si fuera que su sirvienta no había tenido tiempo de arreglarlo antes que ella hubiera dejado su dormitorio, le llamaba la atención. Y sus ojos olivan, ensombrecidos por sus pestañas oscuras, lo tenía a él sumergido en un mar de verde.

“¿Su señoría?”

“Le pido disculpas,” él contestó. “Yo estaba...” *¿Perdido en sus ojos? ¿Imaginando mis dedos corriendo por su cabello?* “...pensando en todas las obligaciones que yo tengo hoy. Realmente debo irme.”

Su expresión perpleja casi lo lleva a que le agarrara su mano nuevamente, pero apretó sus puños a los costados, resistiendo la tentación.

“Ya veo.” Lady Lorelei cruzó sus brazos, alejándose de él. “Que tenga un día adorable.”

Él se arrepintió de sus palabras inmediatamente. “Y usted también. ¿Podría interesarle un paseo por Hyde Park?”

“¿Ahora?”

“Oh, no.” él estaba mezclando las cosas; sería mejor si el giraba su espalda y se escapaba antes de decir algo realmente embarazoso. “Posiblemente mañana—o cualquier otro día.”

Cualquier hombre que lo conociera estaría mareado de reírse por la burla que él estaba haciendo de él mismo.

“Lo disfrutaría enormemente, su señoría.” Ella sonrió. “Tendré que preguntarle a mis padres—”

“Naturalmente,” el interrumpió.

“—pero encontraría placer en eso. He visto muy poco de su ciudad desde mi llegada.”

Un hombre aclaró su garganta y ambos miraron en dirección de los escalones, donde un joven caballero estaba parado, una mochila arrojada sobre su hombro. “Correo de la mañana, mi lady.”

“Oh, gracias, Gustavo.” El muchacho transmitió sus palabras y le entregó a Lorelei unos pocos sobres. “Se las entregaré a papá en un momento.”

Andrew sintió un poquito de envidia por la manera en que Lorelei miraba al muchacho. Había poco por lo que estar celoso, ya que el solamente había bailado con ella una vez y le había traído flores. No tenía planes con ella—ni los tendría. Él no estaba buscando una esposa. Se recordó que había venido ante la necesidad de protegerla.

Lorelei miró las cartas cuando el muchacho del correo se movió hacia la próxima entrega, un silencio embarazoso cayendo sobre ellos.

“Me despediré.” Se inclinó, pero ella continuaba mirando un sobre en sus manos, sus nudillos blancos de apretar fuertemente. “¿Se siente mal?”

Con sus palabras, el mayordomo abrió la puerta detrás de ella y miró hacia afuera.

Finalmente, ella miró al marques una vez más, pero su alivio anterior se había ido, sus hombros se tensaron y sus ojos se ensancharon con preocupación.

“Debo irme,” ella dijo, sin esperar su respuesta antes de escaparse dentro de la casa. La puerta se cerró bruscamente detrás de ella—sin dudar el mayordomo transmitió su sospecha de Andrew.

Capítulo Cuatro

Andrew se bajó del carruaje en frente de su casa y tiró al aire las riendas a su lacayo que estaba esperando antes de alinear su sobretodo. Su mañana había tomado un giro raro, pero sin embargo, Lady Lorelei lo había recibido y ella había adorado las flores. El conde había sido amable, aunque no demasiado amistoso. Ningún miembro de la alta sociedad miraría desfavorablemente que su hija fuera cortejada por un marques, aun si se decía que el marques tenía un pasado menos que estelar.

El había pensado duro y por mucho tiempo la noche anterior acerca de olvidar a la mujer, continuando como si nunca se hubieran conocido y como si las chispas no hubieran surcado los cielos entre ellos. Él tenía la pequeña duda de que esto sería para bien, y en vez de eso se encontró levantándose para enviar una sirvienta a su invernadero a buscar las flores perfectas para regalárselas. Darle flores a una mujer no era algo que el estuviera acostumbrado a hacer. Una chuchería brillante aquí o allí, podía ser. Ropa interior de seda rojo escarlata, indudablemente. ¿Pero flores? Cielos, no. eso no lo beneficiaba de ninguna manera.

Le fastidiaba la manera en que su visita había terminado. El debería haberla seguido adentro de regreso, solo para asegurarse que ella estuviera bien después de haber recibido la correspondencia.

Su falla más significativa, quizá, fue hacer poco caso en advertirle acerca de Chastain. Ahora, él razonaba que la probabilidad de su ruina disminuía significativamente si él simplemente permanecía cerca de ella.

“Buen día, Alfred,” él dijo cuando la puerta del frente se abrió.

“Buen día. Lord Chastain lo espera en su estudio.”

Era casi como si sus pensamientos hubieran invocado al hombre. Era muy temprano para que Chastain estuviera ahí. A esta hora, él estaba usualmente entreteniéndolo a sus invitados de la noche anterior, refugiado en su cama.

Su amigo caminaba delante de la chimenea, enfrentando a Andrew cuando entro en el estudio. “¿Donde has estado?”

“Estaba afuera.” Él no estaba dispuesto a decirle que había estado en la casa de Lady Lorelei. “¿Porque estas paseando de un lado al otro?”

“Después del desayuno tendríamos que haber partido hacia el festival anual de Sasha en Eggerhart Quarry.” Benji movió sus manos como un niño

petulante al que se le niega un caramelo. “Si no partimos con toda prisa, todas las mujeres expuestas habrán sido elegidas.”

Él se había olvidado de la única cosa por la que él y Benji vivían: el baile de máscaras anual en la finca rural de Madame Sasha. Eran dos semanas llenas de depravación en las cuales Madame Sasha presentaba un nuevo grupo de cortesanas a los hombres exclusivos de la alta sociedad. Sus invitados eran alentados a probar las mercaderías de Madame y hacer ofertas sobre cada chica que encontraban de su gusto.

Cada año, Sasha cumplía las promesas efectuadas en su invitación. Los hombres dejaban sus esposas, hijos, y responsabilidades detrás para acudir en masa a la casa rural por varias noches de alborozo con la oportunidad de regresar a la ciudad con una nueva amante.

Otros hombres, como Benji y él mismo, disfrutaban de la diversión, ya que eran menos gustosos de establecerse con una mujer más que unas pocas noches. Ellos favorecían el establecimiento en Londres de Madame Sasha—Craven House—para satisfacer sus necesidades.

“Por favor, atempera tu urgencia.” Andrew se sirvió un trago y, en segundo lugar, le dio uno a Benji, también. Estaba nervioso y podía usar la irritación. “Es un viaje de pocas hora, y dentro de un día, estarás cansado de las festividades y estarás listo para regresar a la ciudad.”

Agarrando su vaso, Benji trago el líquido de una vez. “Ya vámonos.”

“No estoy seguro que pueda ir.”

“¿Que? Bromeas, ciertamente.”

“Creo que no hago tal cosa. Algo ha aparecido y debo permanecer en la ciudad.”

“¿Que podría haber pasado desde la última noche? Espera un momento...”

Andrew sabía por la sonrisa burlona en la cara de su amigo que él había llegado a la conclusión correcta. “Tengo negocios—”

“Negocios... Lady Lorelei es un negocio ahora, ¿no es así?”

“¿Quien mencionó a Lady Lorelei? Como bien sabes, tengo muchas responsabilidades. Yo no me deleito en la forma en que malgastas tu título y tu finca mientras te focalizas solamente en dejarte tentar por tus propias necesidades.”

“Eres un maldito zorro,” Benji dijo. “Todavía le tienes ganas a la jovencueta.”

“¿Y si así fuera?”

“Ella es cautivante, de una manera exótica.” Benji golpeo ligeramente su dedo índice sobre su mentón pensando. “Ojos que miran dentro de tu alma. Pero yo soy honesto, solo me importa cuan paradisiaco se sentiría estar metido profundamente dentro de ella—”

“Es una dama. Un poco de respeto.” El concepto era uno en el que ningún hombre hubiera pensado demasiado, ya que la única verdad valedera de una mujer hasta ahora había sido permitirle placer a ellos. Una cama caliente para la noche—o varias, dependiendo cuan acogedores eran sus encantos.

Benji tenía una mirada de demasiada confusión en su cara. “Lo admitiré, pensé en la idea de obtener un momento privado con la muchacha, tal vez alentarla hacia una de las habitaciones vacías de arriba.”

“Todo lo que quiero decir,” Andrew dijo, “es que Lady Lorelei es joven y nueva en Inglaterra. Ella merece mas que hombres que solo quieren obtener una mirada de lo que sus camisones de seda esconden. No somos hombres en época de celo, salidos recientemente de la universidad.”

Su amigo pensó en sus palabras antes de hablar. “Entonces te propongo una tregua.”

“¿Que tipo de tregua, exactamente?” él pregunto escépticamente.

Benji se había tranquilizado, estaba despreocupado. “Ninguno de nosotros la persigue.”

“Vamos.”

“No le hablamos, no la tocamos, ni siquiera soñamos con ella durante la noche—un simple baile no admite ninguna clase de discusión.”

Era mejor de lo que él había esperado—su deseo de protegerla traería discusión, dejándolo libre de regresar a su vida diaria. “¿Estas de acuerdo con eso?”

Y espero que el encanto de Lorelei disminuya con el tiempo.

“Con seguridad.” Benji se movió hacia la puerta. “Ahora que esta todo establecido, ¿podemos irnos?”

El acuerdo entre los hombres se había realizado demasiado rápido. Su Amistad de mucho tiempo le permitió a Andrew tener la claridad para ver las palabras de Benji más allá del punto principal. Su amigo sabia que él deseaba algo—ya sea una mujer o un caballo, no tenia importancia—por consiguiente, de acuerdo con su naturaleza para la rivalidad, Benji se aseguraría que el adquiriera esto primero.

“Como dije mas temprano,” Andrew dijo, “algo se ha originado en mi finca y no puedo demorar atender el asunto. Pero, de todas formas, por favor

ve y deséale a Sasha lo mejor. Me disculpo por no presentarme.”

“Muy bien,” Benji dijo incrédulamente. “Creo que puedo arreglármelas sin ti por este año, pero bajo ninguna circunstancia le daré tus excusas a Sasha. Mándale una nota.”

“Entonces espero que seas alcanzado por bandoleros en tu viaje.”

Benji rió. “Y les daré lo que se merecen y los enviare otra vez al camino, aliviado de sus propias armas.”

“No espero menos.”

“Y esto impresionara enormemente a Madame y sus chichas. Mis historias de sacarle el ánimo a un insípido bandido, todo para llegar a ellas. Vaya, sus corsés se desatarán solos, supongo.”

Su amigo tenía una sola cosa en su mente, y, afortunadamente, esta no comenzaba con una L—ni Lorelei ni amor. Sin embargo, aquellas dos palabras eran todo en lo que Andrew podía pensar.

Tal vez seria sabio para él pasar tiempo en los brazos de una mujer deseosa en orden de olvidarse de cierta muchacha.

En vez de eso, él dijo, “Si, estoy de acuerdo, ellas caerán a tus pies en éxtasis cuando vuelvas a contar tu angustiante viaje para desvirgarlas. Realmente desearía estar allí, pero debo encontrarme con mi mayordomo a toda prisa.”

“Entonces no te detendré. ¿Podremos cenar en White después de mi regreso?”

“Si he regresado de mi casa de campo, por cierto.”

“Pensaré en ti durante mi tiempo de desenfreno.”

“Por favor, no,” Andrew gritó por detrás de su amigo mientras dejaba la habitación.

Despreciaba mentir, especialmente a alguien que el consideraba tan cercano como familiar. Eso que el hizo con Benji, estar de acuerdo con una tregua la cual tenia cero intención de obedecer, lo colocaba en un camino que estaba poco dispuesto a retroceder. Había trabajado muy duro para enmendar los caminos de su juventud, poniendo sus transgresiones detrás de él.

Con Benji fuera de la ciudad y fuera de la fábrica de rumores, Andrew podría avanzar en su relación con Lorelei de una manera apropiada, si estaba tan predispuesto. Una parte de el temía que su encanto no se extendiera mas allá de la competencia con Benji por su atención—como si ella fuera nada mas que un premio para ganar.

Mentalmente, hizo una lista de cosas que uno hacia cuando cortejaba a una mujer. Su lista era decididamente corta como si él estuviera perdido detrás de las flores. Se dio cuenta que no tenia demasiado conocimiento en algo más que levantarle la pollera a una muchacha y darle placer. Sin eso, ¿Qué acercaba a una mujer a un hombre? Él se estaba moviendo en terreno desconocido y lo sabia.

###

Lorelei caminaba por su habitación—ida y vuelta una y otra vez.

Los días habían pasado, y ella no había sido llamada desde que Andrew le había traído flores. Cada día ella asistía a un te aquí y un banquete allí, todo con la esperanza de obtener la atención de Lord Chastain una vez mas, pero el había estado misteriosamente ausente hasta ahora. Los contactos de su familia en Londres habían estado trabajando duro para procurar invitaciones para el conde a los hogares más finos con las familias de la más alta elite social.

Agregado a la falta de asistencia de Chastain estaba el hecho de que la gente evitaba tanto a Lorelei como a sus padres. Lorelei era ignorada por las mujeres jóvenes, y los caballeros solamente se acercaban a su padre. Ellos estaban haciendo un trabajo espantoso para parecer discretos.

El sobre en su bolsillo casi lo quemó formando un agujero en su vestido de la mañana. Esto no había significado nada para ella, y mantener en secreto su existencia a su padre le causaría un daño irreversible y desconfianza si era alguna vez descubierto.

Ella deslizó la carta, dirigida al conde, de su bolsillo por decima vez en la ultima hora. Sacando la hoja delgada de papel del sobre, la desdoble y miró sobre las palabras. Estaba escrito en su lengua nativa para prevenir que el personal de la casa la leyera, si caía en manos equivocadas.

Conde de Epernon,

Me estoy impacientando con su falta de información y progreso sobre cierto asunto. Si sus esfuerzos no son redoblados con toda prisa, no piense en regresar. Como cabe esperar, ayuda será despachada si usted no es capaz de cumplir con sus obligaciones.

De Pez

Una nueva desesperación la invadió. La amenaza era clara, y llamaba a su familia a entrar en acción inmediatamente o enfrentar las consecuencias.

Mientras que el conde había aconsejado a su familia sobre la necesidad de su cooperación en este plan para ayudar a De Pez en orden de salvarse ellos mismos, Lorelei tenía pocas dudas que De Pez obtendría mucho más que su familia una vez que los planos se entregaran efectivamente. El conde y su esposa eran conocidos simpatizantes de Luis XVI, y así debían demostrar su apoyo a Napoleón si deseaban regresar a Francia. Cualquier cosa fuera del resultado esperado significaba que ellos nunca estarían seguros de aquellos quienes cambiaran la dirección de la generosidad que seguramente pesarían sobre sus cabezas.

Si ella no hubiera interceptado la carta, seguramente su padre nunca la hubiera compartido con ella. Sus años de protegerla de la volatilidad de su elección de vida necesitaba terminar. Lorelei era tanto una parte de su situación presente como el conde y la condesa, o ¿se habían olvidado acerca del traspaso a su única hija?

Ella no era un peón para ser usado y no confiarle los secretos.

Ella había abandonado toda esperanza—o al menos una esperanza inmediata—de un hogar y familia, en vez de eso ella estaba prometida a sus padres. ¿Ellos se daban cuenta de los sacrificios que había hecho sin poder pensar en su propia felicidad?

Sus vidas estaban en peligro—por sus lealtades pasadas y por las recién descubiertas.

Lo que más la atemorizaba era la cuestión de si ellos habían elegido el lado de De Pez y era el lado incorrecto.

Ella se sentó en el escritorio, una hoja de pergamino limpia delante de ella, y deliberó sus opciones.

Podía entregarle la carta a su padre y enfrentar su furia por abrir su correspondencia personal y luego esconderla. O, podría idear su propio plan.

Si Lorelei se hacía presente y admitía su engaño, entonces tendría la sobrecarga agregada no sólo del desprecio de su padre, sino también del aplacado De Pez. Muy poco tiempo le llevó tomar la decisión mientras agarraba la pluma de ganso y sumergía la punta en la tinta color ébano a su derecha.

No le quedaban muchas opciones.

Garabateó las palabras a través de la página en su bien practicada y elegante escritura.

Lorelei no se permitió ni un momento para considerar su decisión antes de empolvar el papel con arena, enrollando la nota, y llamando a Isabelle. La

carta que ella había escrito no requería una respuesta—ya que ella nunca podría haberla esperado pacientemente. Todo lo que quedaba para hacer era prepararse para su noche...y encontrar una manera de escapar de la casa sin ser notada.

Capítulo Cinco

Lorelei retorció sus manos mientras la gente pasaba cerca de ella. Muchos miraban sus modos, pero evitaban sus miradas rápidamente. Ella sabía que les parecía a ellos, y esto era lo que más despreciaba de Inglaterra. Ella era una mujer parada sin acompañante en Covent Garden. Indudablemente se la confundían con una dama de la noche esperando su benefactor.

Ella estaba esperando a alguien—pero no era una ramera, y el nunca sería su benefactor. Estaba en realidad nerviosa que él no viniera, o que no hubiera recibido su misiva después de todo.

Había sido atrevido y arremetedor de parte de ella enviar una nota directamente a su casa, pero el tiempo no estaba de su lado, y necesitaba afirmar su interés en él antes que fuera demasiado tarde. O mejor dicho, establecer que su interés en ella no era indeseado. Ella había tenido muy pocas opciones con su reciente ausencia de las funciones sociales.

Ella solo esperaba que con la ayuda de Isabelle, su ausencia en la casa no fuera notada y ella pudiera deslizarse otra vez dentro sin que nadie se alertara. Le informaría al conde acerca de su salida en la mañana, e ilusionadamente traería buenas noticias para él. Entonces, quizás la carta podría ser olvidada.

Los vendedores pregonaban fruta y golosina para vender a los nobles y sus compañías como mujeres quienes pronto se pasearían en la multitud. Ellas se reían nerviosamente cuando los hombres cuchicheaban en sus oídos, haciéndole reverencia a las mujeres quienes deseaban una palabra, y aceptar todos los regalos de flores y chucherías. Esta noche—y el lugar—perteneían a ellos.

Mezclarse con la multitud debería haber sido simple, aun cuando ella había elegido un vestido que lo incitaría, y, a la vez, este atraía demasiada atención no deseada. Había elegido un traje de noche del verde más rico, tan profundo que se podría confundir por ónix. Con su cuello, orejas, y muñecas chorreando perlas, Lorelei era la envidia de cada mujer que pasaba. Parte de ella pensaba si el marques encontraría su atuendo de su gusto, y entonces rápidamente descartaba el pensamiento. El marques no era por quien ella estaba aquí.

Se quedó quieta tanto como le fue posible, como para no exponer la atrevida hendidura al costado de su vestido que llegaba claramente a la mitad

de su muslo y revelaba sus medias negras por debajo, completando con lazos justo arriba de sus rodillas.

Suspiró cuando el alivio finalmente se acercó, apareciendo en la multitud como si estuviera faltó de aire. Mientras él caminaba, ella notó sus ojos errantes, posándose sobre cada mujer vestida provocativamente.

“Lord Chastain.” Ella deslizó una suave reverencia. Cuando sus ojos se focalizaron en sus pies, notó el brillo intenso de sus botas y, mientras se enderezaba, tomó consciencia de su atuendo hasta su cuidadoso peinado. Tenía gustos caros, y no era un desamparado.

“Lady Lorelei.” Él agarró su mano y se la llevó a sus labios. Ella temía que estuvieran dando un espectáculo mientras él sostenía sus dedos allí por una molesta e indebida cantidad de tiempo. Sus labios presionados sobre su mano helada caían sobre su palma—nada tan firme como el toque del marques. Finalmente, él la soltó y sonrió. “Yo recién he llegado a la ciudad, y debo decir que fui tomado de sorpresa.”

“¿Porque eso, mi lord?”

“Es solo que usted parecía favorecer al marques antes que a mí.”

Ella pensaba si él la estaba evaluando. Había bailado con ambos hombres aquella noche, y había aceptado una segunda visita la mañana siguiente. Ellos eran amigos, después de todo, y esperaba que compartieran sus confidencias.

Su estomago giraba ante el pensamiento del marques escuchando su invitación inapropiada a Lord Chastain para encontrarse en Covent Gardens. La reputación de las puertas externas de la sala de teatro era muy conocida por sus rincones oscuros y escondidos. Citas a menudo transpiradas bajo las narices aguileñas de todos, pero para nada atinadas.

El Marques de Drake era muy experimentado en aquel área en particular, y ella podía casi visualizarlo quitándose su sobretodo—y luego su vestido, sus manos moviéndose a través de su piel acalorada, aun mientras los actores sobre el escenario estuvieran diciendo sus líneas.

“Eso es una tontería. Yo casi no pude sacar mis ojos de usted.” Ella empujó la imagen erótica de su mente y se focalizó en Lord Chastain. Sus hombros no eran tan anchos, y su cabello—aunque perfectamente peinado—estaba faltó de volumen. Su altura escasamente pasaba la de ella, y sospechaba que el fondo de sus botas estaba acolchado. Ella no podía engañarse. Él era un hombre muy elegante, y probablemente era considerado un gran premio, aunque él tuviera menos de lo que Drake tenía en abundancia. Exactamente eso la evadía. Los hombres eran muy similares: títulos, riqueza, educación, y finos

atuendos, entonces porque era atraída por uno y el otro no tenía sentido para ella.

“Estoy complacido de escuchar eso. ¿Vamos?” sin esperar, él deslizó su mano en la de él, conduciendo a Lorelei a su lado mientras comenzaban a caminar ante la jovial concurrencia que los rodeaba. “La noche está muy hermosa.”

“Si, lo es.” Lo último que ella deseaba discutir era acerca del tiempo, esto era sin importancia. “Espero no estar manteniéndolo fuera de un compromiso previo fuera de la ciudad.”

Él se rio ahogadamente. “No para nada. Bueno, si, en realidad usted lo es, ¿como podría resistir su invitación?” ella no sabía si estaba bromeando o estaba solamente tratando de entretenerla. De cualquier manera, sus palabras la irritaban, aunque el mismo comentario del marqués la hubiera hecho reír.

Ellos se movían casualmente entre la multitud sin dirección alguna. Lorelei lo sentía tomar ventaja, pero no sabía hacia donde. Quizás el tuviera un palco privado desde donde podrían ver la obra.

“Por favor, no me deje imaginarme. ¿A que debo el placer de su compañía esta noche?”

“Una mujer sería loca si no buscara mas tiempo en su presencia, mi lord.”

Cuando él sonrió con satisfacción, ella supo que había dado la respuesta correcta. Lord Chastain pensaba extremadamente en él mismo, y ella había sabido adularlo, acariciar su ego, y finalmente conducirlo hacia donde ella quería. Era la primer lección que su madre le había enseñado—casi indiscutiblemente, la mas importante que ella había aprendido. Los hombres buscaban admiración por sobre todas las cosas, ya sea por su riqueza—lo que normalmente no tenía nada que ver con ellos, sino con los muchos lores antes que ellos—o por sus hazañas sobre un caballo.

Lorelei consideró lo que ella esperaba obtener de esta noche. Afortunadamente, ella despertaría su curiosidad lo suficiente para que se concentrara en ella. Una vez que ellos hubieran establecido su relación, entonces no sería mirado desfavorablemente por su familia visitarlo en su casa. Un banquete en su casa de Londres o unos días de descanso en su finca campestre les facilitarían a ella y a sus padres encontrar lo que buscaban.

“Lo sé, así que gracias por no renunciar a sus planes.” Ella lo recorrió con la mirada tímidamente bajando sus pestañas. Lo había empleado numerosas veces, aunque era un poco mas difícil lograrlo cuando el hombre al lado de

ella era mas alto que ella como otros lo eran. “¿Tiene un palco en el que pudiéramos sentarnos y conversar?”

“Ah, si, conversar es exactamente lo que tengo en mente,” él murmuro. “Por aquí.”

Aumentó sus pasos y ella se dio cuenta que la multitud comenzaba a diluirse mientras ellos se movían a un área poco iluminada de los jardines. Las antorchas, las cuales estaban sobre el pasillo, comenzaron a escasear, su escaso brillo dejaba mas rincones oscuros mientras ellos se alejaban más de los otros. La conversación de la gente disminuía, y las risas se mezclaban con la respiración pesada que podía ser escuchada desde las áreas más oscuras justo fuera del pasillo. Ella casi no podía escuchar más la suave música de la orquesta.

Lorelei miraba muy nerviosa los alrededores. Era demasiado tarde para regresar ahora—retirarse ciertamente le dejaría un gusto amargo en la boca a Lord Chastain y definitivamente nunca mas la llamaría, y mucho menos le permitiría entrar en su casa.

“¿Donde vamos?” ella preguntó. “Estoy segura que ya hemos pasado todos los palcos con vista especial de la obra.”

“No es mucho mas lejos, se lo prometo.”

El número de lámparas en las afueras del jardín menguaba a medida que se alejaban de la multitud, como lo habían hecho mientras recorrían el pasillo bien cuidado. La línea verde comenzó a invadir el espacio por donde caminaban, enredándose en su vestido. Las espinas de las plantas se clavaban en sus medias de seda mientras ella las rozaba al pasar, presionada ahora por Lord Chastain. Dentro de poco, su fino calzado se humedecería con el rocío que cubría la tierra. La luna sobre su cabeza escasamente se podía observar debido a los arboles elevados.

La mano de Chastain apretaba en su brazo y la obligaba a detenerse. Ella intentaba liberarse girando para enfrentarlo, pero su inquebrantable agarre no aflojaba.

“Ouch.” El la lastimaba, aunque ella dejo deslizarse una sola palabra de sus labios antes de forzar una cuidadosa risa. “Mi lord, ¿donde me ha traído?”

Si el notó el temor en su pregunta, no mostró señal de esto. “Oh, asumí que podríamos aprovechar unos minutos a solas para conocernos mejor el uno al otro.”

Lorelei no podía comprender la expresión de su cara en la luz tenue, y temía que no disfrutaría lo que vería si podía.

Chastain presiono su cuerpo con rudeza en el de ella, su postura rígida la obligaba a encorvarse suavemente hacia atrás. La única cosa que la mantenía derecha era el sostén sobre su brazo, que seguro le dejaría una repugnante contusión.

Ella estaba agradecida por la oscuridad así no podía ver el temor en sus ojos, aunque muchos dicen que se puede oler el terror en una persona.

“Sería adorable conocer mas acerca de usted y sus intereses.” Ella se rehusaba a mostrar su miedo. “Pero este es un lugar muy poco adecuado para hablar de nuestras familias y pasatiempos.”

Su mano la liberó, y ella tropezó hacia atrás, intentando obtener un balance. “Afortunadamente para usted, no tengo familia para discutir. Ahora, mis pasatiempos...” antes que ella se pudiera mover un poco más hacia atrás, sus brazos se arrastraron alrededor de ella y la acercaron. Él conecto sus caderas contra las de ella, su erección era evidente a través de su fino atuendo de noche. Su mano se movió hacia abajo y la tomo firmemente por su trasero. “Preferiría mucho mas mostrárselos.”

Lorelei se calmó, sabiendo que como un caballero de la alta sociedad no podía estar desprovisto de sus modales y entonces no llevaría esta situación mucho más lejos. Haciéndolo enfurecer solamente haría su tarea más difícil de cumplir. Sus manos apretujaban más insistentemente su espalda, creando marcas que ella sabia que harían juego con las del brazo.

“Bésemme, *ma chérie*,” él dijo, imitando su lengua nativa mientras la presionaba nuevamente contra el, arruinando probablemente la fina seda de su vestido. “Vamos. Ambos sabemos que ustedes las pequeñas cortesanas Francesas disfrutan jugar tanto como los lores Ingleses.”

Ella deseaba gritar, arremeter contra el, correr. Aunque se pedía a si misma mantenerse calma—pensar en su ultima obligación para la seguridad de su familia.

En vez de pegarle sobre la cabeza, ella esforzó a sus labios a sonreír y sus ojos se bajaron en sometimiento. “Mi lord, sus palabras están a la altura de la incorrección. ¿Es todo lo que usted demanda un beso?”

“Por supuesto, mi lady.” El volvió a las formalidades, pero el trozo rígido de su cuerpo no se rindió. “Un beso y mi noche estará completa.”

Un simple beso. Ella había besado muchos hombres en su corto tiempo fuera de la escuela, pero aquellos hombres no la habían forzado. Lord Chastain la veía como una debutante—y una inocente, aunque el apremiaba su ventaja.

Chastain se inclinó hacia ella, y ella cerró con fuerza sus ojos, necesitando superar esto, para satisfacerlo por un momento así ella podía partir. Su respiración se desplegaba por su cara mientras se acercaba. Fue solo entonces cuando ella se dio cuenta del olor a licor sobre el. Su aliento y ropas olían a esto. Ella había estado tan focalizada en lograr lo que buscaba que no había notado su falta de sobriedad.

No podía confiar más que actuara como un caballero respetable.

Por fin, sus labios se posaron cruelmente contra los de ella herméticamente cerrados. Su boca se movía y su lengua buscaba forzar que sus labios se abrieran.

Cuando ella se resistió, su mano liberó su trasero, desplazándose hacia arriba a su cuello, y finalmente tomando sostén de su mentón. Su dedo la sujeto y sostuvo su cara quieta.

Un quejido se le escapó.

“Oh, yo sabía que disfrutaría de mi toque.” Las palabras fueron murmuradas contra su cuello mientras su boca atacaba mas de lo que acariciaban la carne allí. “No dé pelea con esto, querida—continúe, esto hará este momento mucho mas memorable.”

“Por favor...” ella suplicó.

Sus labios aplastaron los de ella una vez más, y sus dedos aliviaron su cara.

Un poco de la tensión la liberó. Ella podía soportar este beso brutal.

Aquel pensamiento fue apenas expulsado antes que su vestido fuera de pronto deslizado. El aire fresco de la noche acarició sus piernas, cubiertas solamente con simples medias y zapatillas embarradas.

El pánico se apoderó de ella una vez más.

Ella lo empujo en el pecho, con la esperanza que se diera cuenta que su comportamiento rebelde no era apreciado.

En vez de eso, su brazo la envolvió nuevamente por su cintura para mantenerla cerca mientras su otra mano abrazaba sus pechos.

Ella luchaba contra sus avances lascivos en un intento de liberarse.

Cuando escucho que rasgaba la tela, detuvo la lucha mientras su mente buscaba comprender lo que estaba sucediendo.

“Venga, mi pequeña *putain*. Le prometo que disfrutara esto mas de lo que lo haya hecho antes.”

“Que...” el la creía una puta, una jovencita común sin lugar a dudas. “No ___”

“Es demasiado tarde ahora. Usted verá lo que consigue una mujer como usted si bromea.” Sus palabras eran frías como el hielo, y sus ojos hacían juego.

Con poco esfuerzo, el agarró sus pies por debajo de ella y ella aterrizó en un pequeño rincón cubierto de hierba a unos pocos metros del camino que se usaba con poca frecuencia por donde habían venido. El aterrizo consistentemente encima de ella, dejándola sin aire en sus pulmones en su caída. Había subestimado erróneamente su fuerza y los músculos bajo su atuendo de noche.

Lo empujó, tratando de liberarse, de patearlo, pero sus piernas estaban enredadas en su vestido. Él estaba por completo sobre ella, desgarrando el canesú de su vestido. Sintió como su collar se rompía en su cuello y las perlas explotaban por todos lados, golpeando su cara, su pecho expuesto, y brazos.

“No.” su voz perforó el aire. El delgado hilo del mundo no tenía ninguna materia, ni siquiera para sus propios oídos. Ella no deseaba esto...ella no había pedido esto.

Los momentos pasaron como toda una vida mientras ella se apartaba de la realidad de lo que le estaba sucediendo.

Dejó de pelear, sabiendo que su fuerza sobrepasaba la de ella.

En vez de eso, sollozaba. Si sollozaba en voz alta o sus gemidos quebrantados nunca dejaron su garganta, Lorelei no lo sabía.

“Yo lo digo,” una voz masculina pudo ser escuchada solo a unos cuantos pasos. “Uno debería aprender a ser mas discreto con sus citas. ¿Qué dices, John?”

El otro hombre se rio antes de hablar. “Es como si todo Londres hubiera perdido su educación últimamente.”

Chastain fortuitamente rodo de ella con un pequeño gemido, alertado por la presencia de otros.

Ella permanecía en el suelo, su vestido desgarrado y en harapos alrededor de ella, mientras el ajustaba sus pantalones y metía su camisa adentro. Finalmente, enderezo su corbata y masculló, “Confío en que pueda encontrar su camino a casa.”

Lagrimas calientes manaban de sus ojos y penetraban la tierra que la rodeaba. Su cuerpo pedía gritar ante la injusticia casi completada contra su persona, pero temía llamar la atención hacia ella una vez más. Aunque los hombres quienes habían tropezado con ellos merecían un agradecimiento, ya

que Chastain seguramente hubiera terminado la acción si no hubiera sido descubierto.

En vez de eso, se quedó quieta.

Con una inclinación suave en su dirección, el duque giró y se dirigió por el camino en la dirección en que ellos habían venido. Ella observó sus botas mientras se alejaban. Raramente, permanecían limpias e inmaculadas del barro que se aferraba a ella tan gustosamente. Era como que la mugre no quisiera ser asociada a los gustos de él.

Ella había juzgado equívocamente al hombre con quien había esperado convertirse en una amiga más cercana. Él no era un apropiado lord inglés más de lo que ella era.

Capítulo Seis

Andrew formaba remolinos con el líquido en su vaso—exactamente lo que había estado haciendo por la última hora mientras esperaba la llegada de Benji. Él había pasado la hora anterior jugando billar con Lord Storr y conversando de caballos con Sir Ryker.

Al principio había pensado si había leído mal la nota de Benji pidiéndole que lo acompañara a cenar en White. Su interés en escuchar los cuentos de la fiesta en la finca de Madame Sasha era ínfimo, pero él no podía rechazar la invitación de su amigo.

Poniéndose de pie, Andrew caminó por la habitación, dejando su vaso medio vacío atrás. En los días anteriores, había tenido poco impulso a beber, lo cual era un cambio bienvenido fuera de lo normal. Los días habían pasado en compañía de su abogado, planeando futuros arreglos a sus propiedades, compra de caballos para sus establos, y negociaciones sobre una nueva aventura en el mar. Todas relaciones comerciales completamente legítimas, aunque podrían haber esperado hasta después de la fiesta de Sasha.

Por último, Benji entró a White's, parpadeando varias veces y protegiendo sus ojos de las luces brillantes. Parecía que su amigo estaba aun en copas después de pasar un tiempo en lo de Madame Sasha, donde el cantinero era tan generoso como las mujeres.

“Andrew.” Benji se dejó caer en el asiento en donde Andrew había estado sentado, empujando la pequeña mesa entre ellos lo suficiente como para volcar el líquido ámbar sobre el marco de los anteojos de Andrew. “Me disculpo por mi tardanza. Tuve que hacer una rápida parada antes de unirme a ti.”

“Estaba comenzando a pensar que te habías quedado profundamente dormido y no me habías mandado una nota que no estabas viniendo.” Andrew rio, reclamando su propio asiento. “Estoy contento de ver que has tenido unos días emocionantes en lo de Sasha. ¿Encontraste algo interesante?”

Andrew preguntó, esperando que su amigo le dijera que se había distraído con un par de pechos frescos, manteniendo su mente alejada de Lady Lorelei.

Benji hizo señas para un trago antes de responder. “La fiesta fue la misma que en años anteriores—diversión animada, con cantidad de bebidas y sin dormir.”

“Me di cuenta de eso por tu...” Andrew se detuvo, captando la vestimenta desaliñada de su amigo. “...menos que estelar atuendo esta noche.”

Benji se miró a si mismo, como si notara por primera vez que sus ropas estaban arrugadas y se veía barro colgando de su camisa blanca, el cuello de tela suavemente torcido.

“Tal vez un baño y ropas limpias hubieran tenido prioridad sobre esta cena.”

“No, no.” Benji se sentó más derecho. “Acordamos tener una cena una vez que llegara a la ciudad, y estoy muy curioso acerca del tiempo que estuviste sin mi.”

Andrew no tenía intención de compartir más de lo que había compartido, no hablar de flores o donde su mente actualmente permanecía. “Esto y aquello, todas cosas mundanas, tengo miedo...no obstante necesariamente.”

Él se detuvo cuando un sirviente entregó la bebida a Benji y tomó su orden de comida.

Con una amplia inclinación del vaso, Benji lo vació. “Otro.”

“¿Estás seguro que no necesitas algún tiempo para dormir?,” Andrew preguntó. “¿Quizás le permitas a los espíritus dejar tu sistema?”

Benji lo observaba. “¿Cuando te convertiste en mi padre?”

“Es solo—”

“Te has convertido en alguien muy estricto últimamente.”

“Sin duda alguna no,” Andrew dijo a la defensiva.

“¿Madame Sasha?”

“¿Que hay de eso?”

Benji aceptó otro trago, pero solo bebió un sorbo esta vez. “Nunca te hubieras perdido esta oportunidad antes.”

“Te dije, tenía problemas de negocios que atender.”

“Si, si.” Benji se agitó ante su comentario, inclinándose levemente en su silla. “Ciertamente eso no podía ser aplazado. Te diré, nunca dejarías pasar la oportunidad.”

Había algo fuera de lugar acerca de la manera en que su amigo hablaba, casi como si su vida de comodidad y depravación se hubiera consumido enteramente. O bien el hombre estaba más allá del agotamiento, o él realmente estaba tan bebido como parecía.

Andrew rio, con esperanza de iluminar el humor austero que se había establecido en esta conversación. “Te aseguro que no te decepcionaré nuevamente.”

Cuando su comida fue puesta en la mesa entre ellos, ambos hombres rápidamente tomaron sus utensilios de plata. Andrew estaba principalmente focalizado en comer su comida antes que Benji se desmayara. Era como si su amigo no hubiera tenido tiempo de una comida decente en días.

“Madame Sasha preguntó por ti,” Benji dijo con un pedazo de alimento en su boca. “Ella está preocupada de que la hayas remplazado.”

“Ciertamente tengo—”

“Y yo estoy de acuerdo.”

Andrew estaba falto de palabras. El tenor de su amistad había cambiado drásticamente en los últimos años, y él parecía incapaz de alterar su curso. Más y más había pasado tiempo solo o con sus mayordomos. Sus noches en la ciudad, visitando Craven House y semejantes, habían menguado a sólo uno o dos por mes. Francamente, estaba conmocionado que Benji no hubiera considerado su falta de asistencia tiempo atrás.

“Quizás yo no favorezco mas” Lorelei inmediatamente vino a su mente. Se dio cuenta cuando empezó todo que gustosamente pasaría cada noche en su compañía por el resto de sus años y estaría perfectamente feliz.

Benji lo miró como si nunca lo hubiera visto antes. “Eso es absurdo. ¿A que hombre no le favorece una exquisita dama sin ropas en su cama?”

¿A quien no, por cierto?

Pero la única cosa que corría por su mente era Lorelei, tendida desnuda sobre una cama que él conocía muy bien, sonriéndole mientras bajaba de arriba de ella.

“¿Hola?” Benji chasqueo sus dedos ante la cara de Andrew. “Sé que yo soy el único que está en copas aquí, pero pareces demasiado preocupado.”

“Lo estoy.” Él sacudió su cabeza, determinado a no permitir que cada palabra le recordara a ella...y como deseaba verla otra vez. “Debo irme. Siento que no soy la mejor compañía esta noche.”

“¿Me abandonarás?” Benji preguntó. “Es lo que pensé.”

“¿Que es lo que quieres decir?”

“¿Piensas que no puedo decirte lo que tienes en mente?” Benji dejó su tenedor de lado, su plato vacío. “Estás todavía pensando en ella.”

“Eso es absurdo.” Andrew volvió a sentarse, su propia comida olvidada. “Tengo mucho mas en mi mente que una simple mujer. ¿Y que es eso de abandonarte?”

“Simple. Una mujer aparece, y de pronto, estás cancelando los planes conmigo.” Él levantó su tenedor y atravesó un pedazo de comida del plato de

Andrew. “La jovencuela no vale tu tiempo—ni el mio, estoy seguro.”

Andrew suprimió el instinto de salir en defensa de Lorelei. “No parecía de esa forma la otra noche,” él aguijoneo. “Además, en algún momento nuestras obligaciones familiares sobrepasaran nuestra amistad...aun para ti.”

“¿Prevés un tiempo en el que no seremos como siempre hemos sido? Y no debería necesitar recordarte que nosotros somos la única familia que tenemos.”

Andrew no podía estar en desacuerdo con su amigo, pero la atracción de algo mas—alguien mas—era fuerte. “Tienes razón. Y es mejor que nosotros no nos amplíemos demasiado donde las mujeres en edad de casarse están presentes.”

Los hombres levantaron sus vasos brindando y bebieron copiosamente.

“Además, ella ciertamente me elegiría a mi.” Benji rio.

“Lo dudo mucho eso, pero es bueno saber que no estamos compitiendo por esta.”

“Muy real, sé que no tengo interés en la muchacha. Tengo una aversión hacia las mujeres de cierta altura.”

Ahora era el turno de Andrew de reírse, la conversación se tornó como en los viejos tiempos entre los dos. “Oh, ¿quieres decir si ella se mantuviera de pie cerca de ti? Puedo ver como esto seria desagradable para alguien de tu extrañamente modesta estatura.”

“No soy yo quien soy de poca estatura, sino que ella es excesivamente alta.” Benji mantuvo la broma. “Aun así no me importa, eso no significa que tu puedas apresurarte para agarrarla.”

“¿Y si yo decidí cortejar a Lady Lorelei?” Andrew preguntó, testeando las aguas.

“Entonces siento que te causaría molestia.” Benji miró sobre el hombro de Andrew cuando la campanilla sobre la puerta sonó para darle la bienvenida a otro visitante. “Ah, creo que tenemos compañía que probará justo mi punto.”

Andrew giro en su asiento, haciendo contacto visual con un hombre de mediana edad.

Él se puso de pie y atravesó la habitación para saludarlo. “Buenas noches, Señor St. Augustin,” Andrew dijo a modo de saludo. “Espero que la noche lo encuentre bien.”

El hombre lo golpeó con una mirada dura antes de responder. “Drake. No veo que hayas cambiado mucho desde nuestro ultimo encuentro.” Él movió su cabeza hacia Benji, quien prácticamente estaba tendido sobre el respaldo de

la silla que Andrew había dejado vacía. “Usted aún confraterniza con los personajes mas repugnantes.”

“Señor—”

“Se lo he dicho, no se acerque a mi,” St. Augustin lo cortó. “Tan lejos como todo el mundo sabe, nunca hemos sido amigos, ni nunca lo seremos.”

“Sólo busco saber si ella se encuentra bien de salud.”

“Usted perdió el derecho de preguntar mucho tiempo atrás. Ahora, déjeme pasar.” El hombre hizo como que se ponía en marcha, pero Andrew extendió su mano sobre su hombro para detenerlo. “Suélteme.”

Ellos quedaron así, ninguno retrocedió.

Cuando un suave batir de palmas sonó detrás de ellos, Andrew dejó su mano caer del hombro del hombre, sin desear crear mas espectáculo. St. Augustin tenía todo el derecho de despreciarlo. Demonios, si los lugares hubieran estado invertidos, Andrew lo hubiera batido a duelo al hombre.

“Drake.” La intensidad en los ojos de St. Augustin hizo que Andrew se atreviera a cruzarlo una vez más. “No haga contacto ni con mi esposa ni con mi niña. Ellas me pertenecen, un hombre honorable de su afecto—no un borracho calavera quien piensa poco en otros.”

Cada palabra que el hombre dijo era verdad, y Andrew no podía hacer nada sino pararse a un lado y permitirle continuar con sus entretenimientos de la noche.

###

Lorelei se deslizó dentro de su saco en el momento que entró en el carruaje que la esperaba. Ella envolvió la tela caliente a su alrededor como un capullo, cubriendo su alguna vez amado vestido desgarrado y manchado de barro. Sus dedos tocaban su garganta donde sus atesoradas hebras de perla habían estado, anidadas en el hueco de su cuello. Habían sido un raro regalo de su padre durante un tiempo de gran disfrute.

Ahora, se habían ido.

“¿A donde, mi lady?” su cochero gritó desde su asiento en lo alto del carruaje.

“A casa, gracias.” Ella mantuvo su llanto apretando lo suficiente para pronunciar las palabras. En ese momento, no había lugar que fuera un hogar para ella más que la casa de sus padres. Estaba insegura si consideraba a Francia un hogar.

El sonido de las ruedas del carruaje sobre el adoquín sumergía los gritos de su corazón desgarrado mientras las lágrimas surcaban su cara, mojado el cuello de la lana. Ella apretó su saco mas fuerte como si se la tragara entera y la transportara a otro lugar y tiempo.

Tiempo.

Antes de llegar a Inglaterra, Lorelei tenía una sensación que la vida no tenía nada que ver con tiempo, días sin fin, meses, y años. Lo suficiente para hacer que sus padres se ordenaran y tuvieran un lugar de diversión para jugar a los espías, con tiempo para disponer de una familia para ella. Ahora, todo parecía demasiado real. Deseaba establecerse en un lugar el tiempo suficiente como para hacerlo su hogar. Y amigos—como deseaba tiempo para amigos genuinos, gente quien la conociera y la quisiera.

Ahora pensaba si habría suficientes horas, días, años para estar completa nuevamente—poner junto lo poco que había quedado de ella y vivir: disfrutar la salida del sol, gozar de la luz de una puesta de sol, respirar en el aire fresco y limpio, o sentir la gramilla de una escasa arboleda entre sus pies desnudos.

Se enderezó en el asiento, empujando sus pensamientos de auto lástima bien profundo, y llevó sus manos a su cabello. Debía parecer atemorizante. El viaje desde Covent Gardens a su casa no duraba más de diez minutos. ¿Cuanto tiempo había pensado en abandonar Londres y dejar a sus padres atrás—junto con el peso de las obligaciones forzadas sobre ella por De Pez?

Una vez más, el tiempo no era su amigo.

Ella pasó un paño sobre la condensación de la ventanilla y le prestó atención a la calle.

Quedaban dos cuadras.

Lo cual dejaba atrás su precioso momento para armarse—y prepararse para deslizarse sin ser notada dentro de la casa, igual que había salido mas temprano. Con suerte, sus padres aún estarían fuera esta noche. Solo necesitaba mantener su miseria dentro suyo hasta que llegara a la seguridad de sus dormitorios, entonces se podía dejar llevar por sus emociones. Su capa cubriría el desastre debajo y escondería la mugre que colgaba de sus brazos y piernas. Su cabello podría ser culpado por las manos ansiosas de Lord Chastain durante un suave beso de despedida.

Su estomago se tambaleaba con el pensamiento, recordando su aliento horrible y su agarre como atornillado sobre su cuerpo. La imagen de su cuerpo presionado contra el suyo que pareció una eternidad amargó su estómago, pero no debían haber sido más que meros momentos antes que fuera ahuyentado por

los hombres que pasaban. Esos meros momentos, sin embargo, podían traducirse como una misión fallida y el castigo asegurado para su familia. Si esto los conducía hacia su derrota y subsecuente penalidad, entonces nunca se lo perdonaría.

La humedad de su transpiración enfermiza sobre ella era un recuerdo cruel —aunque ella no lo hubiera olvidado— como si ella hubiera tentado a la bestia, y ahora debía vivir con las consecuencias.

Lorelei sabía que sus sacrificios no serían en vano, como si ella—su cuerpo, su mente, su alma misma—no importara.

Aunque su virtud estaba aun intacta, la furia corría a través de ella ante la injusticia que Chastain había planeado. Porque había pensado que encontrarse con el sin el conocimiento de sus padres era una buena idea, ella no lo sabía.

La puerta del carruaje se abrió, revelando solamente la mano del cochero para ayudarla a bajar. “Mi lady, hemos llegado.”

Mientras extendía su mano para que el hombre la ayudara, Lorelei vio la mugre apelmazada bajo sus uñas bien cuidadas alguna vez y la mancha de suciedad arruinando la parte de atrás de su mano delicada.

Espantada, rápidamente retiró sus manos hacia atrás. “Gracias,” tartamudeo, sacudida ante la visión de ella misma. “Por favor adelántese y asegúrese que mi sirvienta ha preparado mi habitación mientras junto mis cosas. He extraviado mis guantes favoritos.”

“Por supuesto, mi lady.” Sin dudar, él giró y se fue hacia la entrada del frente. La puerta estaba abierta ampliamente, como solo un verdadero mayordomo inglés podía hacer, y el cochero consultó con el hombre antes de regresar a su carruaje.

El cochero aclaró su garganta, señalando su deseo de partir hacia la caballeriza y dar por terminada esta noche.

Oh, como deseaba desenganchar las yeguas y cepillar la transpiración de sus membranas que marcarían el final de esta terrible noche.

Pero pena no era algo que ella sintiera por otros, y especialmente no la extendía a sus propias circunstancias.

Lorelei levantó su capucha para cubrir su cabello embarrado y salir del carruaje, cerrando su capa alrededor de ella y enterrando sus manos temblorosas dentro de sus bolsillos forrados en piel para esconder alguna evidencia más de su relación desastrosa.

Mantuvo su cabeza en alto—nunca bajaría su cabeza por vergüenza que alguien la viera—y subió los escalones dentro del gran vestíbulo

afortunadamente vacío.

Lorelei respiró con alivio en el momento que cerró la puerta sólidamente detrás de ella.

Mandarle a avisar por adelantado a Isabelle había sido sagaz. Ningún alma se entrometería con ella hasta las primeras luces de la mañana.

La primera cosa que la saludaría cuando entrara en su dormitorio era lo último que ella deseaba ver: el hermoso ramo de flores del marques.

Ellas simbolizaban cada cosa que nunca—nunca podrían—ser suyas. El pensamiento de un marido elegido por cariño mutuo, una vida llena hasta el borde con risotadas de chicos, y lo más importante, un hogar, un lugar estable con un corazón abierto donde su paz nunca fuera molestada.

Eso nunca sucedería.

El tono chillón de las palabras en su cabeza nunca sería suficientes para forzar a las flores sobre su lugar en lo alto de su vestidor a ponerse de pie, pero permanecían quietas, despreocupadas de la confusión dentro de la habitación—dentro de ella.

Antes de que supiera lo que estaba haciendo, sostuvo el enorme, pesado exhibidor en sus manos. Sus dedos trazaron el vidrio tallado del florero de cristal. No había ninguna duda que manos delicadas habían tallado la vasija.

Manos delicadas...

Lorelei una vez más miró sus propias manos. Manos que una vez habían sido tan delicadas como aquellas de cualquier dama de Londres, nacida y criada para ser el centro de cada salón donde entraba. A pesar de eso, ahora ella las reconocía como lo que realmente eran—frías, manos sicarias que pertenecían exclusivamente a su corona, nunca a ella misma. Ellas harían cualquier cosa y todo lo que su corona demandara.

Ninguna parte de ella era suya para ordenar. Pero este momento—con las flores sostenidas en sus manos—era suyo.

Furia. Enojo. Desilusión. Enajenación. Soledad. Arrebato. Vergüenza.

Ella dejó que sus emociones tomaran todo el control y la apisonaran. Era una sensación poco familiar, y ella tenía la esperanza que lo siguiera un entumecimiento.

Con poco esfuerzo—nacido mayormente de su corazón latiente y alma dolorida—el jarrón voló a través del aire hacia la pared sobre la chimenea que calentaba su habitación. Se sintió abrupto y destrozado cuando golpeó el piso.

Profundamente, ella conocía lo que su corona demandaría de ella:

Destrucción. Conquista. Aceptar sin resistencia.

Las astillas de vidrio volaban en todas direcciones. El brillo de las muchas velas colocadas alrededor de la habitación destellaba pedazos de vidrios rotos de afilado cristal.

Sus piernas se sintieron débiles debajo de ella cuando las emociones intensas continuaron su curso atravesándola, sin ser dispersadas tan fácilmente como había esperado.

Como se atrevía el Marques de Drake a ofrecerle cualquier esperanza de un futuro—especialmente el futuro con el que ella había soñado.

Capítulo Siete

Andrew cabalgó a través de Hyde Park, una suave brisa en su cara y sus pies asegurados en el estribo. Normalmente aborrecía las necesidades que la sociedad demandaban de él: los bailes, las visitas matutinas, los téns en las tardes, y los musicales de las noches. Endiabladamente irritante y una pérdida de tiempo, cuando debería estar manejando sus muchas obligaciones comerciales. Había siempre disputas para ser resueltas con los inquilinos de sus muchas fincas, reparaciones necesarias...y entonces, estaba llegando el momento cuando no podría continuar poniendo sus deberes del Parlamento en su mente.

A pesar de todo esto, hoy había tomado una ruta diferente a su casa desde la oficina de su abogado. Había pasado las calles principales en favor de cortar a través del parque, aun cuando esto lo llevara a tener contacto con otros miembros de la alta sociedad. Pensamientos de conversaciones insustanciales del tiempo y los entretenimientos mas esplendidos de la temporada no lo convencían este día.

Bajó de su montura para caminar cuando llegó al pasillo que atravesaba el parque. Damas y caballeros vestidos con atuendos de caminar a la última moda caminaban sin prisa y sin rumbo, saludando a conocidos y deteniéndose a hablar con amigos.

Andrew sonreía, esperando escuchar una voz familiar que le dijera buen día a él, pero mientras continuaba a lo largo del camino, se dio cuenta que muchos esquivaban la mirada o giraban para hablar con otros, dándole a Andrew su espalda.

¿Por cuanto tiempo había sido tratado de esa manera?, pensó. Era como una revelación darse cuenta que él se había hecho esto. Raramente bailaba en reuniones sociales, evitaba cualquier apego a una mujer en particular en orden de desanimar a las casamenteras, y nunca invitaba gente a su casa—y tampoco ellos llegaban sin anunciarse.

Sin saberlo, se había convertido en un solitario por elección de sus acciones, un hombre de la sociedad considerado inaccesible.

Su humor amenazaba volverse avinagrado.

Andrew empujo su caballo para que se detuviera, decidiendo tratar una nueva táctica. Con las riendas en sus manos, comenzó a caminar por el

ocupado camino, sonriendo a los transeúntes y deseando un buen día a aquellos con quienes se conocía. Muy poca gente asentía en respuesta, pero ninguno se detenía.

Un carruaje que pasaba sostenía el penacho familiar de los Dovington.

“Buen día,” gritó. Cuando el vehículo aminoro la marcha hasta detenerse y dos mujeres prestaron atención desde el coche al aire libre, él continuó. “Adorable verla, Lady Dovington. Y a usted, Lady Eugenia.”

Lady Eugenia, recientemente presentada esta temporada, levantó su mano devolviéndole el saludo. “Buen día, mi lord.”

“Marques,” su madre dijo cautelosamente. “Creo que esta es la primera vez que nos hemos visto durante una salida de día, ¿no es así?”

Andrew era muy consciente que conseguir una presentación de su hija poco agraciada sería una ventaja y marcaría el debut en sociedad de la muchacha como todo un éxito.

“Si, bueno, siento que mi actividad física está gravemente limitada debido a mi frenética agenda,” respondió. “Pero este tiempo es sumamente agradable, ¿no es así?”

Había recurrido a hablar del tiempo, su sonrisa forzada, y las dos le devolvían la mirada como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Era casi doloroso mantener sus labios doblados hacia arriba.

Ellas solamente asintieron como respuesta.

“Bueno, no las entretendré por mas tiempo.” Emitió una inclinación que hacia juego con su sonrisa rígida y renovó su paseo cuando el conductor puso a los caballos en acción. “¿Que diablos estoy haciendo?” el hablo entre dientes.

“Estaba pensando lo mismo, su señoría,” una voz melódica dijo detrás de él.

Tomado por sorpresa, Andrew dejo caer las riendas de su caballo y giró. “Lady Lorelei, que agradable sorpresa.” Él buscó a sus padres, pero solo notó una sirvienta rezagada detrás de ella. “Usted siempre tiene la ventaja de sorprenderme. ¿Está sola?”

“No,” ella dijo, gesticulando sobre su hombro. “Mi sirvienta, Isabelle, está conmigo.”

“Veo. ¿Puedo invitarla a un paseo?”

“Había esperado tener un momento par mi misma.” Él no estaba seguro si las palabras significaban que desmotivaban su compañía o no. “Pero siento

que Hyde Park, especialmente a esta hora, no es el lugar al que uno viene a aclarar sus pensamientos en soledad.”

“¿Vamos?” Andrew extendió su brazo. “¿Sobre qué alguien tan joven como usted necesita aclarar su mente?”

Lorelei lo miró titubeando, sus ojos de un verde muy claro con el sol de la mañana brillando sobre ellos. “Oh, estoy segura que mis problemas no son del todo diferentes a los de otras mujeres jóvenes.” Ella desvió la conversación a problemas de menos seriedad—y él se lo permitió.

Finalmente, ella acomodó sus dedos sobre su brazo. Él podría haber jurado que sus dedos temblaban suavemente antes de apoyarlos.

Jugaría por el momento. “Estoy desacostumbrado a los problemas de las mujeres jóvenes, por favor ilumíneme.”

Mientras caminaban, su vestido gris suave rozaba contra sus pantalones y ella se aferró—un poco más fuerte de lo necesario—a su brazo. “¿Desacostumbrado a las mujeres jóvenes? ¿No tiene hermanas o parientes femeninas?”

“Yo fui maldecido como único hijo, y mi madre falleció cuando yo estaba en mi juventud.” No había hablado de su familia en años. Ellos estaban en una parte distante de su memoria que el eligió mantenerla bajo llave, un recuerdo de tiempos mas felices que nunca dejaban de traerle demasiada tristeza. “Éramos solo mi padre y yo hasta que murió, ningunos parientes de que hablar.”

“Ah, ya veo.” Ella mantuvo su cabeza baja y sus ojos en el camino de frente. “Su casa debe haber sido muy tranquila.”

“Por cierto,” él suspiró. “Después que mi madre murió, yo casi no vi a mi padre, ya que privilegiaba la vida en la ciudad y tomó sus responsabilidades en el Parlamento muy seriamente. ¿Y que hay de su familia?”

“Lo mismo que usted, aunque mis padres están todavía conmigo. No tengo hermanos o hermanas... y mis padres viajan con mucha frecuencia, así que si tengo familia, lo desconozco.”

“Si, bueno.” Él sintió la necesidad de hacerla sentir mejor acerca de su situación. “Viajar coincide con usted.”

“Gracias. Y siento mucho la perdida de sus padres.” Su mano libre acarició su manga. “Yo estaría perdida sin el conde y la condesa.”

“No lo pienso así,” él no estuvo de acuerdo. “Usted parece una mujer muy independiente, una que abraza la vida.”

Ella rio, y Andrew sintió su propio agarre sobre ella.

Andrew saludó a una pareja conocida cuando pasaron, pero ellos no se detuvieron a conversar, y él no tenía intención de compartir estos preciosos momentos con Lorelei. En vez de eso, él la dirigió fuera del camino y dentro de un prado ancho que abarcaba el parque a lo largo. El área estaba también un poco más retirada, con algunos hombres a caballo ocasionalmente.

“El otro día, usted escapó dentro de su casa demasiado rápidamente.” El vaciló en mencionarlo, pero necesitaba respuestas. “¿La insulté de alguna manera?”

Su cabeza bajó y sus ojos se endurecieron. “Usted no hizo nada de eso.”

“Entonces ¿porque salió de prisa?”

Ella se quedó en silencio por un momento, y sus pasos se detuvieron antes que ella hablara nuevamente. “Recibí una cara de casa. Eso es todo.”

“Pero no parecía feliz...” indagó.

“No.”

“¿Puedo preguntar porque?”

“No.” Su paso lento como si tuviera anestesiados sus pies hasta los tobillos en la gramilla.

“Siento haber sido agresivo con usted,” él se disculpó. “Perdone mi rudeza.”

“Estaba bromeando, su señoría.” Ella se ríó muy tensa. “Era de los asociados de los negocios de mi padre. Nada demasiado importante.”

Andrew sintió que la carta era muy importante, pero no la presionaría para obtener información si ella no deseaba compartirlo. Por el contrario, cambió de tema. “Entonces, dígame porque vino a Hyde Park, de todos los lugares, esta mañana.”

###

El Marques de Drake era todo lo que el duque no era.

Encantador. Compasivo. Ingenioso.

Esto solo dejaba la pregunta de como y porque los dos hombres eran amigos.

Lorelei no había deseado tomar el brazo del marques. Ella no había querido hablar con nadie mas, especialmente un hombre, después de la otra noche. Su cuerpo se sentía tan dañado como sus dedos, cortados y raspados por las horas que había pasado recogiendo todos los fragmentos de vidrios

rotos en la habitación. Afortunadamente, sus hinchadas y desperfectas manos estaban encubiertas en sus guantes.

Si el veía a través de su conducta demente, era suficientemente caballero para no decirlo.

“¿Lady Lorelei?” él dijo.

Ella dejó de caminar y lo miró. “Siento que mi mente vagabundeaba, su señoría.”

“Si, usted estuvo distante por un momento. Si desea, podemos caminar en silencio,” él ofreció. “Fui yo quien interrumpió su paz, tal como es.”

“Estoy feliz de verlo,” ella confesó. “Londres es un lugar muy solitario.”

Él alentó sus palabras. “Lo he escuchado, pero nunca he sido alguien que necesitara de compañía.”

“Pero usted y Lord Chastain son amigos cercanos, ¿correcto?” Lorelei aprovecho la oportunidad para juntar información, aunque tenía que frenar sus sentimientos aun para decir el nombre del hombre. “Usted solo habló con el la noche del baile.”

“Benji y yo hemos tenido fincas vecinas,” él dijo, a gusto hablando acerca de su amigo. “Nuestros padres eran amigos, y a su vez, nosotros fuimos a las mismas escuelas, asistíamos a los mismos entretenimientos. Esto solo hizo que tuviera sentido que nos convirtiéramos en amigos. Aunque, para ser honesto, creo que nos superamos en edad años atrás.”

“¿Porque dice eso?”

“En años recientes, yo he madurado, he tomado toda la responsabilidad de mis fincas y muchos proyectos empresariales. Chastain está aun contento siendo el lord despreocupado, feliz de dejar pasar sus días asistiendo a fiestas rurales y jugando a las cartas todas las noches.”

“¿Pero usted no?”

“No,” él admitió. “Debe haber mas en la vida que el placer.”

“Es cierto, su señoría.”

Antes de que ella lo supiera, se habían detenido en el medio de un área con césped alineada con arboles, flores creciendo en un camino de tierra por muchos lugares. Su sirvienta caminaba diez pasos detrás de ella, el caballo de Andrew no muy lejos por detrás. El animal parecía seguir a su patrón como si fuera un perro de caza y no un corcel noble parado sobre un metro setenta de estatura. Unos pocos pasos a lo lejos, ella divisó otra pista que serpenteaba el camino de donde ellos habían venido.

Ella se inclinó sobre él, pensando solamente en el placer que él podría gustosamente darle—no el toque áspero que ella había experimentado previamente o los besos intensos de un caballero arremetedor, sino el suave, educado toque de un hombre cariñoso.

“Lady Lorelei, yo...” sus palabras sonaron como si le dolieran enormemente. “Esto es impropio.”

El sonido de cascos golpeando y gritos los separaron abruptamente.

“¡Fuera del camino!” un hombre gritó.

Dirigiéndose directamente por la franja cubierta de hierba en la que ellos se encontraban venían no uno, sino dos coches de caballo, corriendo a una velocidad vertiginosa—y dirigiéndose directamente hacia ella.

Lorelei se quedó helada.

Mirando dentro de los ojos salvajes de los dos pares de caballos, las muchas decisiones que ella había tomado en los meses pasados la inundaron. Las vastas oportunidades que ella había dejado pasar por las elecciones de su familia, y la cruda realidad que nada de lo que ella había hecho hasta ahora de cualquier manera se asemejaba a lo que había soñado sobre su futuro.

Una ráfaga de viento empujó los mechones de su cabello de su cara, y el golpe de los cascos rebotaron en su cabeza.

Cerrando sus ojos muy fuerte, Lorelei se preparó para el impacto y el dolor que sabía que vendría.

Una carga pesada la golpeó, y los pies de Lorelei no sintieron nada más que un espacio vacío. Mariposas nadaban en su estomago como si ella estuviera cayendo de una gran distancia, sus brazos clavados a sus costados.

Su mente le pedía a sus brazos que se movieran—para amortiguar el choque con la tierra que era inevitable.

De pronto, yacía sobre su espalda, el aire golpeando fuera de sus pulmones.

Peleó, arañó a quien quiera que la sostuviera abajo, pateo sus piernas implacablemente, golpeando con los puños el peso solido que la presionaba. Necesitaba aire, necesitaba ser libre; necesitaba estar nuevamente de pie.

Una piedra se clavaba en su espalda cada vez que se movía, y el dolor en realidad la calmaba. Podía sentirlo, y no podía empujarlo—este momento estaba sucediendo, como si su pesadilla estuviera regresando una vez más.

Aunque, no era lo mismo. Los olores eran diferentes, su espalda no estaba húmeda de barro, y en algún lugar, aunque sonaba a millas de distancia, alguien llamaba su nombre.

“Lorelei, póngase de pie, por favor,” una voz suplicaba. “Lorelei, está segura, ilesa.”

Un caballo relinchaba, y ella escuchaba llorando no muy lejos. ¿Era ella quien lloraba?

Finalmente, el peso la libero, y fue empujada sobre sus pies, aunque brazos la rodeaban como un capullo.

“¿Debo buscar a su padre?”

“No.” Era la voz de Andrew la que ella escuchaba, y sus brazos que la abrazaban. “Está calmada ahora. Lorelei... ¿puede escucharme?”

Sus ojos focalizaron, pero todo lo que ella veía era su pecho, sentía la tela fina de su camiseta presionada contra su mejilla, pero la lana gruesa de su chaqueta sobre su frente.

Las manos de Lorelei estaban atrapadas entre ellos, y empujaba, tratando de ganar algo de distancia mientras su corazón continuaba la carrera. Pero no, no era la carrera de su propio corazón lo que ella escuchaba, sino el sonido de cascos que se retiraban en la distancia.

“Andrew,” ella llamó en un grito.

“Estoy aquí, mi amor.” Su mano acariciaba su cabeza y se movía a lo largo de su cabello hacia su espalda. “Está a salvo, solo que un poco polvoriento.”

¿Mi amor? El comunicado era tan irreal como el accidente que había casi llevado sus vidas momentos antes.

Cuando ella permaneció quieta, Andrew la acercó una vez más, sus labios besando un sendero a través de su frente mientras sus manos se movían hacia arriba y abajo en sus brazos, entibiándola. “Está tan fría.”

Lo estaba, pero casi entrando en calor con su toque. “Voy a estar bien, su señoría.”

“¿Su señoría?” Andrew la liberó, buscando su cara, pero ella no podía retroceder.

Ella no podía tener ningún sentimiento serio por él, ni siquiera algo cercano a lo que él sentía por ella. Esto solo les causaría angustia al final—en los planes de su familia no se incluía permanecer en Inglaterra por mucho tiempo, ni siquiera deseaban dejarla atrás.

“Debo irme,” ella susurró, rompiendo el hechizo. “Mi padre se preocupará si descubre mi ausencia.” Y para pensar, solo momentos antes ella hubiera jurado que él la besaría. Ahora ella se daba cuenta que las consecuencias de aquella acción durarían más de lo que su misión permitía.

“¿Puedo acompañarla a su casa?”

Ella deseaba decir que sí, extender los momentos con él y atraer sus brazos alrededor de ella una vez más, pero no podían ser vistos juntos. Particularmente ya que era a Chastain a quien ella debía perseguir.

Lorelei se dirigió hacia su sirvienta antes que ella respondiera. “Eso no es necesario. Espero verlo pronto nuevamente.”

Era hora que volviera a todos sus sentidos.

Andrew se inclinó con vacilación. “Por favor, mándeme a decir que todo está bien con usted.”

“Buen día.” Ambos se quedaron atascados. Lorelei conocía su razonamiento para demorar su regreso a casa, pero no porque él pareciera reacio a estar en su camino. “Gracias nuevamente por las flores.”

Había pocas razones para que las flores saltaran a su mente en este momento, y podría ser todo lo que había transcurrido rápidamente, pero ella realmente deseaba que no lo hubiera destrozado.

El caballo de Andrew relinchó y empujó suavemente su hombro para ganar su atención. “Me están llamando, por así decir.”

“A mí, también.” Había evitado cualquier contacto con su sirvienta desde que había tropezado con Andrew, por lo que había recibido una mirada de preocupación. “Adiós.”

“Hasta nuestro próximo encuentro.”

Si había una próxima vez, Lorelei dijo para ella misma.

Ella tenía que ser la que se fuera, o continuarían parados en el medio del prado mirándose el uno al otro hasta que el sol se pusiera y ellos no pudieran hacer ninguna otra expresión en la oscuridad.

Con una sonrisa final, ella arrebató su pollera de lana gris y corrió al lado de su sirvienta. Era eso o dentro de los brazos de Andrew.

Capítulo Ocho

Lorelei descendió las escaleras para saltar su comida después de otra noche llena de terror y lagrimas. En algún punto durante las largas horas, ella había llegado a un acuerdo con su situación. Su camino había sido determinado mucho tiempo atrás.

Y ella no abandonaría las obligaciones que sus padres le habían confiado —sin importar lo que ella deseara para ella misma. Si lo hacía, Lorelei no sería la única cuya vida volvería a tener un balance.

Saludó al mayordomo, quien estaba parado no lejos de la puerta, como si esperara a alguien que llegara a la mañana temprano. “Buen día. ¿Encontraré al conde y a mi madre en el salón de día?”

Él se inclinó antes de hablar, “Mi lady, el conde está con una visita en el estudio. Propuso que usted tenga su desayuno antes de reunirse a ellos.”

Sus padres eran personas madrugadoras, ya que los franceses no encontraban ninguna ventaja en desvanecerse en una cama hasta el mediodía como los ingleses hacían. Aun, un invitado a estas horas tempranas de la mañana era raro. La persona debía haber sido enviada por su propia corona, y estaba buscando escapar de la vista de la vecindad de la alta sociedad y los sirvientes.

“Muy bien.” Ella inclinó su cabeza para despedir al hombre y avanzar hacia la sala de desayuno. Si sus padres no se sentían obligados a llamarla cuando la corona enviaba a alguien a verlos, entonces sin duda alguna perdería su tiempo desayunando. “Por favor, envíe a decirles que me uniré a ellos en breve.”

“Por supuesto, Lady Lorelei.”

Un golpe sonó en la puerta mientras ella caminaba hacia el salón de día. Se detuvo, reconociendo la voz que sonó cuando el mayordomo saludó a su huésped reciente.

“Estoy aquí para ver al conde,” un voz educada, masculina, francesa habló uniformemente. “Aquí está mi tarjeta.”

Sus rodillas amenazaron con doblarse mientras su mano fue hacia su bolsillo para sentir la carta que aun estaba guardada con ella por miedo que alguien diera un falso traspie en su habitación.

Lorelei no giró para ver al hombre parado allí, por lo que no había necesidad.

Ella conocía muy bien la voz.

Después de una pausa, el mayordomo dijo, “Siento que el conde no está disponible a esta hora, pero puedo entregarle su tarjeta en cuanto pueda.”

“Perdón mi prisa,” el hombre continuo, su voz calma, contradiciendo cada cosa que Lorelei sabía. “Pero es de gran importancia que yo hable con el conde.”

Lorelei se dió vuelta, incapaz de permitir que el mayordomo interrumpiera a su padre, ya que el hombre era probable que estuviera aquí porque ninguna respuesta le había sido emitida a su nota.

“Monsieur De Pez,” Lorelei dijo, haciendo su camino de regreso hacia la puerta del frente. “Que honor verlo. El conde no lo estaba esperando, estoy segura.”

“Lady Lorelei,” De Pez ronroneó, captando la visión de ella. “Me fue imposible mandar una nota sobre mi llegada a Londres.”

“Oh, bien, estoy segura que eso no importa.” Lorelei giró hacia el confundido sirviente para explicar. “Este es el amigo mas querido de mi padre, Monsieur De Pez. Yo le informare de su llegada.”

“Su señoría, quiero decir que el conde, me ha instruido que él y su huésped no sean molestados bajo ninguna circunstancia,” el mayordomo palpó el camino, fundiendo sus ojos en el piso. “Mis disculpas, Lady Lorelei.”

“Bueno, estoy segura que mi padre haría una excepción por la llegada de su muy querido amigo.”

“Él fue muy claro cuando dijo que él y Lord Chastain no fueran molestados.”

Lorelei se congeló, la sonrisa forzada se redujo drásticamente en su cara. “Él está con Lord Chas—” en este preciso momento, Chastain podría estar obsequiando a sus padres anécdotas de las acciones libertinas de su hija y su comportamiento impropio para una dama. El hombre era lo suficientemente despreciable para desparramar mentiras acerca de su encuentro anterior, aunque ella esperaba que el conde fuera lo suficientemente inteligente para ver sus acciones por lo que ellas eran: un medio para ganar la entrada a la vida de Lord Chastain.

“Lady Lorelei,” De Pez la interrumpió. “He arribado recientemente a la ciudad y puedo discutir las novedades con usted, tan bien como con su padre.”

Ella no podía concentrarse sobre nada de lo que le decía, ya que sus pensamientos viajaban donde su padre hablaba con Chastain.

Mientras que esto la ponía con los nervios de punta, la mención de Chastain había suavizado a De Pez. “Muy bien, por favor acompáñeme,” ella le dijo. “Me estaba preparando para desayunar cuando usted llegó. ¿Podría interesarle desayunar? Le aseguro que nuestra cocinera es muy experta.”

“Ya puedo saborearlo.”

Había muchas cosas que De Pez saboreaba, la comida estaba en el fondo de su lista, Lorelei estaba seguramente. En su asociación delimitada, ella había escuchado la afición de De Pez por la crueldad, intimidación, y violencia. Esperaba nunca tener que ser testigo de ellas de primera mano.

Lorelei descartó la atención de la sirvienta en la sala de desayuno y rápidamente llenó dos platos con una variedad de huevos, carnes, quesos, y pan. Si ella tenía suerte, lo habría despedido antes que su padre y Chastain hubieran terminado en su estudio. Si Chastain sabía algo acerca de la historia de su familia con el gobierno francés, entonces reconocería a De Pez en un instante, llevando su farsa a un final—y probablemente llevando la comisión de su familia a una conclusión poco satisfactoria. De Pez tenía probablemente una corta visión acerca de las consecuencias para todos ellos si el fuera reconocido por el duque.

Después de colocar el plato de De Pez delante de él, ella tomó su asiento de costumbre en la mesa.

Lorelei respiró profundo y calmadamente antes de hablar. “¿Como puedo ayudarlo?” ella preguntó.

“Usted es muy parecida a su padre, querida. No se anda con rodeos.”

“Encuentro a aquellos que lo hacen ignorantes y que no tienen en cuenta las cosas importantes que suceden alrededor de ellos,” ella contestó serenamente.

“¿No puedo probar los alimentos que usted tan amablemente me ofreció antes de discutir,” él se detuvo, mirando que nadie estuviera mirando a escondidas su conversación. “...sobre la empresa?”

“Me disculpo por mis maneras horribles,” ella aprobó. “Por favor, la comida aquí, aunque no es de la calidad que estamos acostumbrados en Francia, es no obstante deliciosa.”

De Pez atravesó un huevo duro y llevó el bulto redondo a su boca, tomando un gran bocado. Sus ojos cerrados como si saboreara el gusto fresco.

Manteniendo una mirada cautelosa sobre él, ella llevó un pedazo de queso a sus propios labios. La delicadeza normalmente gustosa parecía aserrín en su

boca seca, y decidió que la farsa no podía continuar. De Pez no era solo cualquier visita, y ella no era el entretenimiento de los amigos de su padre. En ese momento, ella no sabía que era peor: su complicada comida con De Pez, o su tiempo pasado haciendo hincapié en lo que estaba sucediendo en el estudio.

“¿Porque esta en Londres?”

“He viajado para ver que usted y su familia estén llegando al final de su comisión.”

“¿Usted no escucho que Lord Chastain—en este preciso momento—esta refugiado en el estudio de mi padre?”

“Si, lo sé. Aun, su concurrencia aquí podría significar muchas cosas diferentes.” El llevó otro bocado a su boca y masticó antes de continuar. “Tengo la esperanza de poder ver al hombre antes de partir.”

“No puede hablar en serio... eso arriesgara todo lo que hemos trabajado arduamente para llevar a cabo aquí. Usted podría muy bien arruinar nuestra farsa entera.” Parte de ella gritaba lo que podría ser de hecho la meta de De Pez en Londres. Si la familia de Lorelei fallaba, De Pez promulgaría un castigo veloz sobre todos ellos. Excepto que su plan podría seguramente eludirla a ella. “Mi padre seria muy desdichado.”

La idea era atractiva, no obstante. Si De Pez era quien alertara a Chastain sobre su verdadero motivo para estar en Londres, entonces la misión fallida una vez mas seria por su incompetencia, y de ninguna manera por la falla de su familia.

“Vamos, Lore, solamente quiero verlo, ver si se parece a su padre o su abuelo. Es poco probable que él se acuerde de mi, ya que me vió una sola vez, cuando recién llegó a Inglaterra.”

“Se dirigirá a mi como Lady Lorelei, Monsieur De Pez.” Ella no apoyaría el uso sin cuidado de su sobre nombre por el hombre, una informalidad que no le había dado permiso para usar, y no lo esperaba hacer.

“*Touché*,” canturreo. “Nos hemos conocido por muchos años.”

“Soy consciente de nuestro pasado.”

“¿Y nuestro futuro?” él preguntó.

“Mi padre nunca permitirá que eso suceda.” Lorelei no tenía en cuenta el hecho que De Pez había presionado a su padre para obtener la mano de Lorelei en matrimonio desde que ella no tenia mas de trece años de edad.

“Un día el podría no tener la elección de rechazarme.” Él la había considerado con ojos lascivos desde el día en que ella había tropezado por casualidad con su padre y De Pez en su estudio en una discusión profunda.

Tenia ocho años en ese momento—y el, mas viejo que su padre. Por entonces, ella no tenía consciencia de la conexión de su padre con Luis XVI y se había unido gustosamente a la pareja, aceptando la invitación de De Pez a sentarse sobre su falda mientras los hombres discutían de negocios. Fue solo entonces cuando le había dicho mas tarde a su madre que Monsieur De Pez debía haber tenido una larga vara de caramelo escondida en su bolsillo que la condesa—en un momento raro de cariño maternal y consejo—le había prevenido a su única hija y le había prohibido interrumpir a su padre mientras él trabajaba, sin importar que alguien en la habitación le hiciera señas para que se acercara.

Ella había hecho caso de las palabras de su madre desde entonces, nunca permitiéndose hacer hincapié sobre como su madre sabia lo de evitar los amigos de negocios de su padre.

“Por favor, adelante continúe con lo que había comenzado a decir,” Lorelei presionó. El hombre, buscando el favor de una luz nueva brillando en Francia después de su exilio por Luis XVI y la poca voluntad del Directorio para colaborar con hombres asociados con el Rey ejecutado, fue determinante para inclinar todo a su voluntad. “Ambos sabemos de la tarea que le ha sido asignada.”

Una vez que él hubo dicho su parte, Lorelei podría regresar a preocuparse acerca de lo que estaba sucediendo detrás de las puertas cerradas de su padre.

“Si usted insiste,” él dijo, enderezándose en su asiento y dejando su tenedor de lado.

“Insisto.”

De Pez empujo su plato y cruzó sus brazos sobre la mesa, inclinándose en su dirección. “Me puse impaciente con la falta de progreso de su familia.”

“Hemos estado por poco tiempo en la ciudad.”

“Sea como sea, si la tarea me la hubieran asignado a mi, ya hubiera juntado lo que necesitaba—por la fuerza si fuera necesario—y regresado a Francia con la prisa debida.”

“¿Fue así como usted completó su misión previa con la familia Chastain? ¿Con la fuerza bruta?” Eso había sido exactamente como el había completado y fallado en su misión previa bajo el mando de Luis XVI—y por qué él no se había atrevido a acompañar a su familia a Londres en primer lugar. “¿Matando al Lord Chastain anterior le permitió obtener lo que nuestro viejo gobierno buscaba?”

Ella no necesitaba una respuesta a su pregunta porque ya la tenía.

Y por su mirada fría, el no había olvidado derrota publica, tampoco.

“¿No?” ella preguntó, manteniendo su sonrisa burlona ante el aprieto. “Bueno, ya que usted y Napoleón Bonaparte le dieron a mi familia esta misión—confiando en nuestros métodos—yo insistiré en que nos permita hacer esto de la manera en que nosotros estimamos apropiado.”

“¿Está usted en plena consciencia de lo que está en juego?” sus ojos acerados perforaron los de ella.

“Por supuesto,” Lorelei estalló. “Mi *pere* ha sido muy comunicativo con todo.”

“Así que usted sabe, entonces, que yo estaba en contra de incluirla a usted en este asunto delicado.”

Ella no estaba sorprendida para nada. De Pez era de la vieja usanza para hacer las cosas, prefiriendo usar mujeres solamente cuando la seducción era necesaria... ¿Pero no lo había ella aprobado y regateado su cuerpo con Chastain?

“Espero que mi naturaleza delicada y sensibilidad no arriesguen su cuello, *monsieur*.”

“Espero que no, también—por su seguridad y la de los condes.” Rápido como la suerte cambia en el Canal, De Pez era solo negocios nuevamente, poniendo en peligro sus amenazas. “¿Y usted sabe lo que está buscando?”

Ella había repasado una y otra vez esto con su padre. “Si, los planos de Carassonne deberían encontrarse en un pequeño cilindro no mas grande que aquel florero, hechos de cuero.” Le había llevado a Lorelei algún tiempo entender exactamente porque De Pez buscaba presentarle los planos de la ciudad mas consolidada en comercio de Francia a Bonaparte, pero esto tenia un sentido perfecto. Bonaparte buscaba una manera de tomar el país voluntariamente, y si esto no sucedía y los ciudadanos del país de Lorelei peleaban por sus derechos, entonces el tomaría lo que deseaba poniendo en sitio a las ciudades mas vulnerables de Francia, en esencia devastando y matando de hambre a su gente desde adentro hasta que ellos se sometieran a sus deseos.

Lorelei se enderezó, sin darse cuenta que ella se había inclinado hacia De Pez. “¿Aquello será todo?”

De Pez se puso de pie, golpeando una silla en su apuro, llamando la atención de una sirvienta que entro a toda prisa en el salón.

“Todo está bien,” Lorelei dijo, despidiendo a la mujer una vez mas. “Fue encantador verlo, y disfrutar sus anécdotas en mi país de origen. Siento que mi *pere* estuviera ocupado e imposibilitado de ver a su mas querido amigo.” Las

palabras fueron para beneficio de la mujer parada justo afuera del salón, como era costumbre en Inglaterra durante la conversación. Pero ella obtuvo gran satisfacción por la mirada en la cara de De Pez ante su despido cortante.

Un día ella sabía que tendría que pagar por su vulgar maltrato hacia De Pez, especialmente si él en realidad obtenía su propio poder bajo Bonaparte. Pero la mirada de ira en su cara, sabiendo que no podía hacerle nada en este momento, valían la pena aunque ella sufriera en sus manos.

“Dígale a Mathis que estuve aquí.” De Pez lanzó la amenaza tan calmado como cualquier hombre con su habilidad podía antes de dejar el salón—y la casa—sin más que el golpe de una puerta.

Si, el hombre era bien conocedor de su rol, sin permitir la insubordinación de una mujer que irritara su apariencia externa.

Él iba a aprender que Lorelei había desarrollado su propia máscara para esconder sus verdaderos sentimientos.

Ella tomó ventaja de la vacía, y tranquila habitación para calmarse antes de unirse a su padre y Chastain.

Su ansiedad creció una vez más.

Ella se había demorado lo suficiente, y había dejado al conde esperando no era de su mejor interés—especialmente si Lord Chastain dejaba deslizar lo que había sucedido entre ellos. ¿Tendría ella la fortaleza para decirles a sus padres lo que había hecho?

El error en sus acciones era claro, y su tontería era para que ella solamente lo remediara.

Ella se detuvo por una fracción de segundo antes de entrar al estudio de su padre, corriendo sus palmas húmedas por el frente de su pollera y luego levantando su mentón.

Lord Chastain podría haberla maltratado cruelmente, pero sería una maldita idiota si le permitía a él verla rota.

Entonces fue con una sonrisa serena que agarró el picaporte y lo giró, empujando la puerta para saludar a sus padres y su respetado invitado.

“Buen día, padre, madre.” Ella asintió a la pareja que estaba sentada en un par de sillas de respaldo alto. Girando, ella le hizo una reverencia a Chastain, quien se había puesto de pie del sofá en donde estaba gustosamente despaturrado antes de su entrada. “Y una adorable mañana para usted, mi lord.”

Ella no podía sondear su razón para visitar a sus padres después de la manera que la había tratado.

“Lady Lorelei.” Él sonrió astutamente e intentó tomar su mano, pero ella se la arrebató y la escondió en los pliegues de su vestido. Su postura se endureció, notando su incomodidad. “Su padre y yo hemos estado discutiendo un tema demasiado serio y merecemos su opinión.”

Ella lo miró desconfiadamente. Si él pensaba invitarla a la conversación e insinuar que su posición en el tema que estaban tratando causaría impresión sobre su padre, Chastain había juzgado severamente mal al conde y su admiración por las mujeres. Si ellos en realidad querían su opinión, deberían haber requerido de su presencia más temprano.

Lorelei se dio cuenta que le fruncía el ceño a Chastain y rápidamente reemplazaba su boca hacia abajo con la sonrisa calma de unos momentos atrás. “¿Como puede mi limitada mente femenina estar al servicio de ustedes?”

Su padre rió—un profundo, gutural sonido—que hizo que ella se girara hacia él, sin duda con una mirada de conmoción en su cara. Él le sonrió burlonamente a ella. Próximamente ella miró a su madre, esperando que la mujer impartiera algo de provecho, pero la condesa mantenía sus ojos sobre sus manos, anudadas en su falda como si ella no fuera para nada una parte de la conversación. Se veían raros. Su padre nunca sonreía.

Seguramente ella se había perdido algo de gran importancia.

“¿Padre?” ella preguntó.

“Ven, mi hija.” Él abrió ampliamente sus brazos. A regañadientes, ella se movió hacia él y le permitió abrazarla. “Lo has hecho bien, mi niña,” murmuró para ella sola.

Ella se alejó y lo miró para que le aclarara. “¿Que has hecho?”

Él la acercó una vez más. “Recordaras tu promesa—y enjuaga esa mirada severa de tu cara. Esta es una ocasión de gozo.”

“Vamos a casarnos,” Lord Chastain dijo detrás de ella. “He hablado con hombres en lugares poderosos y la proclama de matrimonio será leída con la debida prisa. Estaremos casados muy pronto.”

¿Casamiento? ¿Lectura de proclama de matrimonio? ¿Todo con la debida prisa?

“Seguramente usted bromea.”

Las palabras rebotaban alrededor de su cabeza, causando un gran dolor de cabeza en pocos segundos.

Su cuerpo entero gritaba que no. Ella debía alegrarse por las noticias, renovada en su misión sabiendo que las amenazas de De Pez eran infundadas.

Mientras que ella no lo había hecho en mucho tiempo, en un punto de su juventud, se había visualizado caminando a lo largo de un pasillo con hordas de espectadores. Estaba vestida en un vestido apropiado para una reina, con metros y metros de tela extendiéndose a lo largo de una enorme catedral. La única cosa ausente en estos sueños era su pretendido. Nunca había entrevisto una vislumbre de la cara del hombre, aunque estaba segura que no era Lord Chastain.

“¿No tienes nada que decirle al duque?” su madre aguijoneo.

Había mucho que deseaba decirle al duque.

Aunque nada de esto era apropiado para decir en compañía educada, ni en frente de sus ingenuos padres, porque ella no solo había guardado la carta de De Pez en secreto—ellos no tenían idea que se había desviado de su plan y había salido a escondidas a encontrarse con Chastain.

Lorelei se deleitaría en levantarle un cerco a Lord Chastain, desvalorando su virilidad. O cuestionando la existencia de su sangre, porque ningún hombre crecido como un verdadero caballero se tomaría semejante libertades con una inocente.

La ira la quemaba. La audacia para mostrar su cara aquí para pedir su mano en matrimonio. ¿Y porque? Esa era la pregunta que la quemaba— ¿Por qué a ella?

“Quizás ellos necesiten un momento para hablar en privado,” el conde finalmente dijo, terminando con el silencio incomodo que había llenado el salón.

Ella no seria dejada a solas en la compañía de Chastain.

Miró al duque, y su sonrisa vaciló. Sus ojos se ensancharon y sus puños se apretaron a sus costados, su expresión pasiva se había derretido en su cara a la mención de matrimonio de Chastain.

¿Él se había despertado de su letargo, se había dado cuenta del error grave que había cometido con ella, y venia a hacer las cosas correctamente? Si así era, el casamiento tenia poco sentido, ya que él no se veía como si fuera a disculparse.

“Lo siento, Conde, que no tengo el tiempo para una visita social extendida,” Chastain dijo. “Tengo cosas que atender antes que nuestro anuncio sea leído por alguien y por todos en los periódicos de mañana.”

¿Mañana? Lorelei pensaba si su padre había planeado alguna vez preguntarle si ella deseaba casarse con Chastain. Era demasiado pedir, aun por su país.

“Camille.” Chastain se inclinó delante de su madre. “Fue adorable verla. Debo decir que su ama de llaves prepara un té muy lindo. Debe mandar instrucciones a mi cocina.”

“Gracias, mi lord.” Su madre se sonrojó, en realidad se enrojeció suavemente por el cumplido del hombre. Lorelei nunca había visto a su madre desplegar sus emociones tan abiertamente.

Próximamente se detuvo delante de ella, avanzaba de a poco el caballero, y la miraba intensamente. “Lady Lorelei, nos llevaremos bien, no tengo temor.”

“Si usted lo dice, estoy segura que así será, mi lord.”

“¿Puedo visitarla?” había poca emoción en sus palabras, casi como si estuviera diciendo algo que pensaba que era propio para este momento. “¿Lady Lorelei?”

Ella preferiría arrojarse en frente de un carruaje desbocado nuevamente antes de estar sujeta a su compañía por mucho tiempo.

Afortunadamente, su madre la salvo de responder. “Oh, veo eso muy improbable, Lord Chastain.”

“Por favor, llámeme Benji,” él dijo. “Va a ser como una madre para mi, después de todo.”

“Muy bien, Benji,” su madre tentativamente probó el nombre. “Lore y yo estaremos extremadamente ocupadas preparando su gran día, y ella puede estar maldispuesta hasta entonces.”

“Entonces ya está establecido.” El conde se puso de pie y abofeteo a Chastain en la espalda. “Le permitiremos a las mujeres su tiempo para prepararse, y nosotros haremos lo que los hombres hacen.”

Lorelei no tenía idea de a lo que su padre se refería, y realmente, ella no reconocía al hombre delante de ella. Él sonrió, rió, y golpeó a otro hombre en la espalda. Todas las reacciones de su padre, con su naturaleza severa, nunca se había permitido hacer eso.

“Entonces me iré.” Chastain se inclinó hacia ella una vez más antes de girar hacia la puerta. “Me quedaré afuera. Les deseo una bendecida noche, Camille y Lore.”

El hombre se atrevió a usar el diminutivo de su nombre.

Si la sonrisa de su madre no estuviera tan brillante, y su padre no estuviera paseando ante el fuego murmurando para el mismo acerca de su buena fortuna, Lorelei gritaría.

Que pena, ella sabía que esto no sería bueno.

Francia era un país de impaciencia y revolución. Y en este momento Lorelei era la enviada para encontrar los planos que podían salvarlos.

El Rey Luis XV estaba esperanzado en extraer los planos que detendrían los ataques de sus propios compatriotas, pero cuando al padre de Lord Chastain le habían obsequiado el título de duque y le entregaron una donación de grandes tierras y riquezas por el Rey George III, su país temió que él hubiera vendido los planos a Inglaterra. Muchos sospechaban que a Chastain le había sido entregado el título por los ingleses específicamente para ganar el control de los planos, pero la demanda nunca había sido comprobada, ni había ningún asedio tenido éxito. Este simple hecho fue suficiente para mantener al Rey Luis XVI alejado de las tempestades de Inglaterra y tomando de vuelta lo que le pertenecía.

Finalmente, el conde habló. “Nos has hecho muy orgullosos, mi hija.”

“¡No me casaré con ese nombre, *Pere!*” ella gritó. “Hay otras maneras de obtener lo que buscamos.”

Su padre se detuvo ante la chimenea, su espalda hacia ella, pero su voz lleno la habitación. “Harás lo que te diga.”

Ella no se atrevió ante la convicción de sus palabras.

“Por favor,” ella rogó. “No—”

“Lore, escucharas a tu padre.” Camille habló tímidamente desde su silla. “Además, él es un hombre suficientemente amable.”

“¿Suficientemente amable?” ella preguntó. Ellos no lo conocían como ella; ellos no habían visto el lado desagradable de él como ella.

“El privilegio mi té.” A pesar de toda la valentía de su madre, ella actuó como una mujer llorona en muchas ocasiones.

“¿Es la urgencia tan grande que deba casarme tan pronto?” ella preguntó. “No entiendo.”

“Por supuesto, yo no espero que esto llegue a ser,” su padre se burlo.

“Entonces ¿porque seguimos adelante con la charada?”

“¿Que otra cosa tenemos para ganar la entrada a su casa?” su padre preguntó. “Ambos pueden hacer una visita social a su casa de Londres sin que nadie piense en esto como impropio. Puede ser con la excusa de seleccionar nuevos tapices o algunas cosas sin sentido. Mientras allí, puedes buscar.”

Su padre hablaba y hablaba acerca de la nueva accesibilidad que su mentira sobre un compromiso matrimonial le ofrecería, aun cuando todo lo que ella pensara era en ella misma y su futuro. Cualquier esperanza de permanecer en Londres, quizás persiguiendo al marques, se había ido. Una

mujer era usualmente maldecida cuando un compromiso matrimonial era cancelado, sin importar quien había evitado la unión.

Lorelei estaría arruinada, su reputación dañada irreparablemente, y el escandalo probablemente la seguiría a Francia. De Pez, y sin duda alguna Bonaparte, no les importaría nada ese simple hecho.

“¿Cuándo estarás preparada para visitar la casa de Londres de Chastain?” el conde preguntó.

“Yo—”

“Oh, serán unos pocos días, de todos modos,” su madre la interrumpió. “Debemos comenzar los preparativos para un vestido y la boda: flores, comidas y bebidas, el lugar perfecto. ¿Piensas que Lord Chastain nos permitirá usar sus recursos?”

“Espera.” Lorelei levantó su mano, y su padre hizo un alto a medio camino. “Yo pensé que habían dicho que la boda en realidad no sucedería.”

“Debemos estar preparados de cualquier manera por si esto continuara. ¿Qué pasa si guarda los planos en la finca de campo...o, como teme nuestra gente, él ha vendido los planos a los Ingleses? Será tu responsabilidad encontrarlos y regresarlos a Francia.”

“¿Y que voy a hacer una vez que estemos casados?” la idea de pasar el resto de su vida con él era un destino peor a la muerte. “No puedo—”

Lorelei tenía mucho más de que preocuparse que de su reputación y aptitud para un futuro matrimonio—ahora ella tenía miedo en realidad de tener que casarse con el libertino, Chastain...y compartir su cama nupcial.

“*Ma fille.*” Su padre no había usado el término en muchos años. Ahora estaba de pie ante ella, determinado. “Una vez que tengamos los planos, desapareceremos de regreso a Francia, y el Conde y la Condesa de Epernon dejarán de existir.”

Y cuando el conde desaparezca, también lo haría Lorelei. Lo cual significaría decirle adiós a Andrew para siempre.

Capítulo Nueve

Andrew miró, sin ver, los papeles desparramados por todo el escritorio: disputas de inquilinos, necesidad de reparaciones, y adquisiciones de tierras. Parte de él estaba contento de regresar a una normalidad aparente. Él ponía gran cuidado en sus tareas del día a día, consumiendo más tiempo y energía en lo que acostumbraban a ser problemas que él insistía que deberían ser manejados por sus mayordomos y abogados.

Cualquier cosa para mantener sus manos y mente ocupadas. De otra manera, seguramente él decidiría entrar en acción. Buscaría a Lady Lorelei, la persuadiría de verse como en un encuentro honorable, y probablemente pediría una audiencia con el conde.

¿Porque no podía hacer eso?

Simple: ella no le había dado ninguna indicación que buscara su atención, ni la de otro hombre.

Todas las flores, paseos en carruajes, y bailes no la detendrían para rechazarlo. El pensamiento de confesar sus sentimientos amorosos para ella—sentimientos que él no había tenido tiempo de procesar, ni llegar a un arreglo—envió olas de incomodidad a través de él. Él nunca se había molestado en mantener una mujer por mucho tiempo, además de las pocas cortesanas que él había privilegiado lo suficiente para mantenerlas cerca por una quincena o dos, pero esto ... esta atracción hacia Lorelei era inexplicable, y le costaría mucho sacar los pensamientos de ella.

Pero cada vez que él lograba una hora sin pensar en ella, Andrew de pronto la sentía en sus brazos, olía su perfume floral, y recordaba sus puños golpeando en su torso, brazos, y cuello.

Algo que él no había entendido del todo había pasado en aquel momento en el parque—algo que ella no había visto correcto para explicar. Era lejos mas que el abrumador sentimiento de histeria, o la replica de darse cuenta que ella estaba segura y sin daños.

Como si estuviera en el momento justo, voces femeninas flotaron en su estudio donde la puerta permanecía suavemente entreabierta.

Las palabras eran habladas tan rápidamente que él no podía entender lo que estaba siendo dicho, aunque si el problema necesitaba su atención, la Sra. Bee o su mayordomo lo llamarían.

Andrew salió de su escritorio mientras las voces continuaban. Se detuvo ligeramente en la puerta de su estudio y se asomó por la grieta. Desafortunadamente, la estructura robusta de la Sra. Bee bloqueaba la vista del huésped, lo cual de acuerdo con la norma era si la persona no era deseada o no estaba invitada.

“...No me importa si usted objeta su relación cercana a nuestro buen Rey George III.” La voz de la Sra. Bee se levantaba frustrada. “Le pediré una vez mas, por favor deje su tarjeta de presentación, y se la daré al marques cuando no esté ocupado.”

Su mayordomo se encogía contra la pared a la izquierda de la puerta de frente.

Andrew deseaba reírse entre dientes ante la mirada asustada de su sirviente de muchísimo tiempo que miraba en su dirección. Silenciosamente el pedía la intervención de Andrew, pero sabia que tendría que enfrentar la furia de Bee si se lo pidiera.

“Se lo he dicho, no poseo tarjetas de presentación.”

La desesperación en las palabras de la muchacha hacían que la voz fuera irreconocible para el, aunque se corriera hacia el vestíbulo, mas cerca de la conmoción.

“Sra. Bee,” Andrew dijo. “¿Puedo ser de ayuda?”

“Oh, mi lord.” Aturdida, Bee giro para enfrentarlo, llevando su mano a su pecho. “Tengo todo bajo control. Yo solo estaba—”

“¿Lady Lorelei?” él se dió cuenta de su delgadez en su vestido pálido. “Entremos. ¿Está todo bien?”

No era la primera vez que Andrew tenía el sentimiento fastidioso que sus pensamientos la habían invocado para que estuviera delante de él.

“Sólo deseaba...” ella le permitió a sus palabras desvanecerse y miró nerviosamente entre la Sra. Bee y su mayordomo mientras ambos escuchaban cada palabra.

Andrew aclaró su garganta, llevando la atención de sus sirvientes hacia él. “Si ustedes nos perdonan.” Adelantándose, el tomó el codo de Lorelei. “Si usted fuera tan amable de unirse conmigo en mi salón, podríamos hablar en privado.”

“¿Mi lord?” la Sra. Bee pregunto cuando él comenzó a caminar hacia el salón, dejando a ambos sirvientes con la boca abierta a su paso. Además de Benji y la jovenzuela ocasional enviada por Madame Sasha, Andrew

raramente tenía invitados. Ninguna mujer respetable había cruzado su umbral en tiempos recientes. “¿Preparo té?”

“Llamare si el té es requerido.” La verdad sea dicha, él no tenía ni idea lo que una dama requería durante una visita social. Además de llevarle flores, Andrew no había visitado a nadie mas socialmente—eso no incluía relaciones intimas—en mucho tiempo que el pudiera recordar.

Con la puerta cerrada, giró hacia ella, absorbiendo toda su visión. “Se ve bien.”

Ninguna otra palabra salió de él. Había deseado estar cerca de ella demasiado desde que lo había dejado en el parque. Nada que dijera podría capturar plenamente cada cosa que deseaba decir y hacer.

Con sus ojos ensanchados, ella le devolvía la mirada, en silencio.

El no tenía idea de porque había venido, pero parecía lista para escapar, a pesar de que lo había hecho después de su encuentro cercano en el parque.

Él esperaba que se disculpara, tal vez que le diera algo parecido a una explicación.

“Andrew...” su nombre en sus labios era tan dulce para sus oídos, aunque también la cosa mas triste que el había escuchado últimamente. “Siento si lo he molestado.”

“Ningún momento con usted es una molestia. Por favor, siéntese.”

“No tengo mucho tiempo.”

Él deseaba decirle que gastaría un minuto o una hora, sin importar nada mas que ella estaba aquí con el ahora. Pero algo la preocupaba.

“Dígame, Lorelei. ¿Hay algo mal?”

“Nada, lo juro.” Ella murmuro. “Yo solo necesitaba verlo, decirle—”

“No me debe ninguna explicación.” Ante su confundida expresión, Andrew continuó. “Sé que usted estuvo inquieta después del accidente, sacudida por la cercanía de todo.” Él dijo rápidamente sin parar, excusa tras excusa, dándole a ella una salida—permitiéndole saber que no cuestionaba ni juzgaba sus acciones.

En un abrir y cerrar de ojos, ella caminó unos pocos pasos hacia adelante y estaba en sus brazos. Cada preocupación y pregunta lo abandonaron, remplazado por el calor de Lorelei mientras sus brazos la rodeaban. Sin importar más lo que la afligía, o si estaba enfadada; tan pronto como la sostuvo cerca, prometió que nada mas la lastimaría nuevamente.

Por un breve momento, ella era la muchacha que había visto en las sombras fuera de aquel baile, cuyos hombros se habían sacudido como si

llorara en silencio. Pero retrocedió antes que él estuviera preparado para permitirle retirarse y lo miraba.

Andrew se quedó en la adorable cara de Lorelei, y todo lo que pudo pensar era como se había preocupado por ella. De hecho, él había preparado su caballo en tres ocasiones desde la tragedia en el parque. Cuando ella había escapado de él aquel día, él había sabido que estaba aun aturdida por el susto. La había seguido a la distancia para asegurarse que llegara con seguridad a su casa—lo cual fue algo bueno porque ella nunca le había mandado a decir nada.

Y así se había desgastado.

“Usted es realmente divina, mi lady.” Andrew dejó que sus dedos recorrieran arriba y abajo a lo largo del brazo de Lorelei, deteniéndose cada pocos centímetros para acariciar la piel desnuda, y acalorada. ¡Como deseaba tocar con sus labios cada lugar que exploraba! El interior del codo era el lugar más delicado y sensitivo. Si uno lo lamía en el lugar correcto, era muy posible que enviara a una mujer a un ataque de pasión.

“Su señoría,” Lorelei murmuró, pero todo lo que él escuchó fue, *más. Deseo más.*

“Ya hemos pasado por esto, mi dulce. Mi nombre propio es suficiente. Andrew.”

“Andrew, yo debo—”

Él no se podía contener más. Los dedos, una vez acariciando su brazo, ahora se movieron a su mejilla, su cuello, y empujaron su cara hacia él, deteniendo sus palabras. Tan suavemente, su mano se movió en su cabello oscuro, el cual colgaba en perfectos rulos ingleses sobre sus hombros. Tan cerca él podía saborear su aliento, se detuvo para disfrutar el sentimiento de sus sedosos mechones corriendo por sus manos.

Deseaba tenerla desnuda, su cabello cubriendo su pecho—y sus ojos esmeralda al rojo vivo después de hacer el amor apasionadamente. Sus piernas entrelazadas mientras descansaban, preparándose para saciar su sed una vez más.

“Andrew, realmente, debo irme,” ella suplicó, aunque jamás había divulgado porque había venido a él en primer lugar.

Sus palabras lo trajeron de regreso al presente: su salón de mañana, no mucho después de la llegada del sol a la cúspide, y vestido con sus pantalones de cabalgar y botas.

Y ella, en el mayor puro rosa pastel, un vestido de paseo completamente contrario con su exótico aspecto general. Ninguna mujer con su atracción se cubriría con nada menos que las más finas sedas de los más ricos matices. Rojos profundos, verdes, y azules beneficiarían su tez oscura y cabello negro azabache. Si ellos se casaran—no, cuando ellos se casaran—el la equiparía con nada menos de lo que Oriente tenía para ofrecer.

“No, no debe,” él argumentó. “Permanezca aquí conmigo. Por la eternidad.” Él no tenía idea lo que le había ocurrido desde que había encontrado a Lady Lorelei. Si él no la conociera bien, diría que ella había nacido con sangre gitana y le había embrujado su corazón.

Ella se soltó de su agarre, mirándolo a los ojos. “Usted sabe que no puedo.”

“No, no lo sé.” Se sintió vacío sin ella, y la acercó una vez más. “Visítare a su padre esta misma tarde, y pediré su mano—y esto acabara.”

La atracción hacia ella había aumentado desde su encuentro en el parque—posiblemente debido a la cercanía de la probabilidad de perder su vida.

“Nos hemos conocido recientemente. Eso sería altamente atrevido de usted,” se defendió. “Por favor, debo irme. Mi madre esta esperando.”

“Déjela esperar.”

Ella rió. Uno esperaría un tono sensual y profundo, pero el sonido era una dulce melodía, suave y refrescante. “Siento que mi madre no es una mujer paciente.”

“Entonces permítame llamar mi carruaje para que la lleve a toda prisa,” él dijo. “Yo no quiero enojar a su madre antes que tenga la oportunidad de que conozca mis intenciones.”

“Hará bien en permanecer sobre su lado bueno. Debo irme.” Ella se puso de pie, alisando su vestido. “Mi dama de compañía me espera en sus establos.”

“No, no caminará.” Su protesta fue encontrada por otra de sus sonrisas tímidas.

“Oh, pero yo caminaré. Justo como llegué aquí, regresaré”

“¿Cuándo la veré otra vez?” Él tenía que saberlo. “¿Va a ir al baile de Sharden esta noche?”

“No lo creo.”

“¿El musical mañana a la tarde en lo de Lady Turlington?”

“No soy mucho de instrumentos.”

“¿Entonces cuando?” el sabía que sonaba como un chico malhumorado, deseando lo que él quería y no otra cosa. “Le enviare una nota a usted y a su familia una invitación, si eso es el problema.”

“No debe hacerlo.” El miedo en su voz le dijo que no debía presionarla más. Londres era una ciudad pequeña, y el la vería nuevamente, aunque esto podría no ser ni hoy ni mañana.

“Por favor, sepa que soy muy serio, y mi afecto por usted—aunque pronto—es muy puro.”

“Puedo verlo.” Ella miró sobre su hombro a la puerta cerrada.

“Nadie puede escucharnos. Le aseguro que mis sirvientes son muy discretos.”

“No estoy preocupada por el chismerío,” ella le comunico en secreto. “Me preocupa usted, también. Ninguno de nosotros sabe que le depara el futuro. Solo recuerde que yo soy reciproca a su cariño, aunque, pasará mucho tiempo antes que podamos vernos nuevamente.”

Su corazón remontó vuelo con sus palabras, y cayó en picada así de rápido. “Sus palabras suenan como la mas dulce de las despedidas.”

“Mi familia está dejando la ciudad pronto para tomar una vacaciones en el campo. No estoy segura de cuando regresaremos a la ciudad. Entonces, no estoy diciendo adiós para siempre, pero le digo adiós por ahora.”

“¿Me escribirá?”

Nuevamente, ella rió. “No me iré por mucho tiempo, su señoría.”

“Dígame que no se olvidará de mi.”

“¿No obstante puedo olvidarme del mas elegante ingles que he tenido el placer de conocer?” ella bromeo. “Siento que debo estar preocupado que sus recuerdos de mi se desvanezcan tan rápidamente como la puesta de sol.”

“Entonces me mudaré a algún lugar donde el sol nunca se ponga.”

Pero para él, su recuerdo de los breves momentos juntos significaba mucho, porque era justo eso: breve. El solo esperaba que no fuera olvidable, también.

“Debo irme. Adiós, Andrew.”

Él estaba imposibilitado de hacer algo mas que no fuera mirarla caminar a través de la puerta, escuchar sus pasos mientras dejaba su casa, y soñar con un tiempo cuando el nunca, jamás le permitiría alejarse de él nuevamente.

###

Lorelei arrastró las lágrimas de sus mejillas mientras doblaba la esquina de St. Martin Lane. Le había mentado a Andrew, algo que no había deseado hacer. Había dejado su carruaje a unas pocas cuadras sobre Bond Street cuando se había deslizado por la puerta trasera de una librería y había hecho el camino hacia la casa del marques.

Ella había ido repentinamente, a decir adiós. Para asegurarse que si las cosas sucedían favorablemente para ella en su futuro, entonces podría ser, solo podría ser, que ella pudiera regresar a él...y pedir su perdón.

Él la miraba como nadie lo había hecho antes. Hasta este momento, ella había dudado de lo profundo de sus sentimientos por ella, esperando que sus palabras de amor hubieran brotado desde un lugar de vulnerabilidad y conmoción después de que casi habían sido arrollados por aquel carruaje, aunque su sirvienta le había dicho más tarde que Andrew la había seguido a la distancia hasta que se aseguró que ella había regresado bien a su casa.

Ni una vez hoy ella se había separado de él cuando la tocaba, ni se sobresaltó cuando colocó sus labios sobre su mejilla. Ella hubiera deseado darle a él lo mismo—arrastrando la mugre que los toques de Chastain habían dejado sobre su piel—pero no tendría esto.

Sin importar lo que sucedió, ella estaba segura que los hombres honorables existían.

El Marques de Drake—Andrew—era la prueba de esto.

No todos los hombres eran como su padre. No todos los hombres sacaban ventaja de ella como De Pez y Lord Chastain anhelaban.

Aquel conocimiento la confortaba. Mientras que el marques no tenía la intención de ser suyo, otra gustosamente atraparía su atención y capturaría su corazón, aunque él se negara ante la posibilidad. Una mujer sin secretos o causas. Una mujer sin lealtades más allá que su esposo y sus hijos. Ella deseaba que esto fuera así, tanto como deseaba que un día una mujer viniera y reclamara su corazón, borrando a Lorelei de su memoria.

Aunque no por su elección o acción, la lealtad de Lorelei pertenecía al Conde y a la Condesa de Epernon. Sus padres, Mathis y Camille Parisot de La Valette, habían vendido su fidelidad al próximo hombre que sospechaban que tendría mayor riqueza e influencia, Napoleón Bonaparte.

Ella era Lady Lorelei Parisot de La Valette de nacimiento francesa. Hija de un par de espías leales que conferían un título de vanidad absurda que había sido dado por su país, solo para ser eliminados después de la pronta defunción del Rey Louis XVI. Desde aquel día, su familia había sido fugitiva implícita,

moviéndose desde ciudades pequeñas a villas aun más pequeñas, nunca permaneciendo demasiado tiempo por temor a que alguien los reconociera y alertaran a la dictadura de su localización.

Lorelei mantuvo su cabeza baja mientras caminaba para esconder sus ojos rojos e hinchados y consolarse del hecho que ella le había dicho a Andrew como se sentía y sabía que su devoción era reciproca. Ellos estaban destinados para ser como Romeo y Julieta, dos amantes que no tenían la intención de ser, aunque el futuro no fue tan esperanzador para aquellos jóvenes amantes.

Andrew encontraría un noviazgo pronto, y ella anhelaba que la perdonara. Para aceptar su futuro como le habían forzado a hacer.

Él era un hombre como ningún otro, y continuaría; daría su corazón nuevamente a alguien que lo mereciera más.

Giró en el callejón detrás de la librería y se apuró a atravesar la puerta trasera para entrar en el caluroso negocio. No había notado el frío afuera hasta que el calor del local pegó sobre ella, calentando sus dedos adormecidos y nariz. Un espejo estaba colocado cerca del mostrador del frente del negocio, permitiéndole al propietario observar alrededor de los altos estantes de libros. Mientras ella hacia su camino hacia el frente, se dió cuenta que el propietario no estaba detrás del mostrador, entonces se detuvo para examinar su apariencia. Como temía, sus ojos estaban rojos y levemente hinchados, pero su cabello estaba como tenía que estar, colgando perfectamente sobre sus hombros.

Con la calma concentrada, Lorelei salió de la librería. Una campanilla sonó sobre la puerta, señalando su partida. Ella escuchó el saludo débil del propietario del local mientras la puerta se cerraba detrás de ella, dejándola sola en la calle abarrotada de gente de Londres.

Mezclándose en el flujo del tráfico a pie, ella se movió por la calle y por unos pocos negocios que había.

Otra campanilla sonó mientras entraba a un negocio, pero esta vez, el salón estaba brillantemente limpio, sin ningún rastro de polvo sobre la superficie.

“Ah, usted debe ser Lady Lorelei, la prometida de Lord Chastain.” Una dama, vestida en el más severo de los vestidos, la saludó. “Por favor, venga por aquí. Su madre la espera.”

Lorelei le permitió a la mujer arrearla por un pasillo angosto que se abría en un salón enorme cubierto de espejos, con encajes y otras telas colgando de cada superficie disponible. Los espejos reflejaban la ajustada cintura de

Lorelei, su cuello largo, y la cascada de su cabello oscuro. Ella sabía que era profundamente agradable a los ojos, un rasgo del cual su padre estaba muy orgulloso. Ella soñaba que su padre le mostrara orgullo por su inteligencia y su habilidad en el tiro con arco, pero no, él estaba más gratificado en la habilidad de su hija para que los hombres giraran su cabeza con la sonrisa más tímida o el revoleo de su cabello.

Había comenzado a aborrecer su apariencia. Si hubiera dependido de ella, hubiera cortado su cabello hasta el cuero cabelludo; hubiera renunciado a aplicarse el carbón en sus pestañas para mejorar sus ojos verdes. Se hubiera vestido con los algodones más gruesos o arpillera y vivir una vida simple, escondiendo su esplendor y solamente brillando para el hombre que ella amara. Eso hubiera sido suficiente, y a la vez, más de lo que alguna vez podría desear.

Aun así, ella había seguido con lo que sus padres y su corona demandaban. Y esa fue una elección que ella hubiera hecho para su vida.

“¡Lore!” su madre exclamó. “¿Donde has estado? He elegido varios vestidos para mi en mi aburrimiento.”

Lorelei no pudo evitar sonreírle a su madre. Realmente no la había visto a la mujer así de feliz en mucho tiempo, si alguna vez la había visto. Su madre era tan engreída como Lorelei esperaba no ser nunca. Aunque nunca había sido de una gran belleza, lo había sido lo suficiente para atrapar la vista del padre de Lorelei...y algunos decían que del Rey mismo. Camille le había contado historias de sus escapadas de joven, ayudando a la corona a encontrar traidores entre sus propios compatriotas. La había obsequiado a Lorelei con anécdotas de hombres importantes quienes le habrían contado todo a una cara bonita con unos pocos tragos. En el momento, Lorelei había idolatrado a su madre, había soñado en hacer lo mismo—todo por su país.

“Oh, Madre. Estoy segura que disfrutaste enormemente sin mi.”

Pero a través de los años, Lorelei había descubierto que su madre había trabajado arduamente para mantener escondidos esos secretos. No todas las misiones habían sido un éxito—lejos de esto. Camille caminaba con un poco de cojera que ella—y el padre de Lorelei—trataban esconder. Cuando Lorelei tenía quince años, ella había temido preguntarle a su madre acerca de esto, pensando que podría haber sido una caída de un caballo durante una cabalgata atrevida a través del campo abierto para evadir una captura.

Fue con lágrimas en sus ojos que su madre había relatado la anécdota oscura de una noche pasada en una taberna en el límite con Escocia, y un grupo

pendenciero de hombres franceses. Ella había pasado cerca de un mes trabajando como una moza de bar y había ganado la confianza de un grupo de hombres asociados a un rebelde en Francia. Ellos habían sabido de su disfraz —posiblemente desde el principio— y decidieron tener un momento de diversión con Camille antes de escapar. La noche había terminado con su madre siendo arrojada desde un segundo piso, rompiendo sus piernas en varios lugares. Ella le había dicho a Lorelei que había temido no volver a caminar, pero le dijo en confianza que el dolor físico no era nada comparado con el dolor emocional que había aguantado.

Fue solamente un año mas tarde, después que ella había aprendido a caminar, que conoció y se casó con Mathis Parisot de La Valette ante la insistencia de su corona.

Lorelei miraba a su madre mientras revivía la historia que le habían contado muchos años atrás.

Una expresión extraña cruzaba la cara de su madre, como si supiera lo que Lorelei pensaba, y le pedía que dejara al pasado irse.

“Ven, mi hija,” Camille habló, un obstáculo en su voz. “La Sra. Despond tiene la mas fina selección de telas para novias de Londres.”

Una parte de ella pensaba si su madre había tenido una boda, o si su dicha en esta ocasión era debido a su falta de un día especial. Pero nunca había preguntado, por el dolor que esto causaba.

En vez de esto, ella se volvió hacia la propietaria del negocio. “Gracias por acomodarnos con tan poco antelación, Sra. Despond.”

La pequeña y redonda mujer movía una mano en rechazo. “No es molestia, mi querida. Mi familia ha vestido a las cuatro duquesas de Chastain anteriores. Había comenzado a preocuparme que el joven Benji nunca elegiría una esposa.”

“¿Usted vistió a la madre de Benji y a su abuela?” ella miró a Camille, cuyo interés había sido atrapado por la afirmación.

“Oh, no,” la mujer se apuró a decir. “Yo he equipado a primas lejanas de Benji. Como probablemente usted sabe, Lord Chastain, el padre de Benji, heredó el titulo y las fincas de su primo tercero que falleció de una enfermedad repentina. Para ese momento, la esposa de Lord Chastain ya había pasado al mas allá, ¡Que Dios la tenga en su Gloria!”

La mujer bajó su cabeza en respeto. “Pero este es suficiente chismerío por hoy. Ahora ¿Qué tiene usted en mente para su día especial?”

Mientras que la modista y su madre debatían los méritos del encaje sobre el brocado, Lorelei pensaba si la rápida enfermedad del Chastain anterior tenía algo que ver con sus compatriotas franceses. Pero no, su país no podría haber sabido que el pariente distante del padre de Chastain era un duque con títulos en Inglaterra. Era absurdo pensar que su corona tenía semejante influencia fuera de sus propias fronteras.

No tenía sentido ponerle un final a un lord inglés y mandar al guardián de los planos fuera de Francia, sabiendo que él podría muy bien dejar el país para domiciliarse en el campo inglés.

“¿Que piensas?” su madre preguntó, sosteniendo un rollo del más delicado encaje sobre un tupido brocado. “La Sra. Despond hizo un muy buen comentario. La finca de campo de Lord Chastain podría estar muy fría en esta época del año, y si insistimos en una boda en los jardines, sería esencial tener un vestido hecho de algo más sustancioso. Estoy segura que Chastain nunca me lo perdonaría si te permito agarrar un resfriado de muerte la noche de tu boda.”

El estomago de Lorelei se tambaleó. En los últimos días, ella sacó el pensamiento de las relaciones maritales con Lord Chastain de su mente, en vez de eso se focalizó en la forma de encontrar los planos así esta maldita farsa de la boda nunca tomaba lugar. La idea de su madre de hacer la ceremonia en la casa de campo de Lord Chastain había sido brillante, por así decirlo, y le había dado a ella una hebra de esperanza que podría aun evitar una desagradable unión con Chastain.

“Sabes que confié en tu juicio sobre todos, madre.” Lorelei se movió para sentarse contra la pared mientras la pareja de damas continuaba debatiendo, regateando, y arrojando rollos de tela a un lado mientras planeaban el vestido perfecto para una boda que era de todo, menos perfecta.

Capítulo Diez

“Se ve bonita, mi señora,” Isabelle murmuró.

Lorelei levantó la vista hacia el espejo delante de ella, haciendo contacto visual con su sirvienta antes de sonreír. “Gracias, Isabelle, pero debes llamarme aun Lorelei.”

La muchacha asintió y salió de su vista.

Lorelei se focalizó otra vez en el espejo delante de ella—y su cuerpo exquisitamente vestido.

Un brocado crema de leche colgaba en cada curva con una cubierta de malla y bordado de perlas arremolinados en diseños cerca del busto y siguiendo hacia la falda. Cuando ella vio el vestido por primera vez, enviado por petición de su madre, Lorelei había querido llorar y desgarrar el vestido desde las costuras. Había tenido que suprimir su reciente adquirida antipatía a las perlas, ya que nunca le diría a la condesa acerca de las acciones de Chastain. Ellas le recordaban aquella noche en Covent Gardens, estrangulándola tan gravemente como Chastain lo había hecho esa noche. Le había llevado todo el día despojarse del vestido ofensivo, ahora para siempre el recordatorio de su propia servidumbre—a sus padres, a De Pez y su bando elegido, y ahora a Chastain.

La orilla baja del vestido estaba cubierta con barro, ahora seco que caía sobre el piso. Ella y Chastain se habían casado en los jardines solo unas horas antes, seguida por un agasajo para los sirvientes y la aristocracia local—separados, por supuesto.

Hubo brindis alrededor mientras los invitados del duque saludaban a la nueva Duquesa Chastain. Su cabeza aun dolía por la jarana del día.

Ahora, ella permanecía sola en sus dormitorios, su sirvienta enviada para prepararla para Chastain y su noche de bodas. En el espejo, miraba a una mujer que no reconocía, preparándose para una vida de incertidumbre y soledad.

La peor parte era que ella había estado de acuerdo con cada condición; ella nunca había discutido las exigencias de sus padres que ayudaban a restituir sus nombres y estatus en Francia—y merecidamente. Había estado ansiosa en ayudar a su familia a dejar las sombras del temor y las dudas, y recuperar un poco de la vida que ellos habían conocido bajo Luis XVI...aun si

eso significaba poner su confianza en un gobernante quien aun no se la había demostrado.

Lorelei podía no confiar en De Pez, y por supuesto no podía depender de la ascensión al poder de Bonaparte, pero siempre había confiado en el conde y la condesa y en sus decisiones.

“¿Mi señora?” Lorelei miró sobre su hombro a su sirvienta. “Su ropa nocturna está lista. ¿Hay algo mas que usted necesite?”

“¿Puedes ayudarme a desatar mis lazos?”

“Oh, perdón por mi desliz.” Isabelle se apresuró, y Lorelei giró una vez mas hacia el espejo mientras la sirvienta apresuradamente tironeaba de sus lazos. “Fue muy bonito haber sido su sirvienta.”

“Hablas como si no fueras a ser mas mi sirvienta, Isabelle.” Aunque ella no se dirigía a la muchacha como su amiga, Lorelei sentía una proximidad a ella que no había encontrado en otra alma en Londres.

“Voy a vivir con su padre cuando regrese a Londres.”

A Lorelei se le encogió su respiración.

La sirvienta liberó las ataduras en su espalda. “Oh, lamento haberla herido.”

No fueron las manos de Isabelle que habían causado dolor en Lorelei, sino las manos de su sirvienta. “No estoy herida. Solo tenia la esperanza que permanecieras conmigo. Estoy segura que mi esposo pagará tu salario.”

“No es eso, señora,” Isabelle dijo, regresando a su tarea. “Mi novio, Tomas, está en la ciudad, y yo lo extraño.”

“Oh, Isabelle.” Ella giró para enfrentar a su sirvienta, abrazándola. “Soy tan feliz por ti.”

Lorelei había estado tan preocupada con su destino tan temido que no se había detenido a pensar en ninguna de las personas que la rodeaba.

“Gracias.” Isabelle se despegó del abrazo de Lorelei. “Pero justo ahora, usted necesita estar lista para su novio. Escuché que los hombres se impacientan en esta noche.”

El momento estaba muy cerca, y Lorelei pronto no estaría en condiciones de evitarlo o mantenerlo fuera de su mente. Ella no había estado sola con Chastain desde aquella noche en Covent Garden, y todo lo que tenía para mostrar en esos breves momentos fueron su vestido arruinado y la pérdida de su hermoso collar de perlas. En su lugar, un ostentoso anillo rojo granate se posaba pesadamente sobre su mano.

“Tengo la esperanza que Tomas me pida matrimonio,” su sirvienta dijo a borbotones. “Él estuvo trabajando duro en su puesto de trasbordador, y ahorrando todo su dinero.”

Así de fácil, Lorelei se olvidó que este era su día feliz, el día con el que había soñado toda su vida. Se había casado con un duque, y uno rico. Aun así, Lorelei escasamente había sacado una sonrisa para la multitud que había asistido, y había abandonado las festividades muy poco tiempo después que el festín de su boda fuera servido—sin que Chastain lo hubiera notado, ya que no había salido volando para ver a su nueva duquesa.

“Debes irte, Isabelle,” Lorelei dijo, despidiéndola. “Puedo salir de mi vestido y cambiarme. Gracias por todo lo que has hecho.”

La muchacha parecía a punto de llorar mientras asentía y dejaba la habitación.

Un hombre estuvo notablemente ausente en las festividades, aunque Lorelei estuvo agradecida por su ausencia. Seguramente, Chastain le habría mandado notificación a su mejor amigo acerca de su inminente casamiento, aunque él no había venido.

El Marques de Drake.

Ella sacó la imagen del marques de su mente. Por supuesto, el no podía presentarse en el casamiento de una mujer que lo había engañado. Parte de ella lo había visualizado cabalgando en los jardines—evitando la situación horrorosa a la que ella había sido forzada.

Pero él no había venido.

Se puso rígida cuando un suave golpe sonó en la puerta, su vestido cayendo finalmente a sus pies.

“¿Lore?” la voz de su madre la llamó a través de la habitación.

Ella suspiró en alivio cuando vio a la condesa, aun usando su exquisito vestido de más temprano. Chastain hubiera entrado a su habitación por medio de la puerta que conectaba con su vestidor, no por la puerta que daba al pasillo.

“Madre.”

“Mi hija.” Camille cerró la puerta detrás de ella y se paró delante de su hija. “Eres tan valiente.”

“Yo no me siento valiente, sino bastante indefensa.” Sus hombros se hundieron y su vestido se deslizó más hacia el suelo, dejándola solo en su ropa interior. “Espero que esto valga la pena.”

Su madre le sonrió dándole confianza. “¿Alguna vez tu *pere* nos ha llevado por mal camino antes?”

“Por supuesto que no.”

“Entonces vamos a confiar en él ahora.” Su madre tomó ambas manos de Lorelei en las suyas, bajando la mirada hacia el anillo de la familia que Chastain le había regalado. “Te prometo que no estarás demasiado tiempo casada, a menos que elijas mantener a tu marido.”

Lorelei no podía imaginar un mundo en el cual ella elegiría estar ligada para siempre al duque, pero sabía que este matrimonio abrumaba a su madre, ya que la mujer se había apartado mientras los días pasaban. “Puede ser que estés en lo cierto, madre. Uno nunca sabe lo que el futuro le depara,” Lorelei dijo para aliviar el humor. “Además, nuestra familia vive de la aventura y lo desconocido.”

“Eso hacemos, mi niña.” Su madre la abrazó rápidamente antes de retroceder. “Pero yo no debo custodiarte. Hay muchas cosas agradables acerca del matrimonio...aun si el hombre no es con el que pretendías casarte.”

Camille dejó la habitación así como se había movido a través de la vida, sin afectar nada, y sin un solo sonido.

No era la primera vez que Lorelei deseaba poder hacer lo mismo: despojarse de su forma física y pasar sin rumbo como una corriente de aire hacia otro lugar—podía ser hacia otro tiempo.

En vez de eso, ella se sacó su ropa interior y se deslizó dentro de su traje de noche para esperar la llegada del duque a su cama matrimonial.

###

Andrew entró por la puerta de frente de su finca de campo, un resorte en sus pasos.

“Buen día,” le dijo a su sirviente.

“Buen día, mi lord. The London Post llegó mientras usted estaba afuera.”

“¿Confió en que lo has puesto en mi estudio?” Ante el asentimiento de su mayordomo, Andrew continuó. “Muy bien. Por favor lleva mi desayuno allí.”

Pronto regresaría a Londres—y a Lorelei. La quincena había demorado unos pocos días más, y él esperaba que ella hubiera regresado a la ciudad, y que aun esperara su llamada. Pero con la distancia había llegado un poco de claridad. Ningún hombre deseaba ser observado tan ansioso en sus esfuerzos por perseguir a una mujer. Sería necesario que se tomara su tiempo, le diera su

espacio, y esperar que ella deseara tanto como el deseaba regresar a Londres, hacerle conocer sus intenciones al conde, y hacer los arreglos para su boda. Sería un gran asunto, una boda que los de la calaña de la alta sociedad no habían contemplado desde la última boda real. La gente vendría a lo largo y ancho para atestiguar su unión.

Esto no sucedería tan rápidamente como a él le gustaría, porque sabía que Lorelei debía tener algunos familiares a los que necesitaría notificar, y entonces requeriría tiempo para que viajaran a Inglaterra para la ceremonia, aunque demandaba no tener ninguno. Diablos, él contrataría una flota de barcos para tenerlos aquí mas rápidamente si fuera necesario.

Se colocó detrás de su escritorio para revisar todas las cartas de último momento de sus inquilinos. Había contratado una cuadrilla para arreglar los establos, cubrir con paja el techo de la casa del cura parroquial, y ver los jardines de la finca. Cuando él y su nueva esposa viajaran a la finca, la quería en perfecto orden, como se merecía. También había enviado a buscar más sirvientes a la villa local para poner en orden la casa principal, pulir cada superficie de madera, y golpear cada alfombra. Como un pensamiento de último momento, le había comisionado a un artista apreciado pintar una cantidad de paisajes para adornar las paredes del salón de mañana y la habitación de Lorelei.

Habían pasado muchos años desde que una mujer había llamado a la Abadía Drake un hogar, y él haría todo a su alcance para asegurarse que su hogar se convirtiera en el de ellos.

Aparte de las enaguas livianas él y Benji se habían mantenido en compañía a través de los años, él no tenía la más mínima idea de lo que una mujer deseaba. ¿Le gustaría a Lorelei decorar sus propias habitaciones? ¿Elegiría colores atrevidos, colores de alfarería o los tonos de pastel que eran la moda en Londres? él estaba esperanzado en que ella elegiría tonos profundos favoreciendo su herencia exótica.

Debidamente, esto no le importaba nada. Su esposa, la Marquesa de Drake, tendría todo y cada cosa que ella deseara. Si eso significaba tirar abajo su vieja casa principal y construir una nueva finca con sus gustos personales, el haría que eso sucediera.

¡Ah, la vida de un calavera reformado!

La idea de una mujer calentando su cama por el resto de su existencia sonaba paradisiaco.

Dejando de lado las cartas de sus inquilinos y la reciente correspondencia de su abogado en Londres, Drake agarró el Post. Casi una quincena atrasado, estaba seguro que el periódico no tendría ninguna noticia importante.

Una página detallaba las complicaciones de un nuevo canal navegable público que se creía que un día mejoraría la calidad de vida entre los londinenses. La próxima página estaba llena del mas reciente chismerío, incluyendo recientes compromisos y casamientos. Uniones entre la elite de Londres eran legendarias y llenaban varias paginas.

El imaginaba su propio anuncio de boda. Como si invocara su nombre, diviso Lady Lorelei Parisot de La Valette, hija del Conde y la Condesa de Epernon, visitando la aristocracia francesa. Escaneo el aviso de media pagina...y deseó escupir fuego.

*El Conde y la Condesa de Epernon
Están orgullosos de anunciar el matrimonio de
Lady Lorelei Parisot de La Valette con
El Duque de, Benjamin Davis.*

Cuando su furia retrocedió, la traición se estableció. La alevosía de Chastain era esperada—Andrew también había sido un hombre egocéntrico. Él buscaba su propio placer a expensas de otros; tomaba todo lo que deseaba, y se preocupaba solo de su salud. El hecho de que Benji se hubiera sentado en frente de Andrew en White y le declarara su deseo de una tregua que afectaba a Lorelei lo irritaba sin límites.

Pero Lorelei había sido diferente.

Sus manos agarraban con fuerza, arrugando el papel que sostenía. Con cuidado innecesario, Andrew destrozó el delgado periódico, desgarrando cada pieza en pedazos más y más pequeños para hacer la historia ilegible.

Ella era una mujer por sobre todas las otras. La mayoría de las debutantes debían estar pintadas y vestidas para ser valoradas, pero Lorelei era exquisita sin necesidad de la asistencia de otros. Muchas muchachas ponían en práctica una fachada agradable limitando con la estupidez, mientras que Lorelei era dócil por naturaleza, pero mantenía su chispa de rebelión justo debajo de la superficie. Uno solamente necesitaba mirar un poco mas profundo para descubrir las cualidades verdaderas.

Ella había correspondido su afecto, o al menos lo había dejado creer eso.

¿Pudo ser tan corto de luces? ¿La pareja se rió a su cuenta?

No, a ella le importaba, justo como él tenía un profundo y perdurable afecto por ella. Ninguna mujer podía engañarlo tan ampliamente como ella,

estaba seguro.

Andrew se puso de pie, golpeando su pesada silla de madera. Necesitaba espacio—aire. Cuando la silla bloqueo su paso, el llegó bajo el borde de su escritorio, y con toda su fuerza, jaló la pieza maciza sobre el piso y la dio vuelta. Sus papeles, el abridor de cartas atesorado, libros, y tintero se desparramaron por todo el piso. El vidrio se destrozó cuando el cuadro en miniatura de sus padres golpeó el estante de libros demasiado grande que sostenía sus libros mas valiosos y el libro de contabilidad de su finca.

“¿Mi lord?” una sirvienta llamo alarmada desde la puerta abierta ahora.

“¡Fuera! ¡Váyase!” él gritó.

Luego se inclinó y agarró su silla dorada por dos de sus patas, levantándola en alto, y la osciló, haciendo contacto con la chimenea detrás de él. La madera antigua se hizo añicos, mandando astilla para cada rincón de la habitación. Mirando por la sala—su santuario cuando estaba en la residencia—esperó que su furia disminuyera. En vez de eso, cada cosa que el miraba estaba teñida de rojo. Se movió hacia el enorme retrato de su familia, comisionado cuando el no tenia mas de tres años.

El marco se deslizo fácilmente de la pared. Drake sostenía la imagen de la artesanía delante de él, notando las similitudes entre su difunto padre y él: el color del cabello, altura, expresión facial. El giró su mirada hacia su madre, una santa entre las mujeres, la mirada capturada por su único hijo con adoración en sus ojos.

Estudió el lazo entre su familia, tan fuerte que aun un artista de retratos había sido capaz de capturarlo. Había estado solo por muchos años, se había olvidado lo que era que alguien importara genuinamente. La gente usaba a otros, y él había caído en el hábito rápidamente después que su padre había fallecido y otros vinieron a convocarlo, solo deseando algo de él. Así fuera su dinero o su favor importaba poco porque ninguno de ellos—con la excepción de Chastain—había permanecido por mucho tiempo. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido algo remotamente parecido a afecto por otra persona...hasta que la había encontrado.

Su propia tentación.

Una mujer seductora disfrazada.

Ella se había aprovechado de sus inseguridades, evaluado sus necesidades, y aprovechado su bondad.

Él pensó otra vez en su desafortunada mañana. Había estado tan orgulloso en regalarle el más hermoso ramo de flores, los pimpollos no tenían rival en

su esplendor. El Conde y la Condesa amablemente habían aceptado su visita, aunque esto cambiaba la dirección de lo que era propio durante el noviazgo. ¿Ellos también buscaron parecer un tonto?

¿Y que acerca de su tiempo en el parque—y la visita de Lorelei después de todo eso? Él había contado los días desde entonces. Ella y Benji no habían tenido tiempo para un verdadero noviazgo tampoco.

Él no podía creer eso de su Lorelei. Si alguien buscaba dañarlo, era Chastain. Otro más de sus juegos.

Andrew levantó sus rodillas y tiró la tela pintada. El marco de madera hecho añicos como se había hecho su silla. No estaba más la mirada de su madre sobre su personalidad joven y orgullosa.

Arrojando la pieza arruinada de lado, miró el estante que llegaba desde el piso al cielorraso, apiñado de libros, artefactos que su padre había coleccionado, y años de libros de contabilidad. La tomó de un lado y empujó, pero el estante macizo se sostenía fuerte de la pared. Dándose cuenta que debía estar anclado, miró a los objetos adornando sus estantes.

Chucherías que su padre le había traído a él y a su madre cuando viajaba a Londres para el Parlamento. ¡Como había el marques anterior odiado viajar y dejar atrás a su familia, aun para aquellas breves sesiones!

Andrew levantó una miniatura en arcilla de una casa de campo y la giró en sus manos, estudiando los detalles: una corona de navidad colgando de la puerta, un fuego rugiente visible a través de la ventana, y nieve cubriendo el suelo. Había sentido cierta aprensión en tocar la pieza cuando era joven, temiendo que se cayera o la dañara de alguna manera.

De pronto, preservar la delicada casa parecía sin importancia, en el fondo de su corazón, él sabía que no tendría hijo—o hija—propios para que lo heredaran, ninguno que lo valorara después que muriera. Ninguno jamás esperaría su regreso de Londres, contando los días para reunirse otra vez.

Estrujo la casa entre sus manos y la aplastó hasta que no quedara nada excepto polvo, que era exactamente como se sentía por dentro.

Una brisa rápida lo llevaría por todos lados, dejando pedazos de él por todos lados aun en ninguna parte al mismo tiempo.

Frotó sus manos para liberarse del polvo que aun se pegaba a su piel, y pequeños trozos en sus palmas suaves. La incomodidad era un sentimiento bienvenido, enmascarando el vacío que se desparramaba a través de él.

“¡Gunther!” él llamó.

“¿Si, mi lord?” su mayordomo se detuvo dentro de la habitación, como si hubiera estado esperando justo fuera de la puerta en caso que su patrón necesitara asistencia.

“Prepare mi caballo.”

“¿Ahora?”

“Si, ahora,” él bramó.

“Por supuesto, mi lord.” El hombre se inclinó, pero esperó antes de dejar la habitación. “¿Debo enviar a la Srta. Gladys a limpiar esta sala?”

Como si viera el desastre que había creado por primera vez, Andrew miró la habitación. “No me importa si prenden fuego toda la casa principal. No regresaré.”

“¿Antes de las fiestas?” la confusión nublando su cara.

“En toda mi vida.”

Capítulo Once

“Solo unos pocos días mas de búsqueda. Por favor, *Pere*.” Lorelei suplicó. “Debe haber algún lugar que nosotros no hemos mirado.”

“Lorelei, tu madre y yo no hemos dejado ni una piedra sin dar vuelta. Debemos regresar a Londres,” él dijo en francés. Ellos habían sido extremadamente cautelosos desde su llegada. “Esto nos dará tiempo para buscar en su casa mientras él está aquí. Y debo mandarle una nota a De Pez, haciéndole saber que aun estamos esperanzados. No puedo arriesgarme a enviar una carta desde aquí.”

Ellos habían actuado como una familia honorable desde que habían viajado al campo para la boda de Lorelei. Cada momento libre había sido pasado tratando de evitar el día temido con una intensa búsqueda. Su madre había convencido a Lord Chastain que una limpieza apropiada y el redecorado de la casa era correcto para prepararla para una nueva duquesa.

Él se había entregado a sus pedidos, aun ayudando a sus sirvientes a mover los muebles, pero se había retirado rápidamente a su estudio para estar en paz, llevándose al conde con él cada día.

Pero ahora, ellos estaban como nunca solos, Chastain había dejado la casa temprano y su madre sabia Dios donde estaba en la finca.

“¿Me vas a dejar aquí? ¿Con él?”

“No estás en peligro con tu *esposo*,” su padre murmuró. “Por favor, manténganse unidos y recuerda nuestra causa. Si yo encuentro los planos, vendré por ti yo mismo, y entonces no tendrás ningún motivo para verlo nuevamente, si es lo que deseas.”

El conde dijo estas palabras como si le estuviera dando una elección: volver a Francia con ellos, o continuar como Lady Chastain. Ella había estado comprometida con el objetivo de su familia en Londres todos estos meses, pero las cosas habían cambiado. Ahora, se le requería pasar sus noches en los brazos de un hombre a quien le importaba poco de ella o de sus necesidades.

Chastain era amable con ella, y ella sospechaba que la falta de pasión entre ellos no era unilateral. Ella se había abstenido en varias ocasiones de preguntarle porque se había casado con ella. ¿Qué había buscado obtener de su casamiento? Ella no tenía gran riqueza o dotes de las que hablar, ni había

sido cautivado por su belleza o intelecto. Si un heredero era en lo que él estaba detrás, tampoco le había compartido esa información.

Lorelei caminaba por la biblioteca, arrojando sus brazos al costado. “¿Que pasa si no lo encontramos?”

“Lo discutiremos cuando hayamos admitido que todas nuestras vías han sido infructíferas.”

Como hacia su padre para guardar la compostura, nunca lo sabría. Parecía que cada camino que ellos probaban los dejaba con las manos vacías como antes.

“Queda todavía la opción de que le preguntes a Chastain donde están.”

“Puede ser que mamá le pregunte,” Lorelei siseó. “Ella y Chastain parecen llevarse mejor que él y yo.”

“No hablarás de tu madre así.” Su padre se puso de pie abruptamente, deteniéndola a media caminata. “Ella no es como tu o yo—ella ha sido maldecida con la habilidad de cuidar genuinamente de los otros.”

“¿Piensas que soy incapaz de eso?” las palabras la lastimaron mas profundamente que cualquier cuchillo.

“No estés dolida, *ma fille*.” Él se detuvo delante de ella, capturando sus ojos con su propia mirada atenta y colocando su mano sobre su mejilla. “Vos y yo, somos muy parecidos.”

Ella no quería ser para nada como el conde. Con él, había siempre un motivo escondido detrás de sus acciones y sus palabras. Él pensaba solamente en lo que beneficiaría sus propios logros. Hasta hace muy poco, ella había estado agradecida que sus propios logros también incluían sus mejores intereses, pero con su matrimonio con Chastain se había dado cuenta que su padre la veía a ella como desechable. Un peón, tanto como era su madre últimamente. Ella era canjeable y vendible—por nada.

Ella imaginaba si De Pez había ofrecido más, si su padre le hubiera dado a su única hija en matrimonio.

“No me mires así,” él advirtió. “Lo que estamos haciendo significa salvarnos a nosotros mismos.”

“¿Y si no tenemos éxito? Contéstame esa pregunta, *Pere*.”

El suspiró. “Entonces el plan es el mismo: desaparecemos, dejamos nuestras vidas e identidades detrás.”

Su plan no estaba bien pensado y tenía pocas probabilidades de mantenerlos seguros por mucho tiempo. Habían estado corriendo por años, viviendo de unas exiguas monedas que su padre había sido capaz de esconder

por años, pero con su viaje a Londres, ellos habían gastado todo lo que poseían— ¿y porque? ¿Por Una oportunidad de obtener el favor de un hombre quien podía muy bien nunca llegar a nada?

“Entonces ¿escaparemos de Chastain...y De Pez?” ella casi pensaba si era mejor quedarse y aprovechar sus oportunidades con el duque.

El sonido de un objeto golpeando el piso de madera los hizo girar a ambos.

Una sirvienta parada en las sombras, un plumero en la mano.

“¿Que está haciendo usted aquí?” su padre le gritó a la muchacha en un acentuado inglés. “¿Usted escuchaba a escondidas nuestra conversación?”

“Calma, *Pere*.” Lorelei le agarró el codo a su padre para detenerlo de cruzar la habitación a toda prisa. “Nadie aquí sabe francés,” ella lo suavizó en su lengua natal.

Él no se relajó en lo más mínimo.

“Váyase,” le gritó a la atemorizada sirvienta, quien dejó caer el plumero y escapó de la habitación, golpeando la puerta detrás de ella.

“¡*Pere!*” Lorelei sacudió su cabeza. “Debes ser respetuoso. ¿Que pasa si ella va a Chastain y le dice sobre nuestras conversaciones en privado?”

“Sería un desastre.” El conde regresó a su silla. “Pero él es un caballero, y estará de parte mía. Las sirvientas no deben escuchar a escondidas las conversaciones, especialmente las privadas. Y según lo que yo sé, un hombre tiene derecho a una conversación en privado con su hija.”

Sus palabras encajaban, como las etiquetas que se le pegan a uno. De otra manera, la anarquía y la rebelión se encargarían.

“Además, tu madre y yo partiremos inmediatamente para Londres. Mándame a decir cuando estés por regresar. Ahora vamos.”

“¿Cuanto tiempo lo tengo que mantener a él aquí?” su nuevo esposo había actuado como un animal enjaulado últimamente. “Se cansa de la vida de campo, y sé que preferiría viajar a la ciudad en poco tiempo”

“Tanto como puedas.” Cruzando sus piernas desde la rodilla al tobillo, el conde agarró su periódico, señalando el fin de la conversación. “Terminamos aquí.”

Sus hombros descendieron, y abandonó la habitación. ¿Cuándo aprendería que ella estaba tan comprometida como él—mas, ya que Chastain podría sospechar y descubrir su secreto en cualquier momento.

La finca estaba desolada, y dentro de poco mas desolada. Lorelei podía pensar solo en un lugar en toda la finca para ir por consuelo.

Su madre estaba reclinada en los jardines con una manta pesada de lana alrededor de sus hombros para protegerse del frío. Camille rara vez había dejado aquel lugar, excepto para dormir, desde la boda. Si era por la serenidad del lugar, o la esperanza la había abandonado, Lorelei no lo sabía.

Vaciló en molestarla, ya que Camille había trabajado incansablemente preparando la boda falsa de Lorelei: coordinando flores, seleccionando el vestido perfecto, arreglando una exquisita comida consistiendo en los alimentos favoritos de Lorelei de su país—todo en diez días. Parecía que le habían quitado todo de ella. Ahora se sentaba, hablándole a nadie y sin levantar un dedo para ayudar en su búsqueda. Lorelei no pudo evitar pensar que su madre había ganado este respiro.

Bajo otras circunstancias, Lorelei tendría que estar de acuerdo que la boda había sido hermosa, completa con una novia espectacular y un novio elegante, casándose en un jardín lleno de pimpollos florecientes con el brillo del sol sobre su cabello negro. Habían estado ausentes las risas y las sonrisas...aunque si los pocos sirvientes de mucho tiempo y la aristocracia rural lo habían notado, ellos no habían dicho nada en frente de Lorelei o sus padres.

“Madre,” Lorelei la llamó mientras avanzaba. “¿Quieres mas té?”

Camille lo negó y se encogió más en su silla, como si esperara que quienquiera que la llamara se fuera si ella se escondía lo suficiente bajo la manta.

“¿Tienes frío?” Lorelei apoyó su mano sobre el hombro de su madre, forzando a la mujer a reconocerla. “Puedo también mandar a buscar otra manta.”

Camille levantó la vista, sus ojos llenos con una amargura que Lorelei no entendía. Había envejecido diez años en el corto tiempo que ellos habían viajado a Londres. Su cabello estaba salpicado con más gris de lo que Lorelei recordaba, su madre ni se molestaba en aplicar el polvo usado para mantener un matiz negro brillante.

“No, gracias, mi niña.”

“¿Que te preocupa?”

“¿Que me preocupa?” la confusión ató sus palabras. “Estoy disfrutando del aire fresco, eso es todo.”

“Lo has estado haciendo por mucho tiempo.” Su padre estuvo de acuerdo en permitirle pasar todo el tiempo aquí en el jardín, pero Lorelei se preocupaba por ella. “¿No estarías mas cómoda adentro, delante del fuego?”

Si ellos estaban forzados a desaparecer una vez más, dejando aun sus nombres atrás, ella temía que su madre estaría perturbada. El pocopreciado tiempo que ellos habían pasado en Londres había animado a su madre enormemente.

La condesa observaba una mariposa revoloteando en la brisa, ignorando a Lorelei una vez más.

“Papá dice que tienes que prepararte para regresar a Londres.” Lorelei intentó con otra táctica para obtener su atención. “Vas a partir muy pronto.”

“¿Vendrás, también?” la amargura desapareció de su cara por primera vez. “Va a ser bonito estar de regreso en Londres nuevamente, aunque nuestro jardín no sea tan magnífico como este.”

“No,” Lorelei dijo, lanzando violentamente la esperanza que había regresado a su madre. “Pero tengo la esperanza de seguirlos tan pronto como pueda.”

“Me preocupo por vos.”

Lorelei pensaba si la había escuchado correctamente. “¿Preocuparse por mí—porque? Me enseñaste bien, y estoy preparada para cualquier resultado.” Ellos habían pasado muchos días discutiendo lo que necesitaba ser hecho para regresar a las vidas que una vez conocieron, aunque Lorelei se había desviado en cada vuelta—aun, de ninguna manera estaba preparada para aceptar una falla y lo que significaba para su futuro.

“Eres solo una niña.”

“Pero soy sabia por mis años, ¿no?”

“O demasiado ingenua para comprender la severidad de nuestra situación,” su madre dijo, haciendo una pausa. “O la...”

“¿Que, madre?” ella preguntó cuando Camille no continuaba. “Encontraremos los planos—yo no me he dado por vencida aun. ¿Hay algo que no me hayas dicho?”

“Tu padre...” Nuevamente, su madre no pudo, ni hablaría lo que la estaba preocupando. “No importa, mi niña. Debo apresurarme y empacar ahora. El conde no se demorará mucho si está decidido a partir.”

Con un quejido penoso, Camille se puso de pie, manteniendo la manta envuelta alrededor mientras regresaba hacia las puertas dobles que daban hacia adentro.

Su silla vacía, afelpada con almohadones color lavanda, se veían invitadores. No había razón para que Lorelei volviera adentro, ya que el menú de la cena había sido planeada desde su llegada por la ama de llaves. A

Lorelei nunca se le había pedido que inspeccionara la platería o compartiera cualquier disputa del personal. La vida de una duquesa era lánguida.

Ellos habían estado de acuerdo que debía hacer lo que se esperaba de una nueva duquesa días después de su boda, dejando al conde pasar sus días deambulando por la casa y las propiedades. Él se veía un hombre ocioso, disfrutando los frutos del ventajoso casamiento de su hija. Había acompañado a Chastain a la taberna local para una noche apasionada de tragos y camaradería, aunque la noche había sido un desperdicio cuando Chastain había bebido tanto que había caído profundamente dormido antes que su padre pudiera indagarlo para conseguir respuestas.

Los sirvientes y la aristocracia local habían sido de poca ayuda también, ya que ninguno de ellos era demasiado familiar con el duque o su difunto padre. Cada cosa que se enteraban señalaba a Chastain como un hombre quien disfrutaba del placer y el esparcimiento, confiando sus problemas de la finca a su mayordomo.

Sin haber dejado una piedra sin dar vuelta, Lorelei se había encontrado con el mayordomo y lo había mantenido ocupado con preguntas del personal mientras su padre buscaba en su pequeña residencia. El había regresado a la casa principal con las manos vacías y de un pésimo humor.

Lorelei sintió algo húmedo en su mano expuesta.

Las primeras gotas de lluvia que caían desde su llegada al campo.

Permaneció sentada, dejando gota tras gota caer sobre su piel. Pronto, su cara estaba mojada, y sus ropas absorbían el agua que continuaba cayendo mientras las nubes atravesaban el cielo. Más allá del cerco del jardín pulcramente decorado, dos caballos galopaban hacia el establo de Chastain. Uno era seguramente su esposo, los pasos solidos y apurados de su caballo. Al lado de él cabalgaba una mujer, su falda de piel azul atrapaba la brisa y se batía en el viento. Ambos llevaban sus cabezas hacia abajo mientras cabalgaban para cubrirse de la tormenta que golpeaba.

Lorelei se puso de pie mientras ellos desaparecían de su vista rodeando el costado del establo, buscando su propio abrigo de la furia de la tormenta que llegaba.

Capítulo Doce

Lorelei entró al carruaje de Chastain, temiendo un viaje corto encerrada con su marido después que habían hecho el viaje de regreso a Londres solo unos pocos días antes. Ella se dio cuenta de la figura vistosa del conde que estaba sentado enfrentándola en el carruaje. Para cualquier mujer quien no lo conociera, él parecía muy buen mozo, vestido elegantemente con una corbata perfectamente atada, botas brillantes, y una sonrisa malvadamente tentadora.

De pies a cabeza el querido caballero de la alta sociedad—y calavera reformado recientemente desde su casamiento con Lorelei.

Pero ella lo conocía mejor.

Después de seis semanas aislada en el campo con ninguna otra compañía mas que él—y su brigada de sirvientes leales—ella estaba completamente de acuerdo con viajar de regreso a la ciudad, aun encerrada en los confines de un carruaje casi tres días completos. Afortunadamente, él había elegido montar su caballo la mayoría del viaje.

Sumado a su infelicidad estaba la ausencia de sus padres, a quienes ella no había visto desde su partida varios días después de la ceremonia. Mientras había estado encargada de mantener ocupado a Chastain para que ellos pudieran buscar en la casa de ciudad de Londres, no había escuchado nada ni de su padre o madre desde que la habían dejado. Al menos, había esperado una carta de su padre dándole autorización para viajar de regreso a Londres, pero todo lo que había recibido era una nota garabateada a las apuradas de su madre declarando a la nueva Duquesa Chastain un éxito a los ojos de la alta sociedad.

Desde que la pareja feliz había llegado a Londres unos pocos días antes, ella no había vislumbrado piel ni cabello del hombre cuyo apellido era ahora de ella, y estaba agradecida de que se mantuviera alejado de ella y su cama.

Pero esta noche él había demandado su presencia—y entonces se sentaron, uno en frente del otro, los dos evitando el contacto visual.

Sus semanas en el campo habían estado ocupadas con su búsqueda sin fin en todos los rincones de la finca enorme. Ella había llegado tan lejos como para visitar la vicaria y buscar espacios escondidos entre las reliquias.

Y no había encontrado nada, sumando horas de investigación desaprovechada.

Todo lo que ella había logrado era colapsar cada noche excesivamente cansada. Se despertaba la mayoría de las veces aun vestida con su vestido asqueroso del día anterior.

Si su nuevo marido notaba su falta de cuidado personal o fatiga extrema, él no hizo ni siquiera mención, prefiriendo saciar su sed carnal en otro lugar, posiblemente con la mujer que ella había visto cazando a lomo de caballo en su casa de campo. Era casi como si él hubiera tomado lo que deseaba, llamada Lorelei, y ahora que estaba en posesión de ella, el duque no estaba más interesado.

Esta noche, él estaba prestándole tan poca atención como ella esperaba, lo cual nuevamente, la satisfacía. No la había mirado desde que había entrado al carruaje cerrado—ni aun para preguntarle si le gustaría carbón caliente debajo de la manta de lana cubriéndole las piernas para guarecerla del frío. Ni había esperado fuera del medio de transporte para ayudarla a entrar. Por todos sus años como un caballero, ciertamente no había aprendido nada.

Si ella planeaba pasar algún tiempo insignificante con Chastain, tendría que establecer prioridades para mencionar sus maneras olvidadas.

Sin embargo Lorelei solamente se focalizo en el cometido presente: encontrar los planos y escapar de Londres a su casa de campo.

Tristemente, esta noche no era acerca de llegar más lejos en su meta.

Era la primera vez que los recientes llegados Lord y Lady Chastain estaban por aparecer en publico—juntos.

Ella pensó en la primera y única vez que había estado en un salón de baile con su nuevo marido, pero todo lo que podía retratar era estar en los brazos capaces y fuertes del marques y girar por el piso de baile, sus risotadas llamando la atención de todos. Eran solo estos pensamientos que la habían mantenido cuerda durante su estancia temporal fuera de Londres.

Solo un breve momento en su vida. Una canción, cinco minutos en sus brazos, un salón lleno de bullicio y aun así él había sido todo lo que ella había visto. Su voz profunda todo lo que ella había escuchado. Estaba dudando sobre lo que él pensaría de ella ahora, particularmente considerando la tarde que ella había pasado en sus brazos antes de la prueba de su vestido. En su nota, la condesa había escrito que todo lo que se hablaba era acerca de la unión de Lorelei. Cada té de la tarde, salida de compras, y noche de teatro había sido llenado con buenos deseos. Ella sospechaba que Camille estaba disfrutando de la atención concedida hacia ella debido al matrimonio de su hija.

Lorelei llevo la parte trasera de su palma a su boca, su estomago de pronto tambaleándose incomodo. Su tiempo en el campo no había sido bueno para ella. Había comenzado a tener miedo a comer porque nada le caía bien, aunque los dolores por el hambre constantemente la mortificaban. Desafortunadamente, su apetito había solo aumentado con su regreso a la sociedad educada, y su estomago estaba aun mayormente hosco.

“¿Te estas sintiendo enferma?”

Sus ojos pasaron rápidamente a los de su esposo en la luz tenue.

Chastain la miró de arriba a abajo cuando ella no hizo ningún intento para responderle. “¿Bien?” él persistió.

Parte de ella rehusaba darle la satisfacción de responder. “Mi estomago está perturbado, eso es todo. Estoy segura que una vez que dejemos este carruaje en movimiento me recobraré.”

Él empujo de lado la tela que cubría la ventanilla. “No estamos lejos. Por favor mantiene tu comida del mediodía a donde pertenece; le llevó horas a mi criado lograr el brillo de mis Hessians.”

Lorelei le sacó la lengua cuando él continuaba mirando hacia la penumbra. Sabia que era infantil, y en conflicto con las buenas costumbres de una dama, especialmente una con el nuevo titulo de duquesa, pero temía dejar que cualquier palabra se deslizara de sus labios—ellas traicionarían sus verdaderos sentimientos para con el hombre, de no tener en cuenta su desagrado.

“No tengo que prevenirte acerca de lo crucial que esta noche es para mi.”

¿Para él? Era otro baile, nada diferente de los miles que gustosamente había asistido antes.

“Ya ves, he tomado una extranjera como mi esposa,” él continuó. “Muchos giraran sus narices ante el pensamiento de confraternizar contigo, por lo cual, a su vez, echa una sombra sobre mi. Es algo que debería haberme dado cuenta antes de nuestra boda.”

Su actitud incorrupta era desesperante. “¿No te diste cuenta que he sido el objeto de miradas despectivas desde mi llegada a Londres?” Su piel bronceada y exóticos ojos verdes no habían escapado de su atención ni de la de nadie más.

“Estas casada con un duque ahora, y eso solo te abrirá muchas puertas tan pronto como establezcas una apariencia apropiada y recato.” Él miró su escote a la moda. “Recuerda en el futuro, que no necesitas mas atraer la atención

masculina para procurar un marido. Por favor, no despliegues tus valores desenfrenadamente.”

¿El buscaba reclamarle a ella? ¿No había ya probado su dominación sobre ella todos estos meses atrás, así estuviera de acuerdo o no?

En vez de hacerle todas las preguntas que tenía bajo la superficie, ella mantuvo su lengua y se focalizó en sobrevivir durante la noche. Ellos no habían discutido aquella noche horrible en Covent Gardens. Prefería no revivirlo, y temía cual sería su respuesta si ella reviviera esto otra vez. Y él actuaba como si nunca hubiera tomado ventaja de ella.

“Hemos llegado.” Él dejó que la tela cayera en su lugar ante la ventanilla. “Haremos nuestro camino a través de la línea de recepción y saludaremos a nuestro anfitrión y anfitriona. Eso será seguido por una vuelta rápida por el piso de baile. Después de eso, te traeré una bebida, y luego me retiraré al salón de juegos. Cuando esté listo para retirarnos, te buscare para el viaje de regreso a casa.”

“Por supuesto, mi lord.” Lorelei mantenía su tono repugnantemente dulce.

“Llámame Benji o Chastain,” él dijo con un giro de su muñeca. “Estamos involucrados íntimamente, después de todo.”

###

Dos meses...dos malditos meses, y ni una sola palabra de ella.

Ni un ‘Lo siento’ garabateado sobre un papel cubierto de lágrimas.

Ni ‘He cometido el error mas grande de mi vida. Por favor, ¡rescátame!’.

Ni golpes en el medio de la noche sobre la puerta de su casa de ciudad. Nada. Ni una palabra.

Y él había esperado. Oh, como había esperado. Había esperado mientras sorbía wiski. Había esperado mientras leía el periódico de la mañana. Había esperado cada noche una palabra que le dijera que había regresado a la ciudad.

Había alucinado, había gritado, había discutido, se había ofendido y había ofendido a sus sirvientes.

Por ultimo, él había empezado a mandar sus suplicas al cielo—cualquier cosa que pudiera traerla de regreso.

Ni siquiera tenía un amigo con el que ir, ya que Chastain había sido el único y lo había traicionado.

El alivio tenía que llegar. Él no tenía claridad—no importaba cuanto bebiera, o gritara, o maldijera a los cielos.

Andrew había pasado el mañana sobrio desde días y semanas anteriores, comiendo pan y bebiendo agua para soltar el veneno de su cuerpo. Le había propuesto a su criado, Samuels, que alistara su chaqueta más fina y pantalones. Había restregado el mismo sus Hessians hasta que brillaron intensamente en la suave luz de la vela de su vestidor. Finalmente, había aplicado un poco de grasa a su cabello limpio y levemente largo, había instruido a su criado para que atara su corbata con un nudo bastante atrevido.

Y fue así que él camino sin rumbo en el salón de baile de Lord y Lady Shawe...y no vio nada más que a Lorelei, vestida en un exquisito vestido, girando en el piso de baile con Chastain. Ellos parecían ante la vista de todo el mundo como la nueva pareja amada, recientemente llegados a la ciudad después de pasar semanas juntas y a solas. No pudo conseguir mirar sus caras, pero Andrew visualizó a Lorelei sonriendo y a Chastain riendo ante su propio comentario agudo.

“¿Bebida, mi lord?” un sirviente que pasaba se detuvo al lado de él, ofreciendo una bandeja llena de vasos aflautados con un líquido burbujeante que en ninguna cantidad podría borrar la imagen de Lorelei de su mente.

Agarrando dos, decidió probar no obstante. Aunque no sirviera para otra cosa, tenía la esperanza que las burbujas nublaran su visión de la pareja feliz.

Él velozmente vació ambos vasos, remplazando los vacíos sobre la bandeja del sirviente, y levantó dos más. En breve tiempo, la bandeja no tenía nada más que diez vasos vacíos—y Andrew aun tenía una clara visión de la pista de baile.

Había tenido suficiente—había visto suficiente para toda su vida.

La idea de asistir a este baile, atrayendo a otra mujer, y continuar avanzando, había sido un plan descabellado, y ahora que no tenía oportunidad de funcionamiento. Si hubiera sido inteligente, debería haber ido a la fiesta de campo de Madame Sasha y elegir una nueva amante en vez de esperar como un cachorrito.

La música finalmente se detuvo. Los caballeros se apresuraron a regresar a las damas a sus acompañantes y buscar su nueva compañera de baile, o desligarse de una debutante y escapar al salón de juego. Fue ahí cuando Lorelei encontró su mirada.

Se le cayó la cara ante su visión y su color se redujo, dejando su piel naturalmente color oliva totalmente blanca.

Sus ojos se mantuvieron fijos. Andrew era incapaz de sacar su mirada de ella, y ella era incapaz de lo mismo.

En su mirada él vio algo—soledad y desesperación que nunca había visto antes.

Con un toque de pena.

Se atrevería a decir de arrepentimiento.

Pero no, él había deseado darle todo. Su título y riqueza era de ella para hacer lo que quisiera—él le habría ofrecido todo incondicionalmente lo que no hubiera hecho con nadie más que su madre y la Sra. Bee, su ama de llaves.

Su maldito corazón.

Si ella lo hubiera pedido, lo hubiera rasgado de su pecho y se lo hubiera regalado en una bandeja de plata, si eso hubiera cambiado algo.

Andrew maldijo sus sentimientos irracionales por la mujer. Había tenido mujeres más hermosas miles de veces en su vida. Su herencia exótica no era especial, ya que muchas familias habían abandonado recientemente Francia para hacer Inglaterra su hogar.

Eso solo dejaba una pregunta— ¿era esto solo por esta mujer, Lady Lorelei, que la hacía más cautivante que tantas otras debutantes? Si lo supiera, él sería capaz de hacer algo. Sacarlo de su mente, lavar su perfume de sus sentidos, y curar las quemaduras sobre su piel por cada toque de ella.

Pedazos de conversación flotaban hacia él. “... ¿se atrevió a traer a la picara francesa aquí?”

Las orejas de Andrew se proyectaron ante la mención de Francia. No lejos de él, dos mujeres matronas estaban paradas, sus cabezas juntas y vasos en sus manos. “Pensar que Lord Chastain haya pensado que casarse con la jovencita la haría respetable. Aun no vio correcto presentarla en Almacks.”

“Oh no, ya que nunca recibirá una invitación,” la otra mujer dijo con una risa. “Mira su piel, es como si hubiera pasado los últimos diez años en el sol.”

Ambas mujeres sacudieron sus cabezas, como si nada más sino los tonos más pálidos de piel fueran una maldición.

“Es nuestra obligación decir algo, ¿no es así?”

“Creo que sí. Ella está, actualmente, obligando a los queridos ancianos Lord y Lady Styliss. Nosotras no debemos permitirle imponerle ideales revolucionarios a ellos.”

Andrew observó como las dos matronas se dirigían en dirección a Lorelei. Rodeada por unos pocos caballeros mayores y sus esposas, Lorelei no tenía la

más mínima idea que y quien se estaba encaminando hacia ella—y Chastain no estaba en ningún lado que pudiera ser visto.

La última cosa que Andrew deseaba hacer era estar cara a cara con ella, en realidad tenía que hablar, pero parecía que él era su única esperanza de no ser mortificada delante de toda la alta sociedad.

Maldito Chastain y su incapacidad de permanecer al lado de su esposa en esta guarida de lobos.

Las matronas estaban a pocos pasos delante de él, pero cerca de la pared, mientras que Andrew cortó a través de la multitud conversadora de frente a ellos. Sin importar la ambigüedad él se había puesto en su lugar, ninguna mujer merecía ser discriminada en público.

Sus pasos eran seguros y ligeros, y en segundos, él se paró en su codo, insertándose en la conversación.

“Mi querida Lady Chastain,” Lady Styliss decía. “Creo que es la cosa mas inspiradora que he escuchado en toda la temporada.”

El grupo miraba comprometido y se colgaba de cada palabra que Lorelei decía. Ella no dudaba que encantaba al grupo de hombres mayores, aunque las mujeres aun sostenían sus reservas. Aun no había detectado la presencia de Andrew a su lado.

“Oh, ¡mi querido marques!” Lady Styliss emitió cuando lo notó. “¿Usted se conoce con la nueva Lady Chastain?”

“La conozco, mi lady, ya que ella está recientemente casada con mi amigo de toda la vida.”

Lorelei continuó mirando a la mujer delante de ella, no dándole oportunidad a Andrew de hacer contacto visual con ella. “Buenas noches, su señoría.”

“Señores.” Andrew emitió una leve inclinación a todo el grupo. “Señoras. Me siento afortunado de ser conocido de Lady Chastain antes de saber que un día seria la esposa de Lord Chastain. Además, confirmaré que cada palabra que ella pronuncia es imponente. ¿No están de acuerdo, señoras?”

Andrew se inclinó hacia las dos matronas quienes se habían unido al grupo.

“No estoy de acuerdo en lo mas mínimo,” resoplaron de furia al unísono.

Las mujeres miraron a cada uno cuando el grupo las saludo con risas.

“Lady Dickinson,” Lady Styliss dijo. “Lady Chastain estaba justo diciéndonos acerca de su aventura cruzando el Canal. Un hombre ingles, regresando a casa de su gran viaje, osó mostrar sus dibujos que había

coleccionado en su viaje. Y usted no lo creería, pero eran hombres desnudos con sombreros de mujer. ¿Pueden creerlo?”

“¡Vaya!,” Lady Dickinson contestó. Cuando el grupo solamente miraba a la vieja matrona, ella continuó. “Lo que quiero decir es que si, que lo creo. Cualquier cosa y cualquiera viajando desde Francia debería ser observado cuidadosamente, ya que ellos son probablemente sin clase en absoluto.”

Andrew había tenido suficiente. “Mi lady, ¿usted busca insultar el país de Lady Chastain?” preguntó. Cuando ella mantuvo sus labios apretados, él continuó. “Vaya, mírela. Ella esta a la altura de la elegancia y el encanto.”

“Esa es la opinión de un hombre que piensa con las partes que una dama como yo no nombramos, y—” ella tomó aliento, preparándose para lanzar su próxima diatriba. Afortunadamente, la banda comenzó a sonar, señalando que otra ronda de baile estaba por comenzar.

“Mi lady.” Andrew tomó el codo de Lorelei. “Creo que este baile está prometido para mí. ¿Vamos?”

Finalmente, ella tuvo compasión de él y giro hacia su camino, una sonrisa forzada en su cara. “Por supuesto, su señoría. Nunca puedo rehusarme a un amigo de toda la vida de Lord Chastain.”

Con su codo rígido en su agarre, Andrew se movió hacia el piso de baile. Desafortunadamente, parecía que Lorelei no estaba de humor para ser dirigida, y como respuesta, lo empujó hacia las puertas de la terraza abiertas.

“Encuentro que el calor en esta habitación discrepa conmigo.”

Un respiro de aire fresco le sentaría muy bien a él también, él le permitió que ella lo dirigiera hacia afuera y lejos de la multitud, quienes parecían demasiado ansiosos de escuchar su conversación.

Ellos estaban a dos pasos de haber salido por la puerta cuando Lorelei se detuvo y saco su codo de su mano.

“¿Que fue todo eso?” ella murmuró, presionando la parte trasera de su mano sobre su boca.

“La estaba salvando,” Andrew dijo. “Debería agradecerme.”

“Usted groseramente interrumpió nuestra conversación. ¿Usted sabe lo duro que ha sido para mí hacer amigos desde mi llegada a Londres?”

“Creo que no, ya que usted tenía dos hombres con riquezas y títulos enloquecidos por usted en el instante que puso un pie en el primer baile,” Andrew argumentó.

Aturdida, ella cruzó su brazo sobre su pecho y camino más allá de la orilla de la terraza. “Usted sabe que eso no cuenta.”

“¿Porque no?” Andrew pensaba si ella sabía el espectáculo que creaba cada vez que entraba a un salón. Todos los ojos eran conducidos hacia ella.

“Eso no viene al caso. ¿Qué desea, Andrew?”

Compasivamente, la terraza estaba casi vacía, con solo una pareja parada no muy lejos de las puertas en las sombras, y unas pocas personas aglomeradas por el jardín, fuera del alcance de ser escuchados.

“Realmente la estaba salvando,” Andrew continuó.

“¿Porque necesitaría ser salvada?”

“Porque, aquellas dos Viejas matronas estaban en guerra—y usted era su objetivo.”

“Puedo protegerme yo misma,” ella mantuvo. “Lo he estado haciendo toda mi vida.”

Su comentario le dio la impresión a él de raro, ya que venía de una familia sólida. “No dudo que podía, pero estas dos mujeres son el veredicto final de Almacks. Ellas dicen quien y cuando.”

“¿Porque tendría que preocuparme por Almacks? Estoy casada con un duque y no tengo necesidad de un mercado de matrimonio o entretenimientos focalizados en eso.”

Andrew no entendía porque se molestaba, si el no quería que la avergonzaran.

“Además, tendrá usted que saber que me he relacionado con gente mal educada de la alta sociedad desde mi llegada a Inglaterra. Dos viejas gallinas no pueden entorpecer mi noche.”

Andrew se adelantó...para abrazarla...sostener su mano...o solo tocarla—él no sabía que. Ella retrocedió.

Él suspiro.

“¿Que desea?” ella preguntó.

“A Usted.” Era la palabra mas simple, a pesar de eso encerraba emoción que lejos sobrepasaba aquellas tres simples letras. Su traición no había cambiado sus sentimientos por ella, los que habían sido obvios al segundo que posó sus ojos sobre ella. Si ella fuera a confesar sus deseos en este momento, él hubiera tenido que traer su carruaje y ellos partirían en la noche, para no ser vistos nuevamente.

En vez de eso, ella dijo, “Yo no seré engañada por usted....ni por nadie.”

“¿Cuando volvió a la ciudad?” él había dicho cualquier cosa para mantenerla hablando y aquí con él.

“No hace mucho tiempo.”

“¿Puedo visitarla mañana?”

“No.”

“El próximo día, ¿puede ser?” su enojo se construía mientras ella continuaba negándolo. Enojo hacia ella por engañarlo—y enojo por el mismo que le importaba verla.

“Andrew...” ella dejó que sus palabras se arrastraran irritadas. “Por favor, no haga esto mas difícil de lo que ya es.”

“¡Allí están!”

La sangre de Andrew hervía.

Ellos ambos giraron hacia las puertas que conducían al salón de baile.

Chastain estaba parado afuera y le hacia señas a Lorelei que fuera a su lado como si ella fuera nada mas que un perro que era llamado para que se siente al lado.

“Andrew, encantado de verte. Gracias por mantener a Lady Chastain ocupada.” Las palabras lo golpearon como una bofetada en la cara. “Pero estoy listo para partir ahora. Vamos.”

Chastain volvió a entrar al salón de baile, sin fijarse si Lorelei lo seguía.

Pero no había necesidad.

Lorelei regresó al salón de baile justo detrás de Chastain, siguiéndolo a través del salón y saliendo por la puerta de frente.

Chastain, su más querido amigo desde la niñez, escasamente le dispuso una mirada de lado. Fue como si ellos fueran nada más que escasamente conocidos, dos hombres cuyas interacciones pasadas habían sido limitadas a una rápida palabra acerca del tiempo o que la existencia de caballos prometía los mejores potros.

Peor de todo, Lorelei ahora pertenecía a Chastain.

Capítulo Trece

Drake se relajaba en un sofá en su dormitorio privado. Ante él, dos mujeres bailaban, acariciando suavemente sus cuerpos justos escasos de ropas. Sus variados tonos de cabello rubio y colorado se mezclaban, haciendo imposible decir donde terminaba una muchacha y la otra comenzaba.

Los movimientos intoxicantes de sus acicaladas, delgadas formas lo cautivaban. ¿Cuánto tiempo había estado tendido allí observándolas no podía decirlo, pero el piso alrededor de él estaba lleno de botellas vacías que una vez habían contenido su preciada colección de licores. La cantidad que había bebido hubiera convertido a cualquier otro hombre de su tamaño en inútil o posiblemente lo hubiera matado, él aun no había conseguido un estado de somnolencia, liberando su mente del continuo bombardeo de imágenes—de Lorelei, en los brazos de Chastain. Él había tenido la esperanza que los periódicos hubieran estado errados, que hubiera un error, pero el baile al que había asistido—la otra noche...la semana pasada, no estaba seguro—había confirmado sus temores.

“¿Mi lord?” Samuels estaba parado en el marco de la puerta de su habitación, su labio superior encrespado en disgusto. “¿Puedo traerle su desayuno?”

¿Desayuno? Él miró sobre su hombro a la orilla de las ventanas en su habitación. Estaban todas cubiertas pesadamente, no permitiéndole a la luz entrar, y bloqueando la escena que tomaba lugar dentro del mundo del mas allá. Vagamente, el recordaba ordenar a los sirvientes cerrar los cortinados y mantenerlos cerrados hasta una nueva orden.

“No tengo hambre, al menos no de comida.”

Andrew advirtió que su criado evitaba su miraba hacia las dos mujeres aun moviéndose ante una canción que no se escuchaba. “Pero por favor trae una bandeja. Estas dos finas mujeres deben estar muertas de hambre.” Cuando el hombre partió, él volvió a centrarse en las damas delante de él.

Tan pronto como había regresado a su casa después de ver a Lorelei, Andrew había mandado una nota a Madame Sasha, quien rápidamente envió a sus mejores muchachas para él. La Madame probablemente buscaba impresionarlo después que él se había negado a asistir a su fiesta anual. Aunque él y Chastain no eran sus clientes mas valiosos, ni los mas frecuentes,

ella probablemente temía perder el dinero que ganaba de ellos en su establecimiento y sala de juegos.

Nada acerca de las dos muchachas le recordaba a Lorelei. Con cabellos rubios y pelirrojos, piel pálida, y de poca estatura, deberían sacar su mente de ella, aun así se encontraba incapaz de prestarle atención a sus pechos robustos y traseros tonificados.

La visión de cuerpos femeninos desnudos usualmente hacían una de dos cosas: o lo excitaban o lo dormían. Este día no hacían nada, mientras sus ojos permanecían abiertos y su virilidad flácida dentro de sus pantalones desabrochados.

En un momento, Samuels regresó con una bandeja con una inmensa cantidad de pan, queso, y pedazos de carne.

“¿No es ese el deber de la ama de llaves?” Andrew preguntó.

“Es, mi lord.” El sacó la ropa interior de una de las mujeres de la mesa y apoyó la bandeja. “Pero pidió que yo la trajera.”

“¡Ah! Ella no puede estar horrorizada. Ella ha sido testigo de muchísimos actos vulgares dentro de mi casa.” La señora Bee había sido su empleada antes que su padre hubiera fallecido, y había puesto en orden su confusión mas veces de las que él podía contar. “Mándamela, ahora.”

“¿Mandarla, mi lord?” su criado retrocedió alarmado.

“¡Para con ‘mi lord’, Samuels! Me has conocido desde que estaba en calzones cortos y acostumbraba a colarme en los aposentos de mi padre para probarme cuellos de tela.” Él se detuvo y miró alrededor. “Esta misma habitación, para ser preciso. Ahora, busca a la Señora Bee. Su susceptibilidad no es tan delicada como podrías pensar.”

Cuando Samuels partió, Andrew se sentó y sacudió las migajas de su camisa. Como habían llegado allí, no estaba seguro. Luego, prendió sus pantalones y se sacó las botas, sin molestarse en desatarlas.

“Muchachas,” el llamó. Cuando ambas se detuvieron a mirarlo, el arrojó un rollo de tela que había juntado del piso hacia ellas. “Pónganse decentes con todo la debida prisa.”

Se mezclaron para atrapar sus ropas, encorvándose delante de él, arrollando medias de encaje y moviéndose hacia su vestidor.

“Piedad,” él dijo entre dientes. Era una lastima que no pudiera llamarlas otra vez. El único pasatiempo que el disfrutaba mas que desvestir mujeres era observarlas vestirse delante de él.

“Ahora, ¿que es lo que están hablando entre dientes?” Girando hacia el marco de la puerta, su ama de llaves, la Señora Bee, permanecía parada con sus manos sobre sus caderas y una expresión muy poco placentera en su cara. “Mírese.”

Él se miró: camisa arrugada, corbata suelta, y botas desatadas. “¿Que se supone que signifique?” Él se había visto peor de aspecto en numerosas ocasiones.

“Significa que su madre, Dios tenga descansando su alma bondadosa, debe estar revolcándose en su tumba.”

La Señora Bee era la única persona quien se atrevía a hablarle de esa manera, y la única persona que él le permitiría salir impune de esto. Ella había sido la única mujer que se había erguido y había sido la figura maternal que él había necesitado en su juventud después que su propia madre falleciera. “Estoy seguro que ella está muy cómoda donde descansa, y estoy seguro que ha sido testigo de peores cosas de su hijo que esto.” Él se rio ahogadamente.

“¿Que lo tiene de un espíritu tan alegre?”

“Oh, su imagen abriendo la puerta de mi vestidor y encontrando a un par de mujeres voluptuosas a medio vestir.”

“Es incorregible, Andrew.” Ella le arrojó los artículos que había juntado, a pesar de que Samuels lo había hecho. “Y está bastante en copas, yo presumiría, también.”

El dejó su vaso de lado. No sabía cuanto tiempo había estado vacío o cuanto licor había bebido recientemente, pero por el momento, el no haría casi nada para mantenerse en buenos términos con la Señora Bee—aparte de eso, su gabinete de licor ciertamente estaría agotado.

“Sólo tengo un mal día.” El trataba de explicar su comportamiento, como si fuera otra vez un niño de doce años siendo regañado por no completar sus estudios.

“Un mal mes, por lo que me han dicho.”

“¿Y quien estima apropiado discutir mis problemas personales?” Intentó ponerse en pie, pero perdió su balance cuando su cabeza comenzó a girar, y volvió a descansar donde había estado. Mantuvo su voz baja como para no ser oído—o tener a la Sra. Bee pensando que estaba a la defensiva. Una vez que uno estaba a la defensiva con ella, ella agujoneaba hasta que aprendía todos tus secretos.

“Sus sirvientes, ¿quien mas?” Ella se detuvo mientras las chicas de Madame Sasha salían de su vestidor. Una usaba solamente su mejor camisa

para cubrir su cuerpo expuesto previamente. Después que habían dejado la habitación, la Sra. Bee continuó, “Usted sabe de que hablo. Los que están reparando el daño que usted hizo en su finca de campo.”

¡Que molestia! Él había sospechado que su mayordomo le escribiría a la Sra., pero no había esperado esto tan pronto.

“Por la mirada en su cara, sospecho que sabe exactamente de lo que estoy hablando,” ella dijo. Se movió hacia la puerta para partir, y él se consideró afortunado de no tener experiencia en la furia completa de su disgusto. “Tendría que estar avergonzado de usted, mi lord,” ella arrojó las palabras sobre su hombro mientras golpeaba la puerta detrás de ella.

Su uso de ‘mi lord,’ en vez de llamarlo por el nombre que le habían dado o Drake, le dijo que no había escuchado lo último de ella—y realmente, no esperaba nada menos. Bee era su faro, su pedernal en esta vida agitada—una vida que él había creado y disfrutado desde que heredó su título y, lo más importante, su fortuna.

El silencio de la habitación invadió su mente, dejando espacio para que él reflexionara sobre cosas que había tratado de sacar. El punto de mantener a las mujeres de Madame Sasha dentro de su alcance era para mantener a Lorelei arrinconada. Sus acciones hablaban a los gritos: ella no lo quería, y había llegado a los extremos para mostrarle cuán imprudente ella podía ser con sus palabras—y su corazón.

Si ella hubiera sabido que nunca le daría su corazón a otra, ¿hubiera pensado diferente—hubiera hecho diferente?

###

Lorelei se apuró a estar cerca del suelo y deslizarse de la enorme cama, dejando el acolchado pesado caer en su lugar, bloqueando su visión. Desafortunadamente, este también bloqueo la luz que penetraba la oscuridad que la rodeaba. No había tenido la previsión de traer una vela, y probablemente hubiera colocado la habitación completa en llamas si hubiera podido.

Con su visibilidad deteriorada, se volvió a la cama, sus dedos acechando las tablas del piso en búsqueda de un compartimiento escondido. Su toque no se encontró con nada más que polvo y bolas de naftalina...y tablas enclavadas fuertemente.

Si alguna sirvienta holgazaneaba en los alrededores, ella gustosamente sería el motivo de chismerío en sus barrancas para la comida del mediodía. Sentía la mugre pegarse a ella, pero no tenía tiempo para darle vueltas a su apariencia o a la charla que probablemente causaría en la casa.

Chastain había partido a sus lecciones de esgrima casi una hora atrás y regresaría pronto.

Ella había pasado la última semana aprendiendo sus hábitos y rutinas mientras estaban en la ciudad, las que eran totalmente diferentes de sus actividades en la finca rural. El poder de observación era algo que había aprendido de su madre—y una habilidad que ella había usado muchas veces anteriormente. La poco impresionante Camille Parisot de La Valette era la figura del recato. Ella se movía por la sociedad con una tranquila, modesta gracia que Lorelei sabía que hubiera necesitado más practicar para triunfar. A menudo, su madre podía asistir a una fiesta sin que un alma recordara que ella había estado allí.

Muchos hablaban libremente en su presencia y no intentaba esconder sus actividades cuando estaban alrededor. Lo que la hacía un recurso valioso.

A través de los años, Lorelei había imitado a su madre en pose, disposición, y vestimenta...y había fallado en la tarea. Su padre alegaba que Lorelei hablaba demasiado, ostentaba su inteligencia, y se vestía para llamar la atención. No mucho tiempo atrás, ella había desistido y abrazado su propia fuerza.

En este momento, acurrucada debajo de una cama enorme en una habitación que nunca había deseado visitar, su cabello sin duda cubierto con telas de arañas, ella pensaba como sus fuerzas eran realmente. Era hermosa, pero no consideraba que una ventaja como esta le trajera mucha atención sobre ella. Había completado sus años en la escuela por delante de su edad y le hubiera gustado la oportunidad de estudiar más, ya que la dedicación de su padre a su país los llevó a demasiados lugares para que ella se estableciera en uno para aprender más.

El chirrido de una puerta seguido por risitas nerviosas femeninas la detuvo.

Lorelei mantuvo la respiración, esperando por más ruido.

Ella esperaba que un par de sirvientas hubieran tropezado en la habitación mientras hacían sus tareas y partirían pronto.

“Ah, mi pequeña flor delicada.”

Sus esperanzas fueron frustradas con aquellas palabras, dichas con un profundo gruñido—un tono que le trajo de vuelta recuerdos de piso húmedo debajo de ella, el despedazamiento de tela, y el aire de la noche fría contra su piel.

Otro gruñido siguió, y pies suaves pudieron ser escuchados cruzando la habitación.

“¿Una persecución, entonces?” el nuevo marido de Lorelei dijo. “Siento que me puedes aventajar. ¿Es eso lo que buscaba, mi pequeña alborotadora?”

La cama arriba de ella se hundió bajo el peso de un cuerpo, golpeando la cabeza de Lorelei contra el piso de madera. Ella se deslizó hacia el lado más alejado de la puerta.

Un peso más grande empujó el costado de la cama y el acolchado se liberó del piso, dándole a ella un poco de luz—lo suficiente para ver las botas de su esposo mientras se inclinaba a desatarlas. Hizo lentamente la tarea. Diferente a la manera que él había hecho con ella aquella primera vez, le susurraba a la doncella. Le hacía promesas acerca de lo que le haría cuando terminara de sacar sus zapatos—y más aun, que debería ella hacerle a él.

Su conversación fue desde la dulzura y lo exótico hacia lo vulgar, y Lorelei buscó mantenerse en silencio en el momento que la muchacha decía que le gustaría lamer su verga. Si Chastain era de aquella clase de comportamiento sexual, ella estaba contenta que no tuviera que satisfacerlo nunca.

Lorelei se alejó más de las voces, agradecida que no reconocía la voz femenina. Ella rezaba para que el acto fuera rápido y la pareja partiera. El espacio debajo de la cama era demasiado estrecho para que ella pudiera levantar sus manos para bloquear los sonidos que llegaban desde arriba.

Desafortunadamente, la pareja decididamente se disfrutaba el uno al otro, ya que los sonidos que le daban la bienvenida eran de profundo placer. De forma arisca, ella pensaba si esta era su primera vez o posiblemente pensaba en una relación más larga. Su mente caminaba sin rumbo ante la posibilidad que la pareja fueran realmente amantes, y que ella había sido la que se había metido entre ellos—el duque y criada no generaban noticias como seguramente lo hacían el duque y la extranjera.

Debería preguntarle a Chastain con quien permanecía su corazón, ya que ambos sabían que nunca había sido ni sería de ella. Otra cosa por la cual estaba contenta.

“Oh, eres una asquerosa pequeña puta,” Chastain aulló. “Eres casi experta en cabalgar.”

La cama había llegado a un bamboleo rítmico, como un bote rodando sobre el mar abierto en un día con viento.

Lorelei, con su conocimiento de asuntos sexuales limitados, no podía imaginarse el acto que ocurría sobre ella, pero el jadeo pesado y gruñidos le dijo que disfrutaban ambos.

Cuando la respiración fue más baja y de bajo fondo, y los gruñidos de Chastain mas profundos, el sonido de un golpe repentino repercutió a través de la habitación.

Contacto de piel con piel.

Lorelei estaba preparada a moverse de su escondite y detener a Chastain. Él la había lastimado a ella una vez, pero ella no se detendría y no le permitiría lastimarla otra vez. Por meses, ella había deseado que alguien se hubiera parado delante de ellos cuando Chastain la había empujado al suelo. Pero ella estaba aquí ahora, y aunque la muchacha participaba gustosamente del acto sexual sabiendo que Chastain era un hombre adúltero, ella no podía culparla.

Moviéndose hacia la luz poco profunda donde el cobertor había caído al suelo, Lorelei continuó hacia con lo que ella iba a decir—a Chastain, y a la muchacha.

Ella se arrastró desde abajo de la cama y se puso en pie. Su felicidad al estar ante la luz nuevamente fue turbada por la imagen delante de ella.

Situado sobre la cama, Chastain permanecía acostado con la muchacha—una mucama de fregadero que ella recordaba vagamente de verla en ambos lados, en la casa de campo y aquí en Londres—montándolo como si fuera un caballo. La muchacha estaba completamente desnuda, al menos que se incluya la huella de la mano sobre su trasero, lo cual sospechosamente coincidía con la medida de la mano de Chastain.

Ninguno se dio cuenta que ella estaba parada allí, mirando, su boca abierta.

Sus caras estaban distorsionadas por el éxtasis. Esa era la única palabra para describir las miradas sobre ambas caras: una mezcla de placer tan grande que parecía doloroso. Con un empuje final de Chastain hacia arriba, ambos gritaron de satisfacción.

Lorelei se dio cuenta demasiado tarde para escapar.

Aunque Chastain nunca le había proporcionado placer a ella de esta magnitud, él estaba obviamente demasiado capacitado con alguien que lo mereciera. No había lastimado a la muchacha, sino más bien aumentaba su gratificación mutua.

La sirvienta dejó escapar una risa nerviosa y rodó de arriba de Chastain hacia donde Lorelei permanecía parada.

Cuando él se movió de lado para enfrentar a su dama enamorada, Chastain finalmente notó la presencia de Lorelei.

Debería verse asustada, su vestido arrugado con telarañas colgando de su cabello, y su cara sucia con lo que cubría el piso debajo de la cama.

Extraños los pensamientos que corrieron por su cabeza cuando se enfrentó con su nuevo esposo y su amante desnuda en su propia cama...en la mitad del día.

La muchacha no se había dado cuenta de Lorelei, y Chastain no le dio importancia cuando se inclinó y tomó la boca de la muchacha con la suya, manteniendo su mirada acerada sobre Lorelei el tiempo entero. Si él pensaba enseñarle una lección, estaba haciendo un maldito trabajo fino. Ella permanecía allí, rehusándose a moverse una pulgada, y observando como la pareja se besaba. La mano de Chastain se movía por la espalda de la muchacha hasta tomar sus glúteos una vez más, apretándolos hasta que la redondez se abultaba entre sus dedos.

Lorelei deseaba escapar de la habitación, esconderse y nunca discutir este momento. Era casi tan embarazoso como la noche en Gardens. Nuevamente, ella se sintió indefensa, pero no correría como había hecho antes. No le daría la satisfacción de actuar como si nada hubiera pasado cuando se volvieran a encontrar.

Les gustara o no, ellos estaban unidos, al menos por un futuro visible.

Podía ser, solo podía ser, que ella pudiera enseñarle una lección.

Mientras él la observaba, ella también lo miraba, reflejando su mirada.

Cuando abandonó la boca de la muchacha y una malvada sonrisa cruzó sus labios, entonces una sonrisa cruzó los suyos, como si lo incitara.

No llevó mucho tiempo para que una expresión de alarma lo dominara. Él debía haber esperado que ella partiera, corriendo de miedo de la habitación avergonzada, pero cuando continuó permaneciendo, su mirada fija en la escena delante de ella, él anduvo a tientas...su confianza sacudida. Posiblemente él encontró su juego de pronto falto de excitación.

Lorelei inclinó hacia un lado una ceja y asintió. El infierno se hubiera cubierto de hielo antes de que ella se rindiera y lo mirara. Había aprendido a jugar estos juegos mentales a muy corta edad, y era mas adicta a ellos de lo que el podía imaginar. Los días en que su marido pensaba que ella era una indefensa, ingenua muchacha habían terminado.

Chastain arrastro besos en el cuello de la muchacha y continuo bajando hacia su hombro, todo el momento manteniendo a Lorelei en su visión.

Realmente, ella no debiera estar sorprendida de su extraño comportamiento. Ellos habían investigado sobre el actual Lord Chastain antes de viajar a Londres. Él era un calavera confirmado que no mostraba signos de establecerse, y ningún interés en reparar su dañada reputación. Por todo lo que ella sabia, él no se veía a si mismo nada mas que como el lord que era— aunque todos criticaran sus acciones. Todavía, ella pensaba por lo que parecía ser la centésima vez, ¿Por qué a ella? ¿Por qué tenia la necesidad de tenerla a ella?

Ella aclaró su garganta.

Los ojos de Chastain se estrecharon, y la muchacha se vatio ante el sonido, finalmente dándose cuenta que no estaban solos.

“Espero que ambos estén disfrutando,” Lorelei dijo fríamente.

“Señora—”

“No me diga ‘señora’,” ella dijo. La muchacha se contrajo de miedo. “Juntará sus pertenencias y dejará esta casa. Si la veo nuevamente, llamaré al alcalde mayor.”

“Usted no comanda mi casa,” Chastain dijo.

“Ah, mi adorado marido finalmente habla.” Ella deseaba reír ante el terror de la muchacha, y la expresión confundida de Chastain. Ciertamente él no se había dado cuenta ni que su esposa tenia columna vertebral. “Esta es mi casa, tanto como suya, entonces sea amable y colóquese sus ropas. Después de completar esta tarea, le mostrara a su adorada dama la salida de la casa.”

“Estoy realmente apenada,” la muchacha murmuró mientras se revolvía para salir de la cama. “No puedo ser despedida, señora.”

“No tengo duda de que está preocupada de que la atrapé en cama con mi esposo.” Ella volvió a Chastain, quien aun permanecía en cama. “Y para usted, lleve a su amante a su casa, como cualquier hombre respetable de la alta sociedad haría.”

Su confianza remontó vuelo mientras la muchacha se abatía para recoger sus ropas y correr de la habitación, dejando solo a ella y Chastain. Ella

plasmó una sonrisa inocente en su cara, lista para dar batalla si llegaban a eso.

Cuando la puerta se cerró detrás de la muchacha, su valentía menguó mientras Chastain también salía de la cama para pararse delante de ella completamente desnudo. Su cuerpo aun olía a su proeza. Sus manos sobre sus caderas y su postura a lo ancho, Chastain era una figura intimidante. Aunque aparentemente no había estado en el club de esgrima esta mañana su cuerpo era delgado y tonificado por otros tipos de ejercicios.

Ella no tenía duda que si se hubieran encontrado bajo diferentes circunstancias, podría haber sido atraída por el, por su arrogancia, por su actitud llena de seguridad a pesar de todo. En este momento, todo lo que ella veía era un hombre sin escrúpulos tomando ventajas de una mujer joven, y luego avergonzándola en su nuevo hogar.

“Ahora que usted ha dicho su parte...” sus ojos viajando todo a lo largo de ella como si fuera la que estaba sin ropas. “Ambos entendemos lo que es esto.”

Por una fracción de segundo, ella temió que el supiera su propósito para casarse con el. “¿Sabemos?”

“Esto”—el arrojo sus brazos a lo ancho—“es un casamiento de conveniencia para mi, y un regalo para ti y tu familia, viendo como estas determinada a hacerte un lugar en la sociedad. Una sociedad, que podría agregar, que no es amable con los extranjeros.”

“¿Piensa que deseo eso?” Lorelei suprimió su ira. “Usted se acercó a mi padre, pido mi mano en matrimonio...no dejándome oportunidad para expresar mi opinión.” Ella sabía que el argumento era sin fundamento, y no sabía porque se preocupaba.

“¿Quien no buscaría casarse con un duque?”

Sus músculos se estremecieron con ira y su pulso se aceleró. “Puedo nombrar al menos una persona quien comería mierda antes de casarse con un egoísta, mamarracho de duque.”

De pronto, Lorelei se dobló. Su estomago se tambaleo mucho mas violentamente que alguna de la veces anteriores. Sus rodillas se vencieron bajo ella, y empujo a Chastain a la cama.

“¿Está bien?” la preocupación acordonó su voz y la pelea lo abandonó. “¿Debo mandar por el doctor?”

Lorelei se concentró en enviar aire a sus pulmones y expulsarlo lentamente para asentar su estomago. Su cabeza descansaba sobre el lado de la cama donde se arrodillo.

“He escuchado que no ha estado bien últimamente. Mandaré a buscar al doctor.”

“No,” ella dijo con los dientes apretados. “Estaré bien, solo envíe mi criada y déjeme tranquila.”

“Por supuesto.” Él realmente sonaba con remordimientos, aunque sabía muy bien que confiarle a él.

“Y Benji...”

Sus pisadas hicieron un alto. “¿Si?”

“Mantenga su muñeca fuera de esta casa.” Cuando él no respondió, ella continuó, “Este puede ser un matrimonio de conveniencia para usted, pero no estaré de acuerdo a que insista en hacerme parecer una tonta.”

Chastain continuó saliendo de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Lorelei se sentó con su cara contra el frío del acolchado de la cama, respirando y expirando para calmarse.

Fue cuando la realidad la golpeo, y frenéticamente contó hacia atrás.

Siete semanas.

Había estado tan focalizada en encontrar los planos y salir liberada de su falso matrimonio, que el tiempo había pasado y no lo había notado. Sus vestidos más viejos eran más ajustados, por lo cual no le quedaban muy bien pero desde que ella fue forzada a casarse con Chastain, no había puesto reparos en su dinero para equiparse.

Pero no había hecho hincapié sobre la razón detrás de su aumento de peso, apetito abrumador, y enfermedad extrema.

Dios la ayudara si eso era verdad.

Ella cargaba el bebé de Lord Chastain, probablemente producto de su noche de bodas, ya que apenas la había tocado desde esa noche.

Su mundo se inclinaba, y Lorelei colapsó sobre la cama mientras la náusea llegaba a ser peor de lo debido.

Capítulo Catorce

Andrew había sido obligado a salir de su casa de ciudad por la Sra. Bee y su camarero. Lógicamente, había buscado refugio en el Club de Caballeros White's, donde el pagaba con elegancia por paz y tranquilidad. Se podría pensar que tener un título, fondos, y su propio hogar le darían a un hombre un poco de armonía, pero no. Sus sirvientes estaban determinados a sacarlo de la comodidad de su propio dormitorio.

White's mantenía todos los lujos de su propio hogar: comidas finas y espirituosas, atmosfera cálida, asientos confortables...Fuera de eso, el también podía disfrutar del juego de cartas y la compañía de hombres con la misma actitud, algo que faltaba en su finca. Inicialmente a su llegada, había escapado a la esquina de la habitación menos usada, no lejos del calor del fuego, y desparramo el *Post* en su falda para leer a la luz de la tarde. Usted pensaría que habría aprendido su lección con respecto a los asuntos actuales, pero su sed de diversión ganaba sobre su necesidad de evitar cualquier información nueva acerca de determinadas personas.

Escasamente se había metido en el periódico con un trago en la mano cuando un caballero se acercó. Andrew no podía recordar el nombre del hombre, mucho menos su título.

“Drake.” El hombre le ofreció un brindis por saludo. “Feliz de escuchar acerca de las nupcias de Lord Chastain. Hágale saber que le deseo buenos augurios.” La sangre zumbo a través de las venas de Andrew tan fuerte que casi ahogo las palabras del hombre.

Él no levanto su propio vaso para brindar por la nueva pareja ni habló, prefiriendo verse tranquilo.

“Lo dejaré con su periódico,” el hombre dijo sabiamente antes de quitar el rabo del lugar y regresar a su asiento del otro lado de la habitación.

“Idiota.” Él regresó al periódico, observando la página buscando alguna cosa interesante que calmara sus nervios. Para su irritación, ningún título atrapó su mirada. Era todo lo mismo: se esperaba que la recaudación de impuestos aumentara, Bonaparte derribando las tropas Otomanas por miles, y el debate corriente en las colonias Americanas sobre la esclavitud. Ninguno de estos temas mantuvo su atención por mucho tiempo, aunque como un lord Británico, el sabia que debía estar preocupado por los sucesos.

Finalmente, dejó a un lado el periódico en favor de su trago.

Había estado sobrio desde su confrontación con la Sra. Bee, y en realidad había alejado dos adorables mujeres enviadas por Madame Sasha para mejorar su espíritu. Su ama de llave estaba en lo cierto en asumir que salir alguna vez de su casa le haría bien, y además, les daría a sus sirvientes tiempo para limpiar la mugre que había hecho del lugar. Pero no le haría saber a ella esto, así que se había deslizado de la casa y tenía esperanza que ella no notara su ausencia.

Focalizado en el fuego, Andrew contempló lo que haría próximamente. Asistir a funciones sociales no lo había ayudado a distraerse. Mujeres insípidas, hasta encantadoras, no habían llamado su atención. Y ahora, parecía que su club no era el santuario que había sido una vez. Se retiraría a su casa de campo si la Sra. Bee no lo hubiera influenciado diciéndole como había asustado al personal en la residencia, quienes todavía trabajaban para reparar el daño que había hecho.

Podría ser que un viaje fuera del país lo apaciguara, aunque el solo pensarlo le trajo a la mente imágenes de bellezas de cabellos oscuros y ojos color esmeralda, sus risas flotando a través de la habitación.

“Ah, allí estás.”

Andrew levantó la vista del fuego mientras Benji se derrumbaba en la silla en frente de él.

“¿Porque tan malhumorado?” preguntó.

Andrew pensó si él estaba serio. La audacia de su amigo revoloteando por White's y atreviéndose a sentarse en frente de él como si los dos últimos meses nunca hubieran pasado.

“Chastain.” Él solo pudo murmurar esta única palabra.

“Mi buen hombre.” Chastain chifló a través de sus labios apretados. “Te ves como si no hubieras tenido una afeitada apropiada en casi un mes. ¿Samuels finalmente ha decidido buscar empleo con un hombre quien aprecie sus esfuerzos adecuadamente?”

Andrew dejó su trago de lado y enfrentó a su amigo. “¿Que quieres?” si Benji insistía en tener esta conversación aquí, en público, entonces Andrew se la daría. “¿Haz venido a regodearte?”

“¿Regodearme acerca de que?” Benji preguntó. “Diablos, no. He venido para evitar a mi nueva esposa. Encuentro la vida de casado enormemente desagradable.”

Sobresaltado por la vuelta de la conversación, él pensaba en que hombre consciente de sus hechos encontraría a Lady Lorelei desagradable. Chastain había ganado el último premio y no parecía darse cuenta.

“La mujer es incorregible,” Chastain continuo señalando a una sirvienta que pasaba por un trago. “Justo hoy ella apareció—fuera de lugar, podría agregar—en mi dormitorio.”

Andrew deseaba reírse entre dientes. Él soñó noche y día justo con aquella ocurrencia. “Ah, si, explícame los horrores de la vida de casado.”

“Sabia que entenderías, mi amigo. Parece que eres el mas inteligente de nosotros.” Chastain se sentó en su asiento y estiró sus piernas hacia el fuego. “Ha sido de lo mas horrible.”

“¿Tanto?”

“Bien, estoy profundamente desesperado y no se por donde empezar—y estoy seguro que ella debe sentir lo mismo.”

“¿Que te parece empezar con lo que en realidad te molestó?” Andrew no reconocía al hombre delante de él, Benji en realidad se veía infeliz e incapaz de componer lo que lo aquejaba. Y el pensamiento de que Lorelei sufría también era inaceptable. “Dices que la encontraste en tu dormitorio.”

Benji mantuvo su silencio mientras una sirvienta traía su bebida. Después de tomar un pequeño sorbo, él continuó, “La confusión completa era demasiado inapropiada. Sally y yo nos habíamos deslizado en mi dormitorio para una travesura de media mañana”

“Espera un momento, ¿quien es Sally?”

“Oh, ella no es preocupante. Solamente una sirvienta atractiva con la que tropecé en mi casa de campo mientras estaba exiliado después de mi boda. Una potranca pequeña y bonita, podría agregar. Pero esa no es la parte importante,” Benji dijo, y movió su mano como en rechazo. “Nosotros—Sally y yo—escasamente habíamos llegado al final cuando levante la mirada, y nunca adivinaras quien permanecía allí...solo observando.”

Andrew podía adivinar exactamente quien permanecía allí—y que debía haber estado pensando.

Ira. Dolor. Traición. Devastación.

El deseaba sentir empatía por ella. El buscaba profundamente un sentimiento de pena en nombre suyo.

Aun así, todo lo que pudo reunir fue una sonrisa burlona y la satisfacción de que lo que ella había cosechado era lo que había sembrado. El hecho de que su amigo estaba sufriendo también era otro triunfo personal.

“Eso te debe haber conmocionado,” Andrew dijo, dándose cuenta que Benji esperaba una respuesta. “¿Que hiciste?”

“¿Que hiciste?” él dijo con un suspiro. “Ella no me dio un segundo para hacer nada.”

Andrew visualizó a Lorelei, echando chispas.

“Ella tuvo el descaro de despedir a Sally.”

“¿Cierto?”

“Si, le dijo a la muchacha que juntara sus cosas y no regresara nunca mas a mi casa.”

“El descaro...” Andrew estaba disfrutando su día más y mas mientras los momentos pasaban. “¿Y una vez que estuvieron solos?”

“Ella dijo que llevara a mi amante a su propia casa como cualquier hombre respetable de la alta sociedad hace.”

“¡Nooo!” Andrew trabajaba duro para suprimir su regocijo.

“Ciertamente lo hizo. El descaro de la mujer para deducir que no se tratar adecuadamente a mis amantes.”

“Espero la hayas puesto en su lugar.”

Benji permaneció en silencio.

Oh, Andrew sabía bien que su adorada Lady Lorelei tenía chispa. Calmó el pensamiento. Ella no era de él, y nunca lo sería. Sin importar si a algún hombre le gustaba o no, ella le pertenecía a Chastain. El reclamo de Andrew sobre ella no era real. Aunque ella lo había engañado, había apartado todo lo que le había ofrecido para un futuro, él no deseaba daño o infelicidad para ella..

“Bueno, ¿cual es tu plan ahora para ganar el favor de tu querida esposa?”

Benji solo miraba al fuego. “No tengo plan para eso. La evitaré tanto como sea posible, y espero que esté de acuerdo en vivir en un tregua aparente.”

“¿Hasta cuando?” él preguntó.

“Hasta que ambos fallezcamos, supongo.”

“Eso suena horrible.” Todavía una chispa de esperanza aparecía en Andrew.

“¿Horrible?” Benji preguntó. “La mayoría de Londres vive así, y parece funcionar para su ventaja.”

Andrew pensó en el concepto—uno que el esperaba vivir algún día. Era absurdo para el ahora. Una vida llena de relaciones sexuales obligadas para producir un heredero, y luego años de vivir lado a lado sin afecto. Sus propios padres habían desobedecido la tradición de la sociedad y se habían casado

por amor—él había crecido sabiendo de la miseria de sus padres cuando pasaban una sola tarde sin estar el uno con el otro. Él había visto la agonía de su madre cuando su padre marchaba a la ciudad y no podía llevar a su familia.

Sobre gustos no hay nada escrito.

Andrew sostuvo su vaso en el aire. “Les deseo un feliz futuro para ambos.”

Y lo deseaba, aun si aquel futuro no consistía en que la pareja encontrara la felicidad juntos, sino en los brazos de otro.

“Gracias, mi amigo.”

“Pero preferentemente sería mejor que dejaras a tu amante en su propia casa, como Lady Lore—Chastain sugirió.”

###

Ella había caminado por su dormitorio todo a lo largo después de que el la había abandonado...desnudo.

Lorelei no podía creer la audacia del hombre.

No—ella había sabido exactamente con lo que ella estaba de acuerdo cuando su padre le dijo que aceptara la oferta de matrimonio de Chastain.

Ningún grito de nervios sonaba desde el pasillo, entonces sus sirvientes debían estar acostumbrados a que su patrón caminara sin esconderse.

Él le había gritado a su mayordomo para que tuviera su caballo listo inmediatamente.

Mientras su ira se disipaba, así lo hacía la incomodidad en su cintura.

Tenia mucho que hacer y en que pensar, sin hacer hincapié en su condición avanzada y lo que significaba para su futuro—especialmente su intención de escapar a Londres después de encontrar los planos.

Mientras que Chastain no era un marido atento, eso no significaba que sería un mal padre. Él era distante, pero nunca la había lastimado físicamente después de aquella noche en los jardines. Ella sería inteligente para recordar que sus intenciones con respeto a su matrimonio no eran más honorables que las de él. Lorelei había entrado al sagrado matrimonio con el engaño en mente.

Además, después que ella produjera un heredero, sería libre de pasar su tiempo haciendo lo que deseara—y con quien ella quisiera. Una vida en Londres, alejada del calculador De Pez y quienquiera que le jurara lealtad, le podría sentar bien.

El solo pensar en ser libre la emocionaba, sin restricciones y capaz de hacer lo que le complaciera a ella—y su criatura. Un pequeño chalet con una

verja blanca, quizá un pequeño jardín donde ella pudiera labrar la tierra para alimentar a ambos.

Una vez que Chastain se diera cuenta que ella llevaba a su heredero, no la dejaría ir mas, y ella temía que no seria capaz de abandonar a su propio hijo, aun si ella sabia que el estaría bien cuidado y criado por uno de los hombres mas ricos de Inglaterra.

Y si se quedaba, su hijo no tendría que soportar la vida que ella tuvo hasta ahora. El no permitiría alianza con nadie, además de él mismo e Inglaterra. Era posible que la paternidad cambiara a Chastain para mejor, también.

Ella pensó por un breve segundo si podría abandonar al conde y a la condesa por otra vida—una que no incluyera el espionaje y la amenaza de la muerte en cada vuelta de esquina. Pero había una sola manera que esto pudiera ocurrir.

Con su estomago establecido y su esposo alejado, ella necesitaba encontrar aquellos planos, entregárselos a De Pez, y con optimismo ser lo suficientemente fuerte para permanecer en su tierra y forjar su propio camino en el mundo.

Podía ser, y solo podía ser, que si el bebé fuera un varón, Chastain estaría satisfecho con su heredero y Andrew podría perdonarla.

Lorelei no tenia ni idea en donde seguir con la búsqueda. El dormitorio de Chastain siempre había sido el lugar menos probable en el que ella sospechara encontrar los planos, pero no tenia otro lugar en el que mirar, y Lorelei no deseaba desperdiciarlo. Nada acerca de Chastain y sus movimientos le permitían creer que el conocía lo que su familia había estado cargando o que entendiera la gravedad de la situación. El no había hecho ni una mención de su herencia francesa. Lo que era posible que hubiera sido demasiado joven para recordar un tiempo en el que no hubiera vivido en Inglaterra.

Cuando una persona no conoce la importancia de algo, usualmente no la mantiene cerca como otras lo harían, una que entendiera las consecuencias de perderlas. Tomemos a su padre por ejemplo: Lorelei conocía al menos cuatro objetos que el mantenía sobre su persona todo el tiempo. Ella no conocía el significado de esos artículos, pero sabia que significaban algo para el, y que temía perderlos. Su padre era un hombre inteligente, y, además, conocía que la manera menos probable de que fueran robados era que los tuviera con él todo el tiempo.

Con eso en mente, Lorelei se arrodilló delante de las ropas desparramadas y olvidadas de Chastain. Mirando por encima de ellas, buscó por algo que no

perteneciera o estuviera fuera de lugar. Encontrar una llave seria demasiada esperanza para ella. Sin duda, no había nada.

Ella escondió su frustración ante sus fallas continuas.

Quizás estaba mirando en los lugares equivocados, pero ¿cual seria el lugar correcto que ella podría estar eludiendo?

“¿Mi lady?”

Lorelei se puso de pie rápidamente, dejando caer las prendas de Lord Chastain otra vez al suelo, y giró hacia la puerta donde el mayordomo permanecía parado. “Si”

“Un tal Monsieur De Pez la espera abajo.” Ante su silencio, él continuó. “Dice que es un amigo de su padre, pero lo sacaré afuera si eso es lo que usted desea.”

“Oh, no,” Lorelei dijo. “Lo conozco. Solo que desconocía su presencia en la ciudad. Lo veré en un rato en la sala de estar.”

Por segunda vez, De Pez había viajado a Londres sin su conocimiento...si alguna vez había partido en primer lugar.

Obviamente el había estado manteniendo un ojo cerca de ella y del paradero de su familia, o había estado viendo al conde recientemente. Un escalofrió corrió a través de ella. Sus padres eran muy capaces de cuidarse ellos mismos, aun así, ella no deseaba que los castigaran o los acosaran por su culpa.

Lorelei se movió hacia un espejo arriba del lavabo. Ella estaba horrible: el polvo colgaba del frente de su vestido, su cabello desparramado a tontas y a locas sobre su cabeza y amenazaba con caer sobre sus ojos en cualquier momento, y su piel estaba pálida. Cepilló tanta mugre de su vestido como pudo, y le dio a su cabello un empujón para asegurarse que este no se caería mientras descendía las escaleras. No había nada que pudiera hacer por su tez sino pellizcar sus mejillas, lo cual no ayudaría mucho. Ella culparía de esto al constante cielo encapotado en Inglaterra...y su preocupación con la búsqueda.

Vaciló en detenerse otro momento. La ultima cosa que ella deseaba era que De Pez se encontrara con Chastain, o darle al Francés tiempo de recorrer la casa.

Cuando ella entró al salón, De Pez se reclinaba en una silla con una taza de te, un plato de sándwiches a su lado.

“Siempre he adorado la hospitalidad de los Ingleses.” Él levantó su taza y sorbió un trago. “¡Earl Grey! Mi favorito. Siéntese, Lady Chastain.”

Ella lo aceptó sin pensarlo.

“Pasaron muchos años desde que me senté en esta misma silla.”

“Alguien puede reconocerlo.”

“No lo creo.” De Pez miró por todo el salón. “Nada ha cambiado, y lo encuentro muy afortunado.”

“¿Porque eso?”

“Porque puedo muy bien ser capaz de ayudarla en su búsqueda. Yo—nosotros—estamos perdiendo tiempo valioso para establecernos como aliados leales de Bonaparte.”

Lorelei permanecía en guardia. No confiaba en el hombre. “¿Como?”

“Yo puedo ser convincente de que me permita deslizarme por donde he buscado en este mismo hogar, y ver si hay algunos lugares escondidos donde los planos pueden haber sido movidos después de la muerte desafortunada del previo Lord Chastain.”

“No confiaría en sus palabras, no obstante.”

“Ah, usted es una pequeña gatita muy sabia,” el ronroneó. “Sería necesario que mantenga sus garras escondidas, no obstante.”

“Soy ‘mi lady’ o ‘Lady Chastain’ para usted. Se dirigirá a mi con respeto.” Su estomago comenzó a agitarse nuevamente.

“Por ahora, lo haré.” El la miraba con mordacidad. “Pero pronto, las cartas se darán vuelta, y usted podría rogarme que la llame mi pequeña gatita.”

“Antes moriría.”

“Oh, con aquello estaría de acuerdo, también.”

Lorelei no tenía idea que quería decir el hombre, pero sabia de su inclinación por eliminar personas que veía como una amenaza. “Mi padre no estaría muy feliz de escuchar que usted puso en duda mi vida, De Pez.”

El hombre dejó su bebida de lado y se enderezó, un brillo travieso en sus ojos. “Nunca buscaría irritar al conde.”

La oración era cómica. Los dos hombres habían completado muchas misiones lado a lado, y en cada encargo, confiaban el uno en el otro con sus propias vidas. Sin embargo, eso nunca había detenido la naturaleza competitiva de su relación.

“Me siento aliviada que diga eso” Lorelei se puso de pie, señalando el final de otro encuentro no planeado con De Pez. “Le diré al mayordomo que le muestre la salida. Es adorable recibir su visita. ¿Puedo prepararle una canasta de queso y pan para su viaje de regreso?”

Capítulo Quince

Los pies de Andrew golpeaban ligeramente con ritmo el piso y agarraba el mango de su bastón en su mano, sus nudillos blancos. Tan pronto como él había enviado a Benji a buscar alojamiento apropiado para su amante Andrew había abandonado White's. Su carruaje iba a toda velocidad atravesando las ocupadas calles en la mañana temprano hacia la casa de Chastain. ¿De donde todas estas personas, caballos y coches habían salido? Nunca había maldecido la vía pública densamente poblada de su amada ciudad.

“Ve por allí,” le gritó por la ventanilla a su cochero.

“Tratare, su señoría,” llegó el amortiguado grito del hombre que sostenía las riendas.

Se sentó nuevamente y dejó que la cortina cayera en su lugar, bloqueando su vista del lento progreso a través de la ciudad, deseando haber conducido su coche descubierto, en vez de estar atrapado en su carruaje cerrado.

Andrew había tratado de poner a Lorelei y su decepción fuera de su mente. Había intentado reconciliar sus pensamientos de nunca ver a la mujer nuevamente sino solo en oportunidades de encuentros sociales.

Mantener su distancia de ella no era una opción, no obstante y especialmente después de escuchar la conmoción que ella había enfrentado más temprano en el día. Mientras que ella había hecho un tonto de él, era posible que Chastain hubiera mentido para obtener su mano en matrimonio—y Andrew necesitaba descubrir si eso era verdad. Y, si lo era, porque.

Lorelei necesitaba su ayuda.

Con Chastain debidamente ocupado, Andrew tendría el tiempo para hablar con ella.

Finalmente, el carruaje redujo la velocidad hasta detenerse.

Saliendo, Andrew dio un salto mientras un hombre bajaba los escalones del frente de la casa de Lorelei.

“Buen día, su señoría.” El hombre asintió y siguió su camino.

Andrew se detuvo ante el acento antes de apresurarse a subir los escalones para atrapar la puerta todavía abierta.

“Hola, su señoría,” la sirvienta dijo por saludo. “Lord Chastain no está en casa por el momento.”

“Ah, es una lástima.” El probó con su mejor mirada deprimida ante la ausencia de su amigo. “Estaría a la altura de las malas maneras si no saludara a Lady Chastain. ¿Está ella en la casa?”

“Si, ella está. Creo que está aun en el salón.” Lavendis, el mayordomo de Chastain, se paraba atrás admitiendo su entrada. “Justo por ahí. Anunciaré su presencia.”

“No hay necesidad.” Andrew le dio palmaditas al hombre en su espalda. “Solo entraré a decirle un rápido hola y luego seguiré mi camino.”

El conocía la casa tan bien como la suya propia, y sin esperar por una respuesta, Andrew se dirigió hacia el salón. Habiendo ambos heredado sus títulos y fincas a una edad temprana, él y Benji habían andado a los tumbos entre las casas frecuentemente, y pasado semanas y algunas veces hasta meses uno en la presencia del otro. No obstante, nada en el extrañaba esto.

La puerta permanecía entreabierta y Lorelei podía ser vista parada delante del fuego, levemente inclinada y sosteniendo con cuidado su parte central.

Él estuvo a su lado en un instante, su brazo rodeo sus hombros mientras la guiaba a su silla.

“¿Se siente mal?” él preguntó. “¿Debo mandar por un doctor?”

Ella lo miró, claramente confundida. “Es la segunda vez hoy que alguien me ha ofrecido enviar por un doctor.”

“¿Se ve muy pálida!” No eran las primorosas palabras que el había planeado en el camino hacia aquí, y por la mirada en su cara, no la cautivaría. “Quiero decir, estoy solamente...preocupada por usted.”

Ella rio, una risa malvada, casi una insana carcajada que llenó la habitación.

Definitivamente ella no estaba bien, y él se echaba la culpa. ¿Había venido hacia ella demasiado pronto, o quizás si la hubiera forzado a escapar con el aquel día que ella había venido a la casa, hubiera sido todo diferente? Fue solamente ahora que se daba cuenta que ella había venido a despedirse.

Su risotada cesó y lo miró con seriedad. “Estoy tan bien como se puede esperar, su señoría.”

“Llevo mucho tiempo tratando de creer aquellas palabras.”

Sus ojos la traicionaron, penetrándolo como si implorara por su ayuda aun con sus labios que permanecían en silencio. Andrew se podía perder en aquellas profundidades verdes, contento con desmayarse en aquel lugar feliz por toda la eternidad.

Él masajeo sus hombros mientras permanecía cerca de ella, determinando su próximo movimiento. “¿Puedo asistirle con alguna cosa? ¿Quizás pedir por una taza de té fresco?” ella se oponía a un doctor, pero podía ser que una bebida caliente devolviera el color a sus mejillas.

Ella solo sacudió su cabeza.

“¿Una manta para calentarla?”

“Andrew...”

“¿Si?”

“Estoy embarazada.”

“¿Embarazada? ¿Que?” su sangre corría por sus venas mas fría que el hielo. “Pero, pero— ¿no es demasiado temprano para decirlo? Debe estar errada.”

“Desearía que así fuera, pero no lo es.” Sus palabras estaban faltas de toda emoción; eran tan frías como el las sentía. “Creciendo en mi útero está el próximo Lord Chastain. Dios quiera que sea un hombrecito.”

“¿Él lo sabe?” preguntó. “No me dijo—”

Lorelei se apartó de él. “¿Lo vio recientemente?”

“Justo recién, en White’s.” No le mentiría.

“Entonces, ¿sin duda está al tanto de lo que sucedió esta mañana?” el no respondió. “¿Lo sabe! ¿Y que? ¿Pensó que bajaría en picada hasta aquí y me reconfortaría? ¿En mi estado devastado yo buscaría consuelo en sus brazos? ¿Es eso?”

“No. nunca podría pensar en tomar ventaja de su estado de infelicidad.” Fue entonces cuando él se dio cuenta que había estado esperando exactamente en esto. Andrew había esperado que ella hubiera estado tan llena de ira por la decepción de su marido o tan violentamente enojada que correría hacia él.

“Eso es bueno. Porque a pesar de mi juventud, yo no soy mucho mas niña que usted, su señoría.”

El despreciaba su regreso a las formalidades—y deseaba deshacerse de Chastain por el cambio que había logrado en Lorelei.

“Resistiré a la vida que he creado para mi.”

Había mas de esta mujer que el conocía, mucho mas de lo que ella le permitiría ver. El de pronto estaba seguro de esto.

“Lorelei,” él inhaló, deseando regresar al momento en que ella lo había llamado por su nombre—y antes que ella hubiera anunciado que estaba cargando la criatura de su mejor amigo. Una chispa de esperanza se encendió

cuando ella lo miró, sus ojos suavizados. “Podemos partir ahora—tengo fincas por toda Inglaterra, y alguna en Escocia. Nadie nos encontrará. Criaremos el niño como propio.” Él no podía creer que las palabras fueran suyas. No solamente Lorelei había cambiado, sino que ella lo había cambiado a él—de formas que ni siquiera él deseaba contemplar.

“¿Me está diciendo que escape con usted?” ella se detuvo. “¿Nuevamente?”

“No se lo estoy diciendo, Lorelei. Lo estoy preguntando— ¿rogándole que venga conmigo!” ella solo lo miraba, sus ojos vacíos. “Déjeme cuidarla, quererla de la forma que se merece. Nunca deseara por algo...ni por mi cariño ni por posesiones materiales. Todo lo que tengo será suyo.”

Lorelei levantó su mentón, las lágrimas cubriendo su cara, y la expresión fría y cruel desaparecida. “¿Piensa que no se lo que abandone cuando lo rechacé la última vez?”

Él se quedó en silencio, deseando que continuara, sabiendo que ella necesitaba decir lo suyo.

“¿Usted piensa que no imagino cada vez que amanece en lo que podríamos haber tenido juntos?” Sus preguntas continuaron sin pausa. “¿Usted piensa que no conozco el futuro que he creado para mi misma, y ahora para mi niño?”

“Podemos cambiar ese curso,” él dijo. “Hoy. Ahora, en este mismo minuto.”

“No sea obtuso.”

“¿Que?”

“No viviré corriendo, escondida, forzando a mi hijo a vivir bajo un nombre supuesto. Lo quiero a él—o a ella—para vivir al sol sin secretos ni temores.” Sus palabras eran desesperadas, atrapadas en su garganta como si ellas la abandonaran como si tuviera mucho más que decir, una razón actual por la que ella no podía aceptar su oferta.

Él pudo imaginar el dolor que la consumía para rehusar su oferta porque la agonía amenazaba con destruirlo a él también.

“Debe irse, antes que alguien lo encuentre aquí.”

El permaneció allí, cuando todo lo que deseaba hacer era ofrecerle comodidad.

“Por favor, solo váyase,” ella imploró. “Mandare por usted si requiero de su asistencia.”

A pesar de todas las respuestas que él deseaba, él escuchaba sus deseos.

Él se permitió una última mirada hacia ella, ardiendo su imagen en su memoria, sin saber cuando la vería la próxima vez. Recordaría su picardía, cautivando sus ojos color esmeralda, el espacio negro de su cabello color ébano, y su piel—tan bronceada que uno asumiría que ella pasaría todo el día en el sol.

Sin pensarlo, él se inclinó y apoyo sus labios sobre los de ella. Si, el la deseaba—la necesitaba—para memorizar su silueta y sentirla, también.

Su beso no fue demandante, ninguno forzando el control, simplemente un suave roce de labios. Él se deleito en el momento. Sus dedos no se levantaron para recorrer su cabello, y sus brazos no se envolvieron fuertes alrededor de ella para traer su cuerpo más cerca de él.

Él permaneció.

Ella se sentó.

Ninguno se movió al otro nivel.

Como si estuvieran en dos mundos diferentes—destinados a estar en caminos separados todo el tiempo.

###

Lorelei se sentó congelada en su asiento ante el fuego, mucho tiempo después se había reducido a meras cenizas y no daba calor. Nadie la había invadido. Nadie le trajo un pañuelo para limpiar sus lágrimas. Nadie le trajo alimento o algo para beber.

Ella estaba contenta por esto, también. La desesperación se agotó con sus lágrimas consumidas, limpiando sus pensamientos negativos y el descolorido punto de vista de su vida.

Ella se daría este tiempo para guardar luto por lo que podría haber sido, para decirle adiós a Andrew; ella no sabia si lo amaba, pero con un poco de tiempo, estaba segura que lo haría. Quizás mucho mas de lo que parecía que el la adoraba a ella. Ella no se podía permitir amar a nadie mas, ni a Chastain o al marques ni siquiera a sus padres, ya que ellos podrían desaparecer de su vida en un instante.

Aquel hecho dolía mas que todos los otros combinados, ya que pronto daría a luz una criatura—una criatura que merecía su amor y devoción, aunque ella sabia la importancia de la distancia desde su juventud. Un día, alguien usaría aquel mismo amor contra ella.

Y no sería capaz de soportarlo. Sin aun haber conocido a la criatura, ella sabía que daría cualquier cosa por aquel pequeño ser; ofrecer todos los secretos de su país, las verdaderas identidades de sus padres, y sacarse su propia vida para asegurarse de que aquel joven sobreviviera—y alcanzara el éxito, peleando contra todo pronostico contra lo que ella había colocado.

Lorelei dijo una oración al Dios el cual ella no creía de su existencia para que su criatura escapara de esta vida. Quizás pudiera convencer a Chastain de entregar los planos en orden de salvar a su niño, ya que sabía que no lo haría por ella. Luego el podía desaparecer con el bebé, vivir una vida tranquila en algún lugar y dejarla a ella y a su decepción detrás.

¿Sería lo suficientemente fuerte para permitirles partir?

Afortunadamente, ella tenía muchos meses para contemplar esto—y la posibilidad de encontrar lo que buscaba.

Un pensamientos la golpeó y ella se enderezo en su asiento, barriendo los últimos remanentes de lagrimas de su cara, y con estas su desesperanza.

Ella podía usar los planos para ganar para ella—y su criatura—libertad.

Lorelei podía ofrecerlos en canje por independecia, la oportunidad de ser esposa y madre, nunca más una sirvienta para su país.

Mientras la idea tomaba forma, posibilidades de un futuro comenzaban a arremolinarse. Ella aun estaría maldecida con un hombre a quien no amaba y no la respetaba, pero le daría un hijo y un verdadero hogar. Podía ser que algún día ella y Chastain se darían una tregua, una apacible y amena forma de vivir juntos.

Pero antes de que eso pudiera suceder, debía poner sus nauseas bajo control y encontrar aquellos malditos planos.

Con su entrega, se liberaría de De Pez, sin estar en deuda con sus padres, y podía insistir en que había cumplido con sus obligaciones. Y entonces, ella pediría su vida de regreso—como si alguna vez hubiera sido propia.

Para su libertad, desafiaría todo lo que el conde le había confiado. Por una oportunidad de vida muchos eran elegidos para liderar, ella abandonaría todo lo que la habían criado para aceptar.

Lorelei se elegiría ella misma—y su criatura.

La promesa de un futuro sin el temor de ser descubierta la sostenía.

Miró alrededor de la lujosa habitación, decorada en jade y oro. En el pasado, no había permanecido en una sola residencia por mas de un año, lugares que nunca sintió ni remotamente como un hogar, llenos como estaban

con muebles provistos por su gobierno o pertenecientes a inquilinos anteriores.

Pero este—este salón, esta finca completa, podía ser exactamente lo que ella deseaba que fuera. Quizás desnudaría los viejos y pesados cortinados y los remplazaría con una sarga color durazno con pinceladas de amarillo. Las sillas y sofás serían fácilmente retapizadas para hacer juego. Y vería el mejor negocio de alfombras en Bond Street donde uno podía ordenar un tejido para cubrir el piso con su preferencia personal. Los sirvientes estaban siempre preguntando si ella necesitaba algo, si podían ayudarla en alguna forma. Así que les pediría su ayuda para mover los muebles para satisfacerla.

Y el cuarto de los niños. Ella había estado buscando en la casa, pero aun tenía que encontrar donde el niño dormiría, daría sus primeros pasos, aprendería aritmética.

Ella sonrió, una sonrisa genuina, por primera vez en semanas. Ahora que ella tenía a Andrew detrás de ella y había aceptado su futuro—levemente alterado del cual ella había soñado—se dio cuenta que podía estar contenta. Podía vivir una vida simple y estable como había visualizado en su juventud. Aunque sabía que Andrew estaría siempre en sus pensamientos, no podía permitirse esperanzas de más. Aun si el *mas* que ella ansiaba la hiciera feliz por el resto de su vida.

Su esposo nunca la amaría, pero él le había dado un hijo, alguien a quien ella podía amar incondicionalmente, sin ataduras u obligaciones. Desde este momento, su felicidad dependía solamente de ella misma y de lo que ella produjera.

Lorelei estaba casada con un duque de inimaginable riqueza. Seguramente podría gratificarse en hacer de esta casa su hogar.

Si, ella necesitaba planear el futuro de su hijo. Hacer un hogar que el viera como un santuario, su refugio del mundo cruel. Su hijo un día sería Lord Chastain, un duque. Uno de la elite mas privilegiada de Inglaterra, y Lorelei, como su madre, podía también vivir semejante vida.

“¿Señora?” la pregunta como un murmullo la trajo de vuelta de sus sueños. Miró hacia arriba para ver una rotunda sirvienta en la puerta.

“¿Si?” Lorelei respondió.

“Soy nueva aquí, y deseaba preguntarle si esta necesitando alguna cosa.”

¿Nueva? El puesto de Sally debe haber sido llenado después de su partida inesperada. “¿Cual es su nombre?”

“Soy Alexandra Dutton, señora,” ella dijo con vacilación, su mirada en el suelo.

“¿Y no trabajó para el duque antes de hoy?” Lorelei averiguo.

“No, señora. Fui enviada por la agencia. Estoy muy feliz de tener esta posición.”

“Estamos muy complacidos de tenerte, Alexa—”

“Disculpe la interrupción, pero simple y llanamente Sra. Dutton.”

“Eso estará bien, y me esforzare en recordarlo. Dígame, Sra. Dutton, ¿tiene experiencia con niños?” Lorelei necesitaba a alguien en quien pudiera confiar, además de ella misma, el cuidado de su hijo si su plan no funcionaba. “Me encuentro en necesidad de una niñera.” Lorelei colocó su mano contra su estomago, en la leve curva sin que se note del todo.

La sirvienta finalmente levantó la mirada hacia Lorelei, y ella se sorprendió de descubrir que la mujer no era tan joven como le había parecido al principio. “No señora. Mi difunto marido, Dios descansa en él, falleció antes que tuviéramos tiempo de tener un niño, pero mi hermana tenía una horda completa de pequeñitos.”

“Le diré lo que haremos, Sra. Dutton,” Lorelei le confió en un murmullo. “Nuestra primer tarea será encontrar el cuarto de niños en esta casa demasiado grande.”

Capítulo Dieciséis

A Lorelei se le estaba haciendo duro esconder su condición de los otros alrededor de ella. Sus ropas estaban cada vez mas ajustadas, ella no tenia éxito con nada mas que el pan duro y el té, y su cuerpo deseaba ardientemente dormir mas y mas cada día. Las sirvientas la trataban como a una criatura, corriendo a su lado cada vez que ella dejaba el dormitorio—probablemente gracias a la nueva posición de la Sra. Dutton como niñera divulgándolo a todo el personal. Chastain había mantenido su distancia, sin entrar en su dormitorio o demandando su presencia en los de él. Ahora que ella había buscado en su habitación entera los planos y sabía que no estaban allí, esperaba no cruzar nunca más el marco de la puerta.

Esta mañana, ella se sentaba en el salón de visitas con su madre, y trataba desesperadamente de cubrir el bulto en su cintura con su bordado. El cielo solo sabía porque se molestaba con todo esto. Chastain lo había notado— aunque no le había hablado acerca de esto—y había estado de acuerdo con su decisión de retirarse al campo por unos pocos meses. Ella—también su padre—habían buscado cada pulgada cuadrada en su casa sin éxito, y sabía que otra visita de De Pez señalaría el final de su encargo. Cuando el no obtenía lo que buscaba, medidas drásticas eran tomadas—aunque eso no siempre le conseguía a De Pez lo que deseaba tampoco.

La misión anterior de De Pez había sido rotulada como desgracia. El había sido enviado de regreso a su país natal, y había pasado años clasificando viejos comunicados. Luego la partida prematura de Louis XVI de este mundo causó un alboroto de la calaña que Lorelei y su familia nunca habían visto. De pronto, De Pez—y la familia de Lorelei—fueron vistos como acreedores, y sus lealtades a su país fue cuestionada. Ellos fueron sacados a la fuerza de su hogar y llevados a esconderse por el Directorio. De Pez se resintió con Lorelei y su familia por su habilidad para sobrevivir. Pero cuando él se había acercado al padre de Lorelei con su idea de llevar de regreso favores dentro de su país, el conde no dejo pasar la oportunidad—aunque ellos sabían que todo descansaba en la habilidad de un hombre para tomar control del país. Si Bonaparte fallaba, sus futuros se veían ciertamente sombríos.

“¿Lore?” su madre preguntó.

Ella sacudió el horror de lo que su futuro podría conllevar y forzó una sonrisa. “¿Si? Perdón. Tengo mucho en mi mente, madre.”

Camille dejó su té de lado y se acercó a Lorelei. “Todos tenemos mucho en nuestras mentes en este momento, pero no temas. Tu padre y yo te hemos enseñado bien. No esperamos que nos defraudes.”

Un peso aplastante se estableció sobre sus hombros. Su éxito o derrota determinaría el futuro no solamente de ella, sino también de sus padres. “Gracias por su confianza.”

“Dime que has descubierto en las últimas semanas.”

“Desearía que hubiera algo que reportar.” Y así era. Lorelei había pasado cada momento libre—cuando los sirvientes no estaban con un ojo pendiente de ella—buscando por todos los sitios de la casa. “No he localizado los planos en ningún lugar de esta casa.”

“¿Buscaste en áreas escondidas detrás de las pinturas?”

“Por supuesto, y también una puerta trampa en el piso del establo, en la cocina por una pared falsa detrás de la despensa, y la ama de llaves pensó que yo estaba descompuesta cuando me encontró revolviendo el depósito de la ropa para lavar.”

“¿Has tratado el tema con Lord Chastain?”

“Cielos, no.” Lorelei era afortunada—o desafortunada—de estar en la presencia del hombre solo unos pocos minutos al día. Cuando su indisposición creció, él no le había pedido más unirse a él en las noches para las actividades de la alta sociedad. “Parece ser la norma para los matrimonios de la alta sociedad. Además, él es un duque, y debe estar muy ocupado.”

Lorelei no sabía porque ella justificaba la falta de interés de su marido ante su madre. Su falta de atención hacia ella era una ventaja para su meta, aunque tuviera poco sentido. Quizás ella había sido el primer premio de la temporada, él y Andrew ambos buscando cortejarla. Y por un golpe de suerte—él probablemente pensó que era su encanto y aire gallardo—ella lo había elegido sobre el marqués rico. Con su triunfo, casada, y embarazada, no había nada más que llamara su atención, especialmente desde que Lorelei no era la humilde y agradable esposa que él había esperado. Hasta había echado a la sirvienta con la que él se había tomado libertades que parecían correctas—la satisfacción—de lo hecho, ahora parecía la peor cosa que podría haber hecho.

“Sabes que debes arreglar esto.” Camille hizo gestos a la sala que los rodeaba. “Esta grieta que te separa de Chastain. Es la única manera que confiara en ti. ¿Como esperas conseguir información de lo que buscamos?”

“Ya lo sé, madre,” ella suspiro. “Pero estoy perdida de como conseguir que confié en mi, y mucho menos que pase algún tiempo conmigo.”

“¿Has tratado?”

“Por supuesto que lo hice.” Era una mentira, aunque ella estaba poco dispuesta a mostrarle a su madre su debilidad que resultaba ser una de las fuerzas más grandes de su madre. Si hubiera sido solo conseguir acceso, buscar y volver con un objeto, entonces ella hubiera sobresalido. Pero esto requería una forma mas íntima de manipulación. “Dime, madre, ¿como consigues que otros hagan exactamente lo que deseas sin que sepan que tu estas guiando cada uno de sus movimientos?”

Camille sonrió. “Oh, creo que es un don natural...y uno que yo te transmití, si solo miraras profundamente.”

“No se lo que quieres decir.” El poder de persuasión no era uno en el que ella sobresaliera. “Si puedo encantar con mi belleza, lo hago.”

“Oh, no. debes aprender a usar tu cerebro un poco mas porque no puedes siempre confiar en tus atributos físicos. Un día pueden ser sacados de ti.”

“Estás hablando en acertijos.”

“Entonces déjame explicarte.” La tristeza cubrió a su madre. Sus hombros se hundieron y sus ojos estaban desenfocados cuando ella miro a Lorelei. “¿Recuerdas cuando te dije que nunca confiaras en un hombre?”

“Si—excepto mi padre, por supuesto.”

“Yo creo que tu agregaste lo de tu padre,” su madre dijo, “pero siempre fuiste una niña idealista. Te he enseñado en no confiar en ningún hombre. ¿Y sabes porque razón?”

Lorelei pensó en aquella conversación mucho tiempo atrás.

“¿Te acuerdas de la historia de como tu padre y yo nos conocimos y casamos?”

Por supuesto, se acordaba. “Se conocieron después que fuiste herida.”

“¿Piensas que tu padre me amó a primera vista?” ella preguntó. “Yo estaba golpeada y destrozada, por dentro y por fuera. Escasamente se podía saber el color de mis ojos debido a la hinchazón de mi cara. No podía caminar, y estaba relegada a una silla.”

Era duro conceptualizar a su madre en aquella condición. Los ojos de Lorelei comenzaron a llorar por las injusticias que su madre había enfrentado a tan temprana edad—la edad que Lorelei tenía ahora.

“Que no se te caiga una lagrima por mi, mi niña,” su madre alivió su dolor. “Mi país estaba preparado para reubicarme, para lavarse las manos de mi y

del daño del que ellos eran responsables. Tu padre no quería tener nada que ver conmigo, pero yo cambie eso. Fui yo quien le mostré mi utilidad, recobré mis piernas nuevamente, y sané—si no fue por dentro, al menos por afuera.

“En poco tiempo, tu padre y yo nos casamos, y él pensó que era el que tenía el control. Él habló con los que mandan y recuperó mi posición—y una segunda oportunidad.”

“Pero lo amas, ¿no es así?” Ella siempre había imaginado exactamente eso, y finalmente tuvo el coraje de preguntar.

“Amor es un concepto raro,” su madre suspiró. “Yo amaba lo que él podía hacer por mí. Amaba lo que obtendría por tenerlo a mi lado, y amaba su sentido de lealtad hacia mí—algunas veces más que hacia su país. No desearía otro socio a mi lado.”

Camille había llamado a su esposo un socio. Mientras que Lorelei entendía que era verdad, esto parecía combinar y abarcar todo lo que su largo matrimonio era. Ella y Chastain no tenían oportunidad de nada que se pareciera a la cercanía y al balance que el conde y la condesa compartían.

“Entonces, de muchas formas yo lo amo, aunque sé que vendrá un momento cuando tengamos que abandonarnos el uno al otro. Pienso que cada persona debe siempre estar deseando amar a otro, aunque se debe reservar lo suficiente de uno mismo para seguir después que llegue el fin.”

Un vacío, mas vasto que los desiertos de África, la llenó. Ella y Andrew nunca se darían una oportunidad de amarse el uno al otro tanto así.

La pena en las palabras de mi madre tenía poco sentido. “No entiendo. Tú y papa tienen una atadura que parece inquebrantable.”

“Puede ser por mí y por mi bienestar que él se dio por vencido de lo que tenemos. Tu ves, no tengo duda que él me ama con todo su corazón, y puede muy bien hacer algo tonto por mí. Pero esto es otra conversación para otro día.” Su madre se preocupaba y se adelantó hacia Lorelei.

Sin pensarlo, ella dejó su bordado de lado en orden de agarrar las manos de su madre—un gesto físico raro para Camille.

“Mi niña—” su voz se cortó tan abruptamente que la mirada de Lorelei partió desde donde ella miraba las manos entrelazadas hasta la cara de su madre. Camille miraba más allá de sus manos al vestido de Lorelei. “Oh, mi cielo.”

Ella miró hacia abajo, preocupada que hubiera arruinado el momento con una mala acción social. “¿He derramado algo sobre mi vestido?” Mientras las palabras dejaban su boca, ella se dio cuenta qué estaba mirando su madre. No

eran migas de los pequeños sándwiches que ellas habían comido o gotas del té de limón, sino el pequeño chichón apuntando debajo de la banda color durazno atada por encima de su cintura en la moda de hoy en día.

“Oh.”

“Se podría decir que esto cambia las cosas,” Camille dijo mientras colocaba la mano contra la panza creciente de Lorelei. “¿La criatura pertenece a Chastain?”

“Sí.” Ella miró hacia abajo avergonzada. “Iba a decirte—”

Camille la miraba con un nuevo nivel de respeto, asintiendo con su mentón con aprobación. “Sí, no eres mas una extranjera casada con un duque ingles, sino ahora la pronta a ser madre de un futuro duque, un heredero del legado Chastain—futuro guardián de los planos. Eso está bien hecho, mi niña.”

Las palabras hirieron con una espada su corazón, pensar que su propia madre viera a su hija como solo un medio para un fin. Lorelei amaría a su hijo, no lo usaría.

“Está bien hecho si soy capaz de localizar los planos. Por todo lo que se, el padre de Chastain murió antes de decirle acerca de ellos.” Ella había realizado ese resultado exacto desde su primer encuentro con Chastain. “¿Qué pasaría si él no sabe nada de los planos—tal vez los arrojó afuera con la basura, o los quemó para mantenerse caliente durante los meses de frío, sin saber de su significado?”

“Entonces eso sería muy malo—o podría ser extremadamente afortunado... en aquel caso, al menos ellos habrían sido destrozados.”

“Pero eso nos dejaría sin nada para presentarle a De Pez. Siento que nuestro tiempo se está acabando,” Lorelei le comunicó en secreto.

“El tiempo es siempre esencial, mi niña.” Su madre se volvió a sentar, una triste sonrisa en su cara. “Aun así, la situación no es tan horrenda.”

“Madre, ¿que está mal?”

Su madre miraba hacia donde su mano aun acariciaba el estomago de Lorelei. “Lore, como un padre, yo debería estar llena de alegría ante las noticias de mi primer nieto. Debería, en mi alborozo, saltar arriba y abajo y abrazarte por las noticias felices—casi mentalmente escribiéndoles a mis amigos con las noticias. En vez de eso, estoy pensando como la vida de este niño se dirigirá, más de lo mismo que lo que tú has pasado. ¿Él o ella será forzado a responder a los llamados al deber de nuestro país cuando el tiempo llegue? ¿Vivirá con miedo de perderte?”

“He pensado largo y duro acerca de esto.” Lorelei sabía que ella podía cambiar las cosas, hacer un camino mejor para ella y su niño. “Pienso que esta criatura será la llave de mi libertad.”

“¿Como?”

“Encontraré los planos y los usaré...como una especie de carta de cambio.” Lorelei estaba orgullosa de lo que ella había establecido, pensando una vez más en la posibilidad de ganar la libertad de sus padres también.

“Lore, debes entender, nuestro gobierno tomara lo que desea, a pesar de las condiciones que puedes poner sobre la negociación. Ellos no solo tomaran los planos, se aseguraran que no hayas dejado nada y que no tengas ningún lugar a donde ir además de regresar al lugar que te corresponde.”

Lorelei no podía evitar imaginar donde podía ser el lugar que le correspondía. “Pienso que sobrestimaste su interés en mi. Soy una mujer débil, usada solamente por mi belleza, para obtener algo que ellos desean.”

“Ambas sabemos que eres mas que la suma de tu exterior,” su madre censuró severamente.

“Pero ellos no,” Lorelei argumentó. “Date cuenta, madre. Fui seleccionada por mis observados poderes de seducción, ¿correcto?”

“Si, pero ellos no estarán de acuerdo con esto al menos que tengan fe que completarás la tarea.”

Lorelei sospechaba que ellos solo estarían de acuerdo porque estarían allí el conde y la condesa para asistirle si descubrían que era incapaz de manejar las cosas. Era en sus padres en los que De Pez confiaba, no en ella. ¿Él no le había dicho demasiado?

“No me importa su razonamiento, madre,” Lorelei continuó. “La Sra. Dutton y yo nos estaremos retirando a la casa solariega Chastain pronto mientras dure mi embarazo. Esto me ofrecerá un tiempo amplio para calcular lo próximo—para mi y mi hijo.”

“Yo no aprecio estar tan lejos tuyo, mi niña.” Su madre se preocupaba innecesariamente. “¿Que pasa si tu trabajo de parto es difícil? Prométeme que tendrás una niñera cerca.”

Lorelei no había pensado demasiado en el nacimiento de su hijo, ni en el carácter primitivo de la casa solariega Chastain. “No te desgastes, la Sra. Dutton ha traído al mundo muchos bebés, y la ciudad está solamente a una corta cabalgata de la casa de campo si un doctor es necesario.” No tenia ni idea si la Sra. Dutton alguna vez había visto un nacimiento, pero ella no podía admitirle eso a su madre. “Lo hare bien, ya lo veras”

Capítulo Diecisiete

Andrew empujaba y retrocedía, pinchaba y se mantenía alejado, uniéndose a su compañero estocada tras estocada. El hombre era años mas joven, y muchos dirían recientemente en la flor de la vida, aun así el cuerpo de Andrew lo perseguía con furia—una furia al rojo vivo, hirviendo escasamente bajo la superficie. Su brazo cercado estaba estable delante de él, su otra mano agarrada con fuerza en su espalda en una forma normal. Focalizando su energía negativa, el empujó a su oponente mas lejos hacia el final de la habitación y hacia la multitud que se había juntado en algún momento durante la contienda acalorada.

El entrenó sus ojos sobre el hombre delante de él, su mente bloqueando el abuceo de los caballeros alineados en la sala. La transpiración se juntaba sobre su ceja y caía hacia abajo, amenazando con nublar su visión. Andrew no podía arriesgar la fracción de segundo que le tomaría arrastrarla—aun un instante de concentración rota seria todo lo que le tomaría al hombre mas joven para aventajarlo y sin duda terminar el encuentro con el punto de su lanza en la garganta de Andrew.

Un gruñido hizo eco en las paredes y crecía más fuerte.

Andrew deseaba gritar pidiendo silencio, exigir una calma para ajustar el partido que ellos actualmente peleaban.

Solo entonces él se dio cuenta que era él quien había emitido el sonido animal.

Avanzó.

Su oponente ejecutó un excelente golpe de rechazo para desviar su ataque entrante.

Ellos estaban igualados, probablemente entrenados por el mismo maestro de esgrima, y Andrew temía que siguieran con este ataque por algún tiempo.

Su única esperanza era que el dominaba el arte del aguante mientras que a su oponente le favorecía su velocidad, un asalto imparabile que rápidamente agotaría su energía.

Era tiempo que el cambiara la habilidad del hombre. Con un amago de un lado, Andrew probó un ataque compuesto por el lado opuesto. La acción bajó la guardia del hombre y tropezó levemente. Andrew tomó la oportunidad y

melló la mejilla de su oponente, abriendo una fina línea que llegaba desde la esquina de su boca y terminaba en su lóbulo.

La visión de la sangre carmesí casi le cuesta a Andrew su ventaja en el partido cuando el hombre lo sorprendió con un esquivo circular de su punta, cortando una fina línea que cruzaba el brazo de Andrew. Él no podía escatimar el momento para mirar la herida superficial, pero lo sabía por la picazón de la cortadura mientras el calor se desparramaba por su brazo hacia abajo.

Luego, su oponente trató una respuesta directa, la cual Andrew fácilmente anticipó y bloqueó con un arco de su espada, los metales chocaron con un rotundo ting y se deslizaron. Ambos hombres aprovecharon la oportunidad para moverse, al igual que sus armas, para reagruparse y evaluar al otro.

Andrew sostenía su florete en una acción perfectamente extendida y rápidamente le dio un golpecito a su espada, dando latigazos rápidos para esquivar a su oponente.

No estaba seguro cuanto tiempo podía sostener la espada experta del hombre.

Su puño estaba resbaladizo con transpiración.

Un sonido se levantó de la multitud, y el hombre levanto la punta de su florete, señalando el final del round.

Él se inclinó saludando en dirección a Andrew, seguido por un murmullo, “Excelente combate, Marqués.”

Andrew no podía hacer nada sino observar como el hombre dejaba el área acordonada. Felizmente, otro caballero tomó su lugar inmediatamente.

Respirando profundamente, él se preparó para otro round. Otra oportunidad para enviar su agresión enjaulada hacia otro. La Sra. Bee estaría feliz por el respiro—y la disminución de artículos dañados del menaje.

“En guardia.”

Los ojos de Andrew se encajaron desde el brazo acordonado de su oponente hacia el tono familiar de la cara del hombre. De todos los hombres quienes podrían haberse metido en el medio de su juego, Chastain era el tonto desafortunado quien obtendría la parte mas dura de la ira de Andrew—aferrado como estaba en el trasfondo de su ira.

Andrew se hizo eco de las palabras de Chastain y tomo una posición defensiva, pero no sostuvo la posición demasiado tiempo antes de ejecutar un paso rápido y una estocada—un rápido patinar. Andrew sabía por muchos años de entrenamiento con Chastain que el hombre no tenía habilidad para

esquivar. Suficientemente seguro, Chastain dio un paso, el cual falló su objetivo y le permitió a Andrew moverse velozmente.

“Siempre el compañero es superior a lo que concierne a los estoques,” Chastain hablaba arrastrado como si estuviera recuperando su pisada. “Demasiado malo que estas habilidades no se extiendan a las mujeres.”

Andrew sabía que su amigo solo buscaba irritarlo, despertando algún tipo de arrebató que lo indujera a Andrew a descender, y finalmente, su derrota.

“¿Que estás haciendo aquí, Chastain?” Andrew esquivaba mientras Chastain fácilmente se movía para evitar su ataque.

“Tan formal, Andrew.” Su oponente enfatizó su nombre Cristiano. “Estoy aquí, como lo hago cada semana por el momento.”

Era difícil admitir que Andrew no sabía aun que día de la semana era antes de este mismo momento. Por supuesto, Benji mantendría su encuentro en Gentlemen Jackson’s—y probablemente su amigo no tenía en cuenta para nada el humor apestoso de Andrew. Mejor así, porque no estaría preparado para el sonido que venía de ese lado.

“Dime, Andrew, ¿que podríamos planear para esta noche?” Chastain dijo. El hizo un gesto sin entusiasmo y luego se retiró, manteniendo su punta apuntando en ángulo recto hacia Andrew. “Me encuentro con mucho tiempo libre en mis manos últimamente.”

El hombre no tenía realmente ninguna pista de los días—ni de los meses—de agonía que él había causado. La suma total de horas que Andrew había pasado bebiendo y parrandeando probablemente sumada a semanas de tiempo malgastado. Tiempo que nunca podría recuperar.

“No tenía otro pensamiento mas que este encuentro, mi amigo.”

Si Chastain se dio cuenta de la animosidad en las palabras, Andrew no podía decirlo. “Por el momento—siempre disfrute eso de ti.”

Esa era la única manera que Andrew conocía para seguir adelante en estos días interminables. Minutos y horas que el pasaba pensando solamente en Lorelei, soñando en el día que ellos estarían juntos, los muchos años en que el la haría feliz—todos sin fin. Ella había elegido a Chastain como la persona digna de su compañía.

Andrew lo evitó cuando Chastain se abalanzó hacia él, su florete haciendo un diseño circular con poca fuerza por detrás.

¿Cuántas horas él y Chastain habían pasado en este mismo salón? Nadie buscaba superar al otro, solo usaban el esgrima como un medio para el ejercicio ya que ambos odiaban el hábito de caminatas enérgicas por el

parque, y ninguno sería atrapado muerto remando en el Río Thames en un intento equivocado de mantener un físico delgado. Ninguno estaba desesperado para recurrir al boxeo tampoco.

“¿Bueno?”

“Bueno, ¿que?” Andrew preguntó.

“Dime que tienes alguna cosa atrevidamente escandalosa en mente para esta noche.” Chastain amagó y se movió a la orilla de la habitación en un intento de atraer a Andrew en su dirección. “Vamos ahora, necesito una distracción...algo alegre y divertido, si quieres.”

“¿Que hay con Lady Chastain?”

“¿Que pasa con ella?”

“¿Nos acompañará?” el deseaba preguntar mucho mas acerca de ella. ¿Estaba bien? ¿Se había establecido en la casa de Londres de Chastain? ¿Se había ido? ¿Había algo que necesitara—o deseara?

“¡Dios!, no. Eso sería lo opuesto a un momento de diversión.” Chastain saltaba de un pie al otro.

El hombre parecía un tonto, y, de hecho, aun cuando la multitud se había distribuido, unos pocos hombres aun observaban, sonriendo ante su visión.

“Presta atención, o mi punta estará en tu garganta antes que te des cuenta.” Andrew se mantuvo alejado y empujó su florete, tratando de ser bueno en su promesa, pero Chastain fácilmente bloqueó esta con la suya. “¿Lady Chastain esta de acuerdo con tus escapadas nocturnas sin ella? Entiendo que estaba muy preocupada con tus actividades.”

Chastain giro en un pequeño círculo, su florete conectando con el de Andrew desde atrás de su espalda. “Pronto ya no será mi preocupación.”

Andrew cometió el error de dejar caer su punta. Con una rapidez y habilidad que Andrew no había pensado que Chastain poseía, la espada de su amigo hizo un rápido pase a través de su pecho. Sin mirar hacia abajo, él sabía que la punta dura lo había cortado a través de la capa exterior de su chaqueta. Con su florete una vez mas listo, él no le permitiría a Chastain tener la ventaja otra vez.

“No es tu preocupación... ¿Cómo es eso?” él preguntó. “Estás casado.”

“Si,” Andrew suspiraba, su energía menguaba. “Pero ella va a viajar a mi finca de campo antes que nuestro hijo llegue—y si soy un hombre inteligente, la convenceré de permanecer allí por lo que dure su vida.”

“Entonces las felicitaciones son pertinentes, hombre,” Andrew dijo con mucho mas animo del que podía juntar. “Debes estar muy orgulloso...y tan

pronto después de la boda.”

Andrew debe haber sonado convincente, ya que Chastain se paró mas erguido. “Es una ocasión bendecida, por cierto.”

Esto lo confundía, Chastain no deseaba tener nada con su esposa, mientras que Andrew ansiaba solo una mirada de ella, la oportunidad de recorrer sus dedos a través de su cabello sedoso, tal vez compartir un secreto cuchicheado o dos.

“¿Y realmente piensas que ella irá dócilmente al campo?”

“Cielos, no.” Chastain se abalanzó una vez mas, y Andrew antagonizaba con su propio empuje, arrojándolo a Chastain fuera de sus pies. Tropezando hacia adelante, su amigo levantó su florete como para no chocar la punta contra el piso pulido mientras buscaba recobrar su balance. “Muy buen espectáculo.”

Chastain dejó caer su florete y giró hacia Andrew, una sonrisa bonachona en su cara, solo para encontrar la punta dura del florete de Andrew en su garganta expuesta.

“Vamos, Drake.” Chastain debe haber notado la seriedad en los ojos de Andrew. “Vamos a vestirnos y dirigirnos a White’s a celebrar mi libertad venidera.”

“¿No fue solo unos pocos meses atrás que celebraste tus nupcias?”

Chastain pensó por un momento. “Supongo que si, aunque se siente como si hubiera sido una vida atrás. Deseo que alguien me hubiera prevenido contra atarme a una mujer de temer. Y luego yo la empeoré dejando mi semilla dentro de ella. Ahora estoy libre de su fastidio, pero descubro que escucho la discordia de su cuerpo con el embarazo cada vez que estoy en casa. Es realmente depresivo cuando el hogar de un hombre no es mas su castillo y santuario.”

Andrew tenía dificultades para hablar. Aunque Benji hablaba mal de Lorelei, al menos Andrew estaba escuchando algo de como ella iba a viajar. “¿Porque no envías por su madre para que permanezca con ella?”

“Oh, su madre la visita en ocasiones, pero está muy ocupada con los deberes políticos del conde. ¿Dejaras esa maldita punta?”

Andrew no se había dado cuenta que aun sostenía su florete a un lado, ni que habían provocado la atención de una multitud mas grande que antes. “Mis disculpas.” El dejó caer su brazo y, con este, su florete. “Podría aprovechar una salida nocturna. ¿Cuando ella parte?”

“Ella estaba empacando cuando yo salí, o haciendo lo posible considerando lo enferma que ha estado. Es realmente irritante.” Chastain giró hacia el baño de hombres y señaló a Andrew para que lo siguiera. “Ella me ha negado la entrada a mis propios dormitorios. ¿Puedes creer la audacia de la mujer?”

“No.” Andrew infundió un poco de conmoción a sus palabras.

“Si. Dice que el movimiento la enferma, como si estuviera cruzando nuevamente el Canal en un bote. La ultima vez casi vomito sobre mi.”

Exactamente lo que el hombre merecía.

“Ella ha despedido a mi amante de mi casa, y luego se atrevió a negar sus deberes maritales.” Chastain se sacó su camisa deportiva, y empujó un limpia por su cabeza, y luego ató su corbata y metió su faldón dentro de sus pantalones. “Yo no le serviré de sostén, te lo digo. Debe irse...y donde, me tiene sin cuidado.”

Andrew apreciaría la oportunidad de llamar a Lorelei su esposa, la Marquesa de Drake, sin embargo Chastain parecía resistirse a su buena suerte. “Tu finca está a muchos días de viaje. ¿Porque no partieron a primera hora de la mañana?”

“Lorelei está demasiado enferma para viajar después de la hora de la comida.” Chastain se detuvo mientras se sentaba y se ponía sus Hessians. “Ella y su niñera, la Sra. Dutton, planean partir en cualquier momento—y entonces no tendré mas la necesidad de mirar sobre mi hombro, temiendo que ella estará allí observando cada uno de mis movimientos.”

Una alarma lo atravesó a Andrew. Era obvio que ella no debería viajar, menos sola sin la asistencia de su marido. “¿Son seguros los caminos para que dos mujeres viajen solas? Especialmente una en la delicada condición de Lorelei?”

“¿Seguros? Me apena el asaltante de caminos que se atreviera a detener el carruaje de mi esposa, ya que seguramente lo desgarraría costilla por costilla con su lengua como único arma. Además, mi suerte nunca ha sido muy buena...para tener a mi esposa permanentemente indispuesta.”

Andrew estaba espantado. “No quieres decir eso.”

“Por supuesto que no, Andrew.” Chastain se rio ahogadamente. “Necesito a mi heredero primero.”

En cuestión de minutos, después de prometer encontrarse con Chastain en White’s dentro de una hora, Andrew brinco dentro de su carruaje y le rogó a su conductor llevarlo a la casa de Chastain con toda la debida prisa. Era como si

su vida estuviera siempre repitiéndose—nuevamente ella se escapaba de él; una vez mas, él corría a su lado.

Su postura reclinada contradecía el sentimiento tenso y rígido de su propio cuerpo. El pensamiento de llegar a su escalera de entrada solo parecía temerario. Lorelei podía fácilmente negarle la entrada.

Mientras que la idea lo hería, Andrew le dio un duro golpe en el techo de su carruaje cerrado y se inclinó fuera de la ventanilla para gritarle al cochero.

“¿Si, su señoría?” su conductor gritó sobre su hombro mientras cruzaba en transito de la tarde que rodeaba Hyde Park en su camino a la residencia de Chastain.

“¿Está el farmacéutico aun ubicado en las afueras de Bond Street?” Andrew frotó su hombro donde la punta había roto su piel.

“Creo que si, su señoría. ¿Puedo conseguirle algo de allí?”

La respuesta del conductor lo complació, y un sentido de rectitud lo invadió.

Los negocios cambiaban de lugar, cerraban, o se movían a otras ciudades con poco aviso o fanfarria, y Andrew no podía desperdiciar tiempo vagabundeando por Londres si quería detener a Lorelei antes que dejara la ciudad.

“No,” Andrew grito sobre el ruido de los cascos de caballos. “Yo puedo recogerlo.”

Había solamente pocos temas en que uno estaba cómodo discutiendo con un sirviente—y la condición delicada de una dama, especialmente una dama que no le pertenecía, no era uno de ellos.

¿Que debía decir o hacer para cambiar el pensamiento de Lorelei no tenia la mas mínima idea, pero necesitaba probar. Así, llegando con las manos vacías no era una opción.

Cuando el carruaje rodó hasta detenerse delante del negocio, Andrew se dio cuenta que no tendría porque discutir lo que le adolecía a Lorelei con su conductor, pero tendría que explicarle un poco de la situación al empleado dentro. Afortunadamente, la mujer de adentro era amable y comprensiva, haciendo preguntas solamente pertinentes sin indagar en la situación.

En pocos minutos, Andrew estaba una vez mas refugiado en su carruaje, una bolsa de hojas de menta en el bolsillo de su saco, su conductor maniobrando expertamente alrededor de otros carruajes. Andrew corrió la cortina de la ventanilla y miró para estimar el progreso del sol en el cielo.

Había llegado a su pináculo y había comenzado su descenso hacia poco tiempo en el cielo celeste.

El manoseaba la bolsa de papel en su bolsillo.

Era un pequeño gesto de sus sentimientos por ella, aun mucho más que cualquier cosa que Chastain hubiera hecho nunca.

Seguramente ella entendería, realmente vería, cuanto se preocupaba por ella—que él era más que capaz de proveer para ella, especialmente en su delicada condición. Si fuera su hijo el que ella llevaba, nunca la alejaría de su lado. Cada momento de cada día lo pasaría focalizado en su comodidad.

Y esto probablemente no pararía hasta el nacimiento de la criatura.

No. Andrew juró que él haría de esto la misión de su vida para cuidar de ella, hacerla sentir apreciada, amada. Ella no desearía nada más si él estaba en su camino.

¿Por un simple paquete de hojas de menta?

Esto sería por ahora, ya que el tiempo no estaba de su lado.

Empujando la cortina a un lado una vez mas, Andrew vio que ellos ya habían pasado el distrito de los negocios congestionados y se movían libremente por la zona de casas de Londres, ahora solamente a unas pocas cuadras de la casa de Chastain.

Por fin, la casa entro en su campo visual, justo mientras un carruaje de viaje comenzaba a salir del camino.

“¡Detenga aquel carruaje!”

“Correcto, su señoría.” Rápido para la acción, su conductor le dio un golpecito a su látigo, y su coche se adelantó, arrojándolo a Andrew de espaldas contra el asiento aterciopelado. La cortina cayó en su lugar, obstruyendo la visión del carruaje escabulléndose. “¡Alto!” su conductor gritó.

Cuando su coche disminuyó la marcha, Andrew dio un salto de este y corrió para detener el carruaje cargado delante de él. Lorelei estaba preparada para una larga estadía en el campo si la cantidad de equipaje atado con correa en el carruaje era alguna indicación.

“Lady Chastain,” Andrew llamó cuando él estaba dentro de una distancia prudencial para ser escuchado. “Soy el Marques de Drake.” Antes que el cochero de Chastain pudiera desmontar, Andrew llegó a la puerta del carruaje, pero esta se abrió antes que el pudiera empujarla, revelando a un sirvienta.

“Discúlpeme, ¿porque detuvo mi coche?” la mujer preguntó. “Mi señora se enojara si no estoy directamente detrás de ella.”

Andrew miró por sobre la mujer y dentro del oscuro interior del carruaje, esperando que sus temores no fueran confirmados, pero él sabía desde la primera visión de la sirvienta que no encontraría a Lorelei adentro.

“¿Dónde esta Lady Lore—Chastain?” él se focalizó en la mujer delante de él. Él nunca la había visto en la residencia Chastain antes. “¿Está ella aun en la casa?”

Cuando la mujer solo lo miró, sin darle respuestas, Andrew se dio cuenta que ella era completamente extraña para él, entonces él lo era para ella. Y él despediría a cualquier sirviente que hablara fuera de lugar con un extraño acerca de su paradero. La sirvienta era agradablemente de boca cerrada.

“Mis disculpas,” Andrew dijo. “Soy el Marques de Drake, un amigo de Lord y Lady Chastain. Esperaba tener un momento con su señoría antes que se retirara al campo.”

“Ah.” La mujer finalmente comenzó a entender. “Usted la perdió por poco. Ella se estaba sintiendo bastante bien y partió antes de la hora del mediodía.”

Los hombros de Andrew se combaron ante las noticias.

“La encontraré a ella en pocas horas para descansar por la noche.” La mujer debe haber sentido un poco de compasión por él. “Soy la Sra. Dutton. Pronto seré la niñera del nuevo lord. Puedo llevarle su mensaje.”

La mujer era una persona con espíritu semejante al de Andrew si alguna vez había encontrado una. Si Lorelei había elegido a la Sra. Dutton para asistir a su hijo, entonces seguramente era de su más entera confianza, también. Si tuviera lapicera y papel, el garabatearía una nota. En vez de eso, el empujó el paquete de papel de su bolsillo y se lo entregó a la niñera.

“¿Le daría esto a ella?” cuando la Sra. Dutton solo miró la bolsa, él continuo. “Son hojas de menta. Pueden ser bebidas en té. Me dijeron que aliviará las severas ganas de vomitar.”

Se sentía como un chico de escuela, llamando a una muchacha que había atrapado su mirada, solo para que le dijeran que no estaba en casa. El destruyó su cerebro buscando cualquier justificación que pudiera encontrar por su preocupación sobre su condición. Él sabía que los caballeros normalmente ignoraban este tiempo como si no existiera.

Una pequeña sonrisa iluminó la cara de la mujer. “Pienso que va a estar feliz por esto.” La Sra. Dutton aceptó la bolsa y la deslizó dentro de su bolsillo. “Se lo agregare en su té esta misma noche. Ha estado muy enferma. Me preocupo por el pobre bebé.”

“Ah, bien,” Andrew tartamudeo. La conversación se había vuelto incómodamente íntima. “Por favor, dele a ella las hojas. Me dijeron que los vómitos son seguro signo de un saludable y fuerte jovencito. ¿Le dirá que dije así? Y mándeme a decir si Lady Chastain necesita alguna cosa.”

Frunciendo el ceño, la Sra. Dutton asintió y regresó a su carruaje.

Andrew observaba mientras el carruaje hacía su camino hacia la calle y daba vuelta la esquina fuera de vista.

Lorelei se había ido.

Si Chastain seguía con su idea, su esposa permanecería en el campo por el futuro que vendría—fuera del alcance de Andrew.

Un dolor en su pecho lo amenazó con ponerlo de rodillas.

El acariciaba el lugar, vagamente reconociéndolo como el lugar donde su corazón latía justo detrás de su caja torácica. El aprendería bien de aquellas costillas, y mantendría su corazón detrás de las rejas. Ya que cuando su corazón buscaba algo, este solo lo conducía a este mismo dolor.

Capítulo Dieciocho

“¡Dije que envíen otra mujer!” Las palabras arrasaron a través de la habitación, rebotando en las paredes cubiertas de seda, y haciendo eco en la cabeza de Andrew.

Madame Sasha solo permanecía de pie en el marco de la puerta, manos en sus caderas, sus rulos rubios rebotando mientras sacudía su cabeza en respuesta.

“Usted no puede rehusarse,” Andrew gritaba desde su posición en la cama. Una brisa entraba a la habitación desde el pasillo y enviaba escalofríos a su cuerpo desnudo, a su carne expuesta. Empujando una manta fina para cubrir su virilidad—hubiera sido de poco uso cuando la próxima muchacha llegara si estaba helado hasta el punto de arrugarse—trató nuevamente, “Sasha, odiaría pensar en las importantes sumas de dinero que he enviado a tus cofres debido a mi apadrinamiento de Craven House.”

“Sea como sea—” ella comenzó antes de ser interrumpida por Andrew.

“¡Me mandará otra mujer!” su voz tronó una vez más. “No haga que las convoque yo misma.”

“Está borracho, su señoría.”

“Eso no es nada nuevo para ti.”

“Entiendo eso, pero...” sus palabras se arrastraron.

“Pero...” Andrew la animó.

“En todas sus muchas noches aquí, nunca ha sido cruel con mis chicas.”

“No he puesto una mano sobre sus muchachas.” Andrew podría haber estado bebiendo tanto como podía absorber su cuerpo, pero sabía—hasta su alma—que el no había dañado ninguna mujer. Nunca en su vida deshonraría a su propia madre extendiendo una mano dañina sobre una mujer.

“La espada no es el único medio para dañar a una mujer. Las palabras pueden herir tan profundo como cualquier florete.”

Sus palabras no eran tan claras como sus acciones, y en su estado de locura, era muy posible que él hubiera dicho algo que podía ofender. Vagamente recordó a un muchacha cuyas miradas lo habían molestado enormemente.

“Sólo envíame otra muchacha.”

“En realidad no lo haré.” Madame Sasha sorprendentemente se mantenía, aun cuando la pérdida del ingreso dañaría su negocio. “Por favor márchese, o lo arrojare afuera.”

Andrew se rio ahogadamente. “No tengo planes para partir.”

La mujer resopló de furia y dejó la habitación, cerrando la puerta firmemente detrás de ella.

El aprovechó la oportunidad para revisar la habitación buscando su botella de licor.

¡Ah! Allí está, en la mesa cerca de la puerta.

Envolviendo las sabanas alrededor de él, Andrew gateó desde la cama e hizo su camino a través de la habitación helada. Cuando Sasha regresara con otra muchacha, la instruiría para prender el fuego, el cual se había tornado a nada más que unos pocos carbones ámbar durante las horas previas.

La botella se deslizó fácilmente en su mano mientras la llevaba a sus labios, sin molestarse en ubicar su vaso, y bebió el líquido restante. Después de solucionar lo de la temperatura, el pediría otra botella. Normalmente, Craven House se enorgullecía en satisfacer a la elite de caballeros de Londres, viendo que cada necesidad fuera satisfecha.

Andrew se sentía muy insatisfecho por el momento.

Regresando a la cama, decidió tumbarse una vez más y esperar el regreso de Sasha.

En unos momentos, sus parpados se volvieron pesados.

¿Que era lo que les tomaba tanto tiempo, él pensaba?

Realmente debía trabajar en dejar de beber. Estaría en graves apuros si ganaba la reputación de ser incapaz de funcionar detrás de puertas cerradas. Aquella clase de chismerío hacia su camino a través de la fábrica de rumores más rápidamente que la arena a través de un reloj.

Podía ser que una pequeña siesta le hiciera bien, aclarara su sistema—y regresara su lujuria.

Andrew le permitió a sus ojos que se cerraran y respiró profundamente—inhaland y exhalando.

Hacia mucho tiempo desde que deseosamente se relajara para dormir. Ya que cuando lo hacia, los sueños comenzaban—sueños de lo que podría haber sido: siempre feliz, iluminado, y lleno de un amor que nunca había conocido.

Se rindió al sueño. En breve, se encontró dando vueltas alrededor de la pista de baile de un salón atestado de gente, Lorelei segura en sus brazos. El aflojaba su agarre muy levemente, y ella daba un paso atrás, permitiéndole

tomarla de cuerpo entero. Su cuerpo estaba vestido en un color que él nunca había visto antes...no del todo acarminado, ni rosa tampoco. La seda colgaba por su cuerpo y hacia una cascada sobre sus caderas, girando hacia afuera alrededor de sus pies mientras ellos se movían por la pista. Él no podía ver sus pies, pero sabía que usaba unas zapatillas del más suave cuero, el color haciendo juego con las perlas que colgaban de su cuello y de sus orejas.

Los sonidos de un vals continuaban hipnotizando a Andrew mientras ellos se deslizaban a través de la multitud. Si él fuera capaz de mirar alrededor, le encantaría probablemente mirar cada cara en el salón siguiendo su progreso. Afortunadamente, él no era capaz de sacar su mirada de ella. Sus ojos verde musgo lo miraban con tanta intensidad como él sabía que sus propios ojos hacían.

¿Como había negado esta conexión entre ellos? ¿Aun aceptar un momento el uno sin el otro?

De pronto, Lorelei se escapaba de sus brazos. Su mano se tendía contra su pecho, ella empujaba, liberándose.

Airosamente, ella se movió fuera de él, aun bamboleándose ante la música como si ella aun estuviera sostenida fuertemente en los brazos de su pareja.

El no podía decir nada para convencerla que regresara a él.

Él trató.

Él le gritaba, pero parecía no escuchar sus gritos a través de la música.

Él empujaba en la multitud, pero más y más parejas se paraban en su paso.

Hasta que no la vio mas bamboleándose ante las notas musicales.

Fue ahí cuando el sintió la presión en su hombro. Si alguien lo había estado sosteniendo por la espalda todo el tiempo, el hombre podría encontrarse sin un apéndice muy pronto.

Andrew giró para enfrentar a quien quiera que mantuviera empujando suavemente su hombro.

Nadie permanecía allí, aunque los golpecitos continuaban.

Él sacudió su cabeza, tratando de que la situación tuviera sentido.

Lorelei nunca dejaría su lado.

Los ojos de Andrew se abrieron de golpe.

Su cuerpo entero dolía, no solamente el lugar donde su corazón había una vez habitado.

El sonido de carruajes y carretillas de mano corría por su cabeza, y las luces de la mañana temprano quemaban sus ojos.

Y ese olor ofensivo. ¿Era el de su cuerpo sin lavar?

No. Él abrió sus parpados una vez mas, solo lo suficiente para buscar el área alrededor de él sin permitir entrar a la temida luz.

Llevando sus mano hacia arriba para bloquear la luz encandilante del sol, el buscaba sus alrededores cercanos. No reconocía nada—ni los adoquines debajo de su cuerpo o las paredes de cada lado. La basura se alineaba en los ladrillos de los edificios detrás de él, agregando más hedor al ya establecido pesadamente alrededor de él.

Levanto sus dedos para examinar su cabeza, sintiendo a través de su enmarañado cabello si había algún signo de un cráneo dañado. Cuando su toque no encontró ni bultos ni sangre, Andrew intentó sentarse.

Las nauseas se apoderaron de él antes que se apoyara sobre sus codos.

¿Que diablos le había pasado?

Lo ultimo que recordaba, él estaba pasando un momento conmovedor en Craven House, degustando la ultima cosecha de chicas de Madame Sasha. Entonces...su mente no llegaba a entender lo que vino después.

De pronto el pasado— ¿Cuánto tiempo había pasado Craven House?— cayó sobre el. Lorelei lo había dejado. Él se había ahogado en licor por sus penas y las mujeres de moral cuestionable. Andrew había peleado con Madame Sasha...y ahora él estaba tendido en la calle asquerosa como la basura que el sentía alrededor, sufriendo no solamente por los efectos secundarios de su libertinaje, sino que era un caso de orgullo herido.

El necesitaba juntar sus pedazos.

Aparecer arrojado fuera de una casa de mala reputación durante un ataque de borrachera era una nueva humillación, aun para él.

Meditó sus circunstancias mientras sacaba la mugre de sus ropas arrugadas. Sufría por una mujer quien claramente no lo deseaba...o no sabia que sería feliz con el. No entendía como podía cuidar mejor de ella, darle lo que deseaba—y lo mucho que ella no quería.

Andrew se puso de pie, empujando su estomago descompuesto y calmando su mente que giraba, y corría sus manos hacia abajo de su saco para remover cualquier resto de basura. Un dobléz de papeles doblados estaba pegado a sus bolsillos.

El crujiente, papel grabado en relieve tenia solamente su nombre escrito en tinta en la parte de afuera. La arena usada para secarla se aferraba a su superficie. Con manos temblorosas por su repentina retirada del licor, el desdoble la nota.

En manuscrito tan crujiente como el papel, Andrew leyó las palabras de Madame Sasha:

Andrew,

Aunque he disfrutado enormemente su apadrinamiento de Craven House, creo que es tiempo que dividamos caminos. En el futuro, si cree que tiene necesidad de otro establecimiento como Craven House, recuerde sus maneras y buena educación. Como muchos hombres que se jactan de su estado legal o de su linaje y clase, es necesario que actúen con cierto decoro en todos los tiempos.

La carta estaba firmada con una simple ‘S.’

Modesta y elegantemente redactada, justo como se esperaría de una mujer igual a Sasha.

El papel delicado y perfumado se desgarraba fácilmente en sus manos. ¿Cómo se atrevía a tratar a un marques como ella lo hacía? Él era un hombre al que le debían respeto, no para dejarlo de lado como basura.

Sus pies chocaron el piso mientras dejaba el callejón, esperando que nadie notara su repentina aparición por el pasaje peatonal. Fue con suerte que los pistoleros a sueldo de Sasha lo hubieran descartado a varias cuadras de su casa. Ella probablemente solo deseaba enseñarle una lección, pero desafortunadamente el viejo dicho era verdad: no puedes enseñarle a un viejo perro trucos nuevos.

Y en este momento, Andrew se sentía muy, muy viejo—y desgastado.

Además, él era único para enseñar lecciones, no un advenedizo propietario de burdel.

Una vez en su casa, se desvió de su camino usual hacia su estudio—y su bien provisto gabinete de licor—e instruyó a su mayordomo, Alfred, de enviarle agua para un baño. Era tiempo que el decidiera lo que era lo próximo para hacer. Podía ser un nuevo pasatiempo o algo así.

¿Que hacía un hombre de su estatus y clase durante las horas del día cuando estaba determinado que descuidara sus deberes legítimos? Seguramente ellos no se sentaban alrededor esperando por un trago—o, que Dios no lo quiera, con una mujer que no querían. Era una existencia diaria sin sentido que el trabajara muy duro para olvidar dirigiendo sus fincas, comunicándose con sus mayordomos, y asegurando el asiento de su padre en el Parlamento. Pero ahora, todo parecía demasiado para él, su corazón en ninguna cosa de estas.

Mientras se apoltronaba en su tina, llena hasta el borde con agua caliente, se dio cuenta que todos los grandes hombres tenían una cosa en común. Ellos no esperaban que las cosas vinieran hacia ellos—oh no, ellos iban y conseguían lo que deseaban. Hombres como Alejandro el Grande no permitían circunstancias y que otras personas lo disuadieran de sus metas.

Pero él había tratado de conquistar a Lorelei...enviando flores...y últimamente, aquellas endemoniadas hojas de menta. Y todavía ni una palabra de ella. ¿Podía alguien enamorarse con todo esto? Podía ser que su amor no requiriera que sus sentimientos fueran mutuos—simplemente teniéndola para la sería suficiente.

Si, podría ser que fuera el juego que lo condujera hacia Lorelei y dejara de lado su furia hacia Chastain.

No era como si esto fuera a suceder, sino que el final del juego era lo que le interesaba.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

“Entre,” él dijo.

La puerta se abrió revelando a la Sra. Bee, sus brazos llenos de camisas frescas recién lavadas.

“¡Por Dios! Me estoy bañando.”

“Nada que yo no haya visto desde su nacimiento.” La Sra. Bee continuó con sus tareas, saliendo de la habitación principal hacia el vestidor. “Estoy segura que la visión de usted no me quemara mis ojos.”

La mujer se tomaba mas libertades que la mayoría de los hombres permitirían. “¿No es esa la tarea de mi ayudante de cámara?” él preguntó cuando ella continuaba trabajando. Por el ruido de las cosas, ella estaba colgando sus camisas y limpiando sus botas.

“Lo supongo,” ella finalmente contestó. “Pero necesitaba verlo por mi misma. Usted ha desaparecido por muchos días—estaba preocupada.”

“Sabes mucho mas que preocuparte de mi paradero.”

“Oh, usted sabe que yo sé mas, aun,” ella se rio ahogadamente, “cuando mandaron notas esperando que estuviera en la casa varias veces este día yo estaba un poco curiosa.”

“¿Quien mandó nota?” él preguntó, conociendo la respuesta.

“La nota no estaba firmada, pero la escritura parecía femenina.” Ella regresó a la habitación y se inclinó ante el fuego. “Entonces asumí que otra amante lo había pateado de su casa.”

“Sabes que no favorezco o frecuento una amante.”

“Lo sé.”

“Una mujer así no es suficiente para mí,” él dijo bajo su respiración, esperando que el oído de la Sra. Bee estuviera entrenado o algo así. “¿Le importaría darme un poco de privacidad? Mi baño está completo, y el agua se está poniendo un poco fría.”

“¿Privacidad?” ella preguntó. “Usted se despertó en un pasaje sucio, lleno de basura y en un sopor etílico...”

“¿Como sabe eso?”

“No soy ignorante, Andrew,” ella dijo. “Yo mandé un lacayo para seguir al hombre que trajo las notas. Ellos pasaron por donde lo tiraron.”

“¿Como se veía él?” No podía estar deseando sacar su ira contra Sasha, pero al hombre que lo había arrojado en un callejón—blanco fácil para ser robado o, peor aun, asesinado—tenía algunas preguntas que hacerle. “¿Alto? ¿Cabello oscuro? ¿Hombros amplios?”

La Sra. Bee se enderezó de donde estaba inclinada para avivar el fuego y regreso para enfrentarlo. “Oh, eso suena como un hombre elegante.”

Andrew inmediatamente movió sus manos para cubrir su virilidad donde permanecía flácida bajo el agua—agua que en realidad no estaba tan fría como había dicho. “¿No estoy bromeando con este tema!”

“Y tampoco yo, su señoría.” La Sra. Bee dejó la habitación sin otra palabra, golpeando la puerta detrás de ella. El sonido sólido y la fuerza de la acción causó que los paneles de las ventanas temblaran a su paso.

Era mejor no cruzar a su mayordomo, aun si no podía evitar el griterío detrás de ella, “¿Por qué mis sirvientes no me cuidan?”

Con esfuerzo, el arrastró su doloroso y cansado cuerpo del agua, listo para unas pocas horas de descanso.

Capítulo Diecinueve

Lorelei hamacaba amablemente al bebé precioso, envuelto en una mantilla de lana gruesa para guarecerlo del frío de la noche. Sus miedos al parto, y subsecuente cuidado del recién nacido, habían sido infundados mientras los días habían pasado desde el nacimiento del pequeño Peter. Entre la Sra. Dutton y una comadrona local, su bebé había venido a este caótico mundo con decidida alegría.

Mientras caminaba ida y vuelta hacia la guardería infantil, él hacía sonidos de arrullo en su intento de pelearle al sueño. Lo cual la satisfacía a Lorelei muchísimo. Estos escasos momentos de verdadera paz era difícil que existieran y ella temía que el final se acercara. Era tiempo que su responsabilidad con su país se resumiera a la prioridad en su vida. Había apreciado la semana de recuperación después del nacimiento de Peter cuando la Sra. Dutton había insistido, tan obstinadamente, que ella permaneciera en cama y le permitió a ella y a otro personal de la casa que manejaran las cosas. El pensamiento de los días sin fin y las noches pasadas en retiro en su habitación con solo el pequeño Peter por compañía le hubieran causado locura solamente meses antes, pero el tiempo había pasado con una velocidad que ella no estaba acostumbrada.

Mientras yacía acostada, amamantando, cuidando, y afianzándose con Peter, Lorelei había esperado la llegada de su marido—lo temía, en realidad. Una nota había sido enviada inmediatamente a Lord Chastain cuando ella había sido llevada a la cama de parto y la matrona había sido llamada.

Aun, él no había venido.

Lorelei estaba feliz de aplazar su reunión por un tiempo más.

El día pronto llegaría cuando ella y Peter viajaran a Londres para su bautismo en la Iglesia de St. George, cuando Lord Chastain presentaría a su heredero en sociedad.

Por ahora, ella estaba contenta de tener a su querido muchacho para ella. Lorelei bloqueaba el futuro, no deseaba explicar largamente lo que vendría después que ella completara su comisión. Las preguntas habían circulado en su mente desde que ella se había dado cuenta que estaba embarazada. ¿Le permitirían quedarse en Inglaterra? ¿Sería suficientemente afortunada para

criar a su niño ella misma? ¿Llegaría el día cuando ella tuviera que abandonarlo o—aun peor—regalarlo?

No, ella no lo permitiría.

No podía permitirlo.

Ella preferiría dárselo a otro—o perecer—que permitirle a alguien que lo dañara.

La aptitud de Chastain como padre aun la fastidiaba.

El hombre aun no se había molestado para venir a conocer a su hijo y heredero.

Pero ella había encontrado consuelo y seguridad en la presencia de la Sra. Dutton, sabiendo que la mujer quería a Peter tanto como ella. Si algo le sucediera a Lorelei, la Sra. Dutton estaría allí para cuidado de su niño.

Finalmente, Peter detuvo sus quejidos y se relajó en sus brazos...el sueño no estaba lejos ahora.

Lorelei se sentó en una silla mecedora que la Sra. Dutton había encontrado en el ático del viejo palacete. La adorable mujer la había tenido limpia y pulida, lista para la llegada de Peter. Ahora permanecía delante de la chimenea en su habitación, perfecta para estos momentos tranquilos.

Amablemente, ella se hamacaba ida y vuelta mientras Peter la miraba. Su amor por él crecía diariamente, sino lo hacía por hora. Ella se imaginaba como sus padres se habían permitido criarla en la vida difícil que había vivido. Lorelei no podía pensar en nada más sino en mantener a su hijo seguro y protegido, aun si esto significaba sacar al conde y la condesa de sus vidas.

Peter incrementó su última gran resistencia antes de caer profundamente dormido, agarrando la bolsa de papel que había estado cerca a mano desde la llegada de Lorelei al campo.

Garabateado en la parte exterior solo decía, ‘Hojas de menta—para ser usado por mujeres embarazadas.’ Ella sonreía cada vez que veía la bolsa, una parte de ella deseando que el último año de su vida hubiera sido diferente, pero sabía que dejar a Andrew detrás había sido la más sabia decisión—aun si no había sido hecha por elección.

Cuando la Sra. Dutton se había presentado con el regalo del marques, Lorelei estaba indecisa de usar las hojas, deseando guardarlas, atesorarlas, pero la niñera no paraba de hablar acerca de su utilidad. De mala gana, Lorelei había comenzado a tener su té de la mañana con menta y, tan infaliblemente como la mujer había dicho, sus vómitos se retiraron, para ser remplazados por un saludable carmesí y apetito en aumento.

Lorelei peleaba con la urgencia a diario de escribirle a Andrew y agradecerle por su amabilidad, pero no podía involucrarse con él una vez más. No se merecía la consideración que él le había mostrado. Con la distancia y el tiempo, lo olvidaría, y sus sentimientos disminuirían con certeza como sus vómitos lo habían hecho. Lo recordaría como un alma amable...y siempre apreciaría el recuerdo de su primer—y único—baile, y el beso que nunca sería olvidado.

La vida, ni fácil ni justa, podía ser manejable si ella no se permitía explayarse en lo que podría haber sido.

Suspiró. Eran todas mentiras, porque sabía que nunca sería capaz de olvidarlo.

“Ah, señora.” El murmullo de la Sra. Dutton la sobresaltó y ella empujó a Peter. Afortunadamente, el permaneció dormido, aun aferrándose ávidamente a la bolsa. “Él es una persona que duerme bien. Usted es muy afortunada.”

“Si, lo es.” Lorelei se puso de pie y se movió hacia la cuna que había sido trasladada cerca de la cama. Era difícil para ella estar alejada del niño por mucho tiempo. “¿Ha visto algún niño tan pacífico como él?”

La Sra. Dutton se inclinó sobre la cuna y corrió sus dedos por la mejilla del recién nacido. “Ninguno, señora. La cría de mi hermana todos lloran, cada uno y todos juntos.”

“¿En que puedo ayudarla?” Lorelei preguntó. Ella había enviado a la mujer a descansar una hora atrás, sus deberes del día completos.

“Tiene una visita. Vñe a decirle, puedo decirle que se vaya, o puedo cuidar el bebé hasta que usted regrese.”

El temor la invadió. ¿Finalmente Chastain había venido a conocer a su hijo? Pero no, el señor del palacio hubiera venido directamente a su habitación sin necesidad de anunciarse.

Viendo que su pánico se volvía confusión, la Sra. Dutton continuó. “Él no dio su nombre, pero su acento es extraño. Puedo pedirle que se vaya, puedo decirle que regrese mañana.”

De Pez—ella estaba segura de esto. “No, lo veré a él. Por favor, muéstrele la sala de estar.”

“¿Está segura, señora?” ella preguntó muy nerviosa.

“Por supuesto,” Lorelei apaciguó el recelo de la mujer. “Probablemente es el amigo de mi padre.” A pesar de eso, ella no estaba segura porque había viajado todo este camino cuando sus padres residían en Londres.

¿Habían sido dañados? Podía ser por qué no habían escrito ni la habían visitado. Apisono su sentimiento de temor sobre el arribo inesperado. Ellos estaban del mismo lado, después de todo.

La Sra. Dutton se precipitó de la habitación, dejando la puerta abierta detrás de ella.

Lorelei lo miró por última vez a Peter antes de deslizar sus brazos dentro de su pesada bata.

A De Pez no le gustaría que lo dejen esperando, especialmente después de viajar por días.

Cuando ella llegó al salón, encontró a De Pez de pie delante del fuego, absorbiendo el calor después de su largo viaje. Desde este ángulo, el francés parecía casi inofensivo—solo otro caballero, completamente en su lugar. Pero ella no era tonta como para apoyar ese absurdo. De Pez era un hombre cruel, incapaz de compasión y falta de decencia en sus días. Su postura tranquila no era nada lo que parecía. Su saco hecho a medida escondía un cuerpo tonificado por años de actividad atlética.

Sus pies en pantuflas no hicieron sonido cuando entro en la habitación y se movió al fuego ante el frío de la noche que penetraba su salto de cama.

Aunque ella estaba silenciosa como un ratón, su movimiento siquiera agitaba una brisa, ella supo al instante que De Pez tomó consciencia de su presencia. Su postura relajada desapareció y sus hombros se agarrotaron. El asumió la postura de un guerrero—listo para la batalla.

Eso no presagió nada bueno para ella.

“Otra visita inesperada.” Lorelei intentó ganar la partida. “Espero que su viaje lo haya entregado con seguridad aquí.”

“Lady Chastain.” Él no giró del fuego cuando habló. “Escuché de la llegada de su hijo y deseaba ofrecer mis felicitaciones—y la de nuestro nuevo líder—sobre este dichoso acontecimiento.”

¿Dichoso acontecimiento para quien, ella pensó? “Eso es amable de su parte, pero podría haber enviado una nota.” Además, tanto como ella sabía, Chastain no había anunciado el nacimiento de Peter. Realmente, la mayoría no se había dado cuenta que la actual Duquesa Chastain estaba embarazada.

“Vamos, usted conoce mis preferencias, no soy mucho de pluma y pergamino, sino que prefiero un toque mas personal.” El dejó que sus palabras penetraran antes de continuar. “Es mucho mas impactante un mensaje entregado en mano, como lo opuesto a negro sobre blanco.”

Nuevamente con su apenas disimuladas amenazas. “Estoy segura que el conde y la condesa hubieran transmitido la importancia de su mensaje sin que se molestara usted mismo con un viaje tedioso hasta aquí.”

Finalmente el hombre giró para enfrentarla, una sonrisa despreciativa cubriendo su cara. “Oh, pero yo deseaba saludar a nuestro nuevo Lord Chastain personalmente.”

El hombre estaba adelantándose, y eso preocupaba a Lorelei. “El actual Lord Chastain está muy vivo, y temo que mi hijo está durmiendo profundamente en su cuna en este momento.”

“Podría ser la próxima visita.” De Pez miró su apariencia de la cabeza hasta los pies y entonces encontró sus ojos en la tenue luz del salón. “Usted se ve exquisita como siempre. El parto y la maternidad realmente le sientan bien.”

Lorelei sintió que él estaba tomando nota de su continua utilidad hacia la corona y no los cambios que ella había experimentado recientemente. “Es para lo que nosotras las mujeres modestamente estamos destinadas, ¿no estoy en lo cierto?” ella preguntó.

“Si usted lo dice, entonces debe ser verdad.”

Lorelei inclinó su cabeza e hizo gestos hacia las sillas que estaban a pocos pies del fuego. “¿Le gustaría tomar asiento? Las tareas de la maternidad son exhaustivas, y me encuentro casi muerta sobre mis pies a esta hora de la noche.”

Ella tenía la esperanza que el rechazara la oferta en favor de darle su mensaje y continuar su camino, pero el hombre estaba lleno de sorpresas esta noche. Demasiado tarde, Lorelei se dio cuenta que estaba sola en el salón, la Sra. Dutton había permanecido en el piso de arriba fuera de distancia para escucharla.

“Gracias, Lady Chastain.” Él tomó el asiento más cercano a él y también más cerca del fuego.

Bajo su escrutinio, Lorelei pensaba acerca de su propia apariencia. Vestida con una bata simple sobre un vestido viejo que podía ser para una sirvienta que lavara pisos, no se veía para nada como la duquesa que era ahora—o la espía que siempre había sido. No se había puesto un vestido apropiado desde su llegada al campo, y ciertamente dudaba que los viejos le quedaran después del nacimiento de Peter.

“Por favor, dígame lo que vino a decir y vuelva a su camino.” Con sus padres y esposo fuera de la residencia, eso le permitía a Lorelei dirigirse al

punto sin temer que alguien escuchara su conversación. Chastain no había enviado el personal completo para atenderla a ella y al bebé; eran solamente la Sra. Dutton y unas pocas sirvientas para cocinar y limpiar para ellas. “No tengo toda la noche, y estoy segura que está apurado para encontrar un camino apropiado para su regreso a Londres.”

“Yo ya he tomado residencia en una taberna no lejos de aquí,” él dijo. “Usted puede resplandecer con su maternidad, pero ciertamente está falta de modales. Iré directamente al punto de mi visita.”

“Por favor hágalo.”

“El conde y la condesa han estado evitando mis visitas a su casa de ciudad.”

“¿Y que tiene que ver eso conmigo?” ella sabía exactamente lo que tenía que ver con ella, pero quizás ella podía jugar a ser ignorante lo suficiente para ponerlo fuera de su casa—y lejos de su niño. “No he escuchado de ellos desde mi arribo aquí.”

“Bonaparte ha derrocado al Directorio e hizo su hazaña como el nuevo líder de Francia—pero él espera los planos, debe algo estar errado. ¿Todos ustedes han olvidado sus responsabilidades?”

“Por supuesto que no,” ella siseó. Además de Peter, no había otra cosa en la que ella pensara. “He buscado en esta casa de arriba a abajo—dos veces, y no he encontrado nada. Los planos no están aquí.”

Él juntó sus dedos delante de él. “¿Entonces porque está aun aquí?”

Evitándolo a usted, ella deseaba gritar, pero en vez de eso, ella mantuvo su voz calma. “Mi hijo es muy pequeño para viajar, pero pronto tendremos la aprobación de la matrona para regresar a Londres, donde yo reactivaré mi búsqueda.”

“¿No tiene una niñera?”

“Por supuesto.”

“Entonces usted puede partir conmigo ahora.” Él se puso de pie, como si todo estuviera establecido. “Podemos decirle al duque que su amable tío vino a conocer al nuevo lord y pidió que lo acompañara de regreso a la ciudad. Su sirvienta puede seguirnos con el niño tan pronto como sea posible.”

“Peter.”

“¿Perdón?”

“Peter—su nombre es Peter.” Por alguna razón, De Pez refiriéndose a su hijo como ‘el niño’ la molestaba enormemente. Peter no era un bien para ser

usado en cualquier momento que el estimara. Él era un bebé—su bebé. Y realmente ella no lo dejaría atrás, malditas sean sus responsabilidades.

“Eso es de poca importancia para mi. Ahora, por favor descanse. Regresaré por usted en la mañana.”

Lorelei se retorció bajo su brillo intenso. La audacia del hombre. “Mi esposo me mandó una nota que él nos recogerá a Peter y a mi dentro de la semana y regresaremos a Londres para el anuncio del nacimiento de nuestro hijo.” Era una mentira que temía que De Pez descubriera. “Esperaré su llegada y viajaré con él.”

“No quisiera que el sospeche de cualquiera de nosotros.” Ella supo que ya lo tenía cuando él suspiró. “Por supuesto. Su belleza no es el único atributo para ser admirado.”

“Entonces usted debe irse.” Lorelei se puso de pie para guiarlo a la puerta. “Antes que cualquiera de los otros sirvientes lo vea.”

Con gran resistencia, él le permitió a Lorelei mostrarle la puerta. Afuera, su corcel vagaba sin haber sido atendido, masticando el cerco de protección de la línea del camino. El hombre se columpio hacia su silla de montar con la facilidad de un hombre de la mitad de su tamaño y edad. Aun antes que sus pies llegaran a los estribos, puso el animal en marcha y se encaminó bajando por el camino para conducir hacia la senda más lejana—y fuera de la vida de Lorelei, por el momento.

Lorelei observó hasta que su figura en retirada estuvo fuera de vista antes de ponerse en acción.

“Sra. Dutton,” ella llamó hacia el vestíbulo vacío. “¡Sra. Dutton!”

Ella corrió hacia la escalera, sabiendo que la mujer no podía escucharla si ella estaba al lado de Peter. Tomando los escalones de dos a la vez y manteniendo el frente de su bata cerrada, los pasos de Lorelei hacían eco en los pasillos desiertos.

La niñera apareció en el pasillo cuando salía de los aposentos de Lorelei.

“Por Dios, señora.” La Sra. Dutton se detuvo en frente de Lorelei, su respiración acelerada. “¿Que es toda esa conmoción?”

Lorelei estaba tan falta de aire como la Sra. Dutton por su carrera por las escaleras. “Prepare las cosas de Peter para partir.”

La niñera miró como si su ama se hubiera vuelto loca. “¿Perdón?”

“Ahora,” Lorelei dijo. “...y rápido. Debemos partir para Londres a rienda suelta.” Sin esperar por una respuesta, ella volvió a bajar las escaleras para llamar al carruaje. Ellos debían llegar a la casa de Chastain bajo la cubierta

de la noche o se desparramaría su llegada. Necesitaba estar un paso delante de De Pez.

Solo necesitaba una mirada más alrededor de la casa de campo antes de tomar decisiones importantes para ella y su niño. Las consecuencias por fallar en completar su misión serian caras, y probablemente incluirían su vida—y la de su niño.

Si no localizaba los planos, entonces seria necesario ir a algún lugar donde nadie los encontrara.

Ni De Pez.

Ni aun sus padres.

Su mano vacilo sobre la balaustrada y se deslizó unos pocos escalones antes de recuperar su balance.

Si su búsqueda continuaba sin conseguir resultados, ella estaría forzada a explicarle todo a su marido. Decirle sus motivos detrás del casamiento.

Y pedir por su misericordia—y protección.

Chastain buscaría mantener a su hijo a salvo, aun si le negaba a ella su perdón. Pero cruzaría ese puente cuando llegara el momento.

Le llevaría una hora alistar el carruaje para el viaje. Seria bueno que usara el tiempo sabiamente. Con las preparaciones de Peter en las manos de la Sra. Dutton, Lorelei corrió al estudio de Chastain para una última búsqueda. La probabilidad de que regresara al palacete de campo era ínfima, así que empujo libros de los estantes, vació cajones en búsqueda de una llave al azar, y levantó cuadros de donde colgaban. No había áreas escondidas para ser encontradas, ni llaves o papeles pertinentes al paradero de los planos de Carcassonne. Justo como cada vez que ella había mirado previamente. O Chastain era un maldito buen escondedor o no tenia ni idea del sórdido pasado de su familia en Francia. Sus tripas le decían a ella que era lo último.

¿Porque habían estado sus padres evitando a De Pez? Ellos sabían que necesitaba tiempo—tiempo para buscar, como también tiempo para curar. Esto no tenia sentido. Era como si el conde estuviera trabajando en contra de ella. Era posible que hubieran decidido distanciarse en caso de que ella fallara, en orden de minimizar las repercusiones para ellos mismos—aunque era difícil, bordeando lo imposible—para Lorelei creer que su madre le permitiría al conde traicionarla de tal manera.

Ella precipito una última mirada alrededor de los aposentos de su marido, casi sabiendo que resultaría inútil, antes que la Sra. Dutton se uniera a ella.

En el pasillo, la Sra. Dutton sostenía con cuidado a un dormido Peter, aun envuelto en mantillas de lana gruesa, contra sus senos de gran tamaño. “Me dijo que la llamara cuando todo estuviera listo.”

“Gracias.” Lorelei tomó a Peter de los brazos de la mujer, sorprendida que él hubiera dormido tan profundamente a pesar del empaque apresurado y los gritos de su niñera. “Vamos a ponernos en camino.”

El viaje largo en carruaje le daría a Lorelei tiempo para hablar con la Sra. Dutton, confiar en la mujer. Por primera vez que ella podía recordar, Lorelei necesitaba un amigo. La pura realidad que Lorelei posiblemente no tuviera aliados esperando su llegada a Londres la asustaba más allá de las palabras. Ella nunca se había sentido realmente sola y sin apoyo, aunque la carrera a la que su familia la había forzado a entrar era una profesión solitaria básicamente.

Lorelei no aceptaría ni la pérdida de Peter ni la de su vida, sin embargo mientras que Peter estuviera seguro, su propia vida clasificaba mas abajo en su lista de prioridades.

Y ella temía que la única esperanza de la seguridad continua de su hijo y su felicidad dependiera de una mujer que ella no había conocido lo suficiente todavía.

Después que ellas se habían acomodado y Peter estaba siendo amamantado en su pecho, Lorelei comenzó su historia: una de tierras lejanas, tráfico nocturno, y de vidas rotas destinadas al fracaso...y sus planes por corregir todas las cosas.

Capítulo Veinte

El incesante ruido había comenzado casi una hora atrás. Implacable, un continuo martilleo sobre la puerta de la casa.

Al principio, Andrew pensó porque ningún sirviente contestaba y enviaba a cualquiera que encontrara en su camino. Pero entonces recordó que le había dado al personal la noche completa libre así no serían testigos de su ira, la cual frecuentemente se tornaba violenta a medida que la noche progresaba.

Hoy, casi cinco meses después de que la había visto por última vez, había leído en el periódico sólo una semana atrás que Lady Chastain había traído al mundo un robusto y saludable niño. El joven había sido nombrado Peter Davis, preparado para ser el próximo Lord Chastain. Él leyó acerca de la ceremonia planificada en la Iglesia St. George para presentar al niño a los miembros de la alta sociedad.

Chastain tenía su heredero.

Desde ese día, Andrew solo había logrado vivir en un estado perpetuo de alcoholismo, incapaz de despojarse de la melancolía.

La Sra. Bee no había tratado de hacerlo entrar en razón por semanas, en vez de eso lo perseguía ordenando el descalabro que él ocasionaba. Ella era una mujer imaginativa, y probablemente había descubierto la causa de sus humores. Esta noche, gustosamente lo había ayudado a guiar a los sirvientes fuera de la casa cuando él había avanzado a los gritos por la galería principal diciendo que todos partieran inmediatamente.

Ahora, él se sentaba al lado de un fuego patético que trataba de atizar—fallando miserablemente—y escuchaba el golpe en la puerta de frente que hacía eco por la casa vacía.

“¡Mierda!” él apoyó ruidosamente su vaso sobre la mesa, el líquido ámbar se desparramó a su lado y sobre su mano. “Ya voy.”

Sus botas golpeaban sobre el piso pulido.

Los golpes no cesaron mientras él se acercaba, ni los estruendos en su cabeza lo hacían. Se levantaba cada mañana aun sintiendo los efectos de su borrachera de la noche anterior. Había dejado de salir después del primer mes, ya que no era más bienvenido en White's o en Gentleman Jack's. Se había convertido en un recluso—ni siquiera atreviéndose a asistir a encuentros

sociales por temor de ver a Lorelei y quebrarse...o peor, encontrar a Chastain y golpearlo hasta su muerte.

Andrew respiró profundamente antes de agarrar el picaporte.

Empujando la pesada puerta el enfrentó a una joven muchacha, levemente familiar, aunque no podía ubicarla. ¿Había trabajado como sirvienta en su casa? Seguramente no, o ella sabría que nunca debía golpear en la puerta de frente del lord. Quizás ella era de cuna noble y habían bailado en algún baile o compartido una bebida en un banquete.

“¿Puedo ayudarla?” la ironía fue aparente aun para la muchacha cuando se sobresalto y permaneció quieta. “¿Bueno? No tengo toda la noche...”

El entendió su mirada: cara atractiva, cabello rojo limpio escondido bajo una gorra fea, y una capa larga. En sus manos ella agarraba ávidamente una pequeña valija, sus nudillos blancos.

“No tengo toda la noche.”

“Siento mucho molestarlo, su señoría.” Se detuvo, poniendo firme sus hombros. “Vengo de lo de Madame Sasha.”

“¿Si...?” el no había visitado Craven House desde que los hombres de confianza de Sasha lo habían tirado en aquel zaguán.

“Ella me envió para informarle de mi condición.” Sus palabras eran casi como un susurro.

“¿Y cual es su condición para que me importe a mí?” Él no podía sondear la estratagema que Sasha estaba armando. Probablemente estaba tratando de recuperar su dinero. “Diga su parte y póngase en camino. ¿Que mensaje tiene Sasha para mí? Ella fue clara como el cristal no soy bienvenida en Craven House.”

La muchacha bajó su bolso y desabrochó su capa.

Había pasado algún tiempo desde que había mirado la desnudez de una mujer, y nunca su parte delantera. “Si su plan es seducirme, debe desear entrar donde esta mas caluroso.”

El terror se apoderó de la cara de la muchacha y sus ojos se ensancharon conmocionados mientras empujaba a un lado los pliegues de su capa para revelar una panza redondeada, la causa inconfundible. “No...”

“Esto no puede ser.” Él no estaba seguro si había dicho esto en voz alta o solo en su cabeza.

“Puede ser,” ella le aseguró. “Al principio no pensé que fuera posible. Durante mi tiempo aquí, usted estaba peligrosamente borracho y casi incapaz de mantenerse en pie.”

“¿Cuándo?”

“Casi ocho meses atrás.”

Las fechas coincidían. En aquellos días él se la paso encerrado en sus aposentos, Sasha enviando un aluvión de mujeres para satisfacer sus necesidades, alejar sus sentidos de las noticias del matrimonio de Lorelei con Chastain.

“Temo que no viviré después del parto. Dígame que se hará cargo de nuestro hijo,” ella suplicó. “Madame Sasha me ha propuesto no regresar hasta después que el niño nazca.”

“¿Y que?” él preguntó. “¿Usted espera que yo—un maldito marques—le de la bienvenida en mi hogar? ¿Quizás que la establezca en mi dormitorio adjunto todo porque—una puta—reclama estar embarazada de mi hijo?”

“No, yo—”

“Bueno, usted ha subestimado severamente mi compasión por otros seres.”

“Sólo pensé—”

“No, obviamente usted no estaba pensando del todo,” se enfureció, “cuando usted vino a mi casa, golpeó ruidosamente en mi puerta, y espero encontrar un santuario en mi hogar.”

“¿Que espera que yo haga?” ella preguntó. “¿Que yo tenga su hijo en las calles? Probablemente ambos falleceremos en estas condiciones.”

“¿Piensa que usted es la primera en llegar al marco de mi puerta expresando su amor, y reclamando que esta embarazada de mi hijo? Usted no lo es.”

“Yo nunca dije que lo amo,” la muchacha dijo.

“Sea como sea, partirá y nunca regresará.” Justo como otra mujer, Pearl, lo había hecho años atrás. “Se olvidará de mi, y lo nombrará a su hijo como el bastardo que será.”

“Usted es un hombre cruel y sin corazón,” ella gritó.

“Nunca me he presentado como otra cosa.” Excepto para Lorelei... por Lorelei, él hubiera dado todo. Él le hubiera dado a su hijo su título y todo lo que venía con eso: un nombre, propiedades, y riqueza además de cualquier cosa que pudiera desear. “Ahora váyase.”

Ella rápidamente volvió a abrochar su capa y tomó su valija en su mano. “Si no sobrevivo, le enviare la criatura.” Ella arrojó las palabras sobre su hombro mientras bajaba los escalones.

“No, no lo hará. Lo arrojare con la basura si lo hace.” Él golpeó la puerta para agregar amenaza a sus palabras.

Necesitaba un trago—uno fuerte, beber sin fin.

Apoyó su frente contra el frío de la puerta mientras escuchaba los suaves sollozos de la muchacha afuera. Cuando estos se alejaron, él supo que ella había tomado sus cosas y había partido.

Andrew deseaba abrir la puerta y gritarle que sería un padre horrible; que eludiría sus responsabilidades todo el tiempo—mayormente que ella, y su bebé, merecían algo mejor de lo que él podía darles. Los chicos debían crecer en hogares felices, y Andrew sabía sin duda alguna que este hogar no era uno feliz. Su niño estaría mejor con un padre quien lo amara que un padre con tendencia a beber y ataques de furia.

Realmente, era el quien no merecía al niño, no al revés.

Girando desde la puerta, el ubico a la Sra. Bee en las sombras. ¿Qué está haciendo aquí?”

Ella se adelantó desde su lugar a uno iluminado por las velas del vestíbulo. “Usted sabe que no tengo ningún lugar donde ir. Este es mi hogar.” Ella se encogió de hombros y dejó que sus brazos cayeran a sus costados. “Lo cual es por lo que me preocupo por usted también.”

“¿Preocuparse por mí?” sus palabras no tenían sentido para él. Él era un marques, y dudosamente un hombre muy poderoso—si él eligiera sostener ese poder. El nunca había deseado por otra cosa en su vida.

Ella sonrió, los dulces labios doblados hacia arriba le recordaban tan cariñosamente a los de su juventud. “Si. Usted fue siempre un muchacho afectivo, y después que sus padres—Dios tenga sus almas en la Gloria—dejaron este mundo, me preocupaba que usted cayera con la gente equivocada.”

“¿Benji?” él pregunto. “Hemos sido amigos desde que estábamos en calzones cortos.”

“Ya lo sé.” Ella se movió hacia él, como para hacerle entender. “Ustedes dos se han estado metiendo en muchos problemas desde entonces, también. Pero ahora veo que él era una distracción y quizás una buena. Desearía saber ¿que lo ha perturbado tanto últimamente? ¿Y ahora esto? Un niño, ¿posiblemente suyo? Reconocí a la muchacha, si usted quiere saberlo.” Bee apoyo su mano sobre su brazo, donde él la tenía cruzada muy fuerte sobre su pecho. “Era una de las que arrojé afuera aquel día.”

“Eso no tiene relación con asegurar que el chico me pertenece,” él dijo a la defensiva.

“¿Puedo confiarle algo?”

“¿Que? ¿Alguna vez usted trajo al mundo una criatura fuera del matrimonio —quizá lo entrego y se arrepiente cada uno de sus días? Yo no soy de sentir culpa para tomar responsabilidad, especialmente cuando la mujer es una prostituta.”

La Sra. Bee sacudió su cabeza, y Andrew sintió una necesidad abrumadora de no defraudar a la mujer delante de él. “Yo deseo que mi querido, difunto Eugene hubiera vivido lo suficiente para que tuviéramos un hijo—”

“Me arrepiento de mi arrebato.” Y lo estaba. Ella no había hecho nada sino cuidar de él desde que era joven, continuando en su edad adulta, y ahora le pagaba con palabras severas. “Mi comentario fue insensible y fuera de lugar.”

“No se preocupe, en absoluto. Eso fue mucho tiempo atrás.” ella apretó su brazo en consuelo. “Vera, lo que tengo que decir no es sobre mi, sino sobre usted.”

Andrew deseaba escapar de la conversación; sus tripas le dijeron que lo que le haría conocer cambiaría algo—posiblemente su existencia entera.

“No se agobie, porque esto nunca ha sido un secreto, ni ganó impulso como escándalo.” Ella sonrió, como si recordara un largo tiempo atrás. “Su madre se embarazó—de usted—antes que ella y su padre se hubieran casado.”

“Pero mi madre no obtuvo empleo vendiendo su cuerpo.”

“No, eso es verdad, no lo hacía.”

“Y mi padre estaba claramente enamorado de ella.”

“Posiblemente.”

“¡No hay posibilidad con esto!” su ira regresó. ¿Como se atrevía cualquiera—aun Bee—a cuestionar el amor que sus padres compartían? “Yo crecí con solo historias de su temprana relación. Como se habían conocido desde antes de dejar el salón escolar.”

“Venga siéntese, Andrew.” Ella avanzó en su estudio y se sentó delante del fuego. Mantuvo sus ojos fuera del desastre que él había creado en la habitación, y él estuvo agradecido por esto. “Vea, sus padres pueden haberse conocido uno al otro—puede ser que tuvieran afecto el uno por el otro—pero ellos nunca tuvieron la intención de estar juntos. Fue asunto de ellos hacerse cargo de la situación con sus propias manos.”

“¿Porque no podían estar juntos?” él se sentía como un bebé que regresaba a la guardería, escuchando cuentos de hadas de heroicos caballeros y mujeres de gran belleza.

Ella se sentó de brazos cruzados en su asiento. “Vea, su madre era una mujer de enorme riqueza, mientras que la familia de su padre—aunque tuviera título—tenía los cofres vacíos. Su abuelo, después de descubrir que su hija estaba embarazada de un hijo del Marqués de Drake, acordaron casarse con una condición.”

Andrew trató de entibiar su interés en el sórdido cuento de sus padres, pero falló miserablemente. “¿Que?” el forzó su cerebro, tratando recordar cualquier conversación sobre condiciones entre sus padres.

“Su abuelo solamente permitiría que se casaran si su madre controlaba los cofres.”

“No—eso simplemente no se determinó, particularmente en su tiempo.”

“Pero su padre estuvo de acuerdo con la condición...y mas.”

“¿Porque?”

“Por amor...y auto preservación.”

“Eso es absurdo.”

“Puede ser,” ella susurró. “Pero el marqués se enfrentaba no solamente a perder la mujer que quería profundamente y su propia sangre, sino que también enfrentaba un futuro que podría haber incluido prisión por deudor. Yo pienso, que al final, la elección era fácil.”

Él tenía que saber. “¿Con que mas estuvo de acuerdo?”

“Ah, eso es una cosa divertida.” Una sonrisa de satisfacción cruzó su cara. “Estoy segura que su abogado puede atestiguar esto, pero fue escrito que si no había un heredero varón, entonces una mujer podría hacerse cargo de las cosas del marqués. Afortunadamente, eso nunca llegó a ser, pero su abuelo se aseguro que se estableciera ante el Rey George III para que lo aprobara y la clausula del heredero o heredera fuera instalada.”

“No tenía idea,” él dijo, atónito.

“No había razón para que la tuviera,” ella regañó. “Su madre era única hija, como usted. Ya que la clausula nunca tuvo que usarse en toda la vida, estoy segura que ellos raramente pensaron en esto. Pero ahora, usted debe estar en conocimiento. Si no sobreviviera parentesco por el título que existe, entonces un chico—aun uno nacido fuera del matrimonio—puede reclamar la corona por herencia.”

“Eso no es demasiado raro, para hombres que buscan un título con pruebas frágiles de que son de nacimiento noble.” Andrew nunca había planeado tener hijos. Ahora, él se lamentaba de su momentario lapso de buen juicio cuando estaba ilusionado lo suficiente como para pensar que Lorelei era la mujer para

el. Ella no lo era, y él nunca sería un buen padre, no obstante. Él era egoísta y altamente arrogante de cualquier cosa que remotamente pareciera placentero a aquellos que lo rodeaban.

Entre él y Benji, habían admitido este hecho una y otra vez. Si ellos deseaban algo, lo tomaban—independientemente de las consecuencias. Ellos habían hecho eso por años, con cada debutante, mujer casada, o mujer libertina que ellos habían deseado. Cuando por último él se dio cuenta de su error y trató por algo diferente—mejor—falló. Ellos lo habían hecho por más tiempo del que podía recordar, usando los sentimientos de una mujer contra ellos. Lorelei había aceptado sus palabras y entonces lo había dejado de lado al borde del camino en favor de Benji.

Esto solo demostraba que el cambio no siempre es bueno, y uno nunca debía perderse de quien era—y siempre había sido. Él era un hombre quien usaba a la gente cuando era necesario conseguir exactamente lo que deseaba, aunque él siempre había sido abierto y directo acerca de esto, nunca había engañado a nadie.

Entonces, ¿porque no había peleado, mentido, hecho trampas, y robado por la cosa que recientemente más había buscado?

La Sra. Bee había estado callada, permitiéndole digerir la información que ella le había impartido.

Levantando la mirada, se dio cuenta que no había estado en silencio, sino que había partido de su asiento cerca del fuego. La habitación estaba vacía, salvo por él, afianzando lo que siempre había creído: solo podía confiar en el mismo.

Capítulo Veintiuno

“...y este es todo el trabajo de oficina que usted tiene que fue aprobado y firmado por el Rey?”

“Ciertamente, su señoría,” el abogado de Andrew, James Adams, dijo detrás de su modesto escritorio. “Le aseguro que todo está en orden. Yo tenía la impresión que su padre había hablado con usted de este asunto.”

El hombre sonrió orgullosamente, como si estas fueran las noticias que Andrew había deseado escuchar, cuando esto no podía estar mas alejado de la verdad. Él se había encontrado con el hombre rutinariamente, y Adams nunca había visto correcto informarle sobre esto.

“Nunca,” Andrew masculó.

“Mi tío era muy minucioso y diligente en cada cosa que hacia,” Adams explicó. Cuando Andrew se sentó, Adams actuó como el. “Ya ve, este tipo de arreglos no han sido exitosamente consumados durante mi vida, y solamente una vez durante la de mi tío.”

El esquema era absurdo y completamente extraño...y no podía creer que su padre y su abuelo materno hubieran trabajado con un abogado para ver la escritura hecha. El pensamiento de un bastardo acerca de heredar el titulo de un marques—y la posibilidad que se extendiera a las mujeres, también—tenía su cabeza dando vueltas, y no porque el estuviera aun recobrándose de su mas reciente borrachera.

“¿Puedo explicarle alguno de los documentos?” Adams preguntó.

“No, gracias.” Andrew trató de sonar cortes, pero encontraba difícil parecer calmo mientras estaba hirviendo por dentro.

Él volteó página tras página mientras el hombre permanecía en silencio. Ver la firma de su padre y su sello al pie de cada página le dio orgullo, mientras que simultáneamente elevaba su incomodidad.

“Estoy en lo correcto en decirle,” él dijo, “¿si se prueba que una criatura es mía, aunque ningún matrimonio hubiera tomado lugar, la descendencia podría pedir a la corte que heredara el titulo de marques?”

“Eso es exactamente lo que su padre deseaba.” James cerró la carpeta delante de él. “Y el proceso es mucho mas simple si usted acuerda considerar a la persona su heredero.”

Si una palabra de esto se desparramaba a través de Londres, Andrew tendría numerosas mujeres viniendo a reclamar que sus bastardos eran de la sangre de Drake.

“¿Y eso se extiende a la descendencia femenina?”

“Su padre—y abuelo—deseaban cubrir cualquier y todas las contingencias.”

“¿Entonces porque no hacer solamente una porción de fondos disponible para descendencia ilegítima?” Él estaba pensando en voz alta, pero tenía la esperanza de que el hombre pudiera ofrecer cualquier entendimiento. “¿Mejor que el título y todo lo que esto abarca?”

“Su padre, Dios lo tenga en la Gloria, era un hombre con amor—y terco al extremo. Escuché muchas historias, aunque él murió antes de que yo terminara mi educación.” Adams agarró sus manos sobre el escritorio en frente de él y se inclinó levemente hacia adelante. “Si, estoy de acuerdo que los cambios a esta finca están fuera de norma—radicalmente así—pero si, si usted hubiera sido una niña, usted hubiera sido capaz de heredar aun si sus padres no se hubieran casado. Una hazaña certera, diría.”

Mas parecido a una parodia que podía finalmente arriesgar su futuro completo.

Si la mujer quien había venido a él la última noche apremiaba con este asunto y buscaba un abogado en este asunto, entonces mucha indagación no sería requerida para encontrar estas enmiendas. Aunque la probabilidad de una mera ramera buscando ganar financieramente de un hijo ilegítimo era rara, él no deseaba arriesgarse a que se difundieran las noticias.

“Pero si yo impugno la oferta de la legitimidad ¿entonces seré escuchado por la corte?”

La frente del abogado se arrugo por la pregunta. “¿Usted? ¿Usted busca impugnar su propio derecho al título?”

Andrew se dio cuenta que el hombre no tenía la más mínima idea que él estaba en realidad preocupado acerca del reclamo de su hijo—o de una madre hambrienta de dinero adelantándose. Él tenía la repentina necesidad de agradecerle a la Sra. Bee por su confesión abiertamente, viendo como si lo debería haber dicho años atrás...o su propio padre lo debía haber advertido.

“Oh, no. Yo le pregunto por mí y mi descendencia,” él dijo, tratando de poner al hombre en su lugar.

“Muy bien, su señoría.” El abogado se puso de pie. “Yo tengo otra reunión en poco rato. Si usted quiere llevarse los papeles con usted, revíselos, y

nosotros podemos fijar la hora para otro encuentro si no tiene nada más que discutir. Nuevamente, estoy profundamente apenado de haberle notificado sobre la herencia del título.”

El hombre se inclinó sobre su escritorio.

De pronto, Andrew sintió el peso de su puesto—el Marques de Drake. La habitación se cerró alrededor de él.

Necesitaba aire.

Espacio para respirar.

Y... Andrew no tenía ninguna idea de lo que él haría próximamente.

Por primera vez en meses, él deseaba poder llamar a Chastain y hablar de sus problemas. Siempre se podía contar con el hombre para que sugiriera un buen plan—o al menos ofrecer una distracción.

Andrew hizo su camino hacia afuera y miró arriba y abajo de la calle ocupada.

En cuestión de segundos, su chofer estaba en el borde de la acera, listo para entregarlo a él donde lo demandara.

Pero él no estaba de humor para ser conducido a la ciudad, dejado en el club o en la casa.

“¿Su señoría?” su sirviente preguntó cuando él no se movió inmediatamente hacia el carruaje esperándolo.

“Caminaré,” él gritó sobre su hombro mientras comenzaba a bajar por la calle hacia los más ocupados negocios del distrito. “Espéreme aquí. Volveré.” El tiempo estaba calmo, con ninguna nube en el cielo. Una enérgica caminata le vendría bien.

En un momento, estaba silbando una melodía desconocida, y a varias cuadras de la oficina del abogado. Habían pasado meses desde que él se entretuviera incursionando durante las horas del día. Libre de los dolores de cabeza causados por la bebida, él le dio la bienvenida a la luz del sol contra su piel y escuchó pedazos de conversación de los transeúntes que flotaba en su camino.

Andrew asintió a aquellos que lo conocían, pero mantuvo su paso estable para evitar cháchara ociosa. Había buscado compañía durante su último paseo en el parque, pero hoy era diferente. Si, él estaba de un humor agradable a pesar de la conversación con su abogado, y ya se había alejado del placer de encontrar una conversación sin valor fuera del negocio de vestidos de damas.

El sol comenzaba su largo descenso, y la multitud disminuía en la calle mientras muchos buscaban su comida de mediodía. Cuando su estomago se

tambaleó con el pensamiento de comida, decidió volver en la dirección de su coche.

Se detuvo para calcular cuanto en realidad había vagabundeadado. Reconoció una pequeña librería unas pocas puertas más abajo, bordeada por una callejuela angosta y un parque devastado del otro lado. Si él hubiera anticipado su deseo por una caminata, le podría haber pedido a su sirviente que preparara comida para disfrutar en el parque.

Fue entonces cuando el escuchó su voz—una voz que soñó cada noche y escuchó por horas en el día.

#

“...eso no puede ser!” Lorelei gritaba, sin importarle quien la escuchara. “No puedes y no lo harás.”

Su padre recurría a seguirla—arrastrándola como si ella fuera una víctima.

Con su brazo torcido detrás de su espalda, y la cara de su padre muy cerca de la suya, ella no podía escapar. “Suéltame.”

“Te soltaré cuando me des respuestas.”

“Te he dicho todo lo que se.”

“Ambos sabemos que es mentira, Lore.” La convicción en sus ojos la atemorizaba. Era casi como si él hubiera perdido completamente el control de él mismo.

Ella había fallado, una y otra vez. “He buscado en su finca, en su casa de ciudad, y aun en sus establos—sin beneficio. ¿Qué tendré que hacer ahora?” ella se sobresaltó mientras el apretaba su agarre sobre su brazo.

“Es tiempo que tome el control.” El liberó su brazo y la empujó lejos. “Tu falta de fortaleza de animo para hacer lo que se necesita ser hecho.”

“¿Como dices que no he hecho todo lo que estaba a mi alcance para encontrar esos planos?” su padre estaba actuando errático, imprevisible, lo cual estaba en completo contraste con sus maneras habituales.

“Mis planes no son mas de tu incumbencia,” él dijo mientras caminaba por la callejuela angosta. “Regresa a la casa de ciudad de Chastain y empaca tus cosas. Partiremos al anochecer.”

“No puedo solo irme.” Lorelei buscaba cualquier excusa para cambiar los planes de su padre. “No puedo escapar en la noche con Peter. Lord Chastain no me lo permitirá.”

“Entonces déjalo,” el conde dijo encogiéndose de hombros. “Tendrás oportunidad de tener otro hijo.”

Las palabras amenazaron con desgarrar su corazón de su pecho. Eran palabras que un abuelo nunca diría acerca de su nieto.

“Esa no es una opción para mí.”

“¿Has abandonado a tu propia familia?” él acusó. “Si es así, entonces permanece—juega a la duquesa enamorada, pero sabe que nada en tu vida será fácil a partir de este momento.”

“No puedes decirme eso Pere,” ella rogó, caminando hacia él. Ella alcanzó su manga y lo miró a los ojos. Él no podía estar diciendo las cosas dolorosas que dijo.

“Hare lo que me sea requerido,” él gritó. “Como vos, o sufre las consecuencias.” Evitando sus manos, él volvió a entrar a la librería por la que la había seguido a ella y se fue.

Ella no sabía que hacer, donde ir. Ningún lugar era seguro, aunque sabía que mientras la Sra. Dutton tuviera a Peter él estaría bien. Pero la Sra. Dutton no podía protegerla a ella, también. No era correcto pedirle eso a la señora.

Girando en la esquina, ella corrió directamente hacia alguien—o algo.

Los brazos extendidos para estabilizarla.

“Perdón—” sus palabras se cortaron abruptamente cuando sus ojos se encontraron con los suyos. “¿Andrew?”

Rápidamente, ella secó sus lágrimas de su cara y enderezó sus hombros.

“Lorelei.” El la sostuvo con los brazos a lo largo, aceptando la visión de ella.

Se debía ver un desastre, su cara pálida y más delgada de lo que nunca había estado.

Ella aclaró las emociones alojadas en su garganta antes de hablar.

“Andrew, ¿que está haciendo aquí?”

“¿Con quien estaba usted hablando?”

Él miró sobre su hombro mientras ella giraba, pero su padre se había ido, el callejón estaba desierto.

“No estaba hablando con nadie,” ella negó, esperando que él no hubiera escuchado algo de su pelea con el conde. “Yo estaba...estaba justo...dejando el negocio de mi modista.”

“Usted tiene el habito de regresar a la ciudad sin mandarme a decir nada.” El cambio rápido de tema la tomó de sorpresa.

“Recién he regresado, su señoría.” Con una última mirada detrás de ella, ella puso su brazo a través del de él y giró hacia la parte más ocupada de la ciudad. “Aunque, debo confesar que deseaba mandarle una nota,” ella dijo, distrayéndolo de su investigación.

La sonrisa que ella le devolvió cambió de algún modo, aunque por dentro ella no estaba sonriendo para nada. Si ella pudiera mantener sus labios con una sonrisa, entonces quizás el desmoronamiento que ella sentía por dentro se detendría.

“Estoy herido ya que su modista tuvo ocasión de verla antes que yo.”

“Bueno, hubiera sido el peso de lo impropio para mi visitar a un marques cuando no estaba vestida apropiadamente,” ella respondió. Ella mantenía sus ojos en la calle y su voz suave. “Pero estoy segura que Lord Chastain y yo nos deleitaríamos de tenerlo para cenar pronto.” ¿Aunque estuvieran solamente Peter y Chastain en la residencia?

Dentro de poco, el trivial de aquí para allá entre ellos—como si ellos fueran nada más que conocidos encontrándose por segunda vez—se detendría.

Caminaron en silencio.

Ella no deseaba alterar el balance precario que habían establecido.

Quizás ella temía que si su conversación se desviaba para lo mundano, se acercaría a niveles más profundos de lo que no estaba preparada para explorar.

Él se inclinó más cerca y murmuró, “Venga conmigo. Mi coche no está lejos.”

“No debo.” Las palabras salieron como un suspiro. “Por favor, Andrew, vamos.”

Ella deseaba aceptar su oferta, trepar a su carruaje y volar, aunque fuera solamente por una tarde. Aquel podría ser todo el tiempo que le quedara antes de tomar la decisión más importante de su vida.

Podía escapar con sus padres, dejando a Peter al cuidado de la Sra. Dutton, o ir contra los deseos de su padre y enfrentar la cólera de De Pez y del gobierno Francés. Ella estaba segura que no podía arriesgarse a llevar a Peter con ella, porque esto solamente arriesgaría su vida.

Eso dejaba una opción: ella y Peter debían desaparecer juntos. Dejar Londres, a Chastain, al marqués, sus padres, y su país detrás.

Andrew agarró su brazo cuando ella quiso separarse, sus dedos asiendo la piel sobre su muñera. Su agarre se aferró por un breve segundo después que él la liberara.

“Por favor.”

Nadie tendría que haber escuchado el dolor en su simple, sincera suplica. Ninguno de ellos sabría la profundidad por la cual aquella suplica resonaba a través de ella...al menos, tenía la esperanza que así fuera.

Caminaron lado a lado en silencio una vez más, sin tocarse. Ella sentía su respuesta encerrada al lado de ella.

El debía sentir su presencia tan fuertemente como ella la de él.

Ella deseaba entregarse—entregarse a cada cosa que el deseaba de ella.

Su conexión era algo que ella había tratado de negar por mucho tiempo, o al menos apisonarlo a un dolor manejable. Ella había pensado en el, pero era demasiado esperar que él hubiera hecho lo mismo. Ella era la esposa de su mejor amigo. Que lo hubiera conocido a él primero no importaba nada.

Y así ellos caminaron, con ningún destino en mente.

Por primera vez desde que ella había regresado a Londres, Lorelei estaba despreocupada por quien la veía. Una docena de oficiales del gobierno francés podrían estar persiguiéndola ahora y no le importaba. Ellos podían seguir con sus ocupaciones y dejarla sola.

Ella era una duquesa inglesa...y, además, intocable.

Aunque ella sabía bien lo que le había sucedido al último Lord Chastain.

Él dejó de existir.

Por ahora, ella tenía este tiempo, estas pocas horas antes de tomar la decisión que cambiaría tantas vidas—aunque en verdad, ella pensaba si la decisión ya había sido hecha.

Consideraría el pensamiento una vez más cuando ella y Peter estuvieran seguros fuera del camino del peligro. Si eso ocurría alguna vez.

Por el momento, ella estaba protegida cuando caminaba lado a lado con Andrew. No porque el fuera un marques...o influyente...o rico, sino porque el no permitiría que nada le sucediera.

“¿Puedo visitarla?” él preguntó, rompiendo el silencio.

“Usted sabe que sería impropio.”

“Deseo darle mis buenos augurios por el nacimiento de su hijo.”

“¿El hijo de Chastain?” ella preguntó.

“Su hijo, Lorelei.”

“Usted tendrá mucho tiempo para eso cuando se lo presente en sociedad.”

Él no necesitaba saber que aquel día probablemente no llegaría, y si lo hacía, Lorelei no estaría presente.

“¿Usted necesita algo?”

“Usted me envió las hojas de menta.” Ella lo miró por el rabillo de su ojo para evaluar su reacción. “Eso fue muy amable de su parte.”

“Dejó la ciudad tan rápidamente que no tuve tiempo de despedirme.” La tristeza en sus palabras echó raíces en ella.

“Hubiera deseado no haber tenido motivos para partir tan rápidamente, de cualquier modo.” Ella deseaba darle paz, pero temía que solo lo llevaría a creer que había algo—podía siempre haber algo—mas entre ellos. “Pero nosotros ambos sabemos que si yo permaneciera en Londres habría chismerío innecesario si usted continuaba mostrando que me favorecía.”

“¿Entonces usted escapo?”

Lorelei no deseaba contestar la pregunta. Sería fácil acusar de su exilio al campo a Chastain, hacerlo parecer el cruel y sin corazón que en realidad era, pero eso era mentira.

Ella había elegido partir.

Ella había necesitado irse.

Si era para tomar distancia de un futuro en el que le habría sido duro negarse ella misma, o era para tener un espacio para aclarar su mente, buscar los planos...y tratar desesperadamente de olvidar al hombre que posiblemente nunca tuviera.

¿Y donde aquello la había llevado?

A ordenar a una costurera que le tuviera un atuendo apropiado para la noche, ahí era. Ella había esperado que sus ropas estuvieran apretadas, y aun así había encontrado que colgaban de su esqueleto. Por el momento, su saco era la única cosa que cubría el horrendo desastre que era su vestido de salir.

Andrew se detuvo a medio paso. “Lorelei, contésteme.”

“¿Que quiere que yo le diga?”

“Cualquier cosa.” Sus ojos buscaban los de ella.

“¡Lo siento!”

“Eso no,” grito, tomando sus hombros en sus manos. “Eso nunca.”

“Lo siento,” ella continuo. La gente miraba su intercambio, pero ella estaba indefensa para detener el caudal de sus palabras. “Perdón por haberme fijado en usted en aquel salón de baile. Perdón por haberle permitido llevarme a la pista de baile. Pero sobre todo, perdón por casarme con su mejor amigo.”

“¿Porque?” él preguntó, como si esperara que por qué fuera que lo amaba a él.

“Porque ahora estamos entrelazados para siempre.” Ella observó como la luz se disipaba de sus ojos con cada palabra de ella. No le daría la esperanza

que a ella le faltaba. “Ahora usted esta obligado a verme con otro tanto tiempo como dure su amistad con Chastain.”

Sus palabras eran crueles y le herían el alma.

“Y yo,” ella dijo, preparada para dirigirse a su casa, “ahora debo vivir con mis propios errores y la vida que yo creé. Realmente deseo hacer duelo por un amor que empujé. Pero sepa esto—usted debe olvidarme como yo lo olvidare, a su tiempo.”

Demasiado tarde, Lorelei se dio cuenta que Andrew no había estado caminando sin rumbo como ella lo había hecho. El había estado arriándola, de alguna manera, exactamente donde el la deseaba.

Su carruaje estaba parado al lado de ellos, su lacayo sostenía la puerta abierta a lo ancho.

“Debo ir a casa con Peter.” Aunque ella dijo estas palabras, deseaba hacer lo opuesto. Esta podría ser su última oportunidad de estar con Andrew, de conocer el toque de su piel contra la propia, de sentir sus labios sobre su cuerpo. Ella deseaba ardientemente la clase de pasión que nunca había conocido con otro.

“Dígame si no es lo que usted desea, y me iré ahora,” él le dijo en el oído. “Yo me alejaré y le dejare que use mi coche para que la lleve donde quiera que usted desee.”

Ella se sobresalto cuando él dijo la palabra deseo, se agarrotó cerca de él. Realmente ambos deseaban ardientemente la misma cosa.

“Debo irme...”

“Y lo hará. Son solo unos pocos momentos de privacidad que le estoy pidiendo.” Ella no necesitó demasiada insistencia para continuar hacia su carruaje. “Creo que usted me debe este pequeño favor...” él dejó que su voz se arrastrara.

Su sentido de lo correcto la empujaría en los últimos pasos restantes.

“Si Benji nos encuentra juntos—”

“No lo hará.”

“¿Una vuelta a la cuadra y me dejara aquí?” ella preguntó.

“Tiene mi palabra.”

Lorelei tomó la mano que el cochero le ofrecía y entro a su coche.

“¿A donde, su señoría?”

Capítulo Veintidós

Él no podría mantener sus manos fuera de ella por mucho tiempo. Deseaba todo de ella con toda prisa—ahora y siempre. Pero estuvo de acuerdo en una simple vuelta alrededor de la cuadra, a lo sumo diez minutos. Se quedó en la visión de ella, de comportamiento impecable en el asiento opuesto enfrentándolo. Deseaba estar cerca de ella, sentir el calor de su deseo por él, y ella sentiría el suyo, también.

Parecía como si el tiempo no hubiera pasado—ella no debería haber corrido con Chastain. No tendría que haberle mentado, aunque el estuviera enojado con ella. Sin embargo, no podía reunir ninguna emoción sino necesidad.

Moverse cerca de ella era también una imposibilidad por el momento, porque nunca terminaría de emborracharse de su mirada. Lo desconcertaba a Andrew que ella nunca se vería de ninguna manera mas que perfecta—para él, por él, y con él.

“Bueno,” ella susurró. “¿Va a decir algo?”

“Las palabras nunca podrían ser suficientes o expresar cualquier cosa que yo tenga para decir.”

Ella deslizo su labio inferior entre sus dientes antes de hablar. “¿Al menos tratará? Tenemos solo unos pocos momentos.”

Andrew estaba falto de palabras. Había muchas preguntas, pero le temía a las respuestas que recibiría. ¿Podría manejar esto si ella genuinamente amaba a Chastain? ¿Sería el capaz de mantener la distancia si ella se lo pedía? Si toda esperanza estuviera perdida, ¿sería capaz de hacerle frente a la vida sin poseerla?

Por primera vez en su existencia, Andrew estaba aterrado de su futuro y lo que este sostenía.

Había heredado su vasto estado y título a la edad temprana de diecisiete años... había gozado la gloria de la riqueza más allá de los sueños más salvajes de la mayoría de la gente. Nunca se había preocupado de la inmensa responsabilidad de manejar sus propiedades o sus deberes del Parlamento.

Ni siquiera diez años atrás, él había estado cara a cara con una de sus mas horribles acciones, y ni una vez había estado atemorizado de las

consecuencias de sus acciones incorregibles. La mujer—y su hija—podían aun ser vistos aquí y allá en Londres...la hija reclamada por otro.

Pero perder a esta mujer—una mujer que para empezar nunca había sido suya—lo petrificaba.

Y aun así, se sentaba allí en silencio. Ninguna palabra podría hacer que entendiera su necesidad de ella. El una vez había pensado esto solamente como una necesidad física, pero ahora él sabía que no sería feliz o completo sin ella. Su cuerpo, sus pensamientos, todo su ser perteneciéndole.

“Yo—”

“Andrew,” ella dijo al mismo tiempo. “Creo que le debo una explicación antes de que hable.”

“No me debe nada,” él inhaló. Estaba fuera del asiento y arrodillado delante de ella. Sus rodillas desparramadas, y se movió sobre ellas para acercarse. “Deseo darle todo, pero entiendo si realmente tiene sentimientos hacia Chastain.”

El había dicho esto, la cosa que lo atemorizaba más. Si este era un matrimonio por conveniencia, podría vivir con esto, pero una vez que el corazón de una mujer pertenecía a otro no había nada que lo cambiara, aun si el hombre no era merecedor de su corazón y no regresaba sus sentimientos.

Ella colocó sus manos sobre sus hombros y él la miró a la cara, esperando la respuesta que lo aplastaría en el alma

“Usted no entiende, y siento que es mi culpa.”

“¿Entender que?” él dijo, más rudo de lo que intentaba. “Se casó con mi mejor amigo...sabiendo mis sentimientos por usted. Sabiendo que yo intentaba hacerla mi Marquesa.”

“Andrew,” ella comenzó, pero entonces se detuvo, como si no pudiera llegar a decirle que estaba enamorada de Chastain y que no había esperanza para ellos.

“Sólo dígame, Lorelei.”

“No se lo he dicho a nadie.”

“Pero puede decírmelo,” él suplico. “Estaré aquí a pesar de lo que usted diga.”

“Me mirará diferente.”

“Nunca...”

“Él me abordó...me arrojó al piso...rasgó mi vestido.”

Andrew se alejó de ella sin dar crédito, pero supo de su error en el mismo segundo que vio el dolor en su cara, sus brazos cruzados sobre su pecho,

cerrándolos para él.

“Eso no puede ser...” Andrew trato de ponerle sentido a sus palabras. “Chastain puede ser que no le preste genuina atención a otros y sea egoísta hasta el tuétano, ¿pero dañar una mujer?”

Ella bajó su mirada, rompiendo contacto visual.

Si ella fuera a confiar en el, el necesitaba derribar esa barrera.

“No quise decir que el no haya tomado ventaja de usted,” él dijo, volviendo a arrodillarse delante de ella. “¿Donde hizo eso? ¿En su noche de bodas? Si el la lastimó—”

“No,” ella murmuró. “Fue mucho tiempo antes de nuestra boda.”

“¿Antes?” el desgastó su cerebro, tratando pensar en el momento en que ellos habían estado juntos. Las cosas habían sucedido tan rápidamente que no podía precisar la oportunidad de Chastain.

“¿Cuando la sacó del salón de baile la primer noche? El hijo de una put —”

“No fue entonces, sino unos pocos días mas tarde.”

Al otro día, Chastain había estado en su camino hacia la fiesta de campo de Madame Sasha. Andrew recordaba aquella mañana tan clara como el día: él había regresado de llevarle flores a Lorelei y Chastain había estado esperando por él para partir hacia el campo, no obstante, Andrew había cancelado en favor de andar tras la caza de Lorelei. Pero ¿Chastain no había continuado hacia la fiesta?

Desde ese momento ellos casi no habían hablado, ya que la distancia que Andrew puso entre ellos fue también alentada por Chastain. Nunca más ellos habían cenado juntos o habían asistido al teatro.

“Fue mi culpa,” Lorelei murmuró. “Yo le envié una invitación para encontrarnos en Covent Gardens.”

“Una invitación a una obra teatral no constituye una invitación a su cuerpo, Lorelei.” El trataba de aliviar su culpa. Si había que echarle la culpa a alguien, estaba sobre sus hombros. Si él hubiera entrado en su carruaje y dejado Londres aquella mañana con Chastain como planeaban, su viejo amigo probablemente no hubiera estado en la ciudad para recibir su invitación. Él se levantó y tomó su barbilla en su mano, trayendo sus ojos de regreso a los suyos. “No se tiene que acusar por su comportamiento brutal. Entiende eso, ¿o no?”

“Pero yo lo llamé para que me encontrara allí, sin acompañante.” Una sola lágrima quemaba para descender por su mejilla. “¿Que mas iba a pensar?”

Andrew se inclinó para besar la huella en su cara donde la lágrima había escapado de su ojo hacia su barbilla aun en su agarre. Ella estaba absolutamente conmovida con su pena.

“Nunca piense que usted causó eso,” él dijo.

En su mente, reconstruyo los eventos de aquel tiempo, recordando la noche en que Chastain regresó del campo y le envió una nota para encontrarse con él en White’s. Benji había estado borracho, demasiado hundido en sus copas—y su camisa había estado manchada con tierra. ¿Podría su amigo haber hecho eso y luego encontrarlo para cenar?

Ella buscó su cara, como si juzgara la veracidad de sus palabras. El esperó a que ella hablara, aun temiendo lo que vendría luego.

“¿Puede mostrarme lo que se siente estar con alguien que se ama?”

Él se sentó allí sin aliento, inseguro de como responder...¿que esperaba ella de él?. Y sobre todo, si él merecía la oportunidad de mostrarle su amor.

“He deseado eso desde el momento que pose los ojos en usted.” Ella permaneció en silencio, y el sintió que no podía admitir que ella había deseado lo mismo...con él. “Usted no necesita decir o hacer nada. Yo puedo mostrarle amor.”

Se inclinó y entonces tomo su boca, sus labios presionaron los de ella; buscándola, reclamándola—pero sobre todo, mostrándole.

###

La habitación alrededor de ella era todo, aunque nada de lo que esperaba. Masculina al extremo con sus pesados, e inmensos muebles, sillas de respaldar alto producidos artesanalmente para mantener el tamaño y el peso de un hombre, y cortinados y cobertores azul oscuro. Parecía que la habitación había sido limpiada recientemente, o que nadie había usado el área últimamente, ya que ni un artículo estaba fuera de lugar. Las sillas pesadas estaban puestas de la mejor manera para alcanzar el mayor calor de la chimenea. Otra chimenea estaba situada en el rincón más alejado de la habitación, más cerca de la cama.

Ella deseaba ardientemente nada más que estar en aquella cama, abrigada del mundo exterior, y segura de aquellos quienes amenazaban a ella y a su hijo. Pero en su mayor parte, estar envuelta en sus brazos. ¿Cuántas noches había soñado con esto?

Lorelei sabía que ella no debería estar aquí. Ella pertenecía a su hijo, haciendo planes para su futuro. Un futuro lejos de Londres, de De Pez, de Chastain—y desafortunadamente, fuera del alcance de Andrew. Pero encontraba aquello posiblemente difícil de aceptar.

“¿Puedo sacarle su saco?” él murmuró en su oído.

La tela se deslizó de sus brazos cuando ella encogió sus hombros. No lo escuchó golpear el piso, y asumió que Andrew debía haberlo atrapado. En aquel momento, no se preocupó por su vestido que le quedaba mal, ya que Andrew nunca la juzgaría o le diría una palabra que la dañara.

La confianza era algo que ella raramente le confería a otra persona.

Pero Lorelei confiaba en él. Creía que si las cosas hubieran sido diferentes, Andrew hubiera sido un maravilloso marido y un padre estúpidamente amoroso.

Desafortunadamente, las cosas no eran diferentes.

Ellos tenían esta única tarde, y si todo salía acorde con su plan, ella y Peter desaparecerían, para no ser vistos nunca más.

Ella se permitiría esta única tarde, unas breves horas de placer y felicidad, ya que después de dejarlo, Lorelei tenía que tomar la decisión más dura de su vida. Aunque aquella decisión estaba casi solidificada en su mente, la ejecución de esta era algo que tenía la esperanza de que pudiera cumplir. A partir de ahora, estaría mirando sobre su hombro para siempre, sin confiar en nadie, y siempre cuestionándose sus intenciones.

Por ahora, entonces, no cuestionaría nada—ni a Andrew ni a sus intenciones.

Lorelei tomaría todo lo que él tenía para ofrecerle, aunque ella fuera incapaz de darle algo a cambio.

“¿Tiene frío?” él preguntó.

“No.” Un temblor corrió a través de ella, no porque a la habitación le faltara calor, sino por su propia anticipación. Ella había vivido cada momento unas mil veces en su mente. La habitación era diferente, pero este hombre era el mismo.

“¿Entonces porque se estremece?” sus dedos trazaron un camino hacia arriba y debajo de sus brazos desnudos.

“Porque lo deseo,” ella suspiró.

Estaba asustada por la profundidad de sus propias emociones. Después del abuso de Chastain, nunca había pensado en desear realmente a otro hombre en

su más primitivo sentimiento. Aunque encontró que ella deseaba más que solo su cuerpo, sino también su mente, su pasión.

Él se movió hacia la línea de botones en la espalda de su vestido y hábilmente comenzó a desprenderlos. El fuego ante ella calentaba su frente mientras la apertura de su vestido le permitía enfriar su acalorada piel.

Miró el fuego mientras su vestido se deslizaba de su cuerpo. No había vuelta atrás ahora.

Le hacía frente a una necesidad, ya que ella no deseaba que se detuviera.

“Por favor,” ella suplicó.

“Dígame todo lo que desea, mi Lorelei.” Él besó el punto débil detrás de sus orejas mientras sus manos continuaban moviéndose a través de su espalda, suavemente trazando la delicada tela de su ropa interior. “Estoy bajo sus ordenes.”

Lorelei recibía órdenes. Ella ejecutaba planes bien pensados creados por otros...

Nunca había tomado la iniciativa para conseguir lo que deseaba, aunque parecía que había llegado el momento. Si podía tomar el control ahora de este hombre, entonces muy seguramente podía manejar lo que fuera que su futuro le deparara.

“Deseo verlo...tocarlo.” Eso era todo lo que deseaba por el momento, y más de lo que ella podía esperar.

Giró en sus brazos, cubierta solamente en su ropa interior, medias y zapatos, aunque no se sintió en desventaja mientras él permanecía ante ella completamente vestido.

Lorelei sentía un poco de poder.

“Me gustaría sacarle la corbata.” No esperó a terminar las palabras antes de levantar sus manos hacia la tarea. Amablemente, tomó una punta en sus dedos y tiró, pero el nudo intrincado no cedió. Ella lo miró, sabiendo que su frente se arrugaba pensativamente.

Nunca había desvestido a un hombre, y no previó que una simple corbata sería su destrucción.

Con más fuerza, empujó la tela, y por último se liberó. Enroscó la seda entre sus dedos, disfrutando la suave caricia de la tela, parecido a la forma en que su vestido favorito color esmeralda la abrazaba—o le había abrazado su forma antes de que tuviera que tirar el exquisito vestido para esconder las manchas de tierra y los pedazos rotos de sus sirvientas personales.

Andrew le levantó la mejilla, buscando sus ojos. “¿Porque se detuvo?”

Con una sonrisa débil, ella empujó de su mente todo pensamiento de aquella noche en los jardines, y una vez más comenzó a sacar la tela de alrededor de su escote. Luego, la dejó caer al piso entre ellos y se movió hacia sus botones.

“Encuentro que esta camisa no es de mi gusto.” Cometió el error de mirar hacia él, y sus dedos se aquietaron. No sabía en carne propia, como era el deseo inquebrantable, pero estaba segura que era exactamente lo que vio en los ojos de Andrew. Sus ojos volvieron a la acción. “Prefiero el toque de la piel.”

“Yo también.” Andrew se inclinó suavemente y le sacó su ropa interior por arriba de su cabeza, dejándola completamente expuesta para él, con solo sus medias para cubrirla. “Ahora, si lo desea, termine su tarea, nuestra piel finalmente se encontrará.”

Lorelei volvió a bajar sus manos hacia los botones, haciendo un trabajo rápido removiendo la prenda. La última prenda se agrupó a sus pies, uniéndose a su cuello y su ropa interior.

Cuando sus manos fueron a descansar sobre su pecho sólidamente musculoso, pensó en el calor que encontraba allí. Se había imaginado que el pecho duro como roca de un hombre se sentía frío al toque, desalmado sin compromiso. Aun así, había estado gravemente equivocada ya que sobre sus músculos, su piel era suave y placentera al toque.

Solo deseaba tener horas—no, días—para explorar su cuerpo. Sentía con seguridad que toda una vida no sería suficiente.

¡Que pena! Solamente tenía este tiempo, este momento, para que durara por la eternidad.

Siguió bajando con sus manos por el pecho y sobre su estomago plano, llegando al broche sobre su cinturón. Sus manos temblaron mientras lo ponía en libertad y caía al piso, agregándose a la pila de sus ropas mezcladas.

“Déjeme mirarla,” Andrew dijo entre dientes, empujándola con los brazos extendidos. Su respiración sostenida le dijo que el fuego detrás de ella enfatizaba su estructura alta. “Usted es enviada del cielo, mi Lorelei.”

Ella se miró hacia abajo. La luz tenue acentuaba sus curvas y no tocaba los huecos de su cuerpo. Ella sentía que su cuerpo había sido arruinado por su reciente maternidad.

“Venga aquí, le mostraré cuan divina se ve.” La dio vuelta y caminaron a través de la habitación hacia la puerta no lejos de la chimenea. Andrew llegó

por sobre su hombro y abrió la puerta, revelando un espejo colgado en el interior de la madera, sus trajes muy bien organizado detrás de este. “Mire...”

Y ella lo hizo.

El fuego, ahora de su lado, hacía que su cabello se viera en llamas donde enmarcaba su cara y se ponía en libertad bajando por su espalda. Su cuello delgado sostenía toda su pose y gracia de una verdadera dama. Y sus pechos, aun delicados, permanecían en lo alto y ancho con sus pezones oscurecidos endurecidos en el calor del fuego. Su estomago, aunque no estaba endurecido y al ras con sus caderas, sostenía una flexibilidad que era aun placentera a sus ojos. Sus caderas redondeadas desembocaban en sus piernas como si sus muslos apremiaran espacio. Sus medias cubrían la belleza de sus pantorrillas y terminaban en sus botas.

Su mirada viajaba desde su cuerpo a su cara donde su expresión era de asombro, su boca formaba una redondeada ‘o’ que acentuaba los huesos altos de su mejilla.

“Como decía—hermosa.” Él corrió su cabello de sus hombros y dejó un rastro de besos en su lugar y bajó por su brazo.

Ella estaba hipnotizada por la visión de él rindiéndole culto a su cuerpo. Sus manos se movían hacia abajo para sostener sus caderas seguras contra él mientras su boca continuaba explorando, besándola suavemente y pellizcando los costados de sus pechos. Como si él no confiara en que su boca hiciera el trabajo apropiadamente, una mano dejó su cadera y fue a ubicarse debajo de su otro pecho, masajeándola suavemente.

La visión era erótica de una forma que ella nunca había esperado. Observando su propia seducción en un espejo.

Su mano y boca abandonaron sus pechos cuando se arrodilló detrás de ella.

Andrew la sostenía con cuidado—enfrentando el espejo—cuando ella giró en su dirección.

Besando su camino hacia su espalda, sus manos entonces masajearon su trasero redondeado, moviendo su carnosos trasero con la incesante presión de sus manos atentas.

Con él fuera de vista, Lorelei solamente pudo llevar sus ojos de regreso a su cara en el espejo mientras gemía. Sus ojos—siempre de un verde profundo—parecían estar en conflicto, como si fueran a la deriva en una tormenta. La última vez que ella se había tomado en cuenta, se había visto vacía, sus ojos casi sin vida, pero ahora crepitaban con pasión refrenada.

Se quedó sin aliento cuando él comenzó a bajar sus medias sobres su muslo, sus labios siguiendo el camino de la prenda interior.

Sus piernas colapsaron cuando el corrió su lengua a lo largo de la parte trasera de su rodilla, el lugar casi tan sensitivo como el lugar detrás de su oreja.

“Solo espere,” él murmuró mientras comenzaba con la otra media.

Ella nunca había soñado que el toque de la boca de un hombre—o sus dedos—sobre su pierna podían producir semejante deseo.

Andrew gentilmente golpeo ligeramente su muslo interior y, como si ella supiera lo que venia después, extendió sus piernas levemente y su mano vino a descansar entre ellas, conectando su centro mientras le colocaba beso tras beso sobre su cadera desde su posición arrodillada detrás de ella.

Un calor repentino entre sus caderas hizo que ella apretara sus piernas, atrapando su mano donde descansaba.

“Abra para mi, mi dulce Lorelei,” la persuadió con ruegos. “No tema.”

“No temo.” Y no lo hacia. Si ella no estaba segura de algo, era como podría alejarse de esto—y de él. “Por favor, no se detenga.”

Las palabras salieron como un gemido cuando el detuvo sus delicados besos.

Ella abrió sus piernas una vez más en espera que sus dedos exploraran la delicada área.

Para su disgusto, se observó en el espejo mientras él dejaba caer su mano.

Por primera vez desde que ella había entrado en su carruaje— ¿fue esto una hora o días atrás?—se sintió sola.

Andrew se deslizó a través del piso pulido para arrodillarse en frente de ella, en vez de atrás. En el espejo, ella vio su cabeza, sus hombros anchos, y su espalda fuerte que desaparecía en sus pantalones mas abajo.

Instintivamente, Lorelei llevó sus manos a su cabello y corrió sus dedos a través del largo sedoso, mientras se inclinaba hacia adelante suavemente y continuaba el curso que su boca había comenzado en su espalda. Sus labios fundieron un camino desde debajo de sus pechos, bajando por su estomago. Su lengua le dio golpecitos a su ombligo y se movió hacia abajo.

Ella anhelaba agarrar su cara y llevar sus labios a los suyos. Aunque, su cuerpo sentía que había mucho mas placer por venir antes de que sucediera.

“Andrew,” ella suplicó otra vez.

Él se detuvo lo suficiente para decir, “Dígame lo que desea.”

“No se lo que deseo, sino lo que necesito...” la voz de Lorelei se arrastró cuando las palabras correctas escaparon de ella. “Yo sé que deseo mas.”

Él se rio ahogadamente, aunque ella sabia que no era por su incapacidad para encontrar las palabras o para tomarle el pelo.

“Yo le mostraré lo que usted necesita.” Sentándose, él tomó su pie calzado en sus manos uno por uno y sacó sus zapatos, luego sacó sus medias apiñadas, también. Arrojó ambas medias y los zapatos sobre su hombro.

Capítulo Veintitrés

Andrew miró a Lorelei, su inocencia hecha pasión y los problemas de la carne contradiciendo su naturaleza. ¿Era posible que Chastain, el educado seductor, no hubiera aplicado sus muchos talentos con su propia esposa?

“Si, muéstreme.” Lorelei cerró sus ojos, su cabeza inclinada para atrás.

Ella era realmente exquisita, cada curva de su cuerpo desde la delicada bajada de su clavícula hasta el arco de su espalda. Estaba hecha para la pasión.

Hecha para él.

Andrew regresó su atención a su estomago, dejando besos aun mas abajo hasta que llegó al nido de rulos que escondía sus lugar mas sensitivo. Con dedos firmes, siguió hacia adelante para encontrar su centro resbaladizo con necesidad. Cuando la tocó, ella empujó sus caderas hacia él.

“Usted sabe exactamente lo que desea,” él ronroneo. La haría retorcerse antes de darle lo que deseaba. Tendría que moverse rápidamente cuando ella comenzara a sacarle sus pantalones, porque sabía que su deseo se volcaría hacia ella si la barrera de sus prendas no hubiera estado allí.

“Juro que no.” sus caderas empujaban en su mano ahuecada.

“Entonces su cuerpo la traiciona.” Su cuerpo se alejó una fracción de pulgada de él. “No, nunca se aleje.”

Finalmente se puso de pie, sobrepasándola aunque ella permanecía una cabeza por encima de la mayoría de las mujeres.

“¿Andrew?” lo miró, perpleja. “No quería ofenderlo—”

“No lo hizo.” Tomo su mano y caminó hacia su cama, sus botas sonando fuerte en la habitación tranquila. “Pero me cansé del piso duro y estoy seguro que tiene frio.”

Por el sofocón de su piel, la última cosa que ella sentía era frio.

Lorelei permaneció en silencio.

Aunque ella no vaciló, una llama de temor cruzó su cara cuando él se detuvo delante de su cama.

“Si no desea esto, yo puedo llevarla a su casa.” Aun cuando las palabras salieron de él, Andrew estaba muy alejado de detenerse. Él tendría a Lorelei —esta misma tarde, y cada día que siguiera.

Afortunadamente, ella sacudió su cabeza. Poniéndose en puntas de pies extendió sus labios contra los de él; su boca se moldeaba con la de él perfectamente. Andrew separó la suya, su lengua recorriendo su labio inferior. Instintivamente, ella le permitió entrar, profundizando su beso.

Era mucho más que cualquier beso que habían compartido. Sus labios estaban pidiendo una promesa, y la suya le dio la respuesta que buscaba.

El no podía sacar sus manos de ella.

Andrew agarró su cintura y la levantó, sus pies desnudos a unos pocos pulgadas del piso, y la colocó sobre la cama.

Retrocediendo un paso, Andrew deshizo el broche que sostenía sus pantalones. Cuando la solapa se abrió, su miembro sobresalió. Andrew se inclinó precipitadamente, desatando sus Hessians y sacándoselos. Finalmente, salió de sus pantalones.

Nunca sacó sus ojos de ella mientras procesaba. No era que esperara un cambio de corazón, pero si estaba forzado a estar sin ella por mucho tiempo temía que pudiera desaparecer delante de sus ojos—y que nunca regresara a él.

Podría ser la desesperación en su mirada o la forma que ella llegaba hacia el cada vez que él se alejaba.

Se paró delante de ella, desnudo y vulnerable ante su mirada, así como ella se había parado delante de él solo algunos momentos antes.

Pero a diferencia de él, ella mantuvo sus ojos focalizados en él, nunca desviándose de incorporar la vista de su cuerpo.

Absorbía cada cosa para sucumbir ante su suplica tacita e ir hacia ella, mostrarle placer a lo grande y...amarla.

La fuerza de la palabra—solo un pensamiento—lo hizo retroceder un paso.

No podía ser, era solo su obsesión dando lo mejor de él una vez más. Ella estaba casada con su mejor amigo, lo había abandonado por Chastain todos estos meses. No tenía nada que reclamar entonces, y ahora su corazón no era suyo para tomarlo.

¿Podía cambiar eso?

Él absorbió la mirada de ella, desnuda delante de él y desparramada en su cama, esperando...

Andrew le mostraría como debía ser tratada...que debería haberlo elegido a él—que había tiempo todavía para que ella estuviera con él.

“Mi Lorelei,” él murmuró, acercándose a la cama una vez mas. “He esperado demasiado para este momento.”

Finalmente, ella miró su cuerpo, sus ojos se demoraron debajo de su cintura antes de pasar rápidamente a encontrar su cara, la vergüenza nublando su expresión.

“No se sienta avergonzada por mirar.” El colocó sus manos sobre la cama a cada lado de ella y se acercó, “—o tocar.”

Y ¡como anhelaba que sus delicadas manos lo tocaran!—recorrieran su pecho y se hundieran aun mas abajo. O jalara su cabello mientras su cabeza se arrojaba hacia atrás en éxtasis.

Andrew se bajó sobre ella, soportando su peso en sus codos, y la besó. Sus labios presionaron los de ella, y en segundos, se mezclaron y se movieron al unísono, su lengua moviéndose rápidamente para explorar su boca. El mismo gusto de ella era casi su destrucción. Para no ser menos, Lorelei casi buscaba explorar, no solo con su boca sino también con sus manos, las cuales ahora agarraban sus hombros en un agarre que él pensaba que estaba más allá de sus fuerzas.

Cuando él liberó su boca y se movió a su lóbulo, pellizcándola y chupándola suavemente, su espalda se arqueaba sobre la cama. De mala gana él se retiro del lóbulo y se focalizó en el servicio de su cuello esbelto, directamente bajo su mentón.

“Andrew,” ella suspiró. “Lo necesito.”

“Me tiene.”

“No. dentro mio—lo necesito allí, ahora.”

Sus palabras eran una orden. Levantándose de ella suavemente, la miró a los ojos mientras se situaba entre sus piernas, su virilidad descansando contra su apertura. Su piel era ahora ardiente, aunque no estaba seguro si era el calor que venia desde su interior y viajaba a través de él o si era el origen. De cualquier manera, pronto estaría ardiendo aunque no estuviera dentro de ella.

“Abra para mi.” Empujó dentro de ella cuando sus piernas se abrieron más. Le costó todo su control para permanecer estable mientras su tamaño se estiraba en ella. Él miró mientras la penetraba, memorizando este momento. “¿Está bien?” preguntó.

Ella no se había movido debajo de él, y se preocupó de haberla lastimado.

“Si,” ella murmuró. “Estoy mas que bien.”

Andrew sacó sus ojos de sus cuerpos unidos para quedarse en su sonrisa. Ante su tranquilidad, empujó las restantes pulgadas e incrusto hasta el cuello. Se quedo quieto y espero una respuesta de ella y que estableciera su paso.

Cuando ella bamboleo sus caderas, llevándolo mas profundamente de lo que hubiera imaginado posible, casi perdió todo control.

“Andrew.”

Su abstinencia restalló y se entregó a la pasión que flotaba entre ellos—sin reservas, no se guardó nada.

Lorelei se retorció debajo de él cada vez que él se distanciaba y empujaba profundo una vez más, sus gemidos tan dulces como las canciones de los ángeles.

Sus caderas encontraron las de él en cada oleada, el paso de su unión aumentaba a una velocidad frenética.

Cuando Lorelei dio gritos por su liberación, él se desplomó profundamente una vez más, dejando que su propio semen se desparramara dentro de ella a la vez que la besaba en sus labios.

###

Lorelei miraba a Andrew, quien se había deslizado dentro de un sueño profundo después de haberla llevado a la consumación una vez más. Dormía tan profundamente que no deseaba despertarlo, pero ella tenía que partir antes que alguien de su personal supiera de su presencia, o sus propios sirvientes cuestionaran su ausencia. Tenía mucho que tener en cuenta para esta noche.

Aunque, no podía bajarse de su cama.

Levantando su mano, Lorelei suavemente trazó su mandibular fuerte hasta sus labios perfectos. Ella absorbió cada aspecto de su cara y lo archivó en un lugar especial de su memoria reservada para cosas que ella probablemente nunca vería otra vez—el lugar en el que ella guardaba preciosos recuerdos de su padre cuando él era el padre complaciente y estúpidamente amoroso o recuerdos de su casa de la niñez en Francia. Aquellos momentos habían sido tan sagrados para ella, así como este momento con Andrew, entonces hizo la única cosa que podía: aprendió de memoria su cara, cuerpo, y aroma, así como se aprendió de memoria el croquis de la habitación de su niñez, la vista hacia afuera de su única ventana, y los abrazos que su padre alguna vez le había distribuido tan generosamente.

Si se deslizaba de la cama y se vestía con sus ropas, se podría deslizar de la casa antes que él se despertara...y esperanzadoramente, irse de Londres antes que el la buscara. Era la única manera de mantenerlo a salvo, y también proteger a Peter. Lastimaría a Andrew saber que se había ido—tanto como la

dañaría a ella partir y dejarlo atrás—pero aquellos sentimientos se desvanecerían con el tiempo. Un día el perdonaría sus muchas traiciones, aunque ella no pudiera estar para darle respuestas ni aun perdonarse.

Andrew respiraba pesadamente y arrojó sus brazos sobre ella, sus dedos descansando sobre su trasero.

Lorelei se alejó de él en la cama enorme, su mano cayó de su cadera hasta sus piernas que colgaban a un costado de la cama. Se puso de pie tan pronto que golpearon el piso frío, mirando por la habitación. La única luz venía de dos chimeneas abiertas y de una sola vela afuera del vestidor de Andrew.

Se lanzó rápidamente a través de la habitación, cuidadosa de mantener su peso en la parte anterior de sus pies para suavizar el ruido, y agarrar la vela en su mano. Sosteniéndola delante de ella, cuidadosa de no desparramar la cera caliente en su piel expuesta, volvió sobre sus pasos y junto su ropa: su vestido y saco aquí, su ropa interior allí, y sólo Dios sabía donde había dejado las botas y las medias.

Un ruido sordo vino desde la cama y el colchón rechinó sobre sus cuerdas.

Lorelei se congeló, se preparó para escuchar si Andrew decía su nombre desde la oscuridad detrás de ella.

Afortunadamente, él giró sobre su estómago y continuó su hastiado sueño.

Frenéticamente, ella buscaba delante del espejo sus botas y medias. No podía mirar en el vidrio, recordando lo que Andrew le había hecho allí más temprano. Sentía que sus mejillas quemaban con solo pensarlo.

“¿Dónde están?” ella dijo en la habitación tranquila, esperando que sus pertenencias pensarán que era prudente responder su suplica.

Para su pesar, permanecieron en silencio—y escondidas.

Deben estar cerca.

¿Andrew inadvertidamente los había arrojado en su vestidor? Ella trataba de recordar sus acciones pero pudo solo traer a su mente la visión de sus manos sobre su cuerpo—y sus labios acariciando cada una de sus curvas.

Decidiendo que valía la pena probar, entró en su espacio más privado.

Inmediatamente reconoció sus medias escondidas sobre un enorme contenedor cilíndrico en un rincón atrás del armario.

Lorelei se apresuró dentro de la habitación y agarró sus botas, una media tirada cerca. Cuando las levantó, el objeto detrás de estas se volcó y rodó por el piso.

Por segunda vez, Lorelei se congeló, esperando que su nombre fuera llamado desde la otra habitación. Nuevamente, la suerte estaba de su lado.

Se inclinó para agarrar la única media cuando la escritura sobre el cilindro atrapó su visión. Garabateado a través de la caja estaba el nombre ‘Chastain.’

Ella dejó la vela sobre el piso y colocó su pila de ropa cerca de ella, pero no tan cerca como para no comenzar un fuego.

Cuando levantó la caja, un anillo pudo ser visto en el suelo, como si hubiera estado en el mismo lugar por años y años. Los bordes de abajo aun parecían pulidos recientemente.

El envase, hecho de algún tipo de papel mas duro, era de poco peso y parecía en excelente condición, obviamente protegido del medio ambiente natural. Giró una punta, y el sello se despegó, revelando un papel enrollado adentro.

Sin aliento con anticipación, giró el cilindro sobre su lado y el rollo de papel se deslizó dentro de su mano que esperaba. Necesitaba sólo pelar una esquina para confirmar sus sospechas. Eran los planos de Carcassonne.

Pero no podía ser.

Se quedó perpleja, casi permitiéndole a los planos y la caja deslizarse de su agarre. Casi no podía creer su buena suerte.

Lorelei había reprobado los avances de Andrew, alejando su amabilidad, todo para obtener acceso a los hogares que nunca tuvieron lo que buscaba. Le había permitido a Chastain usar su cuerpo maliciosamente, romper su alma, y luego actuar como si ella y su hijo no existieran. Y todo este tiempo, Andrew había poseído lo que ella buscaba.

Esto era probablemente porque De Pez había fallado en su misión todos estos años.

Ella se concentró en expulsar el aire que se había atascado en su pecho y aliviaba el peso sobre ella.

¿Por qué Andrew no se lo había dicho antes?

Simple: ella nunca había sido honesta con él. Había mantenido sus secretos, le había mentado, y ¿pensaba que él le diría de un par de viejos planos empolvados que guardaba en los aposentos de su vestidor?

Quizás Chastain se los había traído a Andrew, sospechando las intenciones de Lorelei. Pero por el anillo de polvo en el piso, los planos de Carcassonne habían estado en este mismo vestidor por mucho tiempo.

Andrew le había hecho el amor de la manera mas dulce, tratándola como si nada mas existiera, sino solo ellos y su placer.

Él nunca la usaría para su propia ganancia—aunque ella sabía que ella había hecho justo eso, buscar su propia liberación antes de preparar la desaparición en la noche, para no verlo nunca más.

Dejando los planos de lado, Lorelei precipitadamente se colocó sus ropas. La caja en una mano y sus botas en la otra, dejó la habitación, poniéndose sus botas en el pasillo—aunque todavía le faltaba una media.

Volvió a trazar el camino de la escalera principal.

La casa estaba misteriosamente tranquila cuando cerró la puerta del frente detrás de ella y caminó en el crepúsculo del atardecer.

Su libertad metida muy fuerte debajo de su brazo, solo necesitaba pensar en la correcta precaución para dejar la ciudad. Entonces—y solo entonces—haría arreglos para entregar los planos.

Ella y Peter estarían escondidos seguros, Bonaparte tendría lo que necesitaba, y todo se olvidaría sobre ella.

El pensamiento de entregar los planos a De Pez o a sus padres y regresar a Andrew daba inicio a una nueva esperanza dentro de ella.

Aunque, la posibilidad de poner a Andrew en peligro no era atractiva, sin importar cuanto ella deseara que estuvieran juntos...que tuvieran un futuro.

Ella tenía toda la intención de dejar Londres esta misma noche, para no ver nunca más a Chastain o a De Pez. Peter estaría seguro, aunque privado de su herencia; crecería vivo y bien y no a la merced de otros. Eso también significaba nunca conocer el placer en los abrazos de Andrew nuevamente, era lo único que le clavaba un agujón. Pero, como él, ella seguiría adelante—aunque no para encontrar amor con otro, de eso estaba segura. No confiaría en nadie nuevamente.

La caminata hasta la casa de Chastain no era lejos, pero en el crepúsculo esto era arriesgado con carteristas y ladrones escondidos en callejones oscuros. Sin embargo, eran solo unas pocas cuadras para llamar un coche de alquiler para que la llevara.

Dos casas pasando la casa de Andrew, un grupo de pisadas se sintieron detrás de ella, manteniendo el paso con ella, nunca adelantándose. Sosteniendo con cuidado la caja fuertemente a su lado, ella caminaba enérgicamente hacia el área más poblada.

Podía ver las calles bien iluminadas ni siquiera a una cuadra delante de ella. Lorelei bajo su cabeza y una vez más aumentó sus pasos. Las pisadas detrás hicieron lo mismo.

“Lady Chastain, ¿Dónde va tan apurada?”

Lorelei no quería darse vuelta, ni siquiera detener su paso. No mucho mas y estaría segura en un área bien concurrida.

“¿Mi lady?” De Pez la llamó por detrás. Su voz mas cerca esta vez, como si estuviera solo unos pocos pasos detrás de ella.

Sus planes de escapar nunca se realizarían si él notaba la caja que ella llevaba.

“¿Su fiel marido sabe de sus indiscreciones con el Marqués de Drake?”

Ella se mantuvo en silencio.

“No, supongo que no, aunque ahora que él tiene su heredero, no está tan preocupado por sus actividades. Aunque, me imagino que estaría contrariado si su heredero de repuesto fuera en realidad la descendencia de su mejor amigo.”

La aguijoneó. Conocía bien su temperamento, y poniéndole una carnada para pelear era la manera más probable que ella se detuviera antes de llegar a su destino.

“¿Se da cuenta de la necesidad de un heredero de repuesto, o no, Lady Chastain? Por si alguna cosa le llegara a suceder al actual heredero, habría otro que ocupara su lugar.” Su amenaza era clara. “En realidad nunca saborearía ver que algo adverso le suceda a su pobre bebé.”

Él se detuvo detrás de ella.

Pero su amenaza fue suficiente para que se detuviera, también.

“¿Cómo dijo que era su nombre? ¿Peter?”

Por ultimo, ella se detuvo y giró.

El sabia que había elegido la palabra correcta y se rio.

“¿Usted dijo era?” ella susurró. Él se mantuvo mas lejos de lo que ella había esperado, pero no había dudas que la había escuchado. “Puede amenazarme, puede acosar a mi familia...pero usted nunca, ¡nunca tendrá a mi hijo!”

“Él es patrimonio francés, sin importar donde haya nacido.” De Pez empujó sus manos dentro de los bolsillos de su saco, una sonrisa satisfecha sobre su cara. “Él pertenece a la próxima cabeza de Francia, quien es ahora Napoleón Bonaparte—y gracias a esos planos, el me favorecerá por mi devoción hacia él.”

“No.” Su cabeza se sacudió negando. “No lo tendrá—y tampoco Bonaparte o con cualquiera que usted sea partidario la próxima vez.”

“Tonta e ignorante muchacha. Napoleón está ya en el poder.” El avanzó un paso hacia ella, y ella involuntariamente se movió hacia atrás. “Usted aun

piensa que puede controlar cualquier cosa— ¿que esta misión estaba realmente en sus manos?”

Lorelei se rehusó a retroceder. Había puesto a De Pez en su lugar en más de una ocasión, y podría ahora pagar por eso, pero no lo haría sin pelear. Si él pensó que era débil—de mente o cuerpo—estaba equivocado.

“¿Y que tiene allí?” ella casi había olvidado el envase que agarraba ávidamente debajo de su brazo. “¿En realidad ha tenido éxito?”

Ella dio un paso hacia atrás involuntario.

“Deme la caja.”

Ella la empujó mas cerca de su costado, su saco protegiéndola de la vista. “Nunca le entregaré los planos a usted.”

“Oh, si, lo hará.” Él se arrojó hacia ella y ella soslayo su avance. Había un callejón angosto entre dos casa solo a veinte pasos. Corrió hacia la seguridad de la oscuridad, esperando que diera a un establo de atrás de la gran casa...y a alguien que pudiera ayudarla. O al menos asustara a De Pez por lo pronto. “Regrese aquí.”

Lorelei solamente necesitaba llegar a la casa. Ella podía partir con la Sra. Dutton y Peter en pocos momentos y desaparecer en la noche.

Corrió tan rápido como pudo, sus zapatos suaves casi sin hacer ningún ruido mientras se movía por el callejón empedrado.

Detrás de ella, las botas de De Pez retumbaban, el sonido repercutía en las dos casas que flanqueaban el pasaje angosto.

El callejón finalmente terminó, un establo a cada lado. Se apuró hacia el más cercano; seguramente un empleado de establo ayudaría a una dama en necesidad.

“¡Ayuda!” ella corrió a través de la puerta abierta—y no fue saludada por nadie. El establo estaba abandonado, ningún carruaje o caballo adentro. Entró en pánico mientras buscaba en la habitación de luz baja alrededor de ella. Por supuesto, ningún chofer o muchacho de establo estaría por allí. Ellos deberían estar esperando a su patrón afuera de la otra casa.

De Pez la siguió dentro del establo un instante más tarde.

Ella se movió mas adentro, hacia un área iluminada con provisiones y equipos del establo. Arrojo el envase en una pila de paja suelta y agarro una horquilla que estaba apoyada contra la pared mientras se daba vuelta para enfrentar a su perseguidor.

“¡No se acerque mas!” gritó. “Váyase, ahora.”

Cauteloso, él se detuvo, pero rodeo donde ella estaba, tratando acercarse a los planos, anidados en la paja detrás de ella. “Usted no puede triunfar con esto, Lorelei. Salga del camino, y recobraré los planos y estaré en mi camino.”

“¿Me cree estúpida?” ella se deslizó a un lado para bloquearlo y empujó la horquilla en su dirección. Ella se había convertido en una responsabilidad para él y su causa, ya que ella nunca se alinearía ni serviría a este nuevo hombre. “Sé que nunca me permitirá salir viva de este estable.”

“La he subestimado, ma chérie.”

Su ira bullía. Eran las mismas palabras que Chastain le había dicho aquella noche en Covent Gardens.

El grito que había brotado de ella era mas un grito de Guerra que ninguna otra cosa.

Ella observó la alarma desparramarse por su cara cuando fue a la carga hacia adelante, la horquilla apuntada hacia su parte central. El había avanzado tan cerca que no había tenido tiempo de evitar su movimiento, ni ella le dio suficiente espacio para tomar impulso.

Pero los clavos eran duros y penetraron su mitad.

Sus ojos dieron vueltas mientras miraba desde ella a la horquilla incrustada en su carne.

Lorelei dejó caer el final del arma, y De Pez dejó caer sus rodillas ante ella.

Si él no estuviera seriamente herido, la horquilla no lo hubiera mantenido en el piso por mucho tiempo.

Ella se lanzó violentamente hacia la paja, excavando hasta que sus manos entraron en contacto con la caja. Sus manos temblaban tanto que tardó mucho tiempo en retirarla de la pila. Mirando sobre su hombro, De Pez arrodillado, la horquilla salida de su mitad y la sangre manchando su camisa y manos.

El la miró a través de la hendidura de sus ojos mientras recuperaba sus pies y se movió pasando el callejón.

“Esto no terminó,” le gritó a su silueta en retirada.

Lorelei estaba aterrorizada como nunca lo estaría, sin importar que ella corriera o cuanta distancia pusiera entre ella y cada cosa que había conocido en su vida hasta aquí.

Capítulo Veinticuatro

Andrew caminó por sus establos, esperando que su caballo estuviera preparado, la delicada ropa interior descansando en el bolsillo de su saco.

Sería un maldito si le permitiera escaparse otra vez—permitirle actuar como si él no significara nada para ella. Aunque las horas que habían pasado uno en brazos de otro no eran suficientes para garantizarles un futuro juntos, Andrew deseaba probar, aun si eso significaba vivir con el estigma de su escándalo. No era nada a lo que él estuviera acostumbrado, y de cualquier manera muchos esperaban semejante comportamiento de él.

Después de un corto tiempo de dicha, se había despertado en una cama fría y vacía. Ni una pista de Lorelei permanecía, solo una media de encaje metida en su bolsillo. Él pensó por un momento que había soñado toda la tarde: corriendo hacia ella en la calle, llevándosela en su carruaje, y luego violando su cuerpo desnudo.

“¿Porque está tardando tanto?” gritó. Casi se había adentrado en la noche a pie para seguirla. La mujer tonta, partió al crepúsculo—la Sra. Bee le había informado—a pie. Cualquier personaje sórdido podría haber estado esperando en las sombras por ella. “Traigan mi caballo, ¡ahora!”

Mientras gritaba la última palabra, un muchacho de establo trajo su mejor semental de su barranco, lo ensilló y lo preparó para cabalgar.

Necesitaba seguirla y asegurarse que había llegado a su casa segura. Entonces, él planeaba presentarle todas las razones de porque ella le pertenecía a él y a nadie mas. Habían estado tan preocupados el uno con el otra que no había tenido oportunidad de decirle lo que había conocido en la oficina de su abogado. No solamente podía ofrecerle a Lorelei un futuro como la Marquesa de Drake, sino que podía hacer que el pequeño Peter heredara el título.

Estaba el problema de Chastain, pero eso lo podía manejar. Andrew podía reclamar públicamente a Peter como su hijo y heredero, y a la vez forzar a Chastain a llenar los papeles necesarios para el divorcio. Era un riesgo intentar forzar la mano de Chastain en el asunto.

“Declara tus deseos concernientes a mi esposa.”

Andrew giró, manteniendo su caballo, para enfrentar al hombre quien una vez había considerado su mejor amigo—tan cercano como cualquier familiar

que alguna vez había tenido.

“Benji,” gruño. El hombre había maltratado a Lorelei, no solo antes sino durante su corto matrimonio. “No vienes a mi casa y exiges respuestas de mi parte”

Chastain permaneció, sus manos en forma de puños a su lado. “¿Entonces lo niegas?”

“No niego nada.” Andrew había anticipado este encuentro, pero había tenido la esperanza que pudiera esperar hasta que Lorelei estuviera a salvo del alcance de su esposo. “Diferente a ti, mis deseos son muy claros, y con el mayor de los respetos hacia Lady Lorelei.”

“¡Lady Chastain!” Chastain avanzó amenazadoramente hacia Andrew. “Y ella es mía para hacer lo que quiera.”

“¿Realmente?” Andrew preguntó. “¿Esto es porque le prestas tanta atención como para saber que estuvo conmigo, justo esta misma tarde?”

“Oh, no, su naturaleza engañosa me ha eludido,” Chastain dijo. “Esto es, hasta que su padre encontró cierto mandarme una nota con el paradero de su hija.”

Sus meses de encuentros forzados y conversaciones ambiguas habían llegado al final, y Andrew estaba feliz de esto. Deseaba respuestas...y solamente Chastian las tenía.

Andrew notó que el muchacho del establo se paró cerca de él conmocionado, con su boca abierta, aceptando la escena desplegada alrededor de él.

“¡Déjanos!” el muchacho voló como si los diablos estuvieran en sus talones. Nuevamente, Andrew se dirigió a Chastain. “¿Porque te casaste con ella?”

El hombre se atrevió a reírse entre dientes. “Porque la deseabas, por supuesto.”

“¿Todo porque yo la deseaba?”

“Si.” Una extraña expresión—posiblemente pena—tocó las facciones de Chastain. “Estabas listo para abandonarme...todo por una mujer. Y peor aún, enamorado.”

La confesión sacó de balance a Andrew. “Yo nunca te habría abandonado a ti o a nuestra amistad. ¿Es eso, entonces? Hiciste eso—a mi y a ella— ¿todo porque estabas envidioso de mis sentimientos por ella?”

“Es mucho mas que eso, y no me la robaras ahora. Inglaterra entera conocerá tu comportamiento traicionero.”

“¿Mi comportamiento?” era el turno de Andrew de reírse. “La has maltratado desde la noche dentro de los jardines.” Por su mirada asombrada, su amigo debería haber pensado que Lorelei no le había confiado eso a nadie. “Oh, si, ella me dijo de tu comportamiento, el cual no es nada mas que criminal. Te aconsejo que te retires, que capitules tus derechos sobre Lorelei, o no disfrutaras el resultado.”

“¿Realmente piensas que te favorecerá sobre mi? Tomó su decisión una vez, y tengo fe que me elegiría otra vez.”

“Estás equivocado.”

“Le dio a luz a mi hijo y heredero,” Chastain siseó. “Si me dejara, nunca vería a su hijo nuevamente. Tengo confianza que entrará en razones.”

Andrew sabía que Chastain arreglaría lo que estaba torcido con amenazas, aunque solo para causar angustia y mas dolor para Lorelei y para él.

“No te olvides que es mi esposa—puedo ser persuadido a entregarla, pero no perderé a mi heredero en el proceso.”

“¿Persuadido a entregarla? Esas no son las palabras de un hombre enamorado de su esposa y que cuida el futuro de su hijo.”

“Como te dije antes, ellos no son de tu incumbencia.”

Los hombres estaban parados nariz con nariz, los ojos de Chastain ligeramente por debajo de los suyos, listo para la confrontación Andrew tenía la obligación de empezar—si Chastain no lo hacia primero. “Yo puedo y cuidare de Lorelei y Peter mejor de lo que tú lo has hecho.”

“No harás nada de eso.” Chastain empujó a Andrew fuerte, y él tropezó con el caballo detrás de él. “Te mantendrás alejado de Lorelei y mi hijo. ¿Entendido?”

Andrew estuvo sobre él en un instante. Sus puños volaron por el aire y conectaron sólidamente en el mentón de Chastain, mandándolo hacia atrás. Aterrizó en la tierra compacta. “La única cosa clara en este momento es que te cuides sólo de ti—y que estas en posesión de algo que yo deseo.”

Una huella delgada de carmesí avanzó hacia el mentón de Chastain por su labio partido.

“Ponte de pie,” Andrew lo incitó, ya que esta podría muy bien ser su ultima oportunidad para arreglar esto como hombres, con sólo sus puños por armas. “Muéstrame que la mereces sobre mi.”

Barriendo la sangre con la parte de atrás de su mano, Chastain se puso de pie una vez más pero guardó distancia. “Esto es ridículo. No tengo razón para pelear por mi propia esposa.”

Andrew agarró a Chastain por su camisa, acercándolo una vez más. “Eso es correcto, ya la has perdido. Lo cual es una pena para ti.” Él miró al hombre una última vez. “No vales mi tiempo o su amor.”

Con una velocidad limitada de su frustración, Andrew liberó a Chastain y montó sobre su caballo esperando.

“¿Dónde vas?” Chastain gritó.

Andrew eludió su cabeza mientras cabalgaba fuera del establo. Había solo una persona que le preocupaba, y no tenía ni idea donde encontrarla.

Capítulo Veinticinco

El carruaje de alquiler se detuvo al borde de la acera con un tirón mientras Lorelei corría sus dedos a través del cabello alborotado. Su mano sacó unos pedazos de paja mezcladas. Rápidamente separó los pedazos que colgaron de su saco y zapatos durante su corta corrida. Afortunadamente, ella no se había acercado lo suficiente a De Pez para que la sangre no quedara en ella.

Un carruaje con el sello de Chastain sobre la puerta estaba aparcado en frente de ella. Se apuró a descender, cuidando no enganchar su vestido en los bordes expuestos, mientras agarraba el envase conteniendo los planos. Su cuerpo entero continuaba temblando por la conmoción de atravesar a De Pez.

“Regresaré con su dinero,” ella le dijo al conductor.

“Sabía que no era buena para esta tarifa,” refunfuño. “Nada buena, piojosa...”

Lorelei ignoró su discurso mientras se apresuraba por los escalones del frente. El mayordomo abrió la puerta mientras ella agarraba el picaporte. Ella fue forzada a retroceder cuando su marido salía.

“Lorelei, ¿que es lo que estás haciendo aquí?” él miró sobre su hombro al carruaje de alquiler estacionado detrás de su carruaje y miró de un lado a otro de la calle. El cuello del saco de Chastain estaba levantado, parcialmente cubriendo su cara. “Espero que hayas hecho los arreglos necesarios para tu vestuario.”

“Oh, si, lo hice,” ella balbuceó, habiendo olvidado porque había partido mas temprano.

“Vamos, señora. No tengo toda la noche.”

Lorelei giro hacia el conductor y levantó su mano, señalando que solo tendría que esperar un minuto más.

“¿Te importaría pagarle al conductor?” ella preguntó.

Chastain la miró desconfiadamente. “¿Porque estas con un carruaje de alquiler?”

“Me disculpo, pero estaba terriblemente hambrienta después de mi prueba. Caminé una cuadra o dos y encontré un salón de té para comer. Me perdí y no pude encontrar el coche que me estaba esperando.” Lorelei pensaba si alguien había notado su ausencia—aparte de la Sra. Dutton, por supuesto. “Espero que el conductor no esté todavía esperando mi partida de la modista.”

La confrontación con su padre, ¿había sucedido esta mañana? Y a la tarde ¿con Andrew? Parecía toda una vida atrás.

“No, no, Charles regresó hace horas.” Chastain paseó alrededor de ella y le arrojó unas pocas monedas al conductor. La solapa de su cuello se cayó un poco, revelando un labio cortado y una mejilla hinchada antes que fuera capaz de colocarlo en su lugar. “Creía que te encontraría en la casa del conde. De hecho, me encaminaba hacia allí ahora para buscarte.”

“¿Porque estaría allí?” ella preguntó, empujando el cilindro mas adentro en los fuelles de su saco, sintiendo que llamaría la atención de Chastain. La pregunta literal que estaba quemando por salir era por qué no la había buscado más pronto.

“Porque,” él se detuvo, dibujando sus próximas palabras como si fuera demasiado ignorante para entender. “Son tus padres—y si no estás en mi casa, ¿donde mas podrías haber ido?”

La pregunta sonó como una acusación, aunque nadie sabía que ella había dejado la modista para estar con Andrew y sólo había regresado después de unas horas en su cama.

Afortunadamente, Chastain no había notado la caja trabada contra su costado. Por meses ella había estado preocupada en pasarla por alto, por si no era de un gran tamaño.

“Déjame agarrar al pequeño Peter y te acompañaremos.” Ella no espero que el estuviera de acuerdo antes de entrar a la casa. “Estaré en un momento.”

“Muy bien, te esperaré en el carruaje.” Nuevamente, el miró alrededor, claramente nervioso. “Apúrate, tengo un lugar donde me gustaría llevarte.”

“Por supuesto.” Lorelei se lanzó sobre los escalones y dentro de la casa. Este Chastain buscaba que su presencia fuera para todos una sorpresa. No podía pensar a donde la estaba llevando, pero necesitaba estar afuera de la casa, y rápidamente, en caso que De Pez viniera por ella—o Peter. Pero primero, ella necesitaba esconder los planos para que nadie lo encontrara en su ausencia.

“Señora, Peter extrañó mucho a su mamá,” la Sra. Dutton dijo tan pronto como Lorelei cruzó el umbral.

Lorelei fue aliviada por las palabras de la Sra. Dutton. Habían pasado muchas horas discutiendo la difícil situación de Lorelei y su plan no le salía ni por casualidad.

“Sra. Dutton, Lord Chastain y yo nos llevaremos a Peter con nosotros. Por favor prepare nuestras cosas, partiremos inmediatamente.”

“Se ve un poco agotada, señora,” la Sra. Dutton observó. “Me había comenzado a preocupar cuando usted no había llegado antes de la cena. Puede ser que tenga que ir con usted y mi lord...para mantener un ojo sobre Peter. Usted sabe como a mi lord no le gusta que sea un bebé fastidioso.”

Lorelei deseaba a la mujer con ella, también.

“Usted sabe que ya tengo las cosas empacadas y listas en caso que necesitemos partir rápidamente.”

Ella se rindió a lo que realmente deseaba ante las palabras reconfortantes de la Sra. Dutton. “Todo bien, si. Iremos con Lord Chastain a ver al conde, luego partimos de la ciudad inmediatamente.”

“¿Y que planea decirle a su marido?” ella preguntó.

Lorelei pensó por un momento antes de responder. “Le diré que mejor viajare al campo y buscaré regresar.”

“Muy bien. Prepararé la valija de nuestro pequeño caballero y estaremos en camino.”

“Oh, lo conseguiremos.” Lorelei necesitaba un momento antes de enfrentar a su esposo. “Por favor, espéreme en el carruaje.”

Ella no se detuvo a esperar que la Sra. Dutton saliera por la puerta de frente antes de hacer una carrera loca por las escaleras. Examinando la habitación, Lorelei buscó algún rincón donde esconder los planos de la vista.

“¿Lady Chastain?” un sirviente la llamó desde el marco de la puerta abierta. “Mis disculpas, pero mi lord requiere su presencia inmediata en el carruaje.” El hombre tenía suficiente sentido para parecer abochornado de como le hablaba a ella.

“Bajaré de inmediato.” No había nada que pudiera hacer sino llevar los planos con ella. Ellos estaban seguros con su persona de cualquier manera.

“Me disculpo—” los ojos del hombre fueron directo al envase y un momento de pánico la invadió.

“No necesita disculparse.” Ella sonrió para asegurarle al sirviente que no la había enojado. “Sé mucho mas que la mayoría sobre la impaciencia de mi marido.”

Lorelei colocó el bolso de Peter cerca de su cuna y relleno el envase con pañales de tela y sonajeros. ¿Quién sospecharía que una gran nación podría joderse—a través de su mayor salida comercial—por un conjunto de papeles que fácilmente cabían en el bolso de un niño?

Nadie miraría dentro del bolso de un bebé, ella esperaba y corrió hacia afuera.

La Sra. Dutton estaba afuera del carruaje balanceando a Peter de un lado para otro.

“Él está un poco molesto,” ella murmuró cuando Lorelei se acercó. “El señor casi nos arroja del carruaje.”

Con Peter seguro en sus brazos, ella le señaló con la mano a la Sra. Dutton que entrara al carruaje.

“Señora.” La Sra. Dutton se detuvo. “Hay un hombre montado no lejos de la senda. Me ha estado observando.”

“¡Muévete de prisa!” su esposo se inclinó hacia fuera del carruaje y le gritó.

Ella arriesgó una mirada hacia la calle congestionada, bullicio de gente viajando aquí y allí por la noche. Sin duda, una figura oscura esperaba en las sombras unas pocas casas mas abajo. Lorelei no podía decir si la miraba o estaba solo merodeando. Seguramente, De Pez no se había recuperado tan rápidamente, aunque estaba bien entrenado y normalmente no se detenía ante nada durante sus misiones.

“Esperemos que no tenga este carruaje en su punto de mira,” ella habló entre dientes.

Trepó dentro del carruaje cerrado con la ayuda de un lacayo y se situó cerca de la Sra. Dutton y en frente de su esposo, quien echaba chispas por los ojos impaciente.

“Le agradezco que se uniera a nosotros, señora.” Sus palabras despreciativas cortaron la tranquilidad del carruaje. “Esperaría que entendieras que jugar al muchacho del recado con tus padres no es todo lo que he planeado para esta noche. Vamos.” Chastain le dijo al conductor con un golpe fuerte sobre la pared del carruaje.

Lorelei se sentó en silencio mientras el carruaje ganaba velocidad por las calles empedradas. Su esperanza era que esto terminaría pronto.

A través del carruaje, ella una vez más notó los moretones de Chastain, el labio cortado, aunque no se molestó lo suficiente en preguntar sobre esto. Sus nervios estaban aun agotados después de su confrontación con De Pez.

“¿Donde vamos?” ella preguntó, entregándole a Peter otra vez a la Sra. Dutton.

“Ya lo verás.” Chastain miró por la ventanilla como los aparejos de los caballos comenzaban a tintinear con su velocidad. “A su tiempo.”

Lorelei estaba hasta la coronilla de sus actos de indiferencia, parecía que no se podía controlar ella misma. “No me digas así. Pensé que estábamos

rumbo a la casa del conde. Demando saber donde nos dirigimos.”

Él le proporcionó una mirada helada. “Sé que quizás prefieres estar con tu amante, pero, como mi esposa, tú vas donde yo digo que vayas.”

“¿Mi amante?” Lorelei miró a la Sra. Dutton, quien estaba ocupada con Peter, antes de dirigirse a Chastain. “Es sumamente impropio hablar—”

“Ahora, es tu turno estar en silencio.”

“Entonces demando que te detengas y nos permitas salir,” ella exigió.

“¿Así puedes regresar con aquel cobarde?”

Lorelei hizo lo mejor para verse confundida; como si no tuviera idea de que hablaba.

“¿Pensaste que no me enteraría?” Chastain se sentó hacia adelante, mirando directamente hacia ella. “Me casé contigo para que el no pudiera tenerte. ¿Y te las arreglaste para darle lo que es mio? Y aquel niño...”

“¿Que? Dice lo que quieras de mi, pero no de tu hijo.”

“¿Mi hijo? ¿Cómo voy a saber si no es el bastardo de Drake?”

Las manos de Lorelei agarraron ávidamente su vestido, enrollando la tela para tratar de no lanzarse contra Chastain y arañarle sus ojos.

“¿Cómo te atreves—”

“¿Como me atrevo yo, Lady Chastain?” él gritó. La Sra. Dutton se encogió al lado de ella y su mano fue a descansar sobre el muslo de Lorelei para calmarla. “Cualquier hombre en mi posición se haría la misma pregunta.”

“¿Pero tú has tenido placer también en otras partes!” sobresaltada por los empujones del carruaje, Lorelei se asomó por la ventanilla, dándose cuenta recién ahí a que velocidad viajaban.

“Ese es mi derecho,” él dijo de pronto. “Hasta que no hagas un heredero no tendrás esa libertad.”

Finalmente, ella se dio cuenta que su ira no venia por su infidelidad, sino por la cuestión de si Peter era o no su verdadero heredero.

Ella podía al menos darle a él un poco de paz. “No te agobies, Peter es tu hijo. Andrew y yo nunca intimamos hasta después del nacimiento de Peter.”

Él se inclinó por la ventanilla mirando hacia atrás de su carruaje antes de gritarle al cochero que se apurase.

Acomodado una vez más, otra vez contradijo lo que ella creía que se escondía detrás de su ira. “¿Piensas que me importa quien es el padre de la criatura? Es sabido por todos que la mitad de las mujeres de Londres tienen chicos con hombres que no son sus esposos. Si un hombre dice que no tiene un bastardo corriendo por Londres, entonces es un maldito tonto.”

“Entonces, ¿es Andrew específicamente del que tienes motivos en contra?” el carruaje aminoró la marcha y tomó una esquina, el camino pasó de ser empedrado a surcos de tierra juzgando por los rebotes de las ruedas de madera contra el suelo. “Eso deja solo una pregunta.”

“¿Y cual sería?”

Ella tuvo que gritar sobre el sonido del carruaje y el llanto repentino de Peter. Deseaba preguntarle porque la había abordado en *Covent Gardens* aquella noche, pero pensando que él iba a responder solo una pregunta, ésta era la más pertinente de las dos. “¿Porque te casaste conmigo en primer lugar?”

“Porque,” gritó, acercándose, “Andrew te deseaba. ¡Y yo no pude permitir que mi mejor amigo corriera felizmente enamorado, dejándome detrás!”

Lorelei retrocedió en absoluto asombro, sin desear saber nada mas acerca del hombre despechado con el que se habida casado.

Capítulo Veintiséis

Andrew maniobró su semental a través de las calles congestionadas con miembros de la alta sociedad en camino a un baile o a la ópera o a una obra. Todo sin importancia, búsquedas sin importancia comparadas con la suya.

Mientras giraba la última esquina, la casa de Chastain entró en su visión. Él observó a un sirviente que ayudó Lorelei entrar al carruaje que esperaba. Ella miró alrededor antes de entrar. El sirviente movió su mano hacia el conductor, y el carruaje partió.

El espoleó su caballo a una velocidad mas fuerte y zigzagueo pasando a los coches más lentos. Le desagradaba pensar que podría ser atrapado aquí y tener que observarla partir—nuevamente.

Su única esperanza era que Chastain no había hecho esto allí delante de él, ya que había un sin numero de cosas graves que él podía decirle a Lorelei para ponerla contra él y su amor.

“¡Lorelei!” su grito se perdió en el sonido de las ruedas de los carruajes y los cascos en la calle empedrada.

Mantuvo su paso tan rápido como le fue posible, tratando de ganar en la corriente de otros carruajes y caballos. Mientras el carruaje continuaba ganando distancia de él, Andrew ponía riendas a su semental hacia la derecha y dentro del sendero que pulcramente bordeaba el camino. Había pocos caminantes a esta hora del día así que era capaz de conseguir que su caballo fuera a un galope rápido, lo suficiente para acercarse a alguna distancia sin poner en riesgo a nadie que pudiera encontrar en su camino.

“¡Lorelei!” Andrew movía su mano libre mientras se sostenía firmemente con la otra.

Se las arregló para aventajar a un vagón enorme lleno con mercaderías del mercado justo cuando alguien se inclinaba hacia afuera en la ventanilla del carruaje de Lorelei.

En vez de aminorar la marcha cuando la circulación disminuyó, empujando hacia el costado de la calle para esperarlo, el conductor empezó a dar latigazos y conduzo a las dos yeguas aparejadas al carruaje a más velocidad. Hecho para viajes de lujo, el transporte no estaba construido para velocidad o agilidad.

Con el camino adelante de él vacío, Andrew insto a su caballo a correr en el suelo llano, temiendo que su semental se torciera un casco, pero sabiendo que si perdía de vista a Lorelei ella podía ir a cualquier lado y le llevaría un tiempo precioso perseguirla.

“¡Tenga Cuidado!” un mercader detrás de una carreta gritó cuando Andrew pasó volando cerca de él.

Había pasado al vendedor y otra casa mas abajo cuando los gritos del hombre salieron totalmente de su boca.

El carruaje de Lorelei dio brincos en la calle, las dos ruedas traseras dejando el suelo y aterrizando una vez más con un ruido muy fuerte.

El conductor estaba llevando el carruaje más allá de sus capacidades o la de los caballos.

Finalmente, Andrew notó que el conductor desistía sobre las riendas, aminorando suavemente la velocidad de los caballos cuando una intersección entró en su visión no muy lejos adelante. Carruajes, caballos con carros, y peatones caminaban por la calle en todas direcciones, muchos sin parar ante el tráfico que pasaba.

En el cruce de la calle, el tráfico irrumpió. Con un tirón de ultimo momento, el coche de Chastain viajaba alocadamente a la izquierda de la calle, dejando a Andrew del lado opuesto, peleando con el fluido de la calle para seguir y mantener el paso.

El observó sin esperanza como el carruaje de Lorelei aumentaba nuevamente su velocidad hacia abajo en la calle en su mayoría desierta.

Sacó su atención del carruaje lo suficiente para andar con cuidado por un pasillo a través del camino abarrotado y en el costado de la calle. Dos cuadras mas adelante, el carruaje aminoró su marcha una vez más e hizo un errático giro hacia un área con almacenes alineadas.

El camino del conductor era imprevisible, conduciendo hacia ninguna parte que Andrew pudiera entender. Si Lorelei buscaba dejar la ciudad, ella no debería encaminarse hacia el distrito de las bodegas en las dársenas.

Lo que lo preocupaba mas era el paso peligroso que el conductor había establecido.

Una vez libre de la intersección superpoblada, el corrió hacia la próxima curva. Su caballo era más que capaz de atrapar el carruaje de Lorelei si nadie se cruzaba en su camino.

“Vamos,” él alentaba al caballo.

Aminoró la marcha suavemente en la próxima curva y se inclinó sobre el cuello del caballo al mismo tiempo que un ruido ensordecedor hacia eco a través de los edificios altos, ganando volumen mientras él se aproximaba.

Lo que fuera que hubiera causado el sonido era justo a la vuelta de la próxima esquina.

Nadie trabajaba en el distrito de las bodegas después del crepúsculo, el costo de las velas de cera era muy alto para cualquier hombre de negocios.

Andrew giro en la última esquina—y bajó de su caballo antes que bajara a una velocidad razonable.

Ante él, el carruaje de Lorelei estaba tendido sobre su costado. Huellas del patinazo en la calle sucia marcaban el lugar donde estaba encajado contra un edificio. La pareja de yeguas perfectas que habían empujado el vehículo corrían a alta velocidad por el camino, sus arneses aun estaban atados y arrastrando la lengüeta del carruaje tras de sí.

Andrew dejó las riendas de su propio caballo y corrió hacia el carruaje volcado. El cochero había sido arrojado de su lugar en lo alto y estaba tendido sin moverse a unos pocos metros del accidente.

Andrew vociferó sobre el costado del carruaje, esperando llegar a la puerta o al menos a la ventanilla, la cual señalaba hacia el cielo. Su único pensamiento era que Lorelei estaba adentro—posiblemente gravemente herida.

Se subió fácilmente, luego se deslizó sobre su estomago a través del carruaje dado vuelta. Andrew se aseguró de que el marco del carruaje no colapsara, causando un daño mayor.

Mirando alrededor, buscó que alguien lo ayudara, pero todo lo que vio fueron las partes posteriores de las bestias escapando que una vez habían empujado el coche. Ni siquiera el sonido de sus cascos golpeando podía ser escuchado a tan gran distancia.

Frenéticamente, se dio cuenta que estaba solo—y solamente el silencio sonaba desde el carruaje cerrado.

El hizo su camino hacia la luneta trasera y espió adentro.

“Lorelei,” él gritó, aunque estaba a unos centímetros de ella.

Fue entonces que un bebé lloró y una mujer se lamentó, como si el tiempo se hubiera detenido, los ocupantes del carruaje estuvieron congelados hasta que el gritó su nombre.

Mirando fijamente, él esperó que sus ojos se ajustaran a la oscuridad profunda del interior del carruaje.

No había visto entrar al carruaje a nadie mas que a Lorelei. Nunca había pensado que Peter podría estar con ella. Su corazón dolía por el daño que podía encontrar adentro. No podía descender en la oscuridad por temor de bajar sobre Lorelei o su hijo.

“Señor.”

Un grupo de hombres había aparecido a lo largo del carruaje volcado. Dos entornaban los ojos hacia él mientras que uno se acuclillaba ante el cochero.

“¿Hay alguien adentro?”

Andrew no se molestó en contestar la pregunta del hombre, ya que los gritos del bebé podían aun ser escuchados.

“Deme su antorcha,” él ordenó, aferrándose al largo extremo de madera, cuidando de no tocar el carruaje con este, e inclinándose mas cerca de la apertura. La nueva luz formo un resplandor en el interior, y Andrew fue capaz de ver a Lorelei inmóvil adentro, sus ojos cerrados y un rastro de sangre bajando por su cara. Una mujer mayor se tendía en el lado opuesto, sus ojos se agitaban. En sus brazos, ella sostenía un bulto que daba alaridos. “Rápido, écheme una mano.”

Uno de los hombres trepo sobre el costado próximo a él y lo ayudó a descorrer el cerrojo de la puerta y levantarla hasta abrirla.

“Andrew,” la voz débil de Lorelei lo llamó. “Por favor, ayude a Peter.”

Capítulo Veintisiete

“Por favor, ayude a Peter,” Lorelei dijo a través de su sufrimiento. “Sra. Dutton, ¿lo cuidará como planeamos?”

“La ayuda está aquí.” Las palabras de la mujer eran pocas claras. “Estaremos todos bien, ya lo verá.”

Lorelei no podía decir qué la inmovilizaba, solo que vino a través de la ventana y el dolor venía de su estomago. Ella corría sus dedos a través del objeto de madera en forma de bastoncillo.

La ironía de la escena no estaba perdida para ella: solo un momento antes, ella había empalado a De Pez de la misma manera que ella estaba ahora. Había sido loca e imprudente al pensar que había sido De Pez quien perseguía al carruaje, cuando de hecho había sido Andrew. Había venido por ella, aun después de todo.

Y una vez más, se escapaba de él.

Y Peter estaba fuera de su alcance. Ella le agradecía a Dios que la Sra. Dutton había insistido en sostener a Peter durante el viaje en carruaje. Sus gritos podían ser escuchados por encima de los hombres tratando de enderezar el carruaje.

Por debajo de ella, Chastain no se había movido, no mucho más que la expansión y contracción de su pecho. Estaba casi como ausente. Ella solo tuvo un momento de desesperación por la intervención en su muerte, ya que tenía el tiempo de vida para verlo.

“Pero si yo no me salvo, tome a Peter y váyase. ¿Todavía tiene el anillo que le di?” ella murmuró, recordando la pesada banda de bodas que Chastain le había dado en su casamiento.

Andrew se estaba preparando para descender dentro del carruaje y ella solamente tenía un momento. Cuando Dutton asintió, Lorelei continuó. “No confíe en nadie—ni en mi familia, en nadie. Si yo mejoro lo suficiente, la encontraré en la casa de su hermana como planeamos. Si no, por favor cuide bien de mi hijo.”

Su focalización se nubló y ella restregó sus ojos. Su mano retrocedió cubierta en su propia sangre caliente.

“Andrew,” ella lo llamó nuevamente antes de que fuera demasiado tarde.

“Por favor, ayude a la Sra. Dutton y a Peter.” Intentando llevar más aire a sus pulmones.

Ella sentía que el carruaje se bamboleaba mientras su pie se apoyaba no lejos de donde ella estaba atrapada. El interior del carruaje, aunque aparentemente limitado momentos antes, ahora se sentía mas grande que su dormitorio en la casa de Chastain.

Una luz débil venía de arriba de ella, permitiendo suficiente iluminación para que ella viera a Andrew tomar a Peter en sus brazos mientras la Sra. Dutton gateaba sobre sus pies indecisos. Ante los ojos de Lorelei, la mujer fue levantada por la puerta abierta mas arriba.

“Andrew, déjemelo ver,” Lorelei suplicó.

“Cuando la tenga aquí afuera, habrá muchísimo tiempo para eso.”

Ella estaba tendida allí sin esperanzas mientras Andrew le entregaba a Peter a un grupo de brazos fuertes. El bebé continuaba llorando, aunque mas suave ahora.

Andrew se arrodilló al lado de ella y ella vio la angustia en su cara. “Lorelei, ¿mi amor?”

“Estoy aquí.”

“¿Por qué se escapó de mí?”

“No escapaba de usted...” ella sabía que su tiempo era limitado. “Andrew, ¿ve un bolso?”

“No me preocupa ningún bolso—”

“No, debe encontrarlo.” Ella deseaba desesperadamente que él entendiera la importancia. “Por favor, llévelo con usted y guárdelo en un lugar seguro—y escondido.”

“Shhhh,” él se inclinó más cerca y murmuró. “La tendremos fuera de aquí pronto.”

Él apoyó su mano sobre su frente para calmarla.

“Alguien, apresúrese y entre aquí. Tenemos más gente.” Su grito fue acompañado por un movimiento repentino fuera del carruaje.

La barra se movió mas profundo a través de ella, amplificando su dolor.

“¿Consiguió el bolso?” ella habló con voz áspera.

Andrew finalmente cedió ante su deseo y miró alrededor del carruaje. “Si, aquí está.”

“¿Está la caja—” sus palabras se trabaron en su garganta y ella se movió. “...adentro?”

Él no respondió inmediatamente, ya que debía estar buscando el bolso. Finalmente, él tuvo la caja en su línea de visión. “La tengo, ahora permanezca tranquila y quieta. Se lo pido.”

Ella deseaba gritarle que abriera sus ojos. Estaba atrapada, una barra de madera atravesando su costado. Aunque no pudiera ver por debajo de ella misma, sabía que sus heridas eran considerables, y ningún movimiento o empujón del carro la liberaría.

El dolor era mas de lo que ella podría haber imaginado, salía en forma radial desde su parte central hasta la punta de sus dedos, llevando el dolor a su cabeza.

Deseaba decirle adiós a Peter, sostenerlo por ultima vez—aunque, Lorelei nunca deseó que el único recuerdo de su madre estuviera teñido de rojo.

Al menos la Sra. Dutton sabía que hacer: ella ya estaría alejando a Peter del choque y esperaría a Lorelei. Si las cosas ocurrían como ella temía, estaba segura que la niñera tenía todos los medios para sacar a Peter de Londres y hacia la casa de su hermana, lejos de Francia y de los padres de Lorelei—y de los planos que habían controlado su vida.

Capítulo Veintiocho

Sus ojos se abrigaron y su respiración se volvió cada vez más superficial y penosa.

“La tendremos reunida con Peter muy pronto, mi Lorelei.”

La imposibilidad de la situación lo sacudía en el alma. Lorelei se estaba desangrando ante sus ojos—la sangre llenaba sus pulmones—y la única maldita cosa que él podía hacer era reconfortarla que todo estaba saliendo bien, aunque él sabía muy bien que en realidad no saldría caminando del accidente.

Pero ella debía sobrevivir—si él podía convencerla, quizás podía convencerse él mismo, también. Cualquier futuro sin ella era inimaginable.

El carruaje se sacudió, y un hombre le gritó. “¡Subamos al próximo!”

“Vaya, Andrew,” ella dijo, cerrando sus ojos como si la energía para mantenerlos abiertos se hubiera ido. “Por favor...sepa que...yo lo amaba.”

¿Amaba?

“No estoy preparado para dejarla ir,” él se ahogó. “Permanezca tranquila y conserve sus fuerzas.” Recién ellos se habían entregado el uno al otro, aunque Andrew le había pertenecido a ella por mucho tiempo.

“Pero usted debe...” ella inhaló profundamente, el fluido en sus pulmones hacía imposible que consiguiera respirar por completo. “...dejarme ir.” Ella apretó su mano, la presión de su agarre apenas se notaba. “Debe prometerme...que tomara esa caja, la mantendrá cerca...”

Ella se detuvo una vez más, sus ojos cerrados.

Andrew se inclinó hacia adelante y apoyó sus labios suavemente sobre cada párpado cerrado, con la esperanza de darle fuerza para continuar.

“...y destrócela tan pronto como esté a solas.”

“¿Porque?” él preguntó.

“Solo haga lo que le pido.” Con la pequeña luz que penetraba en el carruaje cerrado, Andrew vio un delgado hilo carmesí deslizarse por la esquina de su boca y mojar su camisa. “¿Y Andrew?”

“¿Si?”

“No confíe en nadie...menos con esto.” Las palabras eran poco menos que un susurro, y temía no haberla escuchado correctamente. “Debe irse, alejarse de aquí.”

No la podía dejar. No ahora, aunque sabía que estaba siendo egoísta, como siempre lo había sido. Lo correcto sería avisar a su familia. Tal vez ellos llegaran antes de su último aliento. Pero los momentos que llevaría enviar por ellos, sería menos tiempo para estar juntos, y Andrew no perdería un segundo.

“No la puedo dejar.” Él llevó sus manos a su boca y besó sus dedos suavemente—estaban demasiado fríos y resbaladizos por su sangre. “No ahora, cuando usted más me necesita.”

Para él, el tiempo se detuvo. Él no estaba agachado en un carruaje dado vuelta, el hombre de arriba no estaba gritando para llamar su atención, y sobre todo, Lorelei no estaba tendida casi sin vida en sus brazos, su color mortecino mientras la vida se retiraba de su cuerpo roto.

Él la miró, sus ojos cerrados. ¿Se le había pasado el dolor?

Realmente era la criatura más hermosa que él había visto alguna vez, y que volvería a ver. Sacó el cabello de su cara y corrió sus dedos por sus cejas. Debía ser así como se veía en sus sueños, completamente en paz, él se dio cuenta. Su cara falta de preocupación, dolor, y enojo—dejando sólo una línea de mandíbula perfecta, nariz respingona, y labios besables como capullo de rosa. Su cara no tenía más el color profundo de su nacimiento francés, pero había comenzado a volverse de un gris deslustrado. Ella permanecía tan pacíficamente como lo había hecho en su cama, solamente horas antes.

“La amo.” Él no sabía que más podía decir. La amaba, lo había sabido hacia mucho tiempo, aunque las palabras sonaban sin sentido en las sombras de semejante tragedia. “Sólo deseaba que fuera feliz. Siento haberla acosado así. Nunca soñé que no tendríamos el futuro—nuestro futuro.”

Él estaba divagando. Sus palabras caían en cada uno en un intento de compartir el valor de los sentimientos de un año en los pocos momentos que les quedaba juntos.

Y había demasiado que el deseaba escucharla decir.

“Cuidare de Peter, tiene mi palabra,” él murmuró. Chastain, su mejor amigo, permanecía inmóvil debajo del lugar en que Lorelei estaba clavada. No se había movido; no había agitación en sus ojos, no había gemidos de agonía, ni siquiera su pecho se movía con respiración poco profunda. “El no necesitará nada. Todo lo que tengo será suyo: mi amor, mi hogar, y mi título.”

Los ojos de Lorelei titilaron ante su declaración. “No puede ser—” ella se detuvo, sus parpados comenzaban a pesar para mantenerlos abiertos, “—por usted.”

“Shhhhh.” Confundido, él se inclinó y apoyó sus labios en los de ella. “Sólo descanse.”

“No, yo...debo...decirle...todo.”

“Ya hemos pasado por esto, mi amor. No la culpo por todo lo que ha sucedido. Hizo lo que debía.” Él necesitaba que ella supiera que entendía, y que no lo fastidiaban las decisiones que estuvo presionada para tomar.

“Andrew, mi familia...y yo no estamos aquí por el asunto...que usted piensa.” Las palabras se derramaron como si supiera que si no salían ahora, y rápidamente, pronto sería incapaz de decir nada.

Lorelei tosió y más sangre corrió por sus labios. “Estábamos aquí para...obtener la caja que está dentro del bolso...que usted ahora sostiene.”

Él miró al bolso que sostenía. Había asumido que adentro estaban las cosas de Peter, las cosas que él necesitaría si Lorelei no sobrevivía.

“Por favor, tómelos. Quémelos. Manténgalos alejados de mi hijo.” Ella tosió una vez más y él vio su energía restante escapar de su cuerpo. “No son seguros, ni aun con usted. No le causarán mas que amargura, como hicieron conmigo.”

“Pero—”

“Andrew.” Sus ojos color musgo lo miraron intensamente. “¿Me negaría mi último pedido?”

“Nunca, Lorelei. Nunca le negaría nada; ayer, hoy...y por siempre. No le negaría nada, mi amor.”

“Siento...siento involucrarlo.”

Con un último esfuerzo, Lorelei expulsó un profundo suspiro—y se fue de él. Su cabeza cayó hacia un costado y la mano que lo agarraba se aflojó.

“¡Vamos, señor!” un hombre gritaba desde lo alto del carruaje.

Finalmente, Andrew no pudo ignorar más las voces sobre él.

“No queda nadie mas.” Ella se fue—su razón para...todo, se fue. “Ayúdenme a subir.”

Los hombres levantaron a Andrew de los desechos hacia la vista de una docena de personas juntas alrededor.

Un hombre corrió hacia él llevando un bolso, su cabello y anteojos torcidos. “¿Está herido?” preguntó.

Andrew miró hacia abajo. En la luz de la lámpara y el brillo de muchas antorchas, él pudo ver que su saco y camiseta estaban saturados con sangre—la sangre de Lorelei.

“No.” Andrew pasó al lado del hombre sin otra palabra, el bolso que Lorelei le había dado asegurado debajo de su brazo. “Pero por favor revise al niño.”

“¿Niño, su señoría?” el hombre preguntó.

“Si, él y su niñera fueron retirados del carruaje un momento atrás.” Andrew giro hacia un trabajador de la darsena que estaba ayudando al cochero a ponerse en pie. “¿Dónde fue el niño?” él le gritó.

El hombre miró a un lado y otro de la calle. “Ellos estaban allí hace un momento.”

Andrew buscó en la multitud que crecía a la sirvienta robusta y a Peter, pero no estaban por ningún lado. La multitud comenzó a diluirse cuando el interés en el accidente decreció, y el único trabajo que quedaba por hacer era enderezar el carruaje.

El gentío estaba alborotado con las noticias de la pareja que estaba adentro. “¿Es verdad que Lord y Lady Chastain fallecieron adentro?” alguien le dijo. Él ignoró las preguntas y se mantuvo moviéndose en la multitud. Subiendo y bajando por la calle—revisando callejones, rincones, y umbrales. Pero ellos no estaban por ningún lado.

Le habían dado una tarea, y era incapaz de cumplirla. Peter había desaparecido.

Lorelei le había pedido que se fuera tan lejos como fuera posible, destruyera lo que fuera que estaba en el bolso que estaba en su hombro, y no que buscara a su hijo. ¿Pero como no lo haría?

Peter era todo lo que había quedado de su Lorelei.

Él no estaba seguro si una fina neblina había comenzado a caer o si la humedad que mojaba su cara era de sus propios ojos. En un abrir y cerrar de ojos, él había perdido todo.

Sus meses de hacer hincapié en que hacer sin Lorelei parecían sin importancia ahora. Ella había estado viva—viviendo con otro hombre, verdad, pero viva. Ahora, se había ido. No importaba cuantas horas pensara lo que podría haber sido, nunca sería.

No, él había sido dejado con esta caja y...

Aun no había comenzado a trabajar sobre el pensamiento de que Chastain había usado su cuerpo cuando ella no lo había permitido. Todos estos meses de odiar a su mejor amigo y Andrew ni siquiera había conocido las profundas decepciones de Benji. El deseo de desgarrar al hombre costilla por costilla habían sido fuertes, pero su necesidad de amar a Lorelei había sido mas fuerte,

sabiendo que el tiempo habría llegado cuando se hubiera ocupado de Chastain. Pero primero, había necesitado tenerla, salvarla, cuidarla.

No había estado allí para protegerla aquella noche en *Covent Gardens*.

Y había fallado de mantenerla segura una vez más.

Andrew no la merecía, ni a Peter.

¿Y había sido una espía? Él solo no podía creer sus palabras. Su tarea de tomar y destrozar lo que quisiera que hubiera en la caja parecía descabellada al extremo.

Con un pensamiento rápido, Andrew se apuró hacia su caballo con un nuevo destino en mente—pero primero, necesitaba hacer una parada.

Capítulo Veintinueve

Después de detenerse en su casa de ciudad a esconder la caja adentro y ordenar a sus sirvientes que cerrasen todas las puertas y ventanas, Andrew una vez más montó en su caballo y partió hacia el único lugar en el que podría encontrar repuestas. No había otro lugar adonde ir—y quizás, encontraría a Peter, también.

La noche lo cercaba, los carruajes hacia tiempo que habían regresado a sus patrones a sus casas a pasar la noche. Andrew cabalgó como si el fuego del infierno estuviera mordiéndole sus talones. Si todo fuera verdad, su oportunidad para encontrar claridad en todo lo que había sucedido podía, en este mismo momento, estar escapándose de su agarre.

Deteniéndose ante la casa del conde, vio que solo unas pocas velas podían ser vistas iluminando varias habitaciones. Podía ser que el conde y su esposa estuvieran dormidos, o que hubieran partido de prisa. Si ellos supieron de la muerte de su hija y la desaparición de su nieto, seguramente estarían despiertos y lamentando su pérdida—o buscando en cada callejuela de Londres a su bebé.

Estarían desesperados con amargura, como Andrew estaba en este momento. Seguramente ellos también estarían buscando respuestas a esta tragedia.

Así es, al menos que ellos supieran los secretos de Lorelei—posiblemente compartían su engaño. Pero aun así se acongojarían por su muerte.

Desmontó de su caballo y subió los escalones del frente de a dos a la vez.

Su puño sobre la puerta hizo eco dentro de la casa tenebrosa como si no hubiese nada, como si estuviese desocupada, habitaciones vacías.

Cuando nadie vino a la puerta, Andrew agarró la manija y empujó, listo para tirar abajo la puerta solida si aquello significaba obtener la entrada y posibles respuestas. Pero no fue necesario, porque se abrió por su propia voluntad, no estaba cerrada con llave.

Parándose adentro, Andrew escuchó.

Esperaba escuchar los llantos de un bebé herido.

Esperaba escuchar el suave cantar de una niñera calmando un inocente.

Después de un momento, aun no escuchaba nada.

Calmando su respiración e intentando detener la carrera de su corazón, escuchó una vez más. Pasos podían ser escuchados moviéndose en algún lugar de la enorme casa. Andrew se concentró, dándose cuenta que los sonidos venían de arriba.

Voces enojadas discutían de acá para allá en francés, confirmando que quienquiera que estuviera aquí estaba en el segundo piso.

Andrew corrió escaleras arriba. Una alfombra gruesa enmudeció su acercamiento. Una luz venía de una habitación al final del pasillo—la misma ventana iluminada por luz de vela que el había visto desde afuera.

“¿Escuchaste eso?” Andrew sabía suficiente francés para descubrir la pregunta.

“Estas escuchando cosas.” La voz del padre de Lorelei era inconfundible. “Si él hubiera sabido algo hubiera estado aquí o no hubiera venido.”

Andrew se detuvo no lejos de la puerta agrietada. Adentro, los padres de Lorelei se apresuraron—un par de piernas inclinadas en el piso podían ser vistas no lejos de la cama.

“¿Donde piensas que fueron?” si uno no se concentraba en lo que estaban diciendo, la naturaleza estridente de las palabras de la condesa no serían comprensibles.

“Si yo sabía esto, hubiéramos partido a esta altura.” La voz profunda del conde tronó a través de la habitación. “Ella puede tenerlos con ella—y haber escapado, dejándonos para encargarnos de las cosas.”

“Oh, Mathis,” la condesa gritó. “Lorelei nunca nos defraudaría, ¿no es verdad?”

“Ella no es más nuestra preocupación. Tu hija nos ha abandonado.”

“Nunca lo haría,” la pobre mujer gemía.

¿Ellos pensaban que Lorelei lo había abandonado? Andrew deseaba decirles la verdad, pero vacilaba en entrar en la habitación.

Sonó un quejido.

“Tranquilo,” el conde le siseó al hombre en el piso. “Si te rehúsas a contestar mis preguntas, entonces permanece en silencio y acepta tu destino.”

Andrew se dio cuenta que Lorelei había tenido razón acerca del conde y la condesa.

“Busquemos. Si hay algo que encontrar es con ella o aquí. Lorelei sería una tonta si retuviera los planos en la propia casa de Chastain.”

“¿Pero porque los traería acá y no nos diría nada a nosotros?” la condesa sonaba cerca del ataque de histeria.

“Quizás nuestra niña supiera que pronto estaría partiendo de Londres.”

Andrew aplaudió su propia premonición de dejar la caja en su casa antes de continuar. Él se había arriesgado a perder al conde, y posiblemente a no ver nuevamente a Peter, pero Lorelei había estado cargando lo que ellos buscaban con ella, no el hombre tendido en el piso cerca de su fallecimiento.

Cajones que se abrían y cerraban, y el crujido de los resortes de una cama podían ser escuchados adentro. “Debemos partir. Alguien buscará a De Pez pronto, o los sirvientes regresarán y lo encontrarán. Quizás Lore hizo algo inteligente desapareciendo; fuimos enviados a cometer una tarea de tontos. ¿Cómo sabemos siquiera que los planos aun existen, o que Bonaparte nos perdonará la vida si fallamos?”

“Eso no es nuestro problema, Camille,” dijo el conde. “Nos dieron una misión, y fallamos.”

Andrew había escuchado suficiente. Los padres de Lorelei deseaban sacarla de sus propias vidas. Estaba claro que nadie había ido a avisarles del accidente, y Peter ciertamente no estaba dentro de la casa.

Quieto, Andrew escuchó, aunque debería estar fuera y de regreso en su caballo buscando—había una gran posibilidad que Peter estuviera gravemente herido. Su niñera podría haber, en su ofuscación, vagabundeado y haberse perdido.

Andrew empujó la puerta, revelando un dormitorio femenino. Cepillos de cabello, ropas, y cintas estaban desparramados. Las sábanas de la cama sacadas del colchón de pajas que estaba en un rincón. El vestidor había sido vaciado por completo de pertenencias, también, y ahora estaban apiladas en el piso y las mesas.

La condesa aulló como una mascota atemorizada cuando él se detuvo dentro de la habitación y miró al hombre tendido sin movimiento en el piso.

El conde estuvo instantáneamente en guardia. “¿Qué está haciendo adentro de mi casa? Llamaré al magistrado inmediatamente.”

Por una vez, Andrew supo que tenía la ventaja. “Oh, yo sazonaré al buen magistrado con cuentos de espías franceses y espionaje—sin mencionar al hombre sangrando hasta morir allí en el piso.”

Todos miraron al charco de sangre que probablemente se había colado a través de las tablas de entarimado.

El hombre le era familiar—había sido el que dejaba la casa de Lorelei no hace mucho tiempo atrás. ¿Le había dicho ella quien era o como lo conocía?

“Lorelei me lo contó todo,” él dijo, aunque casi no sabía nada. “Dígame, ¿que busca?”

“No es de su incumbencia,” el conde dijo en inglés. “¿Dónde está Lorelei?”

Nadie se movió, mientras se evaluaban unos a otros. La condesa parecía lista para saltar sobre el hombre en el piso, rodearlo, y escapar. El conde lo miraba y miraba el área alrededor de él. Fue entonces cuando Andrew notó la cuchilla agarrada ávidamente en su mano, probablemente usada sobre el hombre en el piso.

Andrew debería haber encontrado su propia arma antes de subir las escaleras. Pero él no estaba aquí para dañar a nadie, y definitivamente no permitiría que nadie lo dañara. Había visto demasiada muerte y sangre para que alcanzara para toda una vida.

Fue en aquel momento que el conde notó las manchas oscuras que saturaban los pantalones de cabalgar de Andrew. “¿Está cubierto en sangre?” Extraño que él se preguntara por la sangre que cubría a Andrew, pero no mirara el cuerpo tendido en el piso, los ojos del hombre mirando sin vida hacia el cielorraso.

Pero Andrew estaba aquí para respuestas, no para darlas. Ignorando al conde, preguntó, “¿Por qué Chastain?” él no había pensado demasiado en esto hasta ahora. Ellos habían elegido en realidad a Chastain por una razón, y Lorelei había dicho que se sentía responsable por lo que Chastain le hizo.

“Ah—entonces usted sabe, pero no todo. Ella ha escapado—lo usó y lo eliminó—y usted piensa que le daremos respuestas.”

“Lorelei no me eliminó.” Su actitud defensiva fue escuchada por todos en la habitación. “Nos amábamos.”

“¿Es lo que ella le dijo?” Él hombre rio. “Lorelei no entrega sus emociones tan libremente. Ella ha sido bien enseñada.”

“Quiere decir *entrenada*.”

El conde se encogió de hombros. “Si eso es lo que le gustaría creer, pero no veo razón para andarse por las ramas. ¿Qué desea?”

Andrew entro a la habitación, dejando la pregunta del conde colgada sin ser respondida.

“¿Vino aquí a buscarla? Como puede ver, ha traicionado a su familia, también.”

“Nunca digas eso, Mathis,” la madre de Lorelei dijo.

“Es—”

“No,” Andrew los silenció. Su necesidad de respuestas lo abandonó. “Yo sé exactamente donde está Lorelei. Vine aquí buscando algo mas, pero veo que no lo encontraré.”

“¿Usted sabe donde está ella?” la condesa preguntó. “Por favor, díganos donde. Debemos encontrarla y dejar Inglaterra.”

Andrew sintió pena por la mujer, dándose cuenta que no podía ocultar esto de ellos—ellos eran sus padres y debían, en algún punto, tener algún cariño por sus descendientes. Ahora, él solamente quería encontrar a Peter—y comenzar a procesar todo lo que había sucedido.

“Si sabe donde está Lorelei, díganos.” El conde lo amenazó, pero todo lo que Andrew escuchó en sus palabras fue alivio.

“Ella está en el distrito de las bodegas en la dársena.”

“¿Se esconde de De Pez?” Camille miró nerviosa al hombre en el piso. “Ella debe saber que él no es más una amenaza para su seguridad.”

“No, ella no tiene nada que temer ahora.” Había carácter definitivo en su voz.

Camille entendió sus ropas sangradas, y el conde lo miró intensamente a sus ojos.

“¿Está herida?” preguntaron al unísono.

Su desesperación era clara. Fue solo entonces que él se dio cuenta que se interesaban más en su hija más allá de su misión.

“Se fue.”

“¿Sé fue? Pero usted dijo que estaba en el distrito de las bodegas.” Desconcertada, Camille se movió hacia la puerta, sus palabras venían en una mezcla de inglés y francés. “Debemos ir hacia ella, Mathis. Encontrar una salida de esto para todos nosotros.”

“Si, deben ir hacia ella, pero ella ha encontrado su propia salida,” Andrew dijo.

“¿Que quiere decir, muchacho?”

“Su carruaje...estaba viajando demasiado rápido—la esquina era demasiado cerrada, y el conductor no estaba preparado.”

“¿Que está diciendo?” Camille una vez mas sucumbió ante sus lágrimas. “¿Es esa la sangre de Lore sobre su persona?”

Andrew no podía detenerse a decirles que él había sido la causa del accidente. “Si. Estuve al lado de ella para acogerla en sus últimos momentos.”

“Pero....no puede ser.” El conde miró a su esposa sin dar crédito. “No se suponía que fuera de esta manera.”

“¿Por qué no ha venido Lord Chastain a nosotros?” Camille preguntó, dirigiendo la pregunta hacia nadie en particular, pero esperando que alguien tuviera la respuesta.

“Estaba en el carruaje con ella.”

“¿Y el bebé Peter?” ella preguntó.

Lorelei le había dicho que no confiara en nadie, ni siquiera en sus propios padres. “Estaba con su madre también.” Él no les mintió, ya que el bebé había estado en el carruaje, pero Andrew tenía la esperanza que Peter estuviera lejos de Londres para el momento en que el conde descubriera que el cuerpo de su nieto no estaba dentro de los restos.

“¿Está seguro?”

Andrew solamente asintió.

“Debemos ir hacia ella, Mathis.” Ella colapsó contra el piso, no lejos del charco de sangre cada vez mayor. El conde estuvo instantáneamente a su lado, tomándola en sus brazos mientras ella lloraba. Sollozos abrumadores llenaron la habitación mientras una madre se lamentaba del mundo injusto y cruel que ella había creado para su única hija.

Andrew ansiaba que alguien lo sostuviera a él, le permitiera llorar en agonía. Para poner en duda cada cuestión de cada injusticia que había estado relacionada con él en su vida. El deseaba ir hasta ellos, buscar su abrazo para suavizar su propio dolor.

Aunque, él no pertenecía aquí.

Sobre pies inestables, Andrew dejó la habitación, bajó apurado las escaleras, y se fue de la casa.

Epílogo

“¿Andrew?” una voz familiar peleaba por romper la bruma que lo rodeaba.

Él levantó la vista de los planos que había estado estudiando desde la noche que Lorelei lo dejó, para ver a la Sra. Bee en el marco de la puerta, su mirada confundida lo trajo a la realidad.

“¿Está usted todavía levantado?”

Él solo asintió. El sueño lo había eludido por meses. Estaba exhausto, aun cuando cerraba sus ojos las pesadillas comenzaban. Aun cuando los abría las imágenes invadían su visión. Él juraría que cualquier cosa mas áspera que el jerez, igualmente, para dormirar era tortura. Se había quedado mirando los planos por horas.

“¿Puedo traerle alguna cosa antes de retirarme?” ella preguntó.

“¡Sólo vaya!” Frustración, incompetencia, desilusión, furia, desesperanza—todas las sensaciones lo atravesaban a la vez, peleando por dominar sus movimientos y disertación. “Lo siento—”

“No se disculpe conmigo, mi lord.” Ella permaneció, manos en sus caderas, siempre regañándolo. “Sin embargo, debería estar avergonzado de como ha estado tratando a los sirvientes. Yo—sobreviviré, como siempre lo hago. Ahora, escasamente puedo soportar su olor. Busque su cuarto y refréscuese.”

Llevar a Andrew a hacer algo más que sentarse detrás de su escritorio era inexistente. Él imaginaba si alguien notaría si nunca dejaba esta misma habitación nuevamente. ¿Cuál sería la cuestión de todo esto? Le había dado su amor, incondicionalmente, y había sido despreciado por esto.

Golpeando con su pie, la Sra. Bee nuevamente obtuvo su atención. “Sus ojos están mas rojos que los frutos rojos. Se ve como si fuera a colapsar.”

“Puedo cuidarme.” Y podía, siempre mirando sobre su hombro. Temía el día que el conde o sus asociados vinieran por el, también. Tenía a sus sirvientes corriendo de aquí para allá puertas de doble perno y ventanas; sin embargo, su paranoia crecía a medida que los días pasaban. “Chequee la puerta de la cocina antes de retirarse.”

“Siempre lo mismo,” ella murmuró. “Asustado de la oscuridad, un hombre grande. ¿Algo más, mi lord?”

“No, gracias.” Ella le había dado espacio desde aquella noche, sin molestarlo durante las largas horas—y a veces días—que hacia pasado encerrado en su estudio. “Busque descansar.”

Él volvió su atención a los papeles ante él, después que ella cerró despacio la puerta. Habían pasado varios días antes que él se diera cuenta que la caja era la misma que había estado en su vestidor todos estos años, virtualmente sin ser notada por él. El cilindro de cuero grueso había sido dejado cuando su padre había usado un grupo de habitaciones.

Dos meses—bueno, ocho semanas y cuatro días en realidad—mirándolos, y no había recibido ningún conocimiento acerca de su importancia. Había ido a librerías y coleccionistas de mapas, pero ninguno reconocía el lugar retratado en los dibujos. Tenían varias décadas y estaban casi desarmándose. Había sido cuidadoso de no dañarlos, ya que significaban algo para Lorelei—y los hombres que la enviaron a encontrarlos.

Andrew había escondido bien los planos, aunque no le confió a nadie de su existencia o paradero.

Él había esperado que decodificándolos también localizara a Peter—o a alguien quien le pudiera decir del paradero de la criatura. ¿Cómo sabía que Lorelei no había sido la mujer que él había pensado que era en una acción precipitada?, Andrew había mandado una nota a Francia, dirigida al Conde de Epernon, pero había recibido respuesta que el título y las fincas fueron absorbidas décadas atrás y no existían. No había registro de su nombre o el de sus padres.

Era como si ella nunca hubiera existido—y su amor nunca hubiera sucedido. Lo había engañado por completo, realmente cuestionaba sus propios recuerdos de ella, si es que tenía el derecho de estar enojado o confundido o solo. Ella le había pedido una y otra vez que la olvidara, que la dejara, pero había sido incapaz de hacer una de esas cosas por ella.

Andrew deseaba culparla, o al conde, posiblemente a Benji por el dolor que su corazón traicionado sufría.

Podía mirar hacia los planos delante de él, examinar la respuesta de Francia, o hablar con otros quienes habían conocido al conde y su hija—pero esas anécdotas eran todas demasiado objetivas. Inalterables, incuestionables. No significaban nada.

Sus emociones eran una ola alta de cambios inesperados, evolución, y regresión.

En un momento él pensaba como podía vivir sin ella.

En el próximo maldecía su existencia.

Y luego revivía cada momento que habían compartido desde la primer mirada cuando él había espiado sus sollozos silenciosos a través de la rajadura de la puerta en aquel estudio, hasta su tarde de pasión, el cambio de vida haciendo el amor solo horas antes que se fuera para siempre de él.

Si hubiera sabido lo que vendría, ¿hubiera hecho algo diferente? ¿Le hubiera pedido que no lo dejara o hubiera enrejado su puerta?

Las preguntas solo se apilaban cuando él más buscaba, con nadie que le diera respuestas. No había habido investigación oficial sobre el paradero de Peter, ya que el nuevo Lord Chastain—un primo lejano de Benji—no tenía motivación para encontrar al niño, ya que Peter sería el heredero en vez de él.

Entonces, mientras sus hombres buscaban el país desde una punta de Inglaterra a la otra, Andrew se encerraba en el mismo. Estudió los planos—y se encontró con su abogado. Cualquiera cosa que le diera el aspecto de una misión, la habilidad para creer realmente que sus acciones valdrían la pena algún día para concederle aquello que buscaba.

Los documentos oficiales habían estado redactados y firmados ese mismo día. Para cuando Peter fuera encontrado, él sería el custodio de mucho—todo lo que Andrew tenía. Peter sería el futuro heredero del Marques de Drake. Él tendría propiedades y mucha más riqueza más allá de la mayoría de los hombres de la alta sociedad.

Era lo menos que Andrew podía hacer por Lorelei... ya que le había prometido darle todo a ella, y sin embargo le había fallado de muchas maneras, utilizaría cada respiro del resto de su vida para mantener su palabra hacia ella, para encontrar a su hijo y hacer para Peter lo que no pudo hacer por la madre del niño.

Un golpe sonó una vez más a su puerta.

“Entre,” gritó. Sus sirvientes sabían que no tenían que molestarlo. “Dije que no necesitaba nada.”

“¿Mi lord?”

Andrew levantó la mirada para ver a su mayordomo saltando de pie en pie en el marco de la puerta.

“Si.” Él conocía que la irritación por sus intentos fallidos para encontrar a Peter nublaban sus momentos despiertos. “¡Habla!, estoy ocupado.”

“Errr, la Sra. Bee dijo que yo debía hacer que usted vaya a toda prisa al vestíbulo.”

Andrew suspiró, pero enrolló los planos y los deslizó de vuelta dentro de su envase. Después de ponerlos en un cajón y cerrarlos con llave, siguió al hombre fuera de la habitación.

“¿Que cosa es aquel ruido?” mientras ellos se aproximaban al vestíbulo, un fuerte llanto pudo ser escuchado. “¿Es aquel...?” él caminó más rápido, pasando a los sirvientes y encontrando a la Sra. Bee parada delante de la puerta del frente abierta.

“¡Muévase!” él gritó.

¿Podría ser?

¿Lo habían encontrado?

Andrew deseaba demandar porque no habían mandado una nota. Había todavía demasiado que preparar para un niño en su casa. El cuarto de niños necesitaba readaptarse, y él requería tiempo para pensar acerca de la educación y demás.

Mirando hacia afuera de la puerta, no vio a nadie.

Sus hombres no ponían una cuna de bebé sobre su pórtico.

“¿Que broma cruel es esta?”

“Andrew.” Él miró a la Sra. Bee a su lado, y ella asintió para que mirara nuevamente. “Abajo.”

¡Allí! Lo vio...a él... Peter.

Una canasta estaba acomodada en un rincón oscuro.

¿Cuánto tiempo había estado allí, sin ser escuchado y vulnerable al medio ambiente?

Andrew no pudo salir de la casa lo suficientemente rápido. Lo sacó de la canasta, sorprendido por el peso liviano de lo que sostenía, y llevó el bebé al calor del vestíbulo.

El bebé estaba metido dentro de una manta verde, y una hoja de papel metida a su lado.

Desconcertado, Andrew colocó la canasta sobre una pequeña mesa de lado y agarró el papel. Sus dedos temblaban con alivio. No estaba seguro si probablemente dañaría o agradecería a la persona quien había mantenido a Peter escondido de él—pero que finalmente lo había regresado.

La Sra. Bee arrullaba al bebé mientras Andrew desdoblaba la nota y leía:

Mi Lord,

Como prometí, aquí está su hijo. Si está recibiendo esto entonces he sucumbido al parto, como yo temía. Por favor cuide de él o ella. Ame a nuestro niño como solamente un padre puede.

~E

Andrew volvió a mirar al bebé. Sin dudas, un retoño de cabello rojo se asomo desde abajo de la manta metida alrededor. Esta criatura no era Peter, ni siquiera mantenía la sangre de su amada, era solo un símbolo de sus más oscuras horas—y una debilidad que él estaba determinado a superar.

Arrojando la nota, Andrew entró en visión del bebé ante él mientras se acercaba.

Mientras inspeccionaba el diminuto paquete, el bebé también enfocó sus ojos, devolviéndole la mirada.

Inclinándose, Andrew notó los enormes ojos color avellana con indicios de escamitas verdes, los cuales sospechosamente se parecían a los suyos—y a los de su madre antes de él.

Mientras inspeccionaba la pequeña cara, tan delicada, la boca del bebé se abrió en una sonrisa pegajosa y una risa hizo eco en la galería.

“Oh, mi Dios,” la Sra. Bee suspiró al lado de él. “Que hermosa cosita.”

Andrew se sintió caer, en espiral dentro de los profundos ojos de su niño, perdiéndose en la risa liviana que aun sonaba en la habitación.

Su niño.

Su carne y sangre.

No era la descendencia de Lorelei, sino algo mejor.

Algo que solamente le pertenecía a él.

Su primer instinto fue correr, bloquear sus oídos del sonido, y encerrarse seguramente en su estudio hasta que el niño fuera arrojado afuera. Sabía que debía enviar una nota a Craven House. La criatura era directamente responsabilidad de Madame Sasha, no suya. Su madre estaba probablemente ahora protegida dentro del santuario de Sasha, sin tener en cuenta la confusión con la que peleaba Andrew.

Pero él no podía sacar los ojos del bebé.

Había una conexión—una succión invisible—hacia la criatura, una que Andrew asumía que se sentía por la descendencia, pero si sólo apenas había visto a la criatura. Parecía poco probable para su mente racional que una conexión pudiera formarse tan rápidamente, aunque él sentía que estaba irrevocablemente allí, tan real y concreto como si pudiera tocarlo.

Andrew agarró la manija de la canasta que alojaba al bebé asegurado. El movimiento repentino asustó a la criatura, quien inmediatamente se silenció, la sonrisa desapareció y una expresión pensativa tomó la cara de él.

¿La cara de él? Andrew no sabía de seguro que el infante acurrucado envuelto en los pañales era un niño, la cara pequeña y el mechón de cabello rojo no querían decir nada.

“¿Que haremos con este jovencito?” La Sra. Bee puso sus dedos sobre su mano, la cuál todavía agarraba la canasta, sus nudillos blancos por su sostén. “Puedo llevarlo a la cocina mientras una niñera es llamada.”

Andrew movió el transportador y su propia mano de la de la Sra. Bee. “El fuego en mi estudio es mucho mayor que el de la cocina. Es mejor mantener la criatura con calor, ¿no es así?”

“Supongo que tiene razón, Andrew.” La Sra. Bee se detuvo. Sus manos caídas a un costado y lo miraba a él tan intensamente como la criatura unos momentos antes. “Es muy inteligente en pensar así.”

Sin otro pensamiento, el regresó al estudio. Suavemente colocó la canasta cerca de su escritorio, más cerca del fuego—y se sentó pesadamente en su silla.

Andrew miró la habitación alrededor de él antes de sacar los planos de su escritorio una vez más. No habían sido de ayuda para obtener alguna información acerca del pasado de Lorelei o del paradero de su hijo.

Temía que su estado de incomodidad perpetua y frustración continuara tan desesperadamente establecida una vez más.

En su frustración, Andrew pasó su mano a través del escritorio y los papeles enrollados que el había removido solo momentos antes volaron de su escritorio y a través del aire—directamente hacia el fuego. Empujó la silla hacia atrás de prisa y se movió para agarrar las hojas antes que rodaran dentro de la chimenea abierta.

Arrodillándose sobre el piso de madera con los planos asegurados en sus manos, Andrew escuchó una suave risotada detrás de él. No sonó tan fuerte, ni rebotó en las paredes como había hecho en el vestíbulo abierto, pero el sonido melódico escarbó directo a su corazón, ya que le recordó a la risa de su madre.

No era la risa gutural de Lorelei, pero aún así era un sonido familiar—uno que no había sido escuchado en su casa desde que era un niño—ante tanta agonía, desilusión, y muerte que había entrado en su vida.

Y el sonido le infundía a Andrew—esperanza.

Para un futuro.

Para su futuro.

Un mejor futuro para la criatura delante de él—y para el otro que algún día encontraría nuevamente.

Otros libros de Christina McKnight

Serie Una Dama Abandonada

Rechazada Nunca Más

Olvidada Nunca Más

Despreciada Cada Vez Más

Acerca del Autor:

Christina McKnight es una amante de libros devenida a escritora. Desde una edad temprana, su madre la alentó a contar sus propias historias. Ella ha estado escribiendo desde entonces.

Christina disfruta una vida tranquila en Northern California con su familia, su vino, y cantidad de café. Oh, y sus libros. . . ¡no olvidarse de sus libros! La mayoría de los días, puede ser encontrada escribiendo, leyendo, o viajando a los grandes estados de California.

Su Email: christina@christinamcknight.com

Síguela en Twitter: [@CMcKnightWriter](https://twitter.com/CMcKnightWriter)

Manténgase al tanto de sus ediciones:
www.christinamcknight.com

Facebook de Christina como Autora:
[ChristinaMcKnightWriter](https://www.facebook.com/ChristinaMcKnightWriter)

Chistina McKnight Página

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

Chistina McKnight Página